

Serie Vampiros Caballeros 3

Jamás Mordida

LYDIA DARE

Creación y edición de Mafalda

En su desesperación, un hombre hará cosas terribles...

El chispeante mundo de la alta sociedad es el patio de juegos de los ricos, nobles, y renuentes no vivos...

La vida después de la muerte de Alec MacQuarrie se había convertido en una interminable búsqueda de placer en un esfuerzo por sobreponerse de su desilusión amorosa y desesperación. Vagando por el sórdido mundo de las mujeres mundanas de Londres, se ha transformado en una criatura oscura y temible que ni él mismo puede reconocer, hasta que se encuentra con una mágica muchacha que había conocido en una ocasión y entrevió la vida que pudo haber tenido.

Pero el cínico no es compatible con una joven incorregible...

Luego de ver a cada una de las hechiceras de su Hermandad felizmente casadas, Sorchia Ferguson está determinada a capturar su propio esposo lycan. Cuando encuentra a Alec, decide salvar a su viejo amigo de lo que se ha convertido, todo mientras sigue buscando su vivieron felices para siempre.

Sobre su cadáver, Alec permitiría que esta encantadora e inocente chica se arroje sobre un desmerecedor hombre-lobo, pero eso lo hace responsable por ella, y él es el peor monstruo de todos.

TRADUCCIÓN	EDICIÓN	REV. FINAL	DISEÑO
Luna	Chema	Mika	Magui

Traducido Para Libros Gratis Magui

Capítulo 1

Castle Hythe, Kent

Agosto 1817

Desde que Sorch Ferguson conoció al primer lycan, estuvo resuelta a conseguir uno para ella. Y una bruja de su hermandad le había *prometido* que habría lycans en la fiesta en casa de la Duquesa de Hythe. Desde el día en que esa gloriosa noticia llegó a los oídos de Sorch, había planificado toda su visita a la región del sur alrededor de la idea de enamorarse de una bestia, exactamente como sus dos mejores amigas lo habían hecho. Sin embargo, aún no había visto ni un lycan desde que llegó a Kent, y ya había estado en Castle Hythe una noche.

Sólo le quedaba una cosa por hacer. Si ellos no venían a ella, ella iría a encontrarlos. Pero primero, tenía que arreglar la ruina que era el invernadero de la Duquesa de Hythe.

Sorch casi muere de tristeza cuando vio todas las plantas en tal estado de negligencia.

Resopló. Estos días se había sentido como las plantas. Todas sus amigas se habían casado en el último año, y ella era la única bruja en su hermandad que faltaba por encontrar marido. Gruñó. No estaba ni siquiera cerca de conseguir uno, y todo porque los prometidos lycans aún no habían aparecido.

Sorch caminó de una fila a otra por el invernadero, posando sus manos sobre las abandonadas plantas. Las lilas podrían necesitar una palabra amable para

estimular sus espíritus. Los tallos cayeron y no había ni un solo botón. Se sopló un rizo de cabello de sus ojos, distraídamente.

Una pieza de hiedra irlandesa se extendió hasta tocar su tobillo. La pobre estaba amarilla y clamaba atención. Sonrió y posó sus manos sobre la rama, viéndola fortalecerse y fortificarse frente a sus ojos. –De nada, –murmuró cuando la rama le tocó la punta del zapato. Se sacudió las manos. La duquesa se espantaría si viese el sucio debajo de las uñas de Sorchas.

–Ahí estás –Lady Madeline Hayburn llamó desde el otro lado del invernadero. – ¡He estado buscándote por todas partes!

Sorcha se mordió el labio. No debió haberse detenido a atender a las plantas. Pero no podría solamente dejarlas sufrir, ¿cierto?

–Estaba pensando en salir un poco por ahí –dijo evasivamente, evitando la mirada de la otra chica mientras se levantaba para sentarse en una mesa pequeña.

Maddie bajó la cara.

–Oh –dijo, asintiendo comprensivamente. Pero Sorcha se dio cuenta de que su amiga estaba decepcionada. Y sería la peor amiga si abandonaba a la joven dama para ir en busca de un hombre. U hombres. O Lycans. *O su destino.*

Maddie no tendría idea de cómo continuar sin ella. Sorcha palmeó el lugar junto a ella.

–Pensé en hacer una visita a Eynsford Park. La cabalgata no es muy larga, según dijo tu abuela.

Maddie sonrió mientras se acomodaba junto a Sorcha, sus rizos rubios rebotaron sobre sus hombros.

–No puedo creer cuán maravillosas lucen las plantas de la abuela. Hace tan solo una noche, este lugar lucía como si hubiese tenido una muerte horrible. Eres una trabajadora milagrosa.

Sorcha recordó cuánto le había dolido en el alma ver las plantas en tal estado.

–Oh, simplemente tengo buena mano, un poco.

–Algo de lo que claramente carezco –Maddie alisó su falda. –¿Qué hay tan importante en Eynsford Park?

Sólo el futuro de Sorchá.

–Solamente quiero visitar a un viejo amigo.

Maddie se inclinó en conspiración.

–Por años –susurró, –los aldeanos maldijeron a un monstruo que vivía en Eynsford Park, ¿sabías?

Sorchá sabía todo sobre ese monstruo en particular. Y casi no podía esperar para ver a sus medios hermanos, especialmente porque el monstruo, o lycan, en cuestión estaba casado con una hechicera de su hermandad y estimada amiga.

–¿Monstruo? –rió, determinada a no divulgar el secreto. –Cait, quiero decir, Lady Eynsford, no soportaría un monstruo en sus dominios.

Maddie rió también.

–No puedo imaginarme a la marquesa espantando un monstruo. Se ve de una disposición de lo más dulce.

–Nunca has visto a Cait temperamental –Sorchá le dio un suave empujón con el hombro a su nueva amiga. –Tómame la palabra, Maddie. Un monstruo no querría hacerla molestar –Cait en un ataque temperamental es una fuerza que debe ser reconocida.

Cualquier monstruo que se respete se mantendría alejado de su ira.

Eso fue lo que hizo su esposo, después de todo.

–Suena como la abuela.

Las dos eran muy parecidas en su presencia dominante, ahora que Sorchá pensaba en eso.

–¿Y algún monstruo se *atrevería* a entrar en Castle Hythe?

Maddie rió de nuevo.

–No si él tiene alguna idea de la reprimenda que recibiría. “¡Cómo se atreve a pisotear mis rosas!” –burlándose del tono imperioso de su abuela.

–“¿Acaba de comerse a mi lacayo? Fuera de aquí, y no regrese hasta que aprenda buenos modales.”

Sorcha bien podía imaginarse su hermana bruja ladrando de esa misma manera a su esposo lobuno.

–Bueno, ahí lo tienes. Si un monstruo no podría alojarse aquí en el castillo, no lo haría en Eynsford Park tampoco, si alguna vez lo hizo. ¿Te gustaría cabalgar hasta allá conmigo?

Ella no era capaz de hablar libremente sobre ello frente a Maddie, pero odiaba dejarla atrás. La chica inglesa era terriblemente tímida cuando la dejaban sola.

Su amiga suspiró.

–Me encantaría, pero a la abuela le daría una apoplejía si lo hiciera. Está esperando que lleguen más de esos caballeros, y quiere que yo esté allí para saludarlos.

Ah, esos caballeros. Hombres privilegiados que la Duquesa de Hythe había seleccionado cuidadosamente como parejas aceptables para Maddie, hombres entre los cuales probablemente tendría que escoger un esposo durante su primera temporada. Esta fiesta era la oportunidad de su amiga para ver qué hombres podría querer más adelante. También le permitiría a la duquesa investigar su carácter más cercanamente y determinar si puede ser emparejada.

Sorcha tenía una dote razonablemente grande, una que podría ser considerada importante en Edimburgh, de donde venía, pero no se comparaba a la fortuna de Lady Madeline Hayburn.

Se esperaba que los caballeros presentes viesen más que signos de dinero cuando miraran a Maddie. Ella era la chica más dulce y merecía un caballero que apreciara todas sus buenas cualidades.

Si más de esos caballeros estarían llegando hoy, la excursión de Sorch a Eynsford Park tendría que ser pospuesta. Eso la hizo reír.

Ella era la que estaba buscando un lycan, después de todo.

—No tenemos que llegar hasta el parque. Solamente podríamos cabalgar alrededor de las tierras del castillo. Le enviaré a Lady Eynsford una nota pidiéndole que venga a visitarme a cambio.

Si tan solo hubiese una manera de rogarle a Cait que trajera con ella algunos parientes lycan de Eynsford, pero la bruja estaba firme en que una bestia *no estaba* en el futuro de Sorch, así que las probabilidades de que eso pasara eran escasas, por decir lo menos.

Los ojos verdes de Maddie brillaron casi tanto como su sonrisa.

—Déjame ir a buscar mi capa y nos encontraremos en la sala de estar este.

Luego de cambiarse por su ropa de montar, Sorch escribió una nota para Caitrin Eynsford. Eso tomó un poco más de tiempo del que esperaba porque trataba de encontrar las palabras correctas para convencer a su hermana hechicera de traer su manada. Finalmente, con la nota en la mano, Sorch salió de su recámara y recorrió los retorcidos corredores que eran Castle Hythe. Una vez en el nivel principal, le dio la nota al estoico mayordomo de Hythe para que fuese entregada en el parque de una vez.

Arregló en su lugar su traje de montar color zafiro y frunció el ceño. Era un poco largo. Tendría que corregir eso después cuando nadie estuviese viendo. Los conjuros mágicos tendían a poner a las personas un poco aprensivas. Mirando sus pies para asegurarse de que el dobladillo no tocara el suelo, Sorch comenzó a dirigirse hacia la sala de estar este sin siquiera mirar hacia arriba y, repentinamente, su cabeza chocó con algo inmóvil que bloqueaba su camino.

–¡Ouch! –levantó la cabeza. Mientras se frotaba la herida, vio los ojos negros como la noche de un viejo amigo. Alto y apuesto como siempre, él era un rostro amigable en este mundo inglés y ella nunca había estado tan contenta de verlo.

–¡Alec! –exclamó. –No tenía idea de que estarías aquí.

Alec MacQuarrie quedó boquiabierto cuando sus ojos se posaron en Sorch, entre todas las personas. ¿Qué diablos hacía ella aquí? No se había imaginado que su camino se cruzaría con la bruja otra vez, no desde que su vida había cambiado irrevocablemente. Alec tomó un paso atrás, y si necesitara respirar, habría inhalado profundamente. Tal como estaba, podía oír la sangre palpitando en las venas de ella. Olía, como siempre, a flores de manzano escocés en primavera. ¡Maldita sea su boca por hacerse agua! Era *Sorch*, por el amor de Dios.

–Yo... uh... ¿cómo estás, muchacha?

Ella le hizo una mueca, su hermoso rostro mejoró y se llenó de alegría como siempre lo estaba.

–Maravillosamente. Bueno, lo estaría si este traje de montar fuese un poco más corto.

Aún en ese desfavorecedor vestido, ya no era la niña que él recordaba. Maldición, ¿cuándo se volvió *mujer*?

–Se suponía que iba a encontrarme con Maddie en la sala de estar. ¿Vienes conmigo? –enlazó su brazo con el de él y lo guio por el corredor antes de que él tuviese tiempo de responder.

–¿Maddie? –preguntó él, una vez que su mente volvió a su lugar.

Ella se detuvo, y él casi tropezó con la pequeña hada.

–Debí haber dicho Lady Madeline –lo miró. –Me pregunto, ¿eres tú uno de esos caballeros?

¿Alguna vez ella había tenido sentido? No que él recordara, ahora que pensaba en eso.

–¿Qué caballeros?

–Oh, apuesto que sí lo eres –nuevamente comenzó a remolcarlo por el corredor. –Maddie... Lady Madeline... haría bien en escogerte, Alec. Tú verías lo dulce que es. Sé que lo harías.

–¿De qué estás hablando, Sorchia? –él se plantó en el corredor, obligándola a detenerse y levantar la mirada hacia él. –Dime o no daré otro paso.

Sus suaves ojos cafés brillaron con exuberancia.

–¿Qué quieres saber?

Alec le levantó la barbilla con sus dedos para poder verla más claramente.

–No tengo idea de lo que estás hablando. ¿Por qué estás en Castle Hythe? –no recordaba ninguna asociación entre los Ferguson y el Duque y la Duquesa de Hythe.

Ni siquiera se había dado cuenta de que Sorchia estaba familiarizada con ellos.

–Bueno, Su Gracia me invitó a la boda de Rhi. Y, rápidamente, he hecho amistad con Lady Madeline, su nieta. Pero no es por eso que he venido. No realmente.

Alec había estado tan herido, tan furioso durante esa boda.

Saber que su creador, su *mentor*, lo había abandonado en un mundo oscuro con el cual no estaba familiarizado. No era de extrañar que no recordara nada de lo que hubiese ocurrido ese día. Alec sacudió la cabeza mientras el resto de las palabras se hundían en él.

–¿*Por qué* has venido?

Una sonrisa traviesa se extendió en su cara.

–Porque –susurró, –estoy en busca de un lycan para mí, y Eynsford Park está muy cerca.

Si lo hubiese golpeado en la cabeza con un sable, no hubiese estado más sorprendido. ¿Cait estaba cerca? No se había dado cuenta. Dios. ¿Cómo *no* se había dado cuenta?

Era un tonto. Había pasado meses evadiendo a la sociedad educada, haciéndose un lugar a sí mismo en su nueva vida. Luego de *una* convocatoria de la Duquesa de Hythe, estaba exactamente donde había comenzado, pensando en Cait.

Sorcha contuvo el aliento y se cubrió la boca, sus ojos rogaban perdón, silenciosamente.

–Está bien –mintió él. –Se casó con Eynsford. Lo he aceptado.

Ciertamente, hasta Sorcha podía ver lo que sentía. Tenía que salir de ahí. Alec se volvió y se dirigió de vuelta a la entrada. Podría estar de regreso en Londres en un parpadeo y olvidar completamente que había estado en Kent, o al menos tratar.

Hizo un alto, incapaz de moverse una pulgada. ¿Qué más había dicho Sorcha? ¿Que ella se estaba buscando un lycan para ella?

Y los únicos Lycans que estarían presentes en Eynsford Park, aparte de ese maldito marqués, eran *parientes* de Eynsford, quienes Alec estaba casi seguro serían sus hermanos, o medio hermanos, según sea el caso. El Vizconde Radbourne y los salvajes gemelos Hadley. Tres de los más depravados hombres en Bretaña. Ellos eran escándalos ambulantes.

Eran problemáticos. Estarían *muertos* si siquiera uno de ellos sentía la urgencia de reclamar a Sorcha.

Echó una mirada hacia atrás, por sobre su hombro, a la pequeña hechicera. Una expresión de horror aún persistía en su rostro. Bueno, él se estaba sintiendo igual de horrorizado. Alec regresó frente a ella en un rayo.

–¿Quieres decir –susurrando tan suavemente que nadie más que ella podría oírlo, –que esperas atrapar para ti una de esas bestias babeantes?

Su horror rápidamente se volvió indignación.

—Ellos no babea.

Demonios, ¡ella sí esperaba atrapar uno!

—Oh, resulta que sé que sí, —rezongó Alec.

Sorcha exhaló un suspiro como si él fuese el hombre más difícil que existía. Luego, sin una palabra, giró sobre sus talones y siguió sus pasos hacia un destino desconocido.

Alec estaba a solo un paso detrás de ella.

—¿Has perdido la cabeza? Esas criaturas no son para ti. No puedo creer que tu padre lo apruebe.

Ella no le prestó atención mientras entraba abruptamente en la sala de estar. Dentro, sobre un pequeño diván, una joven rubia en un hábito verde sonrió a su entrada.

—Ahí estás —la chica se deslizó, levantándose de su asiento. —Ya tengo nuestras monturas listas, y...—se sonrojó como el carmesí cuando vio a Alec. —H...Hola —tartamudeó.

Sorcha empujó su brazo hacia atrás mientras pensaba en negar su existencia.

—No le prestes atención, Maddie.

¡Bruja terca! ¿Dónde se le había metido en la cabeza que ella debería juntarse con un puñetero lycan? ¿Qué diablos era tan atractivo en una bestia? —Sorcha, no he terminado de hablar contigo

—Es una pena, —exclamó. —Yo ya terminé de hablar contigo.

—¡Ah! —una voz risueña vino desde el corredor. —Mr. MacQuarrie, estoy tan contenta de que haya aceptado mi invitación —la Duquesa de Hythe, un dragón de primer orden, entró en la sala de estar. Sus helados ojos azules miraron a Alec de arriba abajo, como si admirara su forma.

Él tragó saliva.

–Gracias, Su Gracia.

La duquesa hizo un gesto hacia la muchacha rubia.

–¿Ha conocido a mi nieta?

No, a menos que se considere el “No le prestes atención, Maddie” de Sorchas como una presentación.

–Me temo que no.

Su Gracia se enderezó e hizo señas a su nieta para que se acercara.

–Mr. Alec MacQuarrie, esta es Lady Madeline Hayburn y su deliciosa amiga, Miss Ferguson.

–Sé quién es –gruñó Alec. A la expresión imperiosa de la duquesa, suavizó su voz y enmendó, –Quiero decir, Miss Ferguson y yo somos viejos conocidos.

–Vecinos en Edimburgh, –aclaró Sorchas, como si quisiera distanciarse aún más de él.

La duquesa dirigió la mirada hacia la muchacha que aún le daba la espalda a Alec.

–Estás tan bien conectada, Sorchas –replicó en un tono muy simpático, usualmente no asociado con la duquesa de Hythe. ¿Sorchas había encontrado la manera de encantar al viejo dragón también? Aparentemente. La mujer la había llamado por su nombre cristiano.

Por supuesto, Sorchas tenía ese efecto en todos. Cualquiera que se le acercara la adoraba. Y... los ojos de él bajaron a su trasero, perfectamente redondeado, el cual nunca antes había notado. Fácilmente, podría haber movido su mano para acariciarlo si su mente hubiese querido hacerlo.

¡Malditos sean todos! Esos puñeteros Lycans la estarían rodeando en un instante. Ella obtendría lo que deseaba en ese sentido, pero sería infeliz con el

resultado. En los últimos meses, su camino, desafortunadamente, se había cruzado con el de los hermanos Hadley en más de una ocasión. No existía un grupo de hombres más degenerado.

La pobre Sorchá no se daría cuenta de ello hasta que fuese demasiado tarde, sin embargo. Ella era dulce e inocente y... completamente loca si pensaba que él se quedaría y la dejaría lanzarse a los lobos, literalmente. Especialmente esos malditos lobos. La manada Eynsford. Se le enturbiaba el estómago sólo de pensarlo.

—Sorchá, si pudiera tener una palabra contigo, a solas —dijo Alec al hada.

Ella lo miró sobre su hombro y Alec olvidó lo que iba a decir. ¿Cuándo sus ojos se volvieron tan endemoniados? Ella pestañeó, sus largas pestañas barrían sus mejillas. Pecas. ¿Por qué nunca se había dado cuenta de que ella tenía pecas? Le hizo preguntarse si ella tendría esos pequeños puntos de color por todo el cuerpo. Querido Dios. Ahora todo lo que podía pensar era qué marcas tenía la pequeña bruja en sus lugares más sensibles.

La Duquesa de Hythe levantó las cejas. Bueno, una de ellas. La otra se encogió en el modo más ofendido.

—¿Esa palabra no puede ser compartida con el resto de nosotros, Mr. MacQuarrie? —preguntó.

Abrió la boca, sin embargo, no pudo salir nada. Debió haber parecido un pez. Un pez muy incómodo. Él esperaba salvar a Sorchá de los Lycans, y, en lugar de eso, de alguna manera se convirtió en un maldito salmón.

—Si compartimos la noticia, Su Gracia —Sorchá empezó a hablar, —entonces no sería una sorpresa —levantó la mirada hacia Alec, y sus ojos bailaron en advertencia. La mataría. O besaría. No estaba seguro de cuál.

—¿Una sorpresa? —la duquesa contuvo el aliento mientras ponía una mano sobre su pecho. La piel vibraba en el borde de su corpiño. —¿Para mí?

Él desvió la mirada hacia el cuerpo de Sorchá. Definitivamente, una mejor vista. De hecho, era una de la cual no podía apartar los ojos.

—¿Mr. MacQuarrie? —dijo la duquesa.

—Sí, Su Gracia —dijo Alec con una leve reverencia, apartando la mirada de la persona de Sorchá. —Si le digo, la sorpresa se arruinaría.

Los ojos de la perspicaz anciana se estrecharon. Luego, rió. Esa vieja matriarca rió como una niña aún en la escuela.

—Me encantan las sorpresas —aplaudió con júbilo. —¿Pueden darme una pista? —mantuvo sus dedos levantados como con una pulgada de separación entre ellos y lo miró como si él hubiese colgado la luna y las estrellas.

—Abuela —dijo la pequeña rubia. Tenía un nombre.

Pero Alec no podría acordarse aunque su vida dependiera de ello. No con Sorchá de pie justo a su lado.

—Deja que él hombre se divierta. Parece como si él y Miss Ferguson hubiesen sido muy cercanos por mucho tiempo.

—Joven, si lo encuentro en algún lugar cerca de Miss Ferguson, yo... —comenzó la duquesa.

—¡Su Gracia! —protestó Sorchá. —Él nunca ha estado cerca de mí. Le puedo asegurar que no hay nada más lejos de su mente.

Pero no lo estaba, aunque él se sintió más cómodo manteniendo eso para sí mismo.

La duquesa levantó una mano para detener la diatriba de Sorchá.

—Si lo encuentro en algún lugar cerca de Miss Ferguson... —dijo mientras enlazaba su brazo al de él y se dirigía hacia el corredor, guiándolo. La duquesa bajó su voz a un suspiro conciliatorio. —Yo no podría estar más encantada.

Buen Dios. Ahora debía cuidar de Sorchá y crear de la nada una sorpresa para la duquesa. Si eso no era suficientemente malo, Su Gracia lo había hecho tener

pensamientos lascivos. Y ella claramente, no estaba apenada por ponerlos en su mente.

La duquesa le tocó la solapa.

—¿De dónde sacó esa flor, Mr. MacQuarrie? —preguntó. —Es extraordinaria.

Él no estaba usando una flor. Bueno, no la tenía pocos minutos antes. Miró hacia abajo, a su chaqueta para encontrar la más feliz orquídea blanca asomándose por el ojal. Alec miró sobre su hombro a Sorch, quien sonreía. Esa pequeña bruja era un problema. Un hermoso y seductor problema.

Capítulo 2

—¿Por qué estabas discutiendo con Mr. MacQuarrie? —preguntó Maddie mientras un mozo la ayudaba a subir a su montura.

Sorcha, ya encima de su voluntarioso bayo, lanzó su cabeza hacia atrás para mirar las nubes como si no hubiese escuchado la pregunta de su amiga y dejó que el sol le entibiara la piel. Después de todo, ¿qué le iba a decir? *Bueno, el irritable vampiro detesta a los hombres-lobo desde que uno le robó el amor de su vida el año pasado.* Difícilmente. Bien podría cabalgar ahora mismo hasta Londres y confesársele a Bedlam. Bajó la cabeza, acarició el cuello del caballo con su mano, y arrulló al animal.

—Ahí está, mi lady —el mozo dio un paso atrás y sonrió a Maddie. —No vaya muy lejos. Usted sabe cómo se preocupa Su Gracia.

—Gracias, Johnny —Maddie acercó su bayo a Sorcha. —Pero no hay necesidad de preocuparse. Miss Ferguson y yo seremos cuidadosas.

El muchacho asintió con la cabeza y luego regresó a los establos.

Los verdes ojos de Maddie brillaron cuando se posaron sobre Sorcha.

—Yo sé que me oíste. ¿Debo entender, por tu silencio, que no deseas hablar de tu apuesto vecino?

Sorcha bajó la mirada a las riendas y sacudió la cabeza.

—No era nada importante, Maddie. Mr. MacQuarrie y yo simplemente no tenemos la misma opinión del Marqués de Eynsford.

Eso, por lo menos, era la verdad.

A pesar de la afirmación de Alec de que había perdido la cabeza, Sorchá sentía un poco de culpabilidad en su corazón. No había tenido la intención de soltar abruptamente el nombre de Eynsford, y no podía olvidar del todo la mirada de tortura pura que centelleó en el rostro de Alec cuando se le escapó el nombre. Si hubiese podido atrapar las palabras y regresarlas, lo habría hecho. El pobre Alec quedó devastado cuando Cait escogió a Eynsford, en lugar de él.

Comenzaron a cabalgar a paso lento hacia el lado oeste de la propiedad y Maddie le dio una mirada de reojo a Sorchá.

—Tu vecino sabe lo que hace, entonces. La abuela también es algo cautelosa con el marqués. Él estuvo un poco alejado de su padre antes de que el viejo falleciera. ¿Sabías?

Sí, Sorchá estaba bien enterada de la desunión de Eynsford y su padre, o, por lo menos, a quien todos los hombres de la sociedad consideraban como su padre; pero eso no era ni aquí ni allá. Se encogió de hombros en respuesta.

—Muchos hombres escogen caminos con los que sus padres no están de acuerdo.

Maddie asintió con la cabeza.

—Cierto. Papá ha estado en desacuerdo con Nathaniel y Robert la mayor parte de sus vidas. ¿Qué tal tu Mr. MacQuarrie?

—¿*Mi* Mr. MacQuarrie? —Sorchá, de alguna manera, se las arregló para no caerse del asiento. Nunca antes había pensado en Alec en esos términos.

Maddie rió.

—¿Él sigue el camino de su padre? ¿O es más del tipo rebelde como mis hermanos?

Ella había oído las historias más escandalosas sobre el Conde de Bexley y Lord Robert Hadley desde que se hizo amiga de Maddie, siempre en voz baja, sin embargo, para que nadie más pudiera oír. Sus hazañas ciertamente no se parecían a Alec, al menos no al hombre que había conocido alguna vez.

—Él siempre complació a su padre, quien, por desgracia, ha fallecido —replicó Sorchá.

—Hmm —meditó Maddie. —Simplemente, no puedo entender su llegada a Castle Hythe.

¿Qué había que entender? ¿La duquesa no había invitado más de una docena de caballeros elegibles para presentarlos a Maddie?

—Para que lo conocieras, estoy segura.

—No —Maddie sacudió la cabeza. —Él no es uno de esos caballeros.

La amiga tenía la atención completa de Sorchá.

—¿Por qué dices eso?

Maddie se encogió de hombros como si la respuesta estuviese clara.

—Porque, gran tonta, él no es un noble.

¿No es un noble? En lo que concernía a Alec, eso era difícilmente un impedimento. Sorchá quedó boquiabierta con su amiga.

—Te aseguro, su fortuna es una de las más grandiosas en toda Escocia —sin mencionar que era uno de los hombres más apuestos entre los conocidos de Sorchá. Y amable y generoso.

Maddie ciertamente no debería descartarlo tan fácilmente, sólo por la carencia de un título. No, la mejor razón para descartar a Alec era su incapacidad de amar a alguien más que a Cait. Pero la mayoría de los matrimonios no eran uniones de amor, y él era admirable en todos los demás sentidos, aún para un vampiro.

Maddie sonrió.

—Estoy segura de que lo es, Sorchá. No fue lo que quise decir. Sólo que la abuela ha sido persistente en que debo casarme con un par. Todos los demás o poseen sus títulos o son los herederos demostrables de sus padres.

Sorcha no se había dado cuenta de eso. ¿Cómo se le había escapado ese hecho? Frunció el ceño.

–Bueno, entonces no sé, Maddie. Tal vez Mr. MacQuarrie tenga otros asuntos con tu abuela.

–Tal vez –acordó la amiga, y luego inclinó la cabeza a un lado como si estuviese contemplando algo.

–Él no suena escocés.

Sorcha se encogió de hombros.

–No dejes que te oiga decir eso –Sorcha sintió pena de la expresión confundida de Maddie.

–Alec tuvo educación inglesa –explicó. –Dejó Edimburgh a los doce, pero regresaba a casa muy seguido.

–Oh –Maddie asintió. –Supongo que eso lo explica –luego, señaló hacia un árbol alto en la distancia. –Hagamos una carrera hasta ese roble de allá.

Sorcha asintió con la cabeza, pero su mente aún estaba en la conversación y su corazón simplemente no estaba en la carrera. Siguió la estela de su amiga, alcanzando el árbol específico mucho después que Maddie había llegado. *¿Por qué* Alec había sido invitado a Castle Hythe? El misterio perduraría, debido a que no podría preguntarle directamente a la duquesa, pero mantendría los ojos abiertos para ver si podía enterarse de la verdad por sí misma.

–Ella es una chica encantadora, ¿no es así? –Nathaniel Hayburn, el Conde de Bexley, irrumpió los pensamientos de Alec mientras veía a Sorcha y su amiga cabalgar a través de los prados.

–Aye –replicó Alec, aunque no estaba seguro de cuál *ella* estaban hablando. Se alejó de su posición cerca de la ventana y caminó hasta el centro de la habitación donde el inglés se había echado sobre una silla de cuero rellena.

Bexley sonrió pícaramente.

–Pero la abuela ha amenazado con cortarme ambas manos si siquiera considero tocarla.

Así que el conde no estaba hablando de su hermana. Alec logró no fruncir el ceño contra el disoluto noble. Conocía a Bexley más por reputación que de vista, pero lo que sabía era más que suficiente para que Alec supiera con certeza que el conde no era el hombre para la inocente y encantadora Sorchia. Ella, definitivamente, necesitaba un protector. Si no fuese por su fatua fascinación por los Lycans, entonces sería por la fascinación de los libertinos ingleses por ella, tampoco podría culparlos. Ella *era* deliciosa.

–Tu abuela es una mujer formidable. Ciertamente, no me gustaría contradecirla –gracias a Dios la anciana había acogido a Sorchia, para mantener a Bexley a raya.

El conde rió.

–Tienes toda la razón, MacQuarrie. Y ella maneja las finanzas. Hasta mi padre se aterra de enojarla –Bexley descansó su cabeza sobre el espaldar de la silla. –Así que deberé esforzarme en encontrar otras formas de ocupar mi tiempo en el olvidado Kent.

–Siempre puedes regresar a la ciudad –sugirió Alec. Las millas entre Londres y Castle Hythe mantendrían a salvo a Sorchia de por lo menos un depravado inglés, sólo en caso de que el temor de su abuela se desvanezca o la pequeña bruja probara ser demasiado tentadora.

Bexley sacudió la cabeza.

–Me han ordenado permanecer aquí mientras dure la fiesta. Para asegurar que nadie tenga un avance impropio hacia Madeline.

Al menos, el hombre se preocupaba por la virtud de su hermana. Eso ya era algo, supuso Alec. Se dejó caer sobre un asiento frente al conde.

–Entonces, ¿qué pasatiempo tienes en mente, Bexley?

–Bueno –suspiró el hombre, –hay un baile mañana en la noche. Pero esta noche tendré que buscar mi propia diversión. Planeo ir a la villa con Radbourne. Él siempre encuentra la manera de conseguir las chicas más voluntarias. ¿Te gustaría acompañarnos?

¿Bexley y Radbourne? La combinación era nauseabunda. En todo caso, Alec aún necesitaba alimentarse y las camareras de los bares eran fichas fáciles, generalmente. Luego de un pequeño encantamiento, las mujeres ni siquiera recordarían su encuentro. Luego, el resto de las palabras de Bexley lo impactaron.

–¿Dijiste baile?

El conde sonrió.

–Desafortunadamente. Todo el señorío local e invitado. ¿La abuela no te lo dijo?

No, Su Gracia había olvidado mencionar el evento. *Todo el señorío local e invitado*. El estómago de Alec se revolvió. Las probabilidades de que Cait, Eynsford y su maldita manada estuviesen presentes no estaban a favor de Alec.

–¿Radbourne vendrá, asumo?

–Todo el mundo estará en el Parque.

Perfecto. Alec gruñó. Tendría que ver a Cait.

Bueno, no *tendría* que verla. Podría saltarse el maldito baile, pero si lo hiciera, arrojaría a Sorch a los Lycans, o mejor dicho, ella se arrojaría a ellos y él no estaría alrededor para prevenir su desatino. Si tan solo pudiera convencerla de empacar sus cosas y regresar a casa, él no tendría que permanecer en Kent. Aunque la posibilidad de que eso ocurriera era casi inexistente.

–¿Estás bien, MacQuarrie? –preguntó Bexley, inclinándose hacia delante en la silla.

–¿Por qué no habría de estarlo? –evadió Alec. ¿Quién no querría ver a la chica de sus sueños felizmente casada con una bestia babeante?

El conde se encogió de hombros, luciendo menos preocupado, y se acomodó de nuevo en su sillón.

–Así que, ¿te animas?

–¿Me animo a qué?

El hombre se burló como si hablar con Alec fuese una faena.

–A unirte en nuestra marcha hacia la villa esta noche.

Mientras Bexley, Radbourne y sus hermanos se mantuvieran lejos del castillo, no tendría que cuidar a Sorchá. Y al final de la noche, él necesitaría sustento. Aunque la compañía no era muy de su gusto, no tenía muchas opciones aquí en Castle Hythe. Siempre podría seducir una mucama en el castillo, pero odiaba hacerlo. Siempre era un poco precario compartir el lugar donde dormía. Alguien podría escuchar o ver algo.

Alec se pasó una mano por el cabello.

–Oh, por supuesto. A la villa. Suena divertido –casi tan divertido como pillar la plaga.

Sorchá descansó sobre su cama y se quedó mirando el techo.

Había esperado durante todo el día por algún tipo de entretenimiento.

No era que Su Gracia no fuese entretenida a su manera. Pero Sorchá esperaba algo más. Alec se escurrió tan pronto logró librarse del agarre de la duquesa.

Y Maddie había tenido que sufrir más pruebas de vestido para el evento social por venir. Hasta Cait se había quejado, afirmando que estaba muy cansada para una visita en la nota que le envió de regreso a Sorchá. Y ni un solo lycan se había aparecido.

¿Cómo demonios podría conseguirse una bestia para sí misma si ni siquiera podía estar en la misma habitación con uno?

Sorchá estaba casi segura de que la duquesa tenía planeado jugar cartas o charadas para las actividades de esta noche. Pasatiempos sin sentido eran mejor que ninguno, pensó con un profundo suspiro. Pero entonces, un sonido afuera en el camino llamó su atención. Se acercó rápidamente a la ventana y abrió las pesadas cortinas. Tres hombres se sentaron a horcajadas sobre encabritados caballos que bailaban en sus lugares, parecían estar tan ansiosos de salir como lo estaban los caballeros. Sorchá empujó la ventana para abrirla, y el helado aire del campo se filtró hacia adentro de su recámara.

Uno de los hombres revisó su bolsillo, sacó la faltriquera de su reloj, y luego levantó la mirada a la luna saliente.

Sorchá sostuvo el aliento. Después de esperar más de una noche, los objetos de su deseo finalmente habían llegado.

—Es mejor que Bexley se apresure, o entraremos a Folkestone sin él —se quejó Archer Hadley, Vizconde de Radbourne.

Sorchá casi suspiró. Los tres Lycans estaban directamente bajo su ventana. Qué maravillosamente fortuito.

Radbourne estaba tan apuesto como lo había estado la primavera pasada en la boda de Rhiannon.

—Podrías ser un caballero, Archer. Tú sabes, ir a la puerta y solicitar su presencia como cualquier otro hombre de buena crianza haría —bromeó uno de sus hermanos

gemelos. Si mirasen hacia arriba, ella podría distinguirlos. Weston tenía una cicatriz muy gallarda en su mejilla, mientras que Grayson no estaba afectado.

–¿Y arruinar mi buena reputación? –preguntó el vizconde. –Me tomó demasiados años cultivar la imagen que tengo.

–Tiene razón –el otro gemelo rió. –Nadie esperaría que el disoluto Lord Radbourne hiciese algo caballeroso.

–¿Alguien tomó tu nombre en vano, Radbourne? –un hombre alto salía del castillo.

Hmm. Sorchá no tenía idea de que el hermano mayor de Maddie conociera a los hombres Hadley. Esa era una información muy útil.

Lord Bexley dio zancadas hasta el trío lobuno, quienes aún estaban sentados sobre sus caballos. El mozo de caballería del conde le lanzó las riendas de su propio caballo.

–Dios nos libre de que alguien cometa el egregio error de llamar caballero a Archer Hadley –Bexley bromeó alegremente mientras montaba.

–¿Para quién es el caballo adicional? –preguntó Lord Radbourne. –¿Robert está en la residencia?

Bexley sacudió la cabeza.

–Mi hermano aún se está escondiendo en algún lugar en Yorkshire. No, le he pedido a Mr. MacQuarrie que se nos una. Espero que no les moleste –dijo mirando hacia la puerta. –Estará aquí en cualquier momento –Bexley volvió la mirada hacia los hombres Hadley. –Conocen a MacQuarrie, ¿no es cierto?

–Cierto –rezongó Lord Radbourne, luciendo menos que complacido por la adición al grupo.

–Si alguien me hubiese dicho que esta noche sería de perros, probablemente habría gritado –Sorchá escuchó a Alec replicar mientras sus largas piernas se tragaban la distancia entre la puerta principal y el lugar donde su caballo

permanecía, ensillado y listo para él. Ella luchó contra la sonrisa que se asomó en las esquinas de sus labios. *Sería de perros.*

Resopló un poco, mientras cubría la risa con su mano.

Alec tomó las riendas y subió sobre la hermosa bestia, tan suavemente como un oficial de caballería.

—¿Nos vamos? —preguntó.

En ese momento, Lord Radbourne debió haberla notado debido a que colgaba tan indecorosamente de la ventana, tratando de capturar cada palabra que decía, porque se quitó el sombrero e inclinó la cabeza hacia ella.

—Miss Ferguson —gritó, lo cual hizo que todas las cabezas giraran en su dirección. A este punto, era demasiado tarde para esconderse tras la cortina. Así que, en lugar de eso, simplemente saludó con la mano a la colección de hombres bajo su ventana.

—Qué visión de hermosura, Miss Ferguson. ¿Debería quedarme y acompañarla por esta noche? —preguntó Lord Radbourne. Ni siquiera la insinuación de una sonrisa cruzó sus labios. Simplemente, la miró estoicamente, esperando por su respuesta.

Ella abrió la boca para responder, pero Alec habló primero.

—Miss Ferguson tiene mejores cosas que hacer que estar en compañía de perros callejeros como tú.

—¿Perdón, MacQuarrie? —replicó Weston Hadley, pasando un dedo por la cicatriz de su mejilla. —A menos que estés dispuesto a discutir tus propios hábitos sanguinarios, sugiero que dejes los nuestros en paz.

Sorcha notó el uso de la palabra “sanguinario”, y Alec debió haberlo hecho también, porque simplemente giró su montura y se dirigió hacia el camino.

—Hasta la próxima, Miss Ferguson —Lord Radbourne tocó el borde de su sombrero de castor en despedida y siguió a Alec por la entrada.

Sorcha casi no podía creer su suerte. Finalmente, vio a sus deseados Lycans... Pero se movían tan rápido y tan lejos de ella como podían. No podría tenerlos. Su destino estaba junto a uno de esos Lycans; lo sabía.

Después de todo, Cait y Elspeth se habían casado con bestias de esa variedad y eran gloriosamente felices. Los hombres Hadley eran lo más cercano a la perfección que Sorcha podría lograr.

Se levantó de un brinco, buscando por todos lados su capa oscura. Finalmente, la encontró en uno de sus baúles y lo lanzó sobre su brazo. Se alisó el vestido frente al espejo y encontró su apariencia muy normal.

Ellos se dirigían a Folkestone, de acuerdo con Lord Radbourne. Ella y Maddie habían ido a la villa la tarde anterior. Era bastante cerca, considerando todo.

Si tan solo tuviera una pista del destino final, una vez que llegaran a la villa, sabría cómo vestirse.

Bueno, no había nada para la ocasión. Tendría que ir como estaba.

Sorcha se escapó de su cuarto, antes de darse cuenta de que estaba atrayendo la atención. Tonta. Le iría mejor si actuaba como si no fuese a hacer nada infame. Puso su cabeza en alto y suavemente, caminó hasta el nivel principal.

Con suerte, la familia bullía de gente. Cuando se dirigió a la puerta y hacia los establos, ni siquiera se dieron cuenta. El mozo de caballería, Johnny, estaba sentado fuera del establo sobre una cerca de madera, con los pies acuñados entre las bardas para mantenerse en lugar. Cuando vio acercarse a Sorcha, se lanzó al suelo y se paró frente a ella.

—Miss Ferguson —comenzó, obviamente intranquilo por su aparición repentina. — ¿Qué la trae a los establos tan tarde?

Habría sido mucho mejor si hubiese podido simplemente tomar prestada una montura, sin que nadie se diese cuenta. Sorcha se mordió la mejilla por dentro y escudriñó en su cerebro por una razón para estar en una posición tan incómoda. Y para poner al pobre mozo en una situación tan incómoda. Realmente, debería

regresar a la casa. Pero hacerlo, sería abandonar su búsqueda de un lycan para ella, ¿no es así?

–Johnny –comenzó tranquilamente, batiendo sus pestañas en lo que esperaba fuese una movida coqueta. En lugar de eso, probablemente lucía como si tuviera una basura en el ojo. –¿Recuerdas que ayer Lady Madeline y yo fuimos a la villa?

–Por supuesto, señorita –el hombre asintió. –Las acompañé yo mismo –dijo.

–Perdí algo allá –lo miró. Y esperó.

Los ojos del hombre se entrecerraron. Ella perdió la cabeza. Él nunca creería eso.

–¿Era algo de valor, señorita? –preguntó. Estaba interesado.

Oh, cielos. Él tenía conciencia. Qué malo que Sorchá había dejado la suya en su recámara.

–Oh, de *mucho* valor –dijo, rezando para que fuese lo suficientemente oscuro como para esconder el tic nervioso sobre su ceja.

–¿Recuerda dónde lo perdió? –preguntó. –Puedo ir a buscarlo. Lo haré ahora mismo –era un joven tan bueno. La culpabilidad mordía el deseo de Sorchá por una bestia, pero lo sobreponía.

–No lo recuerdo, pero pienso que si volviese allá, podría ser capaz de repasar mis pasos y encontrarlo. ¿Crees que podrías llevarme?

–Ciertamente. Creo que la duquesa me dejaría salir.

–Oh, le acabo de hablar a la duquesa y ella te dejó ir –le perdonarían la mentira, ¿no es cierto?

Ciertamente, lo harían.

–Entonces, mañana a primera hora –replicó, asintiendo.

Ella sacudió la cabeza frenéticamente y pestañeó como si estuviera luchando contra las lágrimas.

–No entiendes cuán importante es esto –se agarró las manos y las estrujó. Supo el momento exacto cuando lo convenció. Fue cuando él suspiró profundamente. –La duquesa dijo que podrías llevarme esta noche. Justo *ahora* –esperó por su respuesta.

–Si usted lo dice, señorita –fue su única respuesta. –Iré a preparar un carruaje.

Sorcha anduvo de un lado a otro del establo, mientras él preparaba el transporte. Nada bueno podría salir de esto, ¿no es así? Bueno, tal vez podría. Tal vez un lycan se enamoraría de ella y la pediría bajo la luz de la luna. Bueno, no la luna de esta noche, porque no era llena. Pero algún día. Más temprano que tarde, con suerte.

–¿Tiene acompañante, señorita? –preguntó Johnny mientras la ayudaba a subir al carruaje.

Maldición. No había acompañante.

–La tengo, pero la pobre ha caído enferma. Y quiero ir a la villa esta noche, ves.

Él lució dudoso por primera vez en toda la noche.

–Era de mi madre. El objeto que perdí –debió haber decidido qué objeto iba a ser. –Pertenece a mi madre –continuó, en vista de que él aún no lucía convencido. – Ella murió –ciertamente, su difunta madre le perdonaría este subterfugio.

–Lamento oír eso, señorita, –dijo Johnny, sus ojos se suavizaron

–¿Ahora sabes porqué esto es tan importante para mí?

Porque mi mundo entero depende de la inconveniencia de este evento.

El joven mozo asintió y dijo:

–Lo encontraremos, señorita. No dejaré de buscar hasta que lo haga.

Oh, ese chico le rompería el corazón en mil pedazos si dejara de ser tan maravilloso. Y él estaría terriblemente decepcionado de ella cuando se escapara para buscar sus Lycans una vez que llegaran a Folkestone. Pero una chica debía tomar los

asuntos de su corazón en sus propias manos si quería casarse exitosamente con su propia bestia.

Capítulo 3

El caballo de caza de Alec se tragaba el suelo en su carrera hacia el este, más y más lejos de Castle Hythe. Si tan solo pudiera guiar a esos piojosos lobos lo más lejos posible de Sorchia, de manera que olvidaran el camino de regreso. Un pensamiento iluso, lo sabía, pero era lo único que podía pensar que calmara sus nervios.

¿Qué diablos le ocurría a esa mujer? Literalmente, se había colgado de la ventana de su recámara para atraer la atención de Radbourne y sus sicofantes cachorros. La bruja más pequeña tuvo que haber sido la más difícil en toda su Hermandad.

Elsbeth era razonable. Blaire era pragmática. Rhiannon conocía su propia mente, pero tomó decisiones sabias. Y Cait... Bueno, era mejor no pensar en Cait. Aun así, Cait nunca había sido tan difícil de tratar como Sorchia.

—¡Yo digo! —Bexley gritó desde alguna parte detrás de él.

—No estamos compitiendo en el Ascot, MacQuarrie. Una agradable y pausada caminata será suficiente.

Alec haló sus riendas, frenando su monta a un paso más relajado.

—Lo siento —replicó sobre su hombro.

—¿Tan sediento estás? —la voz burlona de Radbourne hizo rechinar los dientes de Alec.

Si arrancara la cabeza del lycan de sus hombros, podría hacer que Bexley olvidara todo el evento, pero aún tendría que lidiar con los cachorros gemelos. Realmente, ni siquiera debería considerar esa opción. Su viejo mentor fue muy

persistente en que Alec no comenzara alguna guerra... Pero Matthew ya no estaba a su alrededor, ¿no es cierto?

Si se deshiciera de los malditos lobos, al menos, Sorchá estaría a salvo. A Alec no se le había escapado la manera como Radbourne había mirado de soslayo a la pequeña bruja. Había sido suficiente para hacer que su visión se tornara roja en las esquinas. El maldito vizconde tuvo suerte de no haber estado a su alcance cuando pasó o habría perdido un brazo o una pierna o algo aún más vital.

—¿O sólo apresurado por encantar a una pequeña historia?

Preguntó Weston Hadley mientras cabalgaba por la derecha de Alec.

El gemelo fastidioso seguramente lucía la cicatriz que tenía en la cara como un emblema de honor. Alec no había estado presente cuando una poderosa vampiresa marcó al cachorro por su impertinencia, pero ciertamente podía simpatizar con la dama que fue conducida a reprender al joven lycan. Echó una mirada al lobo a su lado.

—Callista te manda saludos, Hadley.

Una satisfactoria mirada de temor centelleó en los ojos de lycan, y Alec reprimió una sonrisa. Verdaderamente, fue una pena que se hubiese perdido todo el suceso la primavera anterior. Y realmente fue una pena que ambos hermanos del lobo no hubiesen sido castigados de manera similar. Tal vez Sorchá no los encontraría tan fascinantes si todos ellos estuviesen marcados con cicatrices.

—¿Callista? —preguntó Bexley mientras cabalgaba por la izquierda de Alec.

—¿Quién es esa pequeña historia?

Callista *no* apreciaría que se refirieran a ella de tales maneras. Gracias a Dios que no estaba en Kent. Alec trató de hacer lo que esperaba fuese una expresión de aburrimiento.

—Una conocida de Mr. Hadley. No estarías interesado en ella.

–Lindo nombre – añadió el conde, encogiéndose de hombros. –¿Te importaría contarme más, Wes?

–No te gustaría conocerla –Alec rió más para sí mismo que para Bexley. –Es definitivamente anciana –con toda honestidad, no tenía la certeza de cuán vieja era la vampiresa, pero no le sorprendería que hubiese estado con César cuando sus fuerzas entraron en Bretaña por primera vez.

El conde frunció el ceño.

–Qué lástima. Es una pena. He cortado camino a través de Folkestone más veces de las que me importaría contar. Una bonita cara nueva sería muy bienvenida.

–Miss Ferguson tiene un lindo rostro –Radbourn apuntó desde detrás.

Alec empuñó aún más fuerte las riendas. Si corriera sangre por sus venas, le habría palpitado en los oídos.

¿Cómo se atrevió siquiera a pronunciar su nombre?

–Cierto –accedió Bexley. –A mí mismo me encantaría probar un poco de Escocia. –luego, gruñó un poco como si se imaginara haciéndolo.

Alec le dio al hombre una mirada de amonestación.

–Tu abuela te ha advertido sobre ella, –le recordó al conde.

Bexley asintió la cabeza.

–Es verdad. Es realmente muy malo. Una mujercita tan tentadora con los labios más hermosos.

Nada malo en lo absoluto, pero buena fortuna para Sorch, aún si ni siquiera se daba cuenta.

–Y tan encantadoramente casta –continuó el conde. –No hay nada tan agradable como una pupila ansiosa.

Alec empujó su caballo de caza un poco más adelante. Si tiene que escuchar esto todo el camino hasta Folkestone, se desvanecería cada onza de paciencia en él.

—¿Cuánto falta para la villa?

—No mucho —replicó Bexley, completamente inconsciente de la cuerda floja sobre la que caminó. Uno no debería ir por ahí provocando vampiros, ciertamente no en la extensión en que el inglés lo hizo. No si quisieras seguir teniendo tu cabeza pegada al cuerpo al final del día.

En la distancia, Alec podía ver las luces de lo que parecía ser una taberna. Gracias a dios. Le echó una mirada a sus compañeros por sobre sus hombros.

—Los veo allá.

Los cuatro hombres rieron mientras Alec se adelantaba.

—Verdaderamente está ansioso —murmuró uno de los gemelos, pero Alec no volvió la vista para ver cuál era.

La noche había caído muy rápido. Sorchá se asomó por la cortina de su coche robado. Ya deberían estar cerca de Folkestone. Muy seguro, un cálido resplandor emanaba de un edificio de piedra gris frente a ellos. The Knight's Arms. El cartel colgante se mecía de atrás a adelante, columpiado por la brisa del océano. Ella había visto la taberna el día anterior. La estridente risa de los hombres se filtraba desde el establecimiento y Sorchá temblaba. ¿Qué la había poseído para embarcarse en una travesía tan tonta?

Los Hadley, Alec, y Lord Bexley debían estar en esa taberna. Era el único lugar donde ella pudo ver u oír señales de vida en Folkestone. Pero el carruaje de Hythe había continuado más hacia la villa y finalmente se detuvo fuera de la pequeña tienda de libros que Maddie y ella habían explorado por completo el día anterior. Un

momento después, Johnny abrió la puerta del coche y ofreció su mano para ayudar a Sorch a salir del transporte.

—Nada está abierto, señorita —le dijo pesaroso. —Pero aún puede repasar sus pasos. Podemos volver en la mañana, si usted cree que su alhaja está dentro de una de las tiendas.

Su *objeto* se había convertido en una alhaja ahora. Debió haber pasado todo el viaje hasta Folkestone pensando qué había perdido exactamente.

—Gracias, Johnny —sus ojos miraron por sobre su hombro, de regreso a High Street hacia The Knight's Arms. Realmente no estaba tan lejos. Podría estar ahí en un momento, si pudiera alejarse del colaborador mozo.

La inspiración la golpeó. Johnny quedaría con un dolor de cabeza y ella misma tendría que guiar el carruaje de regreso a Castle Hythe, pero era hábil con los lazos. Había algunas ventajas en tener un hermano mucho mayor que fuese fácilmente persuadido de enseñarle cosas que ella no debía saber.

Sorch a abrió su retículo e incitó una semilla de valeriana a encontrar su camino hacia fuera. Le sonrió a la semilla y la atrapó entre las palmas. En segundos, la vida comenzó a brotar dentro de su puño. Abrió la mano y vio una flor blanca retoñar. Su dulce esencia le hizo cosquillas en la nariz, lo cual era lo último que quería que pasara.

—A mí no —susurró a la planta. Luego cerró el puño otra vez y la nueva flor se desintegró en su mano, dejando la cantidad perfecta de hierba seca.

—¿Dijo algo, señorita? —Johnny se acercó a ella.

Sorch a sólo un mínimo pellizco de culpa dentro de ella, cuando abrió la mano y sopló la hierba a la cara de Johnny.

Cayó hecho como una bola a sus pies. Sorch a contuvo el aliento, aun cuando sabía que eso pasaría. Miró calle abajo, asegurándose de que nadie hubiese visto ese despliegue de magia, y lanzó su retículo al suelo.

Dio un paso atrás, se inclinó, y trató de levantar al joven mozo por las axilas para dejarlo dormir los efectos en el coche. ¡*Recórcholis!* ¿Quién habría pensado que Johnny era tan pesado? ¿Tenía piedras en los bolsillos? Qué no habría dado por tener la fuerza de Blaire en ese momento. Su hermana, nacida en la batalla, fácilmente habría dispuesto del mozo y estaría a medio camino de The Knight's Arms a estas alturas.

Sorcha tiró nuevamente de la chaqueta de Johnny y se sintió aliviada cuando se movió media pulgada. Aun así, a ese paso pasaría toda la noche antes de poder poner al mozo dentro del coche.

—La próxima vez, dale la valeriana cuando esté *dentro* del coche —se riñó a sí misma.

—¿Dijiste algo, muchacha? —preguntó una voz gruesa, exactamente detrás de ella.

Con un jadeo, Sorcha giró para encontrarse con los ojos ámbar oscuro del Vizconde Radbourne. Era tan endemoniadamente apuesto con su cabello marrón claro, iluminado por la luz de la luna, que luchó para encontrar su propia voz.

—Ahora, Miss Ferguson —comenzó el lycan mientras daba otro paso hacia ella e hizo señas hacia el mozo tirado a sus pies. —Dígame, ¿la puedo ayudar en algo?

Sorcha se mordió el labio y buscó en su cerebro, tratando de encontrar una historia que fuera digna del lycan. ¿Una historia? Eso es decir mucho. Una mentira. Eso era más apropiado.

—¿Parece que el mozo de Hythe está un poco enfermo? —intentó.

—¿Golpeó al tonto en la cabeza, Miss Ferguson?

Él levantó las cejas, mientras se recostaba casualmente a un lado del coche.

—¿Qué le hace pensar que es un tonto? —contraatacó, tratando de evadir la pregunta.

–Está tirado en el suelo a sus pies –apuntó Lord Radbourne, mientras señalaba hacia Johnny. El lycan se inclinó y golpeó la cara del hombre. Johnny ni se movió. No se quejó ni hizo ningún sonido en lo absoluto.

–No despertará por un rato –admitió Sorchá. –Al menos, no creo que lo haga –estaba inquieta bajo la pesada mirada de Lord Radbourne. –He oído que eso es lo que pasa cuando alguien ha bebido demasiado.

Radbourne resopló.

–No huele a licor.

Sorchá quería golpearse en la frente. Por supuesto que un hombre con un sentido del olfato tan alto sabría si Johnny había bebido o no. Tonta. Tonta. Tonta.

–Entonces, ¿tal vez fue algo que comió? –probó.

–¿O algún conjuro entramado en tu mente? –rió. –¿Qué debemos hacer con él?

Ella miró la oscuridad alrededor.

–No podemos dejarlo aquí en la calle –miró a Lord Radbourne con lo que creía era su sonrisa más hechizante. –¿Me ayudaría a meterlo al coche?

El lycan gruñó en voz alta, mientras montaba al mozo inconsciente dentro del coche. La madre de Sorchá no había vivido lo suficiente para enseñarle la manera correcta o incorrecta de atrapar a un lycan, pero algo le dijo que esta era la manera incorrecta.

–Eso fue casi como mover un cadáver –murmuró Lord Radbourne mientras se sacudía el polvo de las manos y salía del coche.

–¿Ha movido un cadáver antes? –Sorchá contuvo el aliento.

Él rió.

–Esa es una discusión para cuando la conozca mejor, Miss Ferguson –su mirada vagó lentamente por su cuerpo. –Mucho mejor.

Sorcha estaba segura de que estaría sonrojada en diez tonos, si no fuese por la oscuridad que los escondía a ambos. Tomó un profundo respiro. Luego le soltó:

—¿Y cuánto tiempo tomará eso, Lord Radbourne?

Sus cejas se elevaron con la pregunta mientras las esquinas de sus labios se torcieron. Hubo una larga pausa durante la cual Sorcha se cuestionó sobre la aspereza de sus palabras. Él probablemente pensaría que ella era una joven si probar buscando tropezarse con un apuesto par.

—Tomaría lo justo para que Eynsford se dé cuenta de mis intenciones. Entonces, me golpearía. Y Cait se sentiría obligada a venir a mi rescate. Y luego se perdería toda esperanza para ti y para mí.

Sorcha rió con sus palabras.

—Así que, Miss Ferguson, ¿qué debemos hacer ahora? —preguntó, parecía estar más intrigado por su situación. —Puedo escoltarla de regreso a Castle Hythe.

Tan cerca. Había estado tan cerca de atrapar a un lycan. Pero por sus propias acciones tontas, forzó al hombre a *mover un cadáver*, lo cual probablemente lo había hecho perder cualquier interés él podría haber tenido en ella.

Se movió hacia el carruaje cerrado.

—Supongo que sólo esperaré que Johnny despierte —pateó un pedazo de tierra con la punta del pie. —Debería volver a sus asuntos, cualesquiera que sean —entonces, en voz baja agregó: —O cualquiera que puedan involucrar.

—Lo hace sonar como si yo asesino bellas muchacha con mis ingeniosas y agudas respuestas diariamente, Miss Ferguson.

Sorcha no pudo contener un gruñido. ¿Cuándo recordaría que los Lycans pueden oír cada murmuración que se dice?

Cada comentario que lanzaba en voz baja llegaba directo a sus oídos.

—¿Por qué siempre me olvido de su impecable audición? —se preguntó a sí misma. Como ya estaba hablando consigo misma como una tonta, probablemente sería más seguro continuar. —Me está escuchando justo ahora, de hecho, aunque cómo puede oírme con ese pie tan atroz dentro de mi boca, no tengo idea. No tenía idea de que los Lycans eran *tan* astutos.

—Discúlpeme, Miss Ferguson —dijo Lord Radbourne, parándose más alto de lo que parecía, desembriagándose ante sus ojos. —Apreciaría si no jugaras con ese detallito en una manera tan desdeñosa. Es un secreto bien guardado. Uno del que yo no estaba consciente que usted sabía.

—Oh, no se preocupe. Yo también tengo mis propios secretos que no me gustaría que fueran juego. El hecho de que sea lo que es no es algo que discutiría con alguien más. Tiene mi palabra.

Por alguna razón, sintió la necesidad de reasegurarle.

Probablemente porque él lucía tan vencido por el hecho de que ella sabía. Ella alzó su mano y alisó su solapa. Y la dejó ahí, posada, mientras lo miraba a los ojos. Necesitaba que él entendiera que ella nunca, jamás lo contaría.

Capítulo 4

Alec MacQuarrie salió de la taberna y miró al cielo. Había necesitado sólo unos momentos de vigilancia en el bodegón para darse cuenta de que no sería posible tener una cena adecuada esta noche. Al menos, no en The Knight's Arms. Ser un vampiro era una maldita molestia, especialmente cuando uno era un caballero debajo de toda la oscuridad.

La vida sería mucho más fácil si él tuviera menos escrúpulos, o tal vez si tuviera la habilidad de bloquear los sentimientos de las mujerzuelas que eran su comida. Pero para su consternación, cuando bebía de una mujer y permitía que se creara un vínculo entre ellos, cuando sellaba su boca sobre su piel y la bebía, absorbía demasiadas emociones dolorosas junto con la sangre vivificante. La desesperación maldecía a Alec durante esos momentos, así que evitaba a toda costa las muchachas desconocidas.

Al menos en su club en Londres, los Ciprianos estaban acostumbrados a su idiosincrasia. Las mujeres en *Brysi* le permitían beber su sangre a cambio de placer y unas monedas. Ellas ya no esperaban más de lo que él era capaz de dar, y no necesitaban ser encantadas. Odiaba tener que confiscar la libre voluntad de una mujer, lo cual es lo que tendría que hacer si pasaba más tiempo dentro de The Knight's Arms con sus compañeros de viaje.

Le había perdido la pista a los gemelos Hadley tan pronto entraron en el establecimiento. Pusieron la vista en dos pequeñas mozas que parecían determinadas a pelear para ver cuál de ellas se quedaba con el de la cicatriz. ¿Qué era tan seductor en haber sido marcado por un vampiro? Alec no tenía idea. Sin embargo, aparentemente lo era.

Bexley se había instalado en una mesa con compañeros locales involucrados en lo que parecía ser faro. Radbourne había desaparecido, de algún modo. Y Alec estaba aburrido hasta el cansancio.

En cuanto su pie tocó el escalón superior, un viento gentil vino a peinar el pelo de su frente, y con él, vino la esencia de flores de manzano. ¿Flores de manzano? ¿Por qué le parecía tan familiar esa esencia? Estrujaba el cerebro, tratando de recordar dónde había olido ese delicioso aroma por última vez.

Se le hizo la boca agua de sólo pensar en eso.

Entonces, la escuchó reír.

Alec giró rápidamente y observó en la oscuridad.

Su excelente visión no lo defraudó. Vio la parte trasera de un coche cercano que estaba detenido fuera de una pequeña tienda de libros.

Y una muchacha estaba parada en la sombra. Cerró los ojos e inhaló profundamente, aunque no necesitaba hacerlo.

No confundiría a Sorchá con nada. Esa era su esencia. Ese era su adorable cabello apilado sobre la cabeza. Esa era ella... *¿tocando a Radbourne?* Por Dios, ¡era ella! Alec cruzó la calle en un parpadeo. Se paró detrás del coche y escuchó, esperando oír la conversación por un momento, antes de arrancarle las extremidades del cuerpo al perro callejero, simplemente porque dejó que Sorchá lo tocara.

Alec se congeló en el sitio.

—Es triste que un caballero deba escuchar a escondidas, ¿no es así, Miss Ferguson? —había oído a Radbourne preguntarle a Sorchá.

—¿Oír a escondidas? Eso es una práctica terrible. Una que nunca consentiría, a menos que definitivamente tenga que saber algo que nadie me contara —Alec la oyó reír y sintió la punta de una sonrisa en las esquinas de su propia boca.

—¿Hay cosas que la gente se rehúsa a discutir con usted?

Preguntó Radbourne.

—¿Cómo cuáles?

–Como qué se siente besar a un lycan –dijo Sorch en voz baja, su voz era apenas más que un susurro.

–Qué parodia –la voz de Radbourne se agravó. –¿Le nuestro?

Eso era todo. Era todo lo que Alec podía soportar. No podía quedarse en el lado opuesto del coche y dejar que Radbourne introdujera a Sorch en la pasión. Y no tenía duda de que esta sería su introducción. Caminó rápidamente alrededor del carruaje y se detuvo en seco. El otro par estaban parados ahí, riéndose de él.

–Es de mala educación escuchar a escondidas, MacQuarrie –dijo Radbourne. Unos buenos seis pies separaban al lycan de Sorch. Gracias a Dios.

–Lo que es de peor educación es tenerla afuera en la oscuridad de la noche sin chaperón –aclaró Alec. Tomó a Sorch por el codo y le dio la vuelta para enfrentarla. –¿Qué diablos crees que estás haciendo, Sorch? –preguntó. –Tu reputación estará destrozada si se sabe una palabra de esto –abrió la puerta del coche e hizo un movimiento para apresurarla dentro. Pero un pie salió por la puerta. Un pie humano. El cual estaba sólidamente unido a una pierna. ¿Qué diablos?

Radbourne se encogió de hombros.

–Es un hombre alto. Me temo que era casi imposible meter su cuerpo en un lugar tan pequeño sin doblarlo.

Sorch rió.

–Parece que se está desdoblado.

–Es bastante obvio –dijo Radbourne, con la risa tras las palabras.

–¿Quién es ese? –Alec, enseriando el momento.

–No está muerto –dijo Sorch, casi como si hubiese sido apagada por sus preguntas.

–Estoy bien consciente de eso –estableció Alec. –Puedo oír su corazón latiendo.

–¿Ella sabe lo que eres? –preguntó Radbourne, con voz incrédula.

–Lo sé todo – dijo Sorch. Entonces, inmediatamente se mordió el labio, con la mirada mordaz que Alec le había lanzado. –Bueno, sé bastante –luego, aclaró otra vez. –Sé suficiente. Casi nada.

–También sabe lo que soy –dijo Radbourne, casualmente, mientras se apoyaba en el coche.

–Sabe lo suficiente para meterse en muchísimos problemas –contraatacó Alec. ¿Pasaría las fiestas completas tratando de sacar a Sorch de situaciones peligrosas? Evidentemente, lo haría. Inhaló profundamente y se colocó frente a Radbourne. –Tus servicios ya no se necesitan. Puedes irte –levantó una ceja al lycan. –Y confío que valoras tu piel lo suficiente para no contar a nadie sobre este encuentro improvisado.

Radbourne se alejó del coche con un gruñido.

–¿Cuál encuentro?

–Exactamente –respondió Alec.

Casi podía escuchar las palabras en la boca de Sorch antes de que las escupiera. –¿Qué si yo cuento a alguien? ¿Qué entonces?

Pequeña bruja exasperante. Alec no tenía idea de qué hacer con ella. –Entonces uno de nosotros podría estar forzado a casarse contigo. O verte arruinada.

–Y como yo estuve contigo primero... –dijo Radbourne.

Los ojos de Sorch se abrieron de par en par. ¿Es tan simple? ¿De verdad? Para atrapar una bestia para mí, ¿solamente debo dejarlo en compromiso conmigo? –Se puso las manos en las caderas y le lanzó una mirada pícaro a Radbourne. –Entonces, considérese comprometido, Lord Radbourne. ¿Debemos correr a Gretna?

Alec se quedó boquiabierto. Ella iba a matarlo, lo cual no era fácil, considerando que ya estaba muerto. Pero la diversión cambió sus facciones y rió hasta que tuvo que secarse las lágrimas. Gracias a Dios, había estado bromeando. Aún así lo había puesto de malhumor.

–Quisiera saber por qué es tan divertido para ti –dijo Alec, a él mismo le sonaba como una tía solterona. De ahora en adelante, tendría consideración por las tías solteronas. Las pobres debían ser las almas más engañadas en toda la tierra.

Cuando Sorchá pudo recuperar el aliento, dijo:

–Porque tengo a un mozo inconsciente en el carruaje. Y tengo un lycan sinvergüenza, que no podría ser considerado un sinvergüenza en lo absoluto, o al menos no conmigo, porque lo hice cargar un cuerpo y arruiné cualquier oportunidad de que me encuentre atractiva. Y tengo un vampiro, jugando a la niñera –se secó los ojos nuevamente. –Para mí, es muy divertido.

–¿Quién dice que se arruinó su oportunidad conmigo, Miss Ferguson?

–Oh, puede llamarme Sorchá, Lord Radbourne –dijo ella con un suave movimiento de mano.

–¡Él no puede hacer tal cosa! –rugió Alec.

–En ese caso, Sorchá –Radbourne habló lentamente, –llámame Archer.

No, Alec no tenía opción. Tenía que asesinar al lycan, justo aquí y ahora.

–¡Por supuesto que no! Hay líneas que no deben ser cruzadas.

Sorchá entrecerró los ojos hacia él.

–¿Por qué no? Parece que tú cruzaste una o más de una en este preciso momento, Alec.

–¿Quién más protegería a los Lycans del mundo de ti, Sorchá?

Una sonrisa exasperante se iluminó en sus labios.

–¿Él luce como si necesitase protección de mí? –se volvió a Radbourne. –¿Me tienes miedo, Archer?

Alec se erizó con el uso del nombre cristiano del hombre.

–Ni un poco –replicó Radbourne, suavemente.

–Oh, debes temerle –dijo Alec. Sacudió la cabeza en consternación. Dios, *él* ya le temía. –Puedes irte, Radbourne. Yo la acompañaré al castillo.

–¿Es lo que quieres, Sorch? –preguntó el lycan, y Alec estaba seguro de que era sólo para fastidiarlo.

–Bueno, asumo que mis planes para la noche han sido frustrados por mi niñera –dijo, golpeándose la muñeca de una forma molesta hacia Alec.

–Discutiremos tus planes –dijo Alec, –tan pronto estemos solos.

Ella se puso las manos sobre las caderas otra vez, y él tuvo el deseo absurdo de que sus manos estuviesen sosteniendo esas caderas, en su lugar.

–Oh, puedes estar seguro de que lo discutiremos, Alec.

Maldita sea. Él estaba tratando de salvar su virtud. ¿Por qué demonios tenía que verse tan molesta con él? Ella lo llamó niñera, por el amor de Dios. Bueno, él se comportaría como una.

Alec vio amenazadoramente en dirección de Radbourne, hasta que el maldito lycan inclinó la cabeza para despedirse.

–Hasta mañana, querida –dijo el lobo y luego, partió hacia The Knight's Arms.

Mañana estaba a varias horas, y Alec tendría que asegurarse de que Sorch había recobrado algo de juicio antes de que pusiera sus ojos sobre el lycan y sus hermanos menores, otra vez.

–Bueno, espero que estés satisfecho –Sorch cruzó los brazos sobre el pecho. –No fue fácil venir hasta Folkestone sola.

Definitivamente no, especialmente para una muchacha que no tenía el poder del encantamiento como él.

–Bueno, ¿qué te dice eso, Sorch? ¿Que, tal vez, debiste haberte quedado en Castle Hythe como se suponía?

Sus rizos oscuros rebotaron mientras sacudía la cabeza.

–Si vale la pena tener algo, vale la pena trabajar por él.

Sonaba exactamente como su padre. Siempre un hombre de negocios, aunque era un caballero. Alec suspiró. ¿Cómo se podía razonar con Sorchá? ¿Cómo podía hacerle ver el peligro en el que se puso a sí misma? Probablemente, tendría una mejor idea si hubiese tenido una hermana. Así como estaba, no tenía idea.

–Bueno, tendrás que trabajar en eso en otro momento. Te voy a regresar.

Sorchá suspiró y se dirigió a la puerta del carruaje.

–Estoy muy segura de que no se puede contar con Johnny por el resto de la noche.

Alec empujó la puerta para impedir que la abriera.

–Siéntate en la caja conmigo, y podremos continuar nuestra conversación –tal vez, la inspiración le llegaría antes de arribar a Castle Hythe.

Capítulo 5

Sorcha se acomodó en la caja del cochero y esperó que Alec tomara su lugar, a su lado. ¿Por qué estaba poniéndose tan difícil? Ella no era nada de él, no realmente. Amigos, vecinos. Nada más. ¿Era que, simplemente, él no deseaba que nadie más encontrara la felicidad que lo había eludido?

Bueno, no era muy caritativo de su parte.

¿O así eran los vampiros? ¿Disfrutaban arruinando los planes de los demás? Ella no había conocido a Lord Kettering cuando fue vampiro. Y solamente había conocido brevemente a Lord Blodswell cuando era vampiro, aunque el hombre le pareció muy agradable, aún en ese estado. Por supuesto, desde entonces, ambos hombres habían encontrado sus amores verdaderos, las mujeres por quienes sus corazones latieron una vez más, y han regresado a ser los hombres que habían sido, aunque en un período de tiempo muy posterior al que nacieron.

Alec se deslizó en el espacio al lado de ella, y ella no pudo evitar darle una mirada a su perfil. Se notaba que él era infeliz con esta nueva vida. Fruncía el ceño más de lo que solía hacerlo, y el calor que una vez exudaba fue reemplazado por una vacuidad fría. Sorcha cruzó sus manos sobre el regazo. Condujeron más allá de The Knight's Arms y la alegría dentro, se dirigieron por la oscuridad más allá de Folkestone.

Ella deseaba que Alec pudiera encontrar algo de la paz que Kettering y Blodswell habían descubierto, que pudiera ser transformado al hombre que ella conoció una vez. Pero eso nunca iba a ser. Su amor verdadero, Cait, amaba a otro. El pobre Alec estaba condenado a pasar la eternidad sin la única mujer que siempre pensó que amaría, desposaría y tendría hijos.

Al pensar así de él, se hizo mucho más difícil permanecer enojada. ¿Podría ella hacer algo, cualquier cosa, para hacerlo sonreír de la manera en que alguna vez lo había hecho? ¿Algo que pueda regresar el brillo de sus ojos?.

–Quieres decir, Lycans, ¿no es así? Ellos son bestias nobles. No “hombres de su calaña”.

Finalmente, él dirigió su mirada oscura como la noche hacia ella y casi la hizo temblar con la intensidad.

–Apenas estoy controlando mi temperamento. No me provoques.

–¿O qué? –murmuró para sí misma. Pero sabía que la había oído, porque apretó los dientes aún más y un músculo brincaba sobre su ojo. –No pretendas que esto es sobre mí, Alec. Ambos lo sabemos.

–¿Disculpa? –gruñó.

Sorcha suspiró y se alejó de él en el banco.

–Ambos sabemos que esto es por Cait, no por mí. Pero ella no necesita o requiere de protección, y yo tampoco.

El ceño de Alec se profundizó y regresó la vista hacia el camino. Estuvo callado por mucho tiempo antes de decir una palabra, finalmente.

–Cait está perdida –dijo en voz baja. –Lo sé. Pero tú no tienes que estarlo.

Pero Cait no estaba perdida. Era más feliz que nunca. Aunque Sorcha no podría atreverse a decirle eso a Alec. No importa cuán exasperante encontraba ese repentina sobreprotección, nunca podría lastimarlo a propósito, más de lo que estaba. Hacerlo sería cruel, y ella siempre lo adoró. Él era amable y honorable. Inteligente y admirable. Sin mencionar que era el hombre más atractivo de todo Edimburgh.

Ella había quedado tan sorprendida como Alec cuando Cait se casó con Eynsford. Por supuesto, todo Edimburgh se había sorprendido por su súbita boda. Sorcha, junto con el resto de la ciudad, estaba convencida de que Cait eventualmente

aceptaría la proposición de Alec, y ellos era la pareja más bella en toda Escocia. Ricos y poderosos también.

Aun así, si hubiese estado oyendo a Cait con cuidado, Sorchá no habría estado sorprendida. Cait era clarividente, y había declarado muy fervientemente en más de una ocasión que Mr. MacQuarrie no estaba en su futuro. Pero Sorchá siempre había creído que Cait eventualmente se rendiría al apuesto escocés. Después de todo, ¿quién le diría que no a Alec? ¿Y quién seguiría diciéndolo?

—¿Es tan difícil de creer que yo podría saber qué es lo mejor para mí?

Nadie más pensaba que lo sabía, pero ella consideró más inteligente no admitirlo.

—Esos... *hombres* —cortó él, —no son para ti, Sorch.

Ella suspiró.

—¿Es tan difícil de creer que yo pueda querer lo mejor para ti? ¿Qué podría saber que lo es? ¿Y que podría *no* ser lo que quieres? —tiró más fuerte de las riendas, presionando al par de bayos en el camino a un paso más veloz. —Aun así, no tengo idea de por qué querías una de esas bestias.

Porque eran leales, enérgicos, y vivían la vida al máximo, al menos si eran parecidos a los otros Lycans que conocía. Y que Alec conocía.

—¿Aún estás molesto porque Lord Benjamín no te contó la verdad sobre sus circunstancias?

¿La verdad de sus circunstancias? ¿Que su más querido y viejo amigo era una bestia babeante de un hombre que veía la luna como una parte de sí mismo? ¿Qué

no era el hombre que él aparentaba ser y había ocultado ese secreto a Alec desde que tenían doce años? Él tenía todas las razones de estar enojado por eso.

No se había dado cuenta de la verdad hasta después de esa terrible noche en que fue transformado en el monstruo que era ahora.

Una vez que su sentido del olfato aumentó más allá de toda medida, Alec se dio cuenta por la esencia de su viejo amigo que Ben era un lycan. La traición aún era difícil de aceptar después de todo lo que habían pasado juntos. –Esto no tiene nada que ver con Ben.

Y no tenía que ver. Para nada. Ben no estaba en Castle Hythe o Eynsford Park, tratando de seducir a Sorchá para que baje por ese camino oscuro, no destinado para una dama de dulce inocencia como ella. Ella era tan delicada como las flores que controlaba con sus pensamientos y emociones, no una chica con quien jugar de la manera en que Radbourne y sus hermanos estaban acostumbrados.

–La pequeña Rose ya nació, ¿sabías? –dijo ella, sacando completamente a Alec de sus pensamientos.

¿Qué había dicho? ¿La pequeña Rose Westfield había nacido? Sí, él lo sabía. Habría sido imposible no saberlo. Ben había enviado más de una carta anunciando el bendecido evento. Más de una carta *sin contestar*.

–Tiene la madeja de cabello rojo más hermosa, igual que Elspeth –continuó Sorchá, alegremente.

Él podía oír la sonrisa en su voz, y extrañamente, le hizo sonreír también. Había pasado tanto tiempo sin hacerlo que no se sentía muy bien con una sonrisa en su rostro.

–¿La minúscula brujita también tiene los ojos verdes de su madre?

–No, tonto –rió ella. –Los hijos tienen ojos *azules*. Aunque Benjamín jura que cambiarán como los de él.

–¿Aún no han cambiado?

–Son azules como acianos. Y se hacen cada día más azules.

Alec podía imaginarse a la bruja bebé en su mente.

La hija de su más viejo amigo, quien debía ser increíblemente parecida a su madre. Sonrió a pesar de él mismo.

–Benjamín quería que fueras el padrino de Rose. Dijo que te envió varias cartas pidiéndotelo.

La sonrisa de desvaneció del rostro de Alec y se alegró de ver Castle Hythe en el horizonte.

–Tiene hermanos que pueden ocupar ese rol.

–Pero ellos son sus hermanos. *Tú* eres su amigo. Él quiere que tú seas quien cuide de Rose en el futuro.

–No puedo poner un pie en la iglesia, Sorch –rezongó, aunque no quería tampoco. No era culpa de ella que él hubiese sido atacado por un vampiro iracundo. No era culpa de ella que sus únicas opciones eran morir o convertirse en el mismo tipo de monstruo que le había robado la vida. No era culpa de ella que no pudiera ser el padrino de la pequeña Rose Westfield. –Ben debería saberlo.

Ella se recostó de él y deslizó una mano alrededor de su brazo. Su calidez y esencia de flores de manzano lo envolvió.

–Lo siento, Alec.

Él asintió porque no había más nada que decir. Ella lo sentía. Ben lo sentía. Maldición, hasta Alec lo sentía.

Pero sentirlo no arreglaría todo lo que había salido mal en la vida de Alec. No haría que Cait lo amara. No lo haría humano otra vez. Era solamente una palabra.

Alec se concentró en el castillo, que iba creciendo y creciendo a cada momento mientras se acercaban, y trató de aclarar su mente.

–El amigo en el carruaje. ¿Estará bien en la mañana?

–El polvo de valeriana le dejará un dolor de cabeza, pero estará bien.

–¿Recordará que lo coaccionaste para que te llevara a la villa?

Sorcha se encogió de hombros.

–Probablemente. Pero creo que Johnny tiene un punto débil conmigo. No creo que diga nada.

Le gusta. Cualquier hombre que tenga ojos tendría un punto débil por Sorcha y otra cosa muy dura.

–Es mejor no correr el riesgo. Tendré una *charla* con él en la mañana para asegurar su silencio.

Ella aspiró profundo a su lado.

–¿Vas a encantarlo? ¿Puedo ver?

Si él no hubiese estado sosteniendo las riendas, habría caído de la banca. *Había* planeado encantar al mozo para borrarle la memoria de la noche anterior. Pero, ¿cómo diablos sabía ella sobre ese poder?

–¡No, no puedes ver! –ladró. –¿Cómo sabes esas cosas?

Completamente inmune a su malhumor, ella le sonrió. Las estrellas se reflejaban en sus ojos oscuros y le pareció, una vez más, la criatura más inocente.

–Blair –respondió alegremente. –Nos dijo a Rhi y a mí que nunca debíamos mirar a los ojos a un vampiro. Que ustedes pueden controlar a un humano con un encanto.

–Aparentemente, Rhiannon no prestó nada de atención a *esa* lección –refunfuñó. Y Blair Kettering debería saber que no debe ir por ahí hablando de los poderes de los vampiros.

Otros de su tipo no estaban particularmente felices de que sus secretos se revelaran.

Sorcha rió.

–Bueno, Rhi *tenía* que mirar a los ojos a Lord Blodswell. ¿Cómo iba a hacer que él se enamorara de ella, si no?

¿Cómo, en realidad? Alec sacudió la cabeza.

–No mires a los ojos a los vampiros, Sorch. Blaire tenía razón. Y no sigas Lycans por el campo, a menos que quieras ser golpeada.

Ella rió otra vez. El dulce y melódico sonido lo hizo pensar en Escocia y en una época menos complicada.

–Pero puedo ver en tus ojos, Alec. Yo sé que nunca me lastimarías.

No. Él nunca la lastimaría y se aseguraría de que ningún otro hombre, lycan o humano, lo haga tampoco.

–¿Puedo preguntarte algo, Alec?

Como si pudiera detenerla. Él suspiró pesadamente.

–¿Qué es, muchacha?

–¿Cuándo fue la última vez que tomaste algo de sangre? Te ves un poco pálido.

–Es la luz de la luna –dijo. –Tú también te ves pálida.

–¿Me veo? –reflexionó en voz alta. –Hmm. Pero no respondiste mi pregunta.

Por supuesto que se dio cuenta.

–¿Cómo cuando fue mi último sustento? Ayer, antes de salir de Londres.

–Oh. Pensé que tal vez habías encontrado una camarera o alguien en la taberna de Folkestone.

Nunca dejaba de sorprenderlo. ¿Cómo diablos sabía esas cosas? Debió haber leído su expresión porque se encogió de hombros una vez más.

–Blaire dice ellas son los blancos más fáciles para un vampiro.

–Blaire debería aprender a mantener la boca cerrada.

Sorcha le sonrió.

–Dejaré que le digas eso tú mismo. No necesito que me golpeen –se acomodó más cerca de él en la banca. –También dice que pueden pasar días sin alimentarse.

Cierto. Mientras más te mueves por ahí, más necesitas alimentarte. Y él necesitaba sangre pronto.

–Bueno, si no vas a encantar una camarera, siempre puedes tomar lo que necesitas de mí.

Alec tosió. ¡Querido Dios! No podía creer que ella había dicho eso. Ahora todo lo que pensaría el resto de la noche era sorber su sangre y compartir su pasión. ¡Perfecto!

–¿Estás bien? –le golpeó la espalda como si pudiera detener su ahogo.

–¡Sorcha! –exclamó. –No puedes ir por ahí diciendo cosas como esas. Algún vampiro con menos principios podría aceptar esa oferta.

Ella parpadeó y levantó su muñeca hacia él como si la estuviese ofreciendo.

–Bueno, tengo mucha. Creo que estaría bien compartir. Especialmente si no quieres regresar a Folkestone.

–¡Sorcha! –gruñó más fuerte.

Ella suspiró como si fuese el hombre más difícil que conocía.

–O puedes visitar la carnicería en la villa. La vi ayer cuando Maddie y yo estábamos de compras. Pero creo que yo tendría mejor sabor que cualquier cosa que puedas encontrar ahí.

Estaba seguro cien por ciento de que ella tenía razón.

Sorcha sabía a dulzura, inocencia y luz, y él sería un sinvergüenza del peor tipo si tomaba su oferta. Ahora, si tan sólo pudiera olvidar las imágenes que le había puesto en la mente.

Carnicería en la villa. Malditos sean todos.

Detuvo el carruaje, cerró los ojos y tomó un profundo respiro, aun cuando ya no los necesitaba. Ya ella le había plantado la semilla en la cabeza, así que tenía su sabor en la punta de la lengua; era fácil hacer descender sus colmillos. Eran colmillos que podían perforarle la carne, tomar su fuente de vida dentro de su cuerpo como sustento. Se volvió hacia ella y le mostró los dientes, completamente consciente de que su gallarda sonrisa de años pasados, la que ella estaba acostumbrada a ver, ya no existía.

–Oh, Dios –jadeó, mientras una mano voló a su pecho con sorpresa.

–Sí, oh Dios –él asintió mientras recogía las riendas nuevamente.

–Espera –dijo ella mientras presionaba la mano a su brazo.

Trató de evitar que su voz delatara las ganas de morder, pero estaba muy seguro de que había fallado miserablemente cuando dijo:

–¿*Qué*, Sorcha?

–Bueno, no puedes sólo mostrarme un poco y luego volverte. Al menos, déjame mirarte. Lo contrario sería como darle un regalo de cumpleaños a un niño y quitárselo después –resopló, indignada.

–Eres demasiado curiosa para tu bien –gruñó. –O el mío –murmuró para sí. Pero en contra de su mejor juicio, se volvió hacia ella. La visión que se encontró fue suficiente para demolerlo.

Sorcha se sentó junto a él, su pequeña y delicada mano se presionó contra su brazo. Sólo que la Sorcha que recordaba se había ido. Con la cabeza inclinada con curiosidad, la luz de la luna capturó su rostro, transformando a la niña que había conocido una vez en la mujer que se sentaba junto a él. ¿*Cuándo* había crecido?

–Creo que son muy atractivos –dijo, asintiendo en aprobación.

Trató de tocar su boca.

–No –dijo él, mientras capturaba su mano entre la suya.

Él necesitaba que alguien lo tocara. Lo necesitaba más que nada. Alec había sido una vez tan amoroso y tan casualmente libre con sus emociones. Ahora, era esta gran bola de tormento con el peso del mundo sobre sus hombros. Sorcha trató de voltear la mano y extraerla del fuerte asidero, pero él sólo la cubrió con la otra, de manera que su mano quedó emparedada en las de él.

–Eres tan cálida –dijo él, ausentemente, su voz torturada, como si las palabras fuesen exprimidas de su propia alma.

–Y tú eres tan frío –replicó ella, pero ella levantó su otra mano para cubrir la de él. Él cerró los ojos. Un hombre tan atormentado. –Necesitas alguien que te dé calor.

Abrió los ojos.

–No hay nadie que pueda hacer eso por mí. Ya no.

–Así que, ¿piensas que estás condenado a vivir esta vida? ¿Esta vida que no puedes tolerar? Esta vida no es para ti, Alec. Estoy segura de eso.

–No asumas que volveré a la vida como lo hicieron Blodswell y Kettering. No soy como ellos –ella casi pudo oír las palabras que sabía que estaban en su cabeza.

Mi corazón no se puede recuperar porque lo regalé.

Él no diría esas palabras en voz alta. No ahora.

–Tienes un anillo –dijo Sorchá mientras buscaba el relicario y lo elevaba hacia la luna. –Es todo lo que necesitas. Eso y enamorarte.

Él resopló.

–¿Crees que nadie puede amarte? ¿Es eso? Te juro que no hay nada más lejos de la verdad.

En un movimiento súbito que la asustó, él la tomó por los hombros y acercó su cara a la de él.

–¿Crees que me conoces? –explotó. –¿Crees que sabes todo en lo que me he convertido? No tienes idea, Sorchá. No tienes idea de lo que tengo que hacer ahora para sobrevivir.

–Entonces, dímelo –lo urgió suavemente, mientras alzaba la mano para tocarle la mejilla. Él se recostó en su mano, casi como un gato que quiere ser acariciado. No parecía darse cuenta. Pero ella sí. Así que enredó sus dedos en el cabello de su sien y trató de ablandarlo con un toque gentil.

Él inmediatamente se dio cuenta de su intención y lanzó la cabeza hacia atrás, justo cuando se había puesto muy cerca para su comodidad. La de él, no la de ella. Ella podría estar mucho más cerca y aún sentirse cómoda.

–Eso funciona en los Lycans, rascarlos detrás de las orejas, pero no funciona en vampiros. Somos una raza completamente diferente –gruñó.

–Bien –dijo con sarcasmo. Había tenido suficiente de su melancolía. –Encontraré un lycan que le pueda gustar que lo acaricie más que tú –luego, puso la mano de regreso en su regazo.

–Sobre mi *cadáver* –gruñó.

–Eso debe ser muy fácil, en vista de que tu cuerpo está tan muerto como tu corazón. Es así, ¿no es cierto? –lo provocó. Sabía que estaba cruzando la línea, pero no podía evitarlo. El acto del vampiro nostálgico se estaba haciendo aburrido.

—Mi corazón *está* muerto —afirmó. —El resto de mí, aparentemente, está lleno de vida, mientras actúe como el parásito que soy y tome la fuente de vida de otros —dijo la última burla con un golpe casual sobre su muñeca.

—¿El resto de ti está vivo? —gritó ella. —¿Cómo te atreves a decirme una mentira como esa, Alec MacQuarrie? —se volvió y descendió del carruaje, aterrizando sólidamente sobre sus pies. Él estaba sólo segundos detrás de ella.

—¿Adónde crees que vas? —le preguntó mientras la perseguía.

—Tan lejos de ti como sea posible —lanzó por encima del hombro. No iba a sentarse ahí y dejar que le mintiera.

Caminaría todo el trayecto hasta Castle Hythe por su cuenta.

Sin embargo, Sorchá sólo había dado unos pocos pasos antes de que Alec le diera alcance.

—¿Por qué estás escapando de mí? —preguntó y la hizo girar.

Ella se sopló un mechón de cabello de los ojos. Volvió a caer sobre su ceja y él, muy casualmente, lo tomó y lo colocó hacia atrás, como si fuese algo que quería hacer.

—Absolutamente desprecio a los mentirosos —dijo ella. —Y he tenido suficiente de ti por el resto de mi vida. Así que continúa, Alec. Ve y revuélcate en tu propia autocompasión. Pero aléjate de mí. Planeo encontrar para mí una agradable bestia para hacer mi vida. Y tú estás, sólidamente, atravesado en mi camino.

Él la miró como si le hubiesen crecido dos cabezas.

—¿*Por qué* estás tan enojada conmigo? —graznó. —Te lanzaste del carruaje como si una jauría del infierno estuviese ladrando a tus pies.

—No —aclaró. —Sólo tú —comenzó a golpear el piso con frustración, mientras se cruzaba de brazos bajo sus pechos y lo miraba fijamente.

—¿Cuándo te volviste tan arpía? —se burló.

–Soy muy joven para ser una arpía –respondió. –Tú realmente deberías disculparte por llamarme así. No he hecho nada más que tratar de ayudarte esta noche.

–¿Ayudarme? –Alec resopló. –No lo recuerdo. Aunque ciertamente recuerdo enfurecerme en cada oportunidad posible –comenzó a enumerar con los dedos. – Uno, te escapaste en medio de la noche para perseguir unos Lycans que ni siquiera saben que vives porque tienes la errada noción de que uno de ellos está en tu futuro.

Soltó otro dedo.

–Dos, drogaste al pobre mozo de Hythe con algo que ni siquiera yo estoy familiarizado y luego convenciste a un lycan de doblar el cuerpo del mozo dentro del carruaje –apuntó otro dedo. –Tres, me forzaste a abandonar mi búsqueda por una buena comida para escoltarte a casa.

–¿Siempre te pones tan arisco cuando tienes hambre? –disparó.

Él gruñó en voz alta.

–Probablemente. ¿Siempre tienes que ser tan sarcástica por todo?

–Probablemente –replicó. –¿Terminaste con tu lista? Si es así, me gustaría regresar a Castle Hythe.

Él pareció reflexionar en su mente.

–No, no he terminado –sacó otro dedo. –Cuatro, me enfureces hasta el hastío.

–¿Ahora terminaste? –preguntó.

–Por el momento – replicó.

–Entonces, escúchame y escúchame bien, Alec MacQuarrie. Desde este momento en adelante, dejarás de tratar de ser mi protector. Puedes dejar de tratar de ser mi amigo, si eso es lo que deseas. Porque no puedo soportar la melancolía y la ira por más tiempo. Tus circunstancias han cambiado, sí, pero tu decisión de cómo comportarte es tuya. No tendré nada que ver contigo desde este día en adelante, a

menos que puedas acercarte a mí civilmente. Y una sonrisa ocasional también sería agradable.

–Sorcha... –se quejó.

–Tuviste tu turno. No he terminado –soltó ella.

–Oh, bueno, entonces continúa, por favor –dijo con un socarrón movimiento de la mano.

–Tú podrás no tener ninguna esperanza en el amor o en alguien con quien compartir tu vida, pero yo sí. Quiero más que nada ser la esposa de un marido que me ame. Despertar junto a él cada día y saber que, sin importar nada, es mío. Y haré lo que sea para conseguirlo. Así que, Dios te ayude, si te pones en mi camino, verás toda la fuerza de mis poderes.

–Controlas plantas, Sorcha –se burló. Luego, sus ojos se entrecerraron. –¿Qué más puedes hacer?

–Mi *esposo* será quien comparta esos secretos conmigo –dijo, consciente de que su tono era tan frágil como un viejo pergamino.

–Al diablo –dijo Alec para sí, mientras se pasaba la mano por el cabello con frustración. –¿Cómo una noche tan perfectamente normal se convirtió en tal desastre?

–Creo que fue cuando te dije que vales más de lo que crees –dijo ella.

–Tú no sabes... –comenzó, con voz calmada y controlada.

–Sé que quiero vivir. Y tú quieres morir. O al menos ser miserable por el resto de tus días.

–Eso no es cierto –exclamó.

Ella continuó como si él no hubiese hablado.

–Ni siquiera me han besado –levantó la mirada para verlo, buscando una expresión divertida. Pero lo que vio la sorprendió.

–¿Nunca? –preguntó.

–Nunca –repitió.

–Entonces, pienso que deberíamos remediar eso justo ahora –dijo.

Antes de que pudiera respirar, un brazo se deslizó por su cintura y él le levantó la barbilla con el dedo índice.

–Mereces un buen beso.

Ella apenas pudo expulsar las siguientes palabras.

–¿Y crees que eres quien debe dármelo?

Antes de que pudiera moverse, él inclinó su cabeza hacia ella.

Capítulo 6

Alec había querido besarla desde que vio su cara bajo la luz de la luna por primera vez, su piel resplandeciente con algo que él no tenía la voluntad de ver más profundamente. Estaba absolutamente radiante. Lo había puesto en su sitio, como sólo ella podía hacer. Sorchá, con su consejo inocente y sabio. No iba a dejar que sus sueños de romance y amor fuesen echados a un lado, y particularmente no por un hombre agotado como él.

Él peinó con sus dedos gentiles el pequeño mechón de cabello que continuaba cayendo sobre su frente, mientras se inclinaba y besaba su mejilla, quedándose ahí más de lo que debía. Pero estaba disfrutando el latir del corazón de ella. Estaba latiendo como loco, como las agujas de tejer de su abuela solían chocar entre ellas cuando era un muchacho, ligeramente errático y rítmico al mismo tiempo.

—Dime por qué debo desperdiciar mi primer beso en ti, Alec. No es que tengas interés en mí —su voz era baja pero fuerte.

—Me interesas, Sorchá. De otra manera, no estaría tomándome tantas molestias para mantenerte a salvo —ella comenzó a chisporrotear una respuesta, pero él puso un dedo sobre sus labios. —No quiero que te lastimen.

—¿Crees que sabes algo sobre ser lastimado? —preguntó suavemente, su cuerpo se derretía un poco contra el suyo.

Alec pretendió pensarlo.

—Tal vez un poco —asintió finalmente. —Me temo que tienes estas grandes ideas de cómo debería ser el amor. Y que nadie va a llenar tus expectativas. Entonces, estarás decepcionada y desilusionada.

Antes de que pudiera decir una palabra más, Sorcha empujó su cabeza hacia ella. Sus labios tocaron los de él, muy tímidamente y muy suavemente. Él mantuvo los ojos abiertos y la observaba, y ella lo miró a él. Tenía una mirada de *“¿Qué hago ahora?”*

Muy gentilmente, él le sorbió el labio inferior, presionando su cuerpo contra ella, con los brazos que aún estaban alrededor de su cintura. Ella cerró los ojos, y su respiración se aceleró, mientras el inclinaba la cabeza y ponía su boca contra la de ella. La esencia de flores de manzano alcanzó sus fosas nasales, casi abrumándolo.

Él esperaba darle una lección. Que ella debía tener cuidado con los hombres peligrosos. Que besar en la oscuridad a un monstruo no era lo que ella realmente quería. Que no era parte del amor que ella visionaba. Pero él/ era quien estaba asombrado.

Ella deslizó las manos por su cuello hasta sus solapas, donde se introdujeron en su chaqueta. Luego, estaban en todas partes, y Alec no supo cuando cambiaron sus intenciones. Pero, repentinamente, pasó de ser el instructor a ser quien era enseñado. Ella aprendió de su beso, cada inclinación de cabeza que él practicó en ella, ella lo intentó en él.

Ella sorbió su labio inferior, mientras sus manos vagaban por su cintura y alrededor de su espalda.

Las manos de Alec también estaban en una travesía, envalentonadas por la cruda sensualidad de ella. Deslizó las manos por su cintura y bajó por su espalda hasta rodar sobre su pequeño y atrevido trasero, el cual oprimió gentilmente, atrayéndola hacia su dureza. Ella jadeó y se empujó hacia atrás, abrió la boca para tratar de recuperar el aliento. Miraba de sus ojos a sus labios, y a sus ojos otra vez, como decidiendo su próximo movimiento.

Los colmillos le dolían casi tanto como su hombría. La esencia de ella lo llamaba. Quería compartir cada parte de ella, desde sus narcóticos besos hasta su dulce derriere, y quería besar todos los lugares en medio.

Pero, entonces, escuchó el golpe de cascos sobre el camino detrás de ellos.

–Sorch, –gimió.

–¿Qué? –respiró ella.

–No podemos hacer esto –dijo él, mientras se quitaba sus brazos de la cintura, donde aún vagaban, volviéndolo loco.

–Está bien –asintió sin aliento, mientras lo dejaba separarla de él. Se bamboleó ligeramente antes de tocarse los labios con la punta de los dedos. Luego, sus ojos se encontraron. Y él quiso arrastrarla nuevamente a sus brazos.

Radbourne y sus hermanos gemelos se detuvieron cerca, a un lado del coche y avizoraron la escena frente a ellos. Los gemelos, instantáneamente, juntaron las cabezas y comenzaron a hablar.

Radbourne dirigió su caballo hacia Sorch. Si le pone un dedo encima, Alec le arrancaría la cabeza de sus hombros de lobo.

–¿Tuvieron problemas con el coche? –preguntó el vizconde.

–No –Sorch despegó los ojos de Alec para enfocarse en los tres lobos. –Tuve problemas con Mr. MacQuarrie –rió. –Estaba a punto de caminar a casa. Es un hombre bestial cuando está temperamental.

–Entonces, permíteme ser tu caballero de radiante armadura –dijo Radbourne.

¿Caballero de radiante armadura? Alec se las arregló para no rezongar. Su hacedor había sido un benevolente caballero al servicio de Ricardo, Corazón de León, y había seguido a su Rey a la batalla. El Vizconde Radbourne era una pobre imitación del Conde de Blodswell o cualquier otro hombre de su estatura.

El vizconde sacó el pie del estribo, donde Sorch lo reemplazó con el suyo, y la haló frente a él con muy poco aprieto. Alec estaba en bastante aprieto, sin embargo, por el hecho de que la falda sólo colgaba a mitad de la pantorrilla mientras se sentaba en el caballo de Radbourne. Maldito caballo con suerte. Alec se sacudió el altamente inapropiado pensamiento.

–Sorch –comenzó. Los tiraría a ambos de la silla si Radbourne no la soltaba.

–Podrías tomarte un momento para calmarte, MacQuarrie –el vizconde le mostró sus blancos dientes perlados. Alec se dio cuenta de que no sólo tenía una hombría rampante que llamaba la atención de manera muy obvia, sino que también tenía los incisivos descendidos. –Querrás ocuparte de eso antes de regresar a Castle Hythe. ¿Traes al mozo contigo? –lanzó Radbourne por sobre los hombros, mientras hacía caminar a su caballo.

Maldición, había hecho un desastre. Alec hervía mientras veía a la maldita manada alejarse con Sorch. ¿Cómo podía besarlo, correr sus manos a través de él, llevarlo al borde de la locura y, luego, irse tan voluntariamente con esos perros callejeros? Pero él ya sabía la respuesta. Ella estaba justamente donde quería estar. En compañía de babosos lobos piojosos.

Sorch finalmente estaba donde siempre había querido.

Por casi un año, había conspirado y planeado, buscando oportunidades de localizar el lycan con el que estaba destinada a pasar el resto de su vida. Estaba hundida muy fuerte contra el tibio y duro pecho de Lord Radbourne y cerró los ojos, bloqueando el oscuro campo que habían pasado. Ahora que *estaba* justo donde había querido por tanto tiempo, específicamente, en los brazos de un lycan, todo lo que podía pensar era que no estaba donde pertenecía después de todo.

¡Recórcholis! ¡Ella había besado a Alec! El Alec de Caitrin, no es que le perteneciera a su amiga, pero aún ella siempre pensó en él en esos términos. *¡Querido Dios!* Ella, de hecho, había empujado su cabeza hacia ella y lo besó. ¡Ella lo besó! Lo que era peor era que no se sentía mal por nada.

Al menos, eso pensaba.

Por el contrario, había sido celestial. Su primer beso, y había sido perfecto.

Aún a través de la fina lana de su camisa, ella había sentido los músculos de su pecho y espalda con la punta de los dedos, y se sostuvo a él por toda una vida, anidada en él, deseando no tener que soltarlo nunca. Pero luego, lo hizo. Su voz se había filtrado en su conciencia, diciéndole que no debían. Y casi le rompió el corazón. ¡Qué tontería había hecho! ¿Qué locura la había guiado a besar a Alec MacQuarrie? Entre todos los hombres que conocía, había besado al único hombre... no, vampiro... cuyo corazón estaba irrevocablemente perdido para ella o alguien más. Estaba más allá de la locura.

—Eres propensa a buscarte problemas, muchacha.

La gruesa voz de Radbourne la sacó de su ensimismamiento. Su aliento le entibiaba la mejilla, y los ojos de Sorchá se abrieron para encontrar al vizconde mirándola con una expresión muy preocupada.

Ella forzó una sonrisa, deseando que él no pudiese ver a través de su falsa alegría. Después de todo, *este* era el hombre que se suponía que estaba tratando de encantar, no a un vampiro nostálgico que era incapaz de amarla. —No sé de qué habla, mylord.

Él volvió a enfocarse en el camino frente a ellos, abanicando la mano por su centro y asegurándola contra él.

—Oh, creo que sabes exactamente lo que quiero decir, cariño. Primero, engañaste a un mozo que es muy posible que esté medio enamorado de ti y estás dispuesta a enfrentar la ira del dragón que es la Duquesa de Hythe para ganarte su apoyo. Y, luego, está MacQuarrie. Entre tú, Cait y Rhiannon, no puedo evitar preguntarme si todas ustedes, las mujeres escocesas, tienen la habilidad de encantar pobres hombres con sólo batir esas absurdamente largas pestañas.

El corazón de Sorchá saltó hasta su garganta. ¿Alec? ¿Podía encantarlo? ¿Podía Radbourne haber visto alguna señal de afecto, algún signo de que Alec había sentido un *poco* de lo que ella había experimentado en sus brazos? ¿Sería eso esperar mucho?

–¿MacQuarrie? –repitió, esperando que no se le quebrara la voz con el nombre de Alec.

Una sonrisa saltó en el rostro de Radbourne y le dio una ojeada, sólo brevemente, para captar su mirada. Él era un hombre impactante con esos oscuros ojos ámbar y esa barbilla fuerte. ¿Por qué no estaba desvanecida sólo por estar en su compañía? ¿Por estar sostenida tan cerca de él e inhalando su esencia de bosque?

¿De sentir su calidez penetrar por su pelliza y el vestido que estaba levantado hasta las rodillas para sentarse a horcajadas sobre su caballo? Lord Radbourne era la personificación de lo que ella había soñado desde que conoció al primer lycan. Con sólo batir las pestañas, ella podría tratar de encantarle como él sugirió, aun así no sentía la necesidad de hacerlo. No ahora, en todo caso.

–No pretendas que no sabes lo que acabas de hacerle.

¿Pretender? No tenía idea. ¿*Qué* le había hecho?

¿Qué había visto Radbourne?

–Le aseguro, señor, que no sé de qué está hablando. Tal vez, ha bebido demasiado esta noche. Mi hermano tiene el hábito de hacer esto también.

Radbourne rió.

–Te aseguro, Sorch, que nunca me he embriagado. Alta tolerancia a las espirituosas –explicó. –Dios, eres una pequeña atrevida, ¿no es así?

–No creo que lo sea –y no lo era. Nadie le había dicho eso antes. ¿No eran atrevidas las sirenas y cosas así? Ella sólo era... Sorch.

–Bueno, estoy seguro que sí. –el vizconde frunció el ceño mientras pasaban a través de la entrada de Castle Hythe y el camino de piedras debajo de los cascos de los caballos. –Sé qué crees que conoces a esa criatura de allá atrás, pero te aseguro que él no es el hombre que conociste una vez. Sería mejor para ti si mantienes distancia de MacQuarrie... y todos los otros vampiros, en todo caso. Una cosita como tú simplemente sería un abreboca para su tipo.

¿Un abreboca para Alec? Una risa se le escapó.

—Él nunca me lastimaría —al menos, no pensaba que lo haría. Por supuesto, hace una hora tampoco había pensado que la besaría. Sin embargo, ella *había* empezado esos asuntos, ¿no es así? Aun así, él también la besó.

—Es en serio, cariño. Preferiría no tener que explicarle los eventos de esta noche a Eynsford. Sabes cómo se enciende con sólo oír el nombre de MacQuarrie. Así que, por favor, prométeme que te mantendrás alejada del chupasangre. Prefiero mantener mi cabeza sobre los hombros, donde pertenece.

¡Recórcholis! Eynsford. Sorchas se las arregló para no gruñir. Caitrin, la vidente, ya sabría todo.

No había manera de esconder nada de ella. ¿Pero se lo habría contado a su esposo? Si Cait pensaba que involucrar a su esposo lobo era lo mejor para Sorchas, lo haría.

—Probablemente sea muy tarde para eso.

—¿Para mantener mi cabeza sobre los hombros? —la voz de Radbourne se elevó una octava. —Espero que no. La prefiero donde está.

Ciertamente, no podía explicarle lo que había querido decir.

Ninguno de los medio hermanos de Eynsford sabía sobre los poderes de segunda visión de Cait o sobre la hermandad.

—Por supuesto que sí. Es una cabeza muy atractiva. Odiaría que la perdieras.

El vizconde inclinó su atractiva cabeza más cerca de la de ella y susurró:

—¿Te fijaste en la cara de mi hermano? Weston, quiero decir. ¿La cicatriz a través de su mejilla?

¿Cómo podría perdersela? La línea se extendía desde su oreja hasta su boca. Era una desfiguración muy notable, aunque lo hacía lucir peligroso y gallardo al mismo tiempo. Asintió.

–Una del tipo de MacQuarrie se lo hizo. Con solo una uña. Y *nosotros* podemos sanar de todo. Imagina lo que le pasaría a una dulce cosa como tú, Sorchita. No se debe jugar con vampiros.

–Pero Lord Blodswell y Lord Kettering... –comenzó a decir mientras se acercaban a los establos. –Se convirtieron en humanos una vez más.

–Anomalías, cariño. Blodswell estaba tan sorprendido de su transformación como los demás. Nadie, ni siquiera un vampiro, había oído jamás de algo como eso. No sería bueno que basaras tus esperanzas en tal probabilidad.

No, no lo haría. Pero *era* posible, si Alec *pudiese* ser transformado... sabría qué buscar, ¿no es así?

Tanto Kettering como Blodswell había sufrido dolores de pecho antes de volverse humanos otra vez. Elspeth creía que sus corazones se habían estado flexionando, preparándose para latir una vez más, luego de que conocieron el amor verdadero. Y Blodswell había sufrido de dolores de cabeza y la incapacidad de beber de nadie más que Rhiannon. Si Alec comenzaba a mostrar tales signos, Sorchita ciertamente los reconocería.

Radbourn saltó de su silla y le ofreció su mano a ella.

–Te ves como si estuvieses a un millón de millas de aquí.

Sorchita aceptó su asistencia y aterrizó a salvo sobre sus pies.

–Estaba distraída.

Una ceja oscura se elevó, con leve entretenimiento.

–Eso me aterroriza de alguna manera.

–Bueno, entonces te asustas muy fácilmente, Archer –le sonrió, tan apuesto, tan lobuno, y deseó sentir algo por él. Mariposas en el estómago. Resequedad en la boca. Algo más que simple aprecio por su sentido del humor y naturaleza lobuna.

Sería mucho más sencillo mantenerse a los planes originales.

Encontrar a un lycan y ayudarlo a enamorarse de ella. Este lycan probablemente sería un buen esposo, de hecho. Pero todo lo que podía pensar era en el melancólico vampiro en algún lugar tras ellos, en la oscuridad de Kent y en la manera abrasadora en que su beso le había robado el aliento.

Radbourne inclinó su sombrero para despedirse mientras remontaba.

—Recuerda lo que dije.

—Por supuesto —asintió. —Estoy segura de que me será muy difícil pensar en otra cosa.

En ese momento, los gemelos Hadley cabalgaron tras ellos.

—Por favor, ¿dígame que me guardara un baile mañana en la noche, Miss Ferguson? —el sin marca Grayson Hadley preguntó.

Weston Hadley bajó el rostro.

—Yo iba a pedírselo, Gray.

Su gemelo se encogió de hombros.

—Usualmente te gano, Wes.

Cuán extraña había resultado ser la vida. No tenía la atención de uno, sino tres lycans. Sorchá sacudió la cabeza y rió.

—Gracias a los dos por el cumplido. Estaré honrada de bailar con cada uno de ustedes mañana —hace algunas horas, habría estado flotando por las nubes por esto, embriagada por su espectacular éxito. Pero algo más la deprimía. Volvió la atención hacia el vizconde. —¿Podrías decirle a Cait que me gustaría mucho hablar con ella?

—Será un honor, cariño.

—Dile que no apreciaré si me pospone otra vez.

Podía darse cuenta de que Radbourne suprimía una sonrisa por el brillo de burla en sus ojos ámbar.

–La lanzaré sobre mi hombro y, personalmente, te la entregaré en la mañana, Sorchá. ¿Será suficiente?

Ella no pudo evitar reír ante esa imagen en particular.

Maldición, ¿por qué Lord Radbourne no le hacía brincar el corazón?

–Eso será muy agradable, sir.

Capítulo 7

Alec se las arregló para desdoblar al mozo de Hythe de carruaje ducal y lo dejó dormir el remanente de lo que sea que Sorchá había usado para drogar al pobre muchacho. Por un momento, vio el pecho del joven elevarse y caer con cada respiro que tomaba en su profundo sueño.

Finalmente, lleno del más extraño sentimiento de celos, Alec regresó hacia el castillo. Resopló por su propia tontería. Celoso de un pobre mozo, sin educación.

Pero el hombre *podía* dormir pacíficamente, y Alec estaba seguro de que ese lujo en particular no estaba en su futuro inmediato. No después de haber besado a Sorchá. No después de que todo lo que podía pensar era en saborearla en la lengua. No cuando necesitada cada onza de fuerza que tenía para no entrar en su habitación y terminar lo que habían iniciado esa noche.

Pero eso sería lo más estúpido que podría hacer. Era *Sorchá*, por el amor de Dios. La conocía desde que nació. Y, a pesar de sus besos completamente intoxicantes e inocentes, ella quería a alguien más, *algo* más. Y ya él había pasado por eso. Sabía cómo terminaba esa historia en particular, y no era a su favor.

Avanzó hacia el paso del jardín y levantó la mirada al cielo. La maldita luna estaba casi llena. Unas pocas noches más y esas bestias babosas, de las cuales ella parecía tan enamorada, se transformarían en lobos que gruñían.

Después de la debacle de esta noche, podía imaginársela encontrando la manera de ubicarse directamente en sus caminos. Y luego... bueno, luego estaría perdida para siempre. No más la dulce e inocente que adoraba, la muchacha que le importaba tanto.

Alec no podía permitir que eso pasara. Pero tampoco podía permitirse interesarse en ella más de lo que ya lo hacía.

La ruina lo esperaba al final de ese camino. Necesitaba pensar. Necesitaba alimentarse. *La carnicería en la villa*. La melódica voz de Sorchá resonó en sus oídos. Malditos sean todos. Ya había determinado que no había nadie en la taberna de quien pudiese beber. Así que realmente no tenía opción, ¿no es así?

Además, debía regresar el caballo que había llevado a Folkestone y evitar que Bexley se preguntara qué había pasado con él.

Alec miró sobre su hombro para asegurarse que nadie estaba cerca del jardín. Ciertamente, nadie podía ver su rápida desaparición, corrió en dirección de la villa y esa maldita carnicería.

Gruñó a sí mismo mientras abría la cerradura del oscuro edificio, buscando su comida nocturna. Podía estar en casa donde podía compartir de todas las mozas que quisiera en *Brysi*, el club para los de su clase. Era una fuente verdadera, con ciprianos haciendo fila para compartir el placer que venía con acoplarse con un vampiro. No había desesperación en los ojos de esas mujeres. No había miedo. No se necesitaban encantamientos para hacer que alguien lo aceptara. De hecho, se había convertido en una especie de leyenda en *Brysi*, conocido por su resistencia y la cantidad de placer que podía dar a una muchacha a cambio de su fuerza vital. Pero estaba aquí, atorado en la nada y forzado a buscar en una carnicería para encontrar sustento.

Se estremeció ligeramente. El cordero había sido una de sus comidas favoritas cuando estaba vivo. Pero ya no. Afortunadamente, todo lo que necesitaba estaba frente a él. Excepto por un tibio cuerpo del que beber. Tal vez era mejor, porque tan sólo pensar en un cuerpo tibio le recordaba a Sorchá.

Sorchá... ¿Qué pensaría si pudiera verlo ahora? Parado en una carnicería, compartiendo su cena. Diablos, la muchacha había tenido la idea. Y era brillante. No había tenido que enfrentar la conciencia de una sola ramera. Ni de una sola viuda. No tendría que desflorar a una sola inocente.

Pero con solo pensar en Sorchá su cuerpo reaccionaba. Había sabido tan pronto se ofreció a darle su primer beso que había tenido una erección. Ella debió haberse separado tímidamente, lejos de él. Pero no. No Sorchá. Ella tenía que lanzarse completa en él. Cada deliciosa pulgada de ella.

Le dio una mirada al vaso de fluido vital que sorbía de una taza, ahí en la oscuridad. Sería tan sencillo culpar de todo el encuentro al hada. Pero, la verdad sea dicha, él quería besarla tanto como ella quería ser besada. ¿Cómo diablos pasó eso? Si alguien le hubiese preguntado hace sólo horas qué sentía por Sorchá Ferguson, le hubiese dicho que era una muchacha muy agradable. Ahora todo lo que podía pensar era que ella era una hechicera disfrazada de joven damisela, una que se había inclinado por su destrucción.

Aún podía sentir su sabor en la lengua, aún después de su segundo vaso de sangre animal. Había sabido tan bien como olía. ¿Por qué ni siquiera había sentido su olor antes?

Descubrió tres cosas sobre Sorchá... olía como flores de manzano, tenía pecas que estaba seguro cubrían más que esa pequeña y petulante nariz, y que tenía inclinación por la autodestrucción.

Alec murmuró, mientras salía de la carnicería a la oscura calle. Se sobresaltó cuando una voz le habló desde la oscuridad. —¿Qué rayos estabas haciendo ahí dentro? —preguntó Bexley. Por supuesto, alguien lo atraparía. Y, con su buena suerte, sería el nieto de la Duquesa de Hythe, un conocido réprobo y profanador de mujeres.

Alec ya podía imaginarse la conversación que podían tener. *Bueno, Bexley, ¿recuerdas la chica que viste con tu hermana, Miss Ferguson? Bueno, quiero beber su sangre. Pero me conformé con las tiendas que el carnicero tiene a un lado. ¿No estás feliz de haber preguntado?*

Rezongó en voz alta, en su lugar. No muy caballeroso d su parte.

En lo absoluto.

—¿Estás borracho? —preguntó Bexley cuando no obtuvo respuesta de Alec.

Dios, desearía estar borracho. Sería tan fácil si pudiera enjuagar sus problemas con una botella de whisky. Pero estaba condenado a vivir esta vida donde no podía consumir bebidas espirituosas, no podía comer alimentos reales, y no podía tomar de Sorch Ferguson.

—No, no estoy borracho —dijo, finalmente.

—¿Qué estabas haciendo en la carnicería?

Bexley no iba dejar pasar esto, ¿o sí?

—Sólo me confundí de lugar —murmuró Alec.

—¿Confundiste una carnicería con una taberna? —preguntó Bexley y luego rió tan fuerte que se doblaba a la mitad, sosteniéndose el estómago.

—Me alegra que lo encuentres gracioso.

Bexley obviamente había disfrutado esta noche más que Alec.

—Voy a regresar a Castle Hythe. ¿Vienes conmigo? —Alec cruzó la calle hacia los establos, con el conde rápidamente tras él.

—Primero Radbourne y sus hermanos se fueron, ¿y ahora tú?

Se quejó Bexley.

—Espero que muchos de ustedes aprendan paciencia en algún momento —chasqueó la lengua.

Cuando alcanzaron los establos, Alec le hizo un gesto al joven en el patio para recuperar su caballo.

—¿Paciencia? —volvió la mirada por encima de su hombro para ver a Bexley. No era de paciencia lo que Alec carecía. De hecho, la tenía en abundancia. Lo había probado esta noche cuando se separó de Sorch.

—Si la primera vez no tienes éxito, debe tratar otra vez —dijo el conde. —De hecho, tengo dos adorables chicas esperando adentro por nosotros. Ven y únete a mí por un

poco de diversión primero –como Alec no respondió, una esquina de los labios de Bexley se elevó en una sonrisa ladeada. –No me digas que le tienes miedo a las chicas –fingió una mirada de sorpresa y jadeó. –¿No me digas que eres un inocente? –probablemente podía oír los dientes de Alec rechinando, porque se desembriagó repentinamente. –Bien – bufó. –Si insistes, abandonaré mi pasatiempo de dos camareras y te escoltaré de regreso a Castle Hythe. Luego, te daré tu leche tibia y te leeré una historia para ayudarte a dormir –murmuró algo que ni Alec pudo oír, pero sonó como *malditos sean todos*.

–No necesitas renunciar a las mujeres, Bexley –dijo Alec. Luego, le dio un leve empujón con el codo. –Algunos de nosotros no necesitamos perseguir faldas de la manera que tú lo haces. Las mujeres simplemente caen a mis pies, listas para una revocada. Deben ser mis ojos oscuros.

–Así que, ¿es así como será? –contraatacó Bexley. –¿Has tenido suficiente por esta noche?

Había tenido suficiente de Bexley. Pero no de Sorchia Fergusson. Definitivamente, había tenido suficiente de esta conversación.

El chico del establo trajo del patio el caballo de Alec y le dio las riendas. Alec puso una moneda en la mano del muchacho.

–Muchas gracias.

–Mejor trae el mío también –refunfuñó Bexley, enviando al chico al establo una vez más.

Alec suspiró mientras se abalanzaba sobre su silla. Habría sido feliz cabalgando solo de regreso a Castle Hythe, pero no tendría ese lujo ahora. No podía abandonar a Bexley, por mucho que quisiera. En su lugar, esperó que el conde montara su bestia y, luego, el par salió a Castle Hythe en relativo silencio.

Aparentemente, el conde estaba molesto por dejar la villa antes de lo que hubiese querido, porque apenas pronunció una palabra la mayor parte del viaje, soltando solamente un ocasional gruñido o refunfuño.

Luego de que, finalmente, arribaran a Castle Hythe, Alec le lanzó una mirada a Bexley. El compañero no había necesitado salir por su cuenta.

Y, si verdaderamente tenía un par de chicas esperándolo en Folkestone, eso explicaría su aridez.

—Hay una criada muy linda trabajando en la cocina. Puedo hablarle bien de ti —le ofreció. Sólo porque Alec era miserable en Kent no significaba que Bexley tenía que serlo.

Pero el conde sólo rió.

—La tuve ayer.

—¿Por qué no me sorprende? —respondió Alec, mientras se detenían frente a los establos.

Luego de entregarle sus caballos a un par de mozos, entraron al castillo y se dirigieron al estudio del duque. Tras ellos, el mayordomo de Hythe tosió gentilmente para atraer su atención.

—¿Necesitabas algo? —Bexley le preguntó al hombre.

—Llegó una carta para Mr. MacQuarrie —dijo el mayordomo, mientras le ofrecía una bandeja de plata con una nota encima.

Alec tomó la nota y vio los elegantes trazos que conocía de memoria. *Cait*. Era de Cait. La habitación comenzó a girar un poco, o tal vez sólo era su mundo poniéndose de cabeza. ¿Qué podría querer de él?

—Buenas noches a todos —gruñó Alec, mientras se precipitaba por las escaleras a su cuartel, determinado a responder esa pregunta. Rasgó el sobre, destrozando el sello de cera con rapidez, tan ansioso de ver lo que ella tenía que decir que no podía moverse con suficiente velocidad.

Mi querido amigo Alec,

Estoy segura de que no deseas saber de mí, y eso me entristece más de lo que crees. Por favor, ten en cuenta de que siempre he valorado tu amistad y te tengo en la más alta de las estimas. He estado preocupada por ti estos últimos meses y me alivió mucho saber que te estarías hospedando en Castle Hythe por un tiempo. Perteneces a los vivos.

Sé que eres la última persona a quien debería pedirle un favor, pero creo que no tengo opción. A estas alturas, ya habrás visto a Sorchia en el castillo. La duquesa ha tomado un interés especial en nuestra amiga, y verdaderamente, tal interés sólo puede ser benéfico para Sorchia. Ella tiene un futuro brillante frente a ella, pero es muy terca. Debe ser divertido para ti oírme decir eso de ella, entre todas las personas. Tal vez pueda sorprenderte cuán terca se ha vuelto.

Sé que puedo confiar en ti, Alec, con lo que voy a pedirte. El futuro de Sorchia siempre ha estado muy claro para mí. Siempre he sabido qué camino debe seguir y cuál hombre está destinado a ser su único gran amor.

Desafortunadamente, ella presta muy poca atención a mis consejos en este sentido. Se ha convencido a sí misma que un lycan está en su destino, pero está equivocada. Tal alianza sería desastrosa para ella.

No me debes nada, Alec, pero sé que te preocupas por Sorchia. Mientras estés en la residencia en Castle Hythe, te ruego que la cuides. Eres el único en quien confío para hacerlo. Visitaré a Sorchia mañana. Entenderé si no deseas verme.

Tu amiga siempre,

Caitrin

Una amiga. Sólo lo había visto como un maldito amigo. Alec lanzó la carta sobre su mesa de noche. Realmente, ¿qué esperaba? ¿Qué ella hubiese visto el error de sus formas de casarse con Eynsford? ¿Qué le rogaría a Alec que la rescatara de la peor decisión que alguna vez había hecho?

Alec resopló. Todavía era un maldito estúpido. Pero amó a Caitrin tan profundamente por tanto tiempo que supuso que los viejos hábitos eran difíciles de

romper. Si tan sólo pudiera borrarla de su mente, sería mucho más fácil continuar con su vida. Se recostó de las almohadas y cerró los ojos.

Oía la voz de Caitrin en su mente, repitiendo patéticas partes de su carta. SORCHA no había equivocado su estimación de que un lycan estaba en su destino. Gracias a Dios. Odiaba pensar en uno de esas sarnosas bestias, babeando su suave y pálida piel.

Pero SORCHA era soberanamente terca. Cait tenía razón en eso. Mira lo que SORCHA había hecho esta misma noche. Y una alianza con un lycan sería desastrosa para la pequeña hada. Ni siquiera quería saber qué había querido decir Cait con eso.

No tenía opción, ¿no es así? No había nadie más alrededor para mantener a SORCHA fuera de problemas. Pero, ¿cómo se suponía que iba a mantenerla fuera de problemas si ni siquiera podía confiar en él mismo estando cerca de ella?

Capítulo 8

Sorcha se coló en el invernadero de Hythe, esperando que las plantas y las flores trajeran paz a su alma. Necesitaba un poco de paz. Había dormido muy poco la noche anterior porque el recuerdo del beso de Alec la había mantenido despierta más de la mitad de la noche. Luego, como una tonta, corrió al comedor y estuvo ahí toda la mañana, esperando que él apareciera, antes de darse cuenta que los vampiros no necesitaban desayunar. Bueno, podían tener desayuno, pero no incluye alcaparras o huevos revueltos.

Aun así, estaba decepcionada. Esperaba que él no estuviese evitándola luego de lo que había pasado la noche anterior. O, tal vez, se quedó en cama con un dolor de cabeza como los que Lord Blodswell había sufrido antes de convertirse en humano.

Era una idea tonta, lo sabía bien. Alec aún era completamente devoto a Cait. No se iba a convertir en humano después de compartir un beso con Sorcha ¿O sí? Después de todo, ella había estado completamente determinada en conseguirse un lycan hasta que compartió un beso con él. Ese beso podía haberlo afectado tanto como a ella, ¿no es verdad? Pero si era así, ¿no la habría buscado esta mañana?

Sacudió la cabeza. El beso, probablemente, no significó nada en lo absoluto para él. De hecho, apostaría que él había besado cientos de muchachas de la misma manera. Después de todo, era muy bueno en eso. Un estremecimiento delicioso recorrió su espina dorsal cuando recordó cómo sus labios de él habían tomado los de ella y cómo magistralmente la hizo desear rendirse a más que sólo su boca? Eso tenía que venir de la práctica, ¿cierto? El simple pensamiento Alec besando a alguien más la deprimió aún más.

Sorcha notó un triste narciso sobre el mesón. Pobre criatura. Su mal humor probablemente le había hecho que la flor descendiera.

Dio algunos pasos hacia la flor, que se marchitaba frente a sus ojos. Un pensamiento feliz la ayudaría. Acarició los pétalos amarillos y cerró los ojos; el rostro de Alec apareció en su mente. Sus ojos negros como la noche estaban llenos de deseo, como lo habían estado la noche anterior.

Una voz muy masculina vino detrás de ella.

—Maddie dijo que tenía buena mano con las plantas.

Los ojos de Sorchá se abrieron y saltó hacia atrás donde se encontró con algo muy duro. Jadeó y giró, sorprendida de encontrar los ojos verdes de Lord Bexley.

—¡Oh! —casi la había encontrado haciendo magia. Eso habría sido desastroso.

—No fue mi intención asustarla, Miss Ferguson —el conde sonrió pícaramente.

Sorchá se alejó de él y se puso una mano sobre el corazón.

—Me sorprendí sólo un poco —cariñosamente, tocó una hoja de la pequeña planta que se inclinaba. Regresaría después.

—Me disculpo, querida mía —le hizo señas a un pequeño set de sillas cerca del ventanal, con vista al jardín. —Como ya interrumpí su soledad, ¿le importaría acompañarme?

—Nunca antes lo había visto en el invernadero, mylord —dijo mientras tomaba el brazo que le había extendido.

—Confieso que no vengo al invernadero muy seguido. Pero he oído sobre los milagros que estaba haciendo aquí. Cuando no la vi arriba, pensé que estaba visitando las plantas de la Abuela esta mañana.

¿Había venido a buscarla?

—¿Quería hablar conmigo?

Lord Bexley sacó una de las sillas de madera para Sorchá.

—Disfruto su deliciosa compañía, Miss Ferguson.

–Es muy amable.

–Qué cosa tan horrible ha dicho –rió mientras tomaba el lugar frente a ella.

¿Horrible? ¿Qué había dicho?

–¿Está diciendo que usted no es amable? –Sorcha frunció el ceño.

–Nunca antes había sido acusado de eso –luego, sacudió la cabeza. –No, Miss Ferguson. Si acaso, soy un oportunista.

–¿Oportunista? –debió haber sonado como un sinsonte, repitiendo todo lo que decía de la manera que lo hacía. Pero no tenía idea de lo que estaba hablando.

–Esperaba encontrarla sola desde hace mucho tiempo.

¿Lo había estado? Apenas le había dirigido la mirada hace unos días.

Él se encogió de hombros.

–La diversión aquí en Kent es muy poca y muy lejana. ¿Cómo se mantiene ocupada?

Sorcha no estaba muy segura de lo que debía decir. Kent le parecía perfectamente bien. Castle Hythe era más retirado de lo que ella estaba acostumbrada en Edimburgh, pero estaba bastante contenta con su visita.

–He disfrutado inmensamente de la compañía de Maddie, mylord.

Un brillo travieso iluminó los ojos del conde.

–Estoy seguro, querida mía, que me encontraría mucho más entretenido que mi hermana, si me diera la oportunidad.

¿La oportunidad de qué?

–No estoy muy segura... –comenzó a decir, pero fue interrumpida por alguien que aclaraba su garganta desde el umbral.

–Miss Ferguson –el estoico mayordomo de Hythe capturó su mirada.

Sorcha se levantó de un brinco.

—¿Sí, Palmer?

Lord Bexley se levantó de su puesto también y suavemente puso un brazo sobre los hombros de ella.

—¿No puede esperar, Palmer? Miss Ferguson y yo estamos en medio de una conversación.

El mayordomo mantuvo sus ojos sobre Sorcha. ¿Era censura hacia Lord Bexley lo que había visto en el fondo de sus ojos?

—Lady Eynsford acaba de llegar, Miss Ferguson. Dijo que usted la estaba esperando. He ubicado a la marquesa en el salón dorado.

Gracias al cielo que Cait estaba ahí, para terminar la conversación tan extraña con Lord Bexley.

—Gracias.

—Permítame escoltarla —el conde ofreció, una vez más, su brazo a Sorcha. — Encuentro que aún no estoy listo para dejarla ir, querida mía.

El mayordomo suspiró.

—Y Su Gracia está preguntando por *usted*, Lord Bexley —¿El abuelo está preguntando por *mí*?

Sorcha estaba tan sorprendida como el lord. No había visto al duque durante su estadía en Castle Hythe.

Maddie le había explicado que su abuelo estaba muy enfermo y nunca dejaba su recámara. Miró a Bexley, aún a su lado.

—No deje que yo lo mantenga aquí, mylord. Puedo encontrar el camino al salón dorado por mí misma.

–Gracias, Miss Ferguson –dijo en voz baja. –Espero que podamos continuar nuestra conversación pronto.

Sorcha no estaba muy segura de que quería continuar la conversación, pero sonrió educadamente antes de apresurarse hacia de la sección central del castillo. Apenas podía esperar para ver a Caitrin y se precipitó, muy poco femenina, por los corredores para llegar al salón dorado. Gracias al cielo, la duquesa no estaba cerca para ver el espectáculo que ciertamente estaba haciendo.

Finalmente, llegó a su destino, Sorcha empujó las puertas. Parada junto a una gran ventana de arco, Cait se veía tan radiante como siempre con su vestido azul cielo que hacía perfecto juego con sus ojos. Sus finos rizos apilados sobre la cabeza y una sonrisa de sabelotodo agraciaban su rostro.

–¡Cait! –exclamó Sorcha, lanzando los brazos alrededor de los hombros de su amiga. –Viniste.

Caitrin rió.

–No me diste mucha opción, ¿no es así? –devolvió el beso y el abrazo. –Archer dijo que si no hacía el viaje por mí misma, él me lanzaría sobre su hombro y me arrojaría a tus pies –dio un paso atrás y sus ojos examinaron a Sorcha de arriba abajo. –Aye, tienes a todo Eynsford Park de cabeza.

Sorcha frunció un poco el ceño. Conocía la mirada en los ojos de Cait.

La había visto toda su vida, siempre justo antes de que su amiga comenzara a decirle que lo que ella quería no estaba en su futuro.

–No empieces, Cait. No es por eso que quería que me visitaras.

–¿No empiece con qué? –la amiga fingió inocencia mejor que nunca.

–Sabes exactamente lo que quiero decir. No estoy de humor para que me digas una vez más que un lycan no está en mi futuro –no importaba que Sorcha no estuviese ni un poco preocupada por los lycans en ese momento. Aún no quería oír el irritante consejo sabelotodo de Cait en este momento. Debería permitírsele a la gente a tomar sus propias decisiones sobre algunos asuntos.

—Tomar tus propias decisiones, ¿es lo que quieres?

—Bueno, ¿por qué no? Yo debería ser capaz de tener lo que quiera en mi vida, sin importar qué o quién veas para mí.

En ese punto, una amplia sonrisa se extendió en el rostro de su amiga.

—Ahora sueñas como Alec.

Alec. Él era exactamente la criatura sobre la que Sorchá necesitaba consejo, pero preguntarle a Cait sobre esa teoría era mucho más fácil que preguntarle en persona. Sorchá sabía que necesitaba ser muy cuidadosamente con la manera en que manejaba esto. Cait podía estar casada con Eynsford, pero una parte de ella siempre se preocuparía por Alec. —Estoy segura de que no sueño para nada como ese vampiro autocompasivo.

Cait tranquilamente rodeó el sofá de brocado blanco y luego, se sentó con gracia sobre el mismo borde.

—Oh, sueñas exactamente como él. Una de las últimas conversaciones, o mejor dicho discusiones, que tuvimos antes de que me casara con Dash fue sobre destino predeterminado y si un hombre debía o no tener opinión sobre su propio futuro.

Porque Alec había estado tan enamorado de Cait y no había entendido por qué ella se rehusó a darle una oportunidad justa. De haber estado en su lugar, Sorchá se hubiese sentido exactamente igual. Se dejó caer sobre el sofá al lado de su amiga y trató de que no bajar el rostro tan rápidamente.

—Él aún está enamorado de ti —Cait sacudió la cabeza en desacuerdo. —Él cree que lo está. Una vez que un hombre se mete una idea en la cabeza, es difícil hacerlo salir de ella. Igual que tu fascinación por los lycans. Verás, ustedes dos se parecen mucho después de todo... escoceses tercos y de mentes independientes.

No sonaba nada halagador, de la manera como Cait lo dijo. Pero estaba equivocada. Los lycans ya no estaban al frente de la mente de Sorchá.

—Cait, ¿has visto un futuro para Alec? ¿Es posible que él pueda ser transformado al igual que Lord Kettering y Lord Blodswell lo hicieron?

Cait entrecerró sus ojos azules y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sabes que no puedo responderte eso, Sorch.

Bueno, sí *podía*; sólo que decidió no hacerlo. Maldita bruja de principios. Hubiese sido suficiente asentir o negar con la cabeza.

—Pero estoy preocupada por él. Por favor, dime algo.

Cait se recostó del sofá y suspiró.

—Estoy preocupada por él también. No puedo darte especificaciones, Sorch. Lo sabes. Sin embargo, puedo decirte que la felicidad de Alec no está perdida para siempre. Solamente será diferente a lo que él alguna vez imaginó. No se le puede permitir que regrese a la oscuridad en la cual ha estado viviendo. Hacerlo podría arriesgar cualquier futuro que tiene.

—¿Oscuridad?

—Un lugar tan vacío de vida y tan libertino que nunca hablaría de eso. Verlo ahí trae llanto a mi corazón —Cait se inclinó hacia Sorch y tocó su mano. —Pero tú estás tan llena de vida, Sorch. Y él siempre te ha adorado. Y estás aquí con él en Castle Hythe. ¿Crees que podrías ayudarlo a recordar que la vida vale la pena vivirla?

¿Recordarle? ¿Cómo iba a hacer algo como eso? Bueno, él ciertamente se sintió vivo cuando la besó, aunque no divulgaría eso a Cait. Le gustaría besarlo otra vez. Especialmente, si era por su propio bien.

Su futuro dependía en que se le recordara lo que era vivir. Pero, ¿cómo podría siquiera tratar de besarlo otra vez si él la evadía?

—Cait, ¿recuerdas la promesa que me hiciste?

Cait rió.

—Estoy segura de que te he hecho muchas promesas en todos estos años, Sorch. ¿De qué estás hablando?

—Me prometiste que me contarías sobre el lecho matrimonial.

La cara de Cait se sonrojó inmediatamente mientras comenzó a abanicarse.

—No te prometí tal cosa —susurró vehementemente. —Y mantén la voz baja —sus ojos escudriñaron la habitación, las ventanas y la puerta.

Sorcha no pudo evitar irrumpir en risas.

—¿Eres una adulta casada y aún te avergüenzas de lo que ocurre en el lecho matrimonial?

—No estoy avergonzada por eso, Sorch. Solamente no quiero discutirlo donde otras personas puedan estar escuchando. No es apropiado —Cait se sentó nuevamente.

—¿Así que *discutirías* sobre eso conmigo si estuviésemos solas?

Sorcha entrecerró los ojos.

—Por alguna razón, siento como si lo estuvieses evitando.

Los ojos de Cait la delataron cuando se rehusó a levantar la mirada para encontrar a la de Sorcha. La bruja lo *estaba* evitando. Lo había prometido. Lo había prometido el día del matrimonio.

—Mentirosa —la acusó Sorcha.

—No es que no quiera contarte. Es que algunas cosas son sagradas entre lycans y sus parejas —finalmente miró a Sorcha. —Y ya tú sabes sobre la reproducción. De las flores y las plantas. La fertilización con el polen y todo eso... —susurró las últimas palabras.

—¿Estás comparando lo que sucede en el matrimonio con *la reproducción de las flores*? —resolló Sorcha. Un sonido nada femenino, lo sabía bien. Pero lo hizo de todas formas. Era la cosa más absurda que había oído en su vida.

—Tu esposo te enseñará todo o que necesites saber —dijo Cait mientras cubría la mano de Sorcha con la suya y le daba un rápido apretón. —Lo prometo.

—Eres de mucha ayuda —gruñó Sorcha.

Cait presionó una mano sobre su pecho.

—Me casé con Dash —dijo calmadamente. —Hay un poco más en una relación con un lycan de lo que hay en una normal.

—Y me gustaría conseguirme uno, así que sería agradable saber —rezongó Sorchá.

Cait abrió la boca para hablar, probablemente para negar que Sorchá se casaría con un lycan, pero un golpe desde el pasillo hizo que ambas damas se levantaran.

—Ves, te dije que alguien podría estar escuchando —dijo Cait con una sonrisa de autosatisfacción

A través de la puerta, la Duquesa de Hythe se precipitó dentro, remolcando a regañadientes a un caballero.

—Su Gracia —exclamó el hombre. —Tengo una cita que cumplir.

La duquesa le dio un último tirón al brazo del hombre y Alec se tambaleó dentro de la habitación, protestando todo el tiempo.

—Listo —dijo la duquesa con una sonrisa de satisfacción mientras se sacudía las manos. Se volvió hacia Cait y Sorchá. —Lady Eynsford y Miss Ferguson, estoy tan contenta de verlas juntas.

—Por lo menos uno de nosotros lo está —murmuró Alec mientras se enderezaba la ropa. Lucía como si hubiese estado alborotando en las calles.

La duquesa continuó como si no hubiese dicho nada.

—Me encontré a Mr. MacQuarrie en el corredor y lo convencí de cuánto me gustaría conocer los detalles de mi sorpresa. ¿Recuerdan que mencionaron una el otro día?

Sorchá se cubrió la boca con el dorso de la mano para detener la risa que iba a estallar. Pobre Alec. Él claramente no tenía ni idea de qué hacer sobre la sorpresa de la duquesa.

—Le dije a Su Gracia que la paciencia es una virtud —intentó Alec.

—Una virtud de la que, aparentemente, carezco —repicó la duquesa. —Así que tendré mi sorpresa ahora.

Capítulo 9

Alec había hecho todo lo que pudo para evitar este pequeño encuentro.

Había olido la esencia de Cait tan pronto ella entró al castillo. Había oído la sangre correr a través de sus venas. Por meses, había evadido encontrarse con ella a todo costo. Y ahí estaba, parada a unos pocos pies de él, tan cerca que podía tocarla. Pero, por esta vez, no quería hacerlo. Y el pequeño trozo en su corazón que siempre dolía cuando la veía apenas dio una pequeña punzada. Por supuesto, su corazón estaba muerto. Pero hasta este preciso momento, él había sentido *algo* cada vez que estaba en contacto con Cait. Pero ahora, no sintió nada más que un cariño persistente.

En su lugar, los ojos se le iban hacia Sorch, quien estaba parada junto a la Duquesa de Hythe con una mano presionada a sus labios para aguantar la risa. La sola mirada de eso lo hizo querer reír con ella. Era algo sumamente extraño.

—Aún no hemos terminado su sorpresa, Su Gracia —dijo Sorch. —Pero le prometo —hizo una pausa lo suficientemente larga para cruzar los dedos sobre el pecho. —Le juro que la tendremos lista para usted esta noche.

La duquesa entrecerró los ojos.

—¿Podrían darme una pista de lo que es?

—Uh —Alec gruñó. No tenía idea de lo que se suponía que era la maldita sorpresa. Esto había sido idea de Sorch. No de él.

—Estoy segura que se arruinaría la sorpresa si le dicen —dijo Cait, rápidamente. —Sorch me estaba diciendo que tenían que hacerle los toques finales.

—¿Lo hice? —farfulló Sorchá al lado de Cait. Pero Cait la picó con el codo hasta que levantó la voz y dijo: —Lo hice. Aye. Le acabo de contar a Cait de la sorpresa y cómo queda muy poco que hacerle antes de poder presentársela.

La duquesa se puso las manos sobre los labios.

—Entonces, ¿qué hacen aquí parados? Tú, MacQuarrie, recorriendo los corredores como un león en busca de comida —lo hacía.

Bastante perceptivo de su parte.

—Y tú, Sorchá, ¿*socializando* con Lady Eynsford? —Lucía ofendida. —¿Y todo esto mientras mi sorpresa permanece sin terminar?

Su mirada recayó sobre Cait. ¿Había un brillo en sus viejos ojos mientras regañaba a Caitrin? Él estaba casi seguro que era así.

La duquesa haló a Cait a su lado.

—Supongo que estaré forzada a entretener a tu invitada, Miss Ferguson, hasta que mi sorpresa esté terminada —miró a Cait otra vez. Definitivamente, había un brillo esta vez. —Ustedes dos deben continuar y no pierdan el tiempo. Espero mi sorpresa para esta noche.

Y con eso, remolcó a Cait al umbral.

Cait saludó y sonrió a ambos mientras era arrastrada a través de la puerta abierta.

—Los veré luego en el baile.

—No si te veo primero —murmuró Alec mientras sus pasos retrocedían.

Sorchá lo golpeó en el brazo.

—Eso no fue muy amable. Aún no estaba lista para dejar ir a Cait. Acabábamos de comenzar una conversación muy interesante.

Alec cruzó los brazos sobre el pecho y miró su pequeña nariz de duende, la cual estaba cubierta de pecas.

Dios, le encantaban esas pecas.

—¿Crees que algo está ocurriendo ahí? —hizo un gesto hacia la puerta abierta.

—¿Si creo que algo está ocurriendo en el corredor?

Alec frunció el ceño.

—¿Haces eso sólo para provocarme?

—No tengo idea de lo que está pasando, Alec.

Él no estaba seguro, tampoco.

—¿Notaste miradas entre Cait y la duquesa?

Sorcha lo miró como si le hubiese salido un tercer ojo.

—Si no las conociera mejor, diría que esas dos están planeando algo.

—¿Planeando algo? —sus cálidos ojos marrones brillaron con hilaridad. — ¿Como una manera de pelear la corona inglesa con los hanoverianos? ¿Que tienen un Stuart esperando entre bastidores para apoderarse del trono? Bonni Prince Charlie murió sin descendencia. Así que no creo...

—¡Sorcha! —maldición, quería besarla. O estrangularla.

Tal vez ambas.

—No es lo que quise decir en lo absoluto. ¿Crees que están planeando algo sobre... nosotros? —quizás era sólo un espejismo suyo.

—¿Nosotros? —Sorcha rió. —Es la cosa más ridícula que he oído en todo el día.

¿Lo era? Las imágenes que lo habían estado plagando toda la noche decían lo contrario.

—¿Más ridículo que Cait y la Duquesa de Hythe tratando de quitarle el control a Prinny? —Alec no pudo evitar la sonrisa que se extendió en su rostro. La simple idea de esas dos mujeres conspirando para derrocar el gobierno era demasiado ridícula.

—En realidad

¿Acababa de decir *en realidad*? Alec quiso preguntar qué había sido eso. ¿Por qué el escenario más ridículo que había oído era más ridículo que ellos dos terminen juntos? Pero ya sabía la respuesta a eso. Sorchia no podía pensar en ellos como *nosotros* porque tenía la mente determinada en una de esas bestias babeantes. Que, de acuerdo con Cait, sería desastroso para la pequeña hada. No podía dejar que eso pasara.

—¿Qué vamos a hacer con esta sorpresa? —Alec cambió el tema. —Que el cielo nos ayude si no tenemos algo para Su Gracia esta noche.

Sorchia le hizo un guiño.

—Tengo exactamente lo que necesitamos —luego, le hizo un gesto para que la siguiera desde el salón.

Alec se quejó y salió detrás de ella. El bamboleo de sus redondas nalgas tenía toda su atención mientras giraban y cruzaban los corredores. Apenas podía despegar los ojos de su espalda lo suficiente para ver hacia dónde iban. Pero en momentos, se encontró en el invernadero. Las esencias de muchas flores llegaron a su nariz. Por supuesto que ella lo traería al invernadero. Era su lugar favorito.

—Eres el segundo caballero que me visita en el invernadero hoy —afirmó ausentemente.

Eso llamó la atención de Alec y levantó la mirada de su derriere.

—¿Quién fue el primero?

—Lord Bexley estuvo aquí temprano. Es un amigo muy curioso, ¿no? —tomó un gran macetero vacío y lo acomodó sobre una mesa cercana.

Maldito sea. El pelo de los brazos de Alec se erizó.

—¿Qué quería *Bexley* contigo?

—Lo haces sonar como si nadie pudiera pasar tiempo conmigo, Alec —dijo, riendo.

Al menos no la había ofendido. Aún. Pero Bexley era alguien con quien no debería estar sola.

—Oh, no tengo dudas de que los hombres quieran pasar tiempo contigo, Sorch. Pero debes tener cuidado con Bexley. Tiene una reputación sórdida.

—Como tú —le recordó con una sonrisa. —¿Me pasarías ese macetero de allá? —preguntó mientras llenaba un contenedor con tierra.

Él lo tomó ausentemente.

—Pero nunca te arruinaría. Bexley, por otro lado... —ni siquiera quería imaginarse a Sorch sola con ese réprobo. —¿Qué hizo exactamente?

Sorch se encogió de hombros.

—Sólo estaba actuando algo raro, de hecho. No estoy segura de qué hacer con eso. Me invitó a sentarme y hablar un poco. Y puso su brazo a mí alrededor.

—¿Qué hizo qué? —tan pronto como Alec pusiera las manos sobre el bribón... —No actúes como si no pudieras oírme, Alec —le reclamó.

—¿Te tocó? —preguntó Alec, refrenando su temperamento.

—No de esa manera —aclaró. —No como lo hiciste tú —dijo en voz baja, mientras un hermoso rubor crepitó en sus mejillas.

—Respecto a eso —Alec dijo mientras jugaba con los pies. —Esa fue una mala elección de mi parte —no había estado pensando claramente, y ahora no podía dejar de pensar en ella. En realidad, una mala elección. No estaba seguro de que podría olvidar cómo se sienten sus suaves labios.

Sorch asintió.

—Me imaginé que podrías pensar eso —de repente, se veía muy interesada en la planta que sostenía. Hace un momento lo miraba cuando hablaba, ya no. Enfocó toda su atención en la planta. —Quiero decir, un hombre como tú, has besado a cientos de chicas. Sólo soy una gota en la gran cubeta que es tu vida amorosa.

Ella no era una gota en una cubeta. De un momento a otro, era en todo lo que podía pensar.

—Mi cubeta está vacía — dijo él.

Luego, esperó su reacción.

Ella resopló.

—Por alguna razón, lo dudo —estaba llena de tierra hasta los codos y nunca se había visto más linda. Se pasó la mano por la ceja para quitarse un mechón de cabello, pero volvió a caerle justo en los ojos. —¿Me puedes ayudar? —preguntó mientras soplaba el rizo de cabello.

Ella se limpió un largo trazo de tierra sobre su frente, así que Alec sacó su pañuelo y le tomó la barbilla con una mano para estabilizarla, mientras le acomodaba el mechón en el tocado y limpiaba la macha con la otra.

La dulce esencia de flores de manzano lo envolvió mientras ella respiraba pesadamente.

—Listo —dijo, se inclinó y le beso la frente limpia rápidamente. —¿Está mejor? —¿Por qué rayos había hecho eso? Nunca hizo nada parecido. Ya no.

—Mucho —respondió. El corazón súbitamente comenzó a latir rápidamente dentro del pecho. Él podía oír el correr de la sangre en sus venas y ver el pulso latir en la base de la garganta. Los colmillos comenzaron a dolerle. Alec se alejó un poco de ella, esperando recuperar un poco el control.

—Entonces esta sorpresa —comenzó. —¿Qué es exactamente?

Ella señaló la planta sobre la mesa.

—Encontré esto el otro día cuando estaba trabajando aquí. Pobre, ¿no? —volvió al trabajo. —El jardinero me dijo que es una orquídea preciosa que el duque compró para la duquesa años atrás. Hicieron todo lo que pudieron y, finalmente, abandonaron las esperanzas de que sobreviviera y dejaron a la pobre cosita al fondo del invernadero. Ahí se ha quedado. Completamente sola, con sus hojas cayendo.

—Sorcha, está muerta —le informó.

—No lo está.

Él levantó una de las hojas secas y quebradizas y se deshizo en su mano.

—Aye, lo está —dijo con más firmeza.

—*No, no lo está* —discutió. —Solamente está esperando que alguien la ame.

—Sorcha —replicó él.

—Mira —metió la planta en la tierra nueva y presionó el montículo gentil pero firmemente. Luego, vertió una mínima cantidad de agua sobre ella. Pasó una mano sobre una de las hijas secas y quebradizas y ésta se levantó. Aún se veía seca y quebradiza, pero de hecho lucía... ¿feliz?

—¿Tú hiciste eso? —no pudo evitar preguntar. Él sabía que ella podía controlar las plantas, pero nunca lo había visto con sus propios ojos.

Ella se encogió de hombros.

—Todo lo que hice fue amarla. Volvió a la vida por sí misma cuando se dio cuenta de su propio potencial. De eso se trata todo. La planta tiene que creer.

—¿Las plantas pueden pensar?

—Por supuesto que pueden. No están condenadas a vivir en el pequeño macetero. Con cuidado y amor, pueden convertirse en mucho más —tocó el tallo y se levantó aún más. Una de las hojas se estiró y le hizo cosquillas en el dorso de la mano.

Alec sintió que una sonrisa se estiraba en las esquinas de su boca cuando la oyó reír.

—No puedo creer que hiciste eso.

—Solamente le proporcioné el medio. La planta hizo el trabajo —se encogió de hombros otra vez. Luego, se volvió a él, con una mirada tan radiante en su rostro que tuvo que dar un paso atrás. Era la inocencia personificada, con un trazo de encanto que le encantaría ver más intensamente. Pero siendo lo que era, no estaba destinado a ser.

—Ahora tenemos la sorpresa para la duchas —dijo en voz baja. —Estará muy feliz con ella.

—¿Y mi contribución a la sorpresa?

Sorcha se encogió de hombros.

—Fue muy amable de tu parte traerme la tierra especial todo el camino desde Edimburgh. No creo que la orquídea se hubiese recuperado sin ti.

Muy astuta y adorable la pequeña bruja.

—Entonces, ¿de qué hablabas con Cait? —pensó en dirigirla hacia aguas más seguras antes de que su interés en ella creciera a proporciones astronómicas.

—No era nada —murmuró Sorcha, mientras un rubor crecía en sus mejillas.

Claramente, era algo. La empujó con el hombro.

—Dime.

—No es algo que pueda discutir contigo, Alec —dijo, la cara se tornaba cada vez más sonrojada.

Bexley. ¿Se había aprovechado de ella?

—Dime sobre qué era, Sorcha —dijo, rápidamente. —¿Bexley trató algo contigo?

Ella le dio la espalda y enterró las manos en un macetero nuevo, ignorándolo completamente.

—Si eres tan curioso, tenía dudas que sólo una *dama* puede responder. Ahora, vete. La sorpresa está lista. Puedes regresar después y llevarla.

Al diablo. Si había algo mal, él podría ayudarla.

—No me iré hasta que descubra sobre qué estaban hablando —dijo Alec, cruzando los brazos sobre el pecho y dirigiéndole una mirada.

—Entonces esperarás por mucho tiempo —le informó.

Maldita sea la pequeña y terca bruja. Se acercó a ella hasta que estuvo a apenas una pulgada de distancia, el frente contra su espalda, tan cerca que podía ver sobre su hombro. Su cabello le cosquilleaba la nariz y él lo colocó gentilmente hacia un lado.

—Si crees que me intimidas respirando sobre mi cuello, Alec MacQuarrie, estás completamente equivocado —dijo tranquilamente.

Pero ese pequeño pulso en la base de su garganta estaba latiendo como loco.

—Y no me encantarás para decirte nada.

Esas pequeñas pecas brillaban contra la piel de su hombro. Debe tenerlas en todas partes. Fue un idiota en preguntarle.

—¿Tienes pecas como éstas en todo el cuerpo? —antes de presionar la boca contra su hombro.

Sorcha jadeó.

—Pensé que estabas interesado en descubrir qué estaba discutiendo con Cait. ¿Ahora te preguntas qué camino siguen mis pecas? ¿Has perdido la cabeza? —giró rápidamente para enfrentarlo.

Él casi se había olvidado sobre la discusión con Cait.

¿Quién se hubiese imaginado que las pecas podían ser tan perturbadoras?

—¿Sobre *qué* estabas hablando con Caitrin? —preguntó.

Ella inhaló para darse fuerza.

—Si debes saber, le pregunté sobre relaciones personales.

—¿Relaciones personales? ¿Cómo cuáles?

—Como las que hay entre un hombre y una mujer —hasta las pecas se sonrojaron esa vez. Ella evadió su mirada.

—¿Te respondió? —más importante, ¿qué dijo?

—Se rehusó, sin importarle el hecho de que me había prometido hace años que me contaría todo. Dijo que mi esposo me enseñaría lo que necesitaba saber —inhaló profundamente. —Pero tengo curiosidad —miró a Alec de cerca. Y debió haber visto oscurecer sus ojos con ese comentario, porque quedó boquiabierta.

Él se aprovechó completamente. Incluyó la cabeza rápidamente y puso la boca contra la de ella. Ella levantó las manos para sostener su rostro muy cerca y su lengua golpeó la de ella. Ella podría haber recibido sólo su primer beso, pero era una muy buena estudiante. Él sorbió sus labios hasta que el dolor de los colmillos casi lo agobió. Sabía que estaban completamente distendidos. Se separó de ella y apartó la cara.

Maldición. Era tan peligroso como esos lycans de los cuales estaba tan enamorada.

—Tu esposo te enseñará lo que quieres saber. Cait tiene razón. Y no deberías ir por ahí siendo tan curiosa. Podrías meterle en problemas.

—Como cuando me besaste hasta dejarme sin sentido —se veía un poco tonta, con la cara descansando sobre el pecho de él, deslizándose los brazos alrededor de su cintura mientras respiraba.

Lo hizo querer respirar con ella.

—Exactamente —confirmó, separándose de ella, necesitaba alimentarse para no estar tan hambriento. Por alguna razón, dudaba que ayudara con este tipo de hambre. Pero tenía que alejarse de ella, de cualquier manera. —Te veré luego —le dijo y huyó.

—No si te veo primero —bromeó ella. Pero había algo en su mirada. Algo diferente. Se veía... pícara.

Salió del invernadero, directo a un grupo de lords ingleses que caminaban por el corredor.

—Digo, MacQuarrie —retumbó el Conde de Chilcombe. —La próxima vez que tomes a una joven en el invernadero, deberías limpiarte un poco antes de irte —el hombre señaló la cara y la camisa de Alec.

Alec se brotó las mejillas y gruñó en voz alta cuando se dio cuenta que el lodo cubría su quijada. Y dos muy obvias, muy lodosas y muy femeninas huellas de manos manchaban su cintura.

Sorcha. Ella lo sabía. Y lo dejó salir luciendo como si se hubiese revolcado en el lodo con ella.

—Digo que deberíamos ir al invernadero y conocer el objeto de los afectos de MacQuarrie, —dijo Lord Loughton.

—Hazlo y morirás —advirtió Alec.

Capítulo 10

No había nada más maravilloso que un baño tibio. Sorchá cerró los ojos y descansó la cabeza contra el borde de la tina de cobre, inhalando la dulce fragancia de flores que había añadido al agua. Le hizo recordar la huerta de manzanas en la propiedad de su padre en Southwick. Sonrió para sí mientras recordaba su última visita a ese lugar.

Crecían allí más especies de flores salvajes que en cualquier lugar donde había estado. Era el cielo. Cualquiera que lo visitara en primavera quedaría sorprendido de los campos llenos de mariposas y alondras. Quizás podría lograr que Papá le enviara una invitación a Alec. Southwick era el lugar más alejado de la oscuridad que podía imaginar. Su espíritu estaría diez veces más ligero.

¿Y no sería maravilloso besarlo en ese escenario tan mágico?

Un golpe en la puerta interrumpió sus reflexiones. Sorchá jadeó, se sentó en la tina y derramó agua por el borde.

—¿Quién es?

Oyó el chirrido de la puerta abriéndose.

—Soy yo —la voz delicada de Maddie vino de detrás del biombo para cambiarse. Luego, la puerta se cerró con un chasquido.

Sorchá soltó un respiro de alivio y se reclinó nuevamente contra el borde de la tina.

—Estoy tratando de bañarme, Maddie.

—Y yo estoy tratando de esconderme. ¿Te importa si me quedo aquí por un rato?

Sorcha se sentó otra vez, derramando agua.

—¿De quién te estás escondiendo?

—De todos —suspiró Maddie. La cama de cuatro postes chilló como si la amiga se hubiese arrojado sobre ella.

Escondiéndose de la Duquesa de Hythe, podía imaginar Sorcha. Pero...

—¿De todos? —repitió. Esto sonaba mucho más importante que terminar su baño. Alcanzó una toalla y salió de la tina.

—Hmm. Es una cosa muy extraña realmente. ¿Crees que haya algún tipo de enfermedad que afecte sólo a los hombres?

Sorcha deslizó los brazos a través de la bata de seda amarilla y emergió detrás del biombo.

—Creo que todo es posible.

Desde el centro de la cama, Maddie se levantó con los codos para mirar a Sorcha.

—¿Recuerdas a Lord Chilcombe?

Un conde de un tipo, si Sorcha recordaba correctamente.

—¿Un tipo alto de cabello rojizo?

Su amiga asintió con la cabeza.

—Me buscó afuera en el cuarto de música y me miró de la manera más extraña y luego me preguntó si disfrutaba pasar mi tiempo en el invernadero. Como estaba en el cuarto de música, me pareció muy peculiar.

—Eso es un poco raro.

—No lo has visto en el invernadero, ¿o sí?

—No —Sorcha sacudió la cabeza. Había visto a Lord Bexley en el invernadero y besó concienzudamente a Alec en el invernadero. Sin embargo, Lord Chilcombe nunca había oscurecido esa puerta en particular, al menos no mientras Sorcha estuvo ahí.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que los invernaderos eran muy agradables. Y luego, le vi la mirada más curiosa en sus ojos. Como un sabueso justo antes de abalanzarse sobre una zorra acorralada. Por suerte, tu Mr. MacQuarrie cruzó la esquina. Le dio a Chilcombe una mirada mordaz que hizo que el conde se escurriera.

—Suenas como Alec —acordó Sorcha, con una sonrisa, no corrigió a Maddie en lo absoluto cuando se refirió a Alec como suyo esta vez. —Él siempre está salvando una dama u otra. Excesivamente caballeroso —se sentó en el borde de la cama, más cerca de su amiga.

—Desearía haber tenido su asistencia con Lord Loughton hace poco.

—¿El Barón de Shropshire?

—El mismo. El hombre preguntó si podría removerme los guantes para que él pudiera ver mis manos. Dijo que no había nada más adorable que los dedos de una dama.

Sorcha no pudo evitar que se le escapara una carcajada.

—Es la cosa más ridícula que he oído en mi vida.

—También pensé lo mismo. Y le dije que tendría que encontrar los dedos de alguna otra dama. Pero estuvo muy persistente. Incluso tiró de mis guantes. Nathaniel lo asustó, pero aún él ha estado extraño hoy.

—Pensé que me habías dicho que Lord Bexley era extraño todos los días.

Sorcha sonrió, esperando traer una sonrisa al rostro de su amiga.

Maddie asintió en acuerdo.

—Todos los hermanos son extraños.

—El mío, ciertamente, lo es.

—Aunque Nathaniel estaba más extraño que de costumbre. Pasó el día con el abuelo y se ha amargado.

Se sentó derecha, cruzando los brazos.

—Honestamente, Sorch, cada caballero con quien he tenido contacto se ha comportado muy raro hoy. Esto, difícilmente, es un buen presagio para el baile de esta noche, y yo estaba tan ansiosa por él.

—¿Conoces a Lord Radbourne y sus hermanos?

Los ojos verdes de Maddie se abrieron de sorpresa.

—Sé que el vizconde es un conocido de Nathaniel pero no me lo han presentado. La abuela dice que los Hadley son de mal *tono* y que debo mantener la distancia.

—¿Mal *tono*? —Sorch sacudió la cabeza. —Me parecen encantadores.

Maddie quedó boquiabierta como si estuviese escandalizada por la sola idea de que Sorch era amiga de los hermanos Hadley.

—¿Los *conoces*?

Sorch se encogió de hombros. Sabía más de ellos de lo que, probablemente, debía, pero no podía divulgar ninguno de esos secretos a Maddie.

—No diría que los conozco muy bien. He disfrutado unas pocas conversaciones con ellos. Son escandalosos y encantadores, en uno.

—Bueno, estarán aquí esta noche. Como son huéspedes de Lord y Lady Eynsford, la abuela no pudo dejar de invitarlos. Pero dijo que, bajo ninguna circunstancia, permitiría que me presentaran a los degenerados Hadley.

Si fuese Maddie, oír algo como eso sólo haría que Sorchá se determinara más en conocer a los caballeros.

—¿Quieres que te los presente? En secreto, por supuesto.

Maddie sacudió la cabeza como si Sorchá hubiese perdido la de ella.

—¿Por qué querría conocer a *esos* caballeros? Ninguno de ellos es un esposo potencial y necesito permanecer enfocada en mi meta final.

Sorchá se encogió de hombros.

—Como quieras. No sabes lo que te pierdes.

Maddie se lanzó sobre las almohadas de Sorchá.

—Y ahora, mi querida amiga se está comportando tan extraña como todos los demás. Creo que debería regresar a mi recámara, subirme a la cama y empezar el día de nuevo. Ver si tiene más sentido la segunda vez.

Sorchá rió.

—Te prometo ser yo misma en el baile. Lo pasaremos muy bien.

—¿Lo prometes? —Maddie levantó la cabeza para hacer contacto visual.

Sorchá asintió y se trazó una X sobre el pecho.

—Te lo juro.

Con una hermosa orquídea en un macetero en mano, Alec se dirigió a la sala de estar privada de la Duquesa de Hythe en el ala familiar del castillo. Sorchá había colocado un bello lazo azul alrededor del recipiente, algo que a él nunca se le había

ocurrido. De alguna manera, la pequeña hada hacía más alegre todo lo que tocaba. Qué talento tan asombroso.

Al llegar a su destino, Alec tocó la puerta del salón.

—Entre —respondió la duquesa desde adentro.

Alec empujó la puerta y entró al hogareño recinto. Carecía de la naturaleza grandiosa que caracterizaba la mayoría de Castle Hythe. No había chucherías costosas esparcidas por ahí. Sin pretenciosos accesorios dorados. Solamente una habitación cálida e iluminada, con un sofá, dos sillas que se veían cómodas y, colgando sobre el hogar, una pintura del duque y la duquesa en épocas anteriores.

Le sonrió a la duquesa que tenía aterrorizada a la mitad de Londres y extendió las manos para ofrecerle la orquídea.

—Su sorpresa como lo prometimos, Su Gracia.

Sus ojos, helados y astutos la mayoría de las veces, se arrugaron en los bordes y una sonrisa reventó sobre su rostro.

—Oh, Mr. MacQuarrie, ¿dónde encontró un *Dendrobium*?

¿Ése es el nombre? Alec sacudió la cabeza.

—En su invernadero, madam.

Frunció el ceño mientras tomaba la vasija y la examinaba, tocando gentilmente los pétalos púrpura-azulados.

—Pero... eso no es posible. Hythe me dio una hace muchos años. Hizo que le trajeran todo el camino desde Borneo, pero murió.

—Esta es la misma flor, le aseguro —Alec le sonrió. —Sorcha me pidió que le trajera una tierra especial de casa y, como puede ver, sus atenciones has rejuvenecido su planta.

La duquesa se enjugó una lágrima, con cuidado de no voltear su valiosa flor.

—No puedo agradecerle lo suficiente, Mr. MacQuarrie. Esto es lo más considerado que alguien ha hecho por mí en mucho tiempo.

—Todo fue Sorch, Su Gracia. Yo sólo ayude un poco.

Ella anidó la vasija aún más cerca de su pecho.

—Esa chica es especial. Hay algo en ella que me hace sonreír.

—A mí también —admitió Alec.

Una expresión centelleó en sus ojos, pero se fue igual de rápido.

—Bueno, supongo que debo hacer que Palmer ponga esto en un lugar especial y, luego, debemos dirignos a mi salón de baile —se levantó de su lugar y llamó al mayordomo.

Como regla, Alec tendía a evadir bailes, lo había hecho aún antes de convertirse en vampiro. Nunca tuvo el deseo de estar en la plaza nupcial. Siempre pensó que se casaría con Cait, así que nunca tuvo razones para asistir a tales funciones. Tampoco tenía ninguna razón para asistir ahora, no es su estado actual. Pero esta noche no tenía opción. Alguien debía mantener a Sorch fuera de problemas.

La broma traviesa de la pequeña bribona esa tarde lo había dejado fantaseando en ponerla sobre su rodilla. ¿En qué estaba pensando? Ya tenía a Bexley persiguiendo su falda.

Ahora Loughton y Chilcombe estaban más que curiosos en saber la identidad de la dama que estuvo en sus brazos en el invernadero. Y como si todo eso no fuera suficientemente malo, esos malditos lycans también estarían ahí esta noche.

Luego de que la duquesa le diera a su mayordomo órdenes estrictas de llevar la flor a la mesa de noche del duque, tomó el brazo de Alec.

—Gracias de nuevo, Mr. MacQuarrie.

—Su sonrisa es agradecimiento suficiente, Su Gracia.

La guio a través de los corredores y bajaron las escalinatas voladizas hasta el nivel principal del castillo. Ahí, inmediatamente, encontraron invitados arribando al baile ducal.

Alec dejó a la duquesa con un par de ancianas matronas y entró al salón de baile solo.

Los músicos aún no habían comenzado a jugar y los invitados apenas estaban comenzando a encontrar su camino dentro del salón. Alec dio una mirada alrededor de la sala, notando rosas blancas y lazos colgando del techo. Eso debe haber sido obra de Sorchia. Inocencia y belleza, todo en uno. El pensamiento lo hizo sonreír.

Una esencia de perros salvajes asaltó la nariz de Alec y la sonrisa instantáneamente se desvaneció, mientras cuatro lycans entraron al salón de fiestas. Caitrin colgaba del brazo del Marqués de Eynsford, como si no pudiera soportar separarse del esposo. Sus lobunos medio hermanos caminaban detrás.

Lord Radbourne captó la mirada de Alec y sonrió maliciosamente.

Alec casi le regresó un gesto soez, pero luego se dio cuenta de que la sonrisa maliciosa no era para él. Estaba dirigida sobre su hombro. Alec volvió la cabeza para mirar tras él, y estaría maldito si no veía a Sorchia parada ahí. Lo mismo que debió haber provocado la sonrisa malévola de Radbourne inmediatamente puso a Alec en trance.

Sorchia era una visión de hermosura. Caminaba lentamente hacia él, con la mirada hacia el codo, estirando distraídamente la parte superior del guante blanco. El vestido hacía juego con su esencia de flores de manzano, la cual lo alcanzó antes que ella. La esencia olía tan bien que casi se le hacía agua la boca. El murmullo de las ligas, rozando cuando una pierna pasaba la otra, absorbió su atención. Quería averiguar si eran del mismo verde claro de su vestido, tan claro que le recordaba el huerto de manzanos de su propiedad en East Galloway.

La mirada de Alec flotó hacia arriba, con el pensamiento en las ligas cuando vio el bajísimo cuello del vestido. Dio un paso hacia ella, completamente preparado a

enrollarla en su propia chaqueta para cubrir toda esa deliciosa piel. Pero, antes de que pudiera dar un solo paso, una voz cacareó cerca de su oído.

—¿Me pregunto si ésta tendrá tierra debajo de *sus* uñas?

Lord Chilcombe empujó el hombro de Alec con el suyo. El hombre se tambaleó un poco cuando el cuerpo de Alec no cedió a la presión del gesto.

Alec se forzó a sí mismo a desviar la vista de Sorchá, sólo por un momento.

—¿Qué estás balbuceando, Chilcombe? —preguntó, sin siquiera tratar de remover la amargura de su voz. Cómo odiaba al inglés. No podía negarlo. Era una plaga para la sociedad. Era tan útil como una tetera sin surtidor.

Chilcombe cabeceó hacia Sorchá y dijo:

—Es esa, ¿no es así? La muchacha que te tenía todo desarreglado cuando dejaste el invernadero —hizo un gesto hacia Loughton y dos más de sus amigotes, atrayéndolos al círculo. —Creo que, finalmente, descubrí la identidad de la adorable dama que MacQuarrie ensució y luego abandonó esta tarde.

—¿Quién es, por Dios? —demandó Loughton. —Por favor, dilo. Estoy cansado de examinar las uñas de las damas.

—¿En realidad? —Chilcombe rió. —Pensé que era una de tus actividades favoritas.

—Me ocuparé de mi actividad favorita una vez que divulgues el nombre de la señorita —Loughton elevó una ceja, con entretenimiento.

—Y luego, puede poner sus uñas donde quiera.

Si llegara a tratar de tocar a Sorchá, Alec le arrancaría las manos de los brazos.

—Y sólo para que quede registrado, *la muchacha* fue quien ensució a *MacQuarrie* —repicó el Vizconde Dewsbury. —No al revés.

—Mi error —aceptó Chilcombe. —Ciertamente, está en lo correcto, Dewsbury.

—Los celos no van con ustedes, caballeros —dijo Alec, tratando de mantener su aire jovial. Falló miserablemente, estaba seguro. Pero al menos trató. Luego, trató de parecer despreocupado cuando Radbourne abriéndose camino lentamente por el salón de baile hacia Sorch. No había manera de que pudiera dejar el grupo de ingleses y llegar a ella primero. Si lo hacía, estaría haciendo de ella la imagen de una mujer caída. Si no lo hacía, Radbourne la interceptaría en apenas un momento.

Por supuesto, podía estrangular a Radbourne cuando nadie los estuviera viendo. Y el maldito lycan no podía desvirtuar a Sorch en un salón lleno de testigos.

Alec apretó los dientes. Tan pronto pudiera dispensarse con sus irritantes pares Sassenach, haría que cierto Radbourne y sus revoltosos hermanos mantuvieran sus colas lejos de Sorch.

—¿Es ésa Lady Eynsford? —murmuró Loughton. —No creo que *ella* estuviese en el invernadero esta tarde.

Los ojos oscuros de Chilcombe brillaron con diversión.

—Él siempre ha sentido cariño por la marquesa, ¿no es así?

—¿Suficiente cariño como para acariciarla en el invernadero? —Dewsbury sonrió para sí mismo.

—¿Estás diciendo que tengo razón? —preguntó Loughton, con el pecho hinchado de orgullo.

Antes de que Chilcombe pudiera responder, el maldito Marqués de Eynsford en persona se paró junto a Alec.

—Ah, MacQuarrie. Pensé que eras tú.

Más bien como que el hombre escuchó que mencionaron el nombre de su esposa y pensó en ponerle un fin a todo, especialmente porque el nombre de Alec estaba ligado al de ella. Por mucho que Alec despreciara al lobuno marqués, la llegada del hombre pondría fin a toda la infortunada conversación. Gruñó un saludo en lugar de tener que hablarle a Eynsford.

—Ha pasado mucho tiempo —continuó el marqués como si él y Alec fueran los mejores amigos. —Demasiado.

Alec miró a Eynsford y se las arregló para darle una parca sonrisa. Si fuese por él, serían incontables los años que pasarían antes de ver al lycan otra vez, si acaso.

—Verdaderamente. Ha pasado mucho desde te vi o a tu adorable esposa —tal vez eso terminaría la especulación de que Cait había estado con él en el invernadero. No quería ver su reputación manchada más de lo que quería ver la de Sorch.

—Bueno, Eynsford Park está muy cerca. Quizás puedas hacernos una visita mientras estás en Kent.

Tan pronto como se congele el infierno.

—Qué generoso de tu parte.

Los ojos de Alec se perdieron en la multitud hasta donde Radbourne desfilaba con Sorch alrededor del perímetro del salón de baile. Apretó la mandíbula con la vista. Maldito lycan.

—De hecho, Eynsford, hay algo que quisiera discutir contigo. Qué fortuito que nuestros caminos se hayan cruzado esta noche —miró sobre el hombro al grupo de pares libertinos de Chilcombe. —¿Nos disculpan?

No esperó por la respuesta, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la esquina más cercana. Eynsford lo siguió rápidamente, y Alec se reconoció, a regañadientes, contento del hecho. Era mejor terminar con esto más temprano que tarde.

—¿De qué estaban hablando esos bufones? —demandó el marqués en *sotto voce*.

Alec enderezó los hombros y le dio la mirada más mordaz a quien fue su rival alguna vez.

—Mantén tus perros lejos de Sorch.

Eynsford frunció el ceño.

—¿Me estás amenazando, MacQuarrie?

—Una amenaza, usualmente, está seguida de un “o si no”. Exijo, no amenazo. Realmente, deberías saber la diferencia. Mantén tus malditos bichos lejos de ella.

—Ciertamente tiene el timbre de una amenaza —el maldito marqués tenía la audacia de lucir divertido. —¿Lo que me causa más curiosidad es por qué te crees con derecho de dictar quién puede o no asociarse con Sorchá? ¿Tienes algún tipo de arreglo con la muchacha del cual no me han informado?

Un músculo se movió en la quijada de Alec.

—*Siempre* me he preocupado por el bienestar de Sorchá.

—Qué noble de tu parte.

A Alec le hubiese encantado golpear la mirada vanidosa de la cara de Eynsford, pero no en este escenario. No frente a todos estos testigos.

—No la veré sufrir el mismo destino de Cait.

El maldito hombre se veía aún más vanidoso, aunque Alec no estaba seguro de que eso fuera posible.

—Mi esposa no tiene quejas sobre su suerte en la vida. Si no me crees, siéntete libre de preguntarle. Mientras tanto, agradeceré que mantengas su nombre fuera de las lenguas de los asquerosos hombres. Chilcombe tuvo suerte de que no le arrancara la cabeza de los hombros allá atrás.

De hecho, a Alec no le habría importado la vista, aunque dudaba que la duquesa hubiese disfrutado que se interrumpiera su baile por condes decapitados.

—No tengo control sobre Chilcombe o nadie más.

Eynsford se encogió de hombros.

—Y yo no tengo control sobre Lord Radbourne o sus hermanos.

Alec se dio cuenta de que el hombre no dijo *mís* hermanos; si lo hiciera sería admitir abiertamente que había nacido en el lado equivocado de la manta.

—Yo sé que eso no es verdad. Tú eres el macho alpha. Así que mantenlos lejos de ella. Sorchá merece algo mejor que un baboso lycan.

—¿Es así? —Eynsford bajó la voz. —¿Supones que se merece mejor un vampiro?

—Nunca he dicho eso.

—Pero lo pensaste, MacQuarrie. Lo puedo ver en tu cara. Así que déjame explicarme mejor... puedes haber conocido a Sorchá toda su vida, pero significa muy poco para mí. La muchacha es parte del círculo de Cait, lo cual la hace parte de *mi* círculo. Y cuidaré por sus mejores intereses.

—Entonces, mejor mantén un ojo sobre esos hermanos tuyos —gruñó Alec, mientras veía que Cait se acercaba a ellos.

Miró en su dirección, saludó con la cabeza, y se fue.

—Buenas noches, Lady Eynsford.

Si ese maldito marqués no mantiene su manada a raya, entonces Alec tendría que hacerlo por él.

Capítulo 11

Sorcha sonrió a Archer Hadley, Vizconde Radbourne, mientras metía la mano en la curva de su brazo.

—Sabes —comenzó tranquilamente, mientras la guiaba hacia un área menos habitada del salón de baile, —No he pensado en otra cosa más que en ti desde anoche.

—¿Lo has hecho? —preguntó ella, no muy segura sobre qué decir.

—Hmm —inclinó la cabeza más cerca de la de ella. —Es una experiencia novedosa pasar tiempo con una muchacha que sepa lo que soy. Realmente raro.

¡Recórcholis! Él aún lucía un poco desconcertado por el hecho de que ella sabía sobre su herencia lycan.

—Es cierto lo que dije, Archer. Nunca le diré a nadie tu secreto —dijo ella, tratando de tranquilizarlo.

Archer le sonrió, y sus ojos color ámbar oscuro brillaron con el cálido candelabro que alumbraba desde arriba.

—Confío en ti, muchacha. Solamente es agradable no tener que fingir contigo.

—Fingir que eres algo que no eres —asintió en aprobación. Con toda seguridad, Sorcha podría entender eso. Sólo las familias de sus hermanastras sabían lo que era.

Bueno, y Alec. Pero, nadie más. A menudo, era muy difícil tratar de ser ella misma y mantener esa parte en secreto del resto del mundo.

—Entiendo completamente.

Él puso su mano sobre la de ella y la oprimió.

—Por alguna razón, lo sé.

—Me da curiosidad la transformación —sus ojos brillaron de emoción. —Me encantaría oír más al respecto, si quisieras contarme.

Un ligero rubor subió por el cuello de Archer y apartó la mirada de ella, como si estuviera avergonzado.

—Nunca le he contado a nadie sobre eso. Mis hermanos saben todo al respecto, por supuesto, y nuestra madre nunca ha preguntado.

—Probablemente, tu padre le dijo —sugirió Sorchá. Después de todo, si *ella* se casara con un lycan, demandaría saber todo lo que hay que saber sobre las criaturas. Todo lo que Cait y Elspeth se rehúsan a decirle. Tan solo eso, hacía que la información valiese la pena. Si era algo mundano, no habría necesidad de mantenerlo en secreto o sonrojarse como un tomate cada vez que Sorchá preguntaba por los detalles, ¿no es así?

Por supuesto que no. Tal vez Archer Hadley le diría todo lo que ella quería saber.

—¿Cómo viene el cambio? ¿Lo sienten todo el día o...?

—Querido Dios —gruñó el vizconde en voz baja. —Esta es una experiencia que me puede haber ahorrado —una expresión muy consternada cruzó su rostro, mientras veía por encima de ella.

—Disculpa —comenzó Sorchá, mientras veía a Alec, con una severa mirada en el rostro, avanzando en su dirección.

—Cada vez que estoy conversando con una bella muchacha escocesa, algún vampiro u otro quiere robármela.

—¿Cada vez? —Sorchá no pudo evitar reír. Eso no podía ser posible. Qué cosa tan tonta.

—Rhiannon y Blodswell —explicó Archer. Luego, movió una ceja sugestivamente. —¿Qué tienen los chupasangres que ustedes, las mujeres, encuentran tan irresistible?

—Tal vez la falta de baba —dijo Alec lentamente, mientras se detenía junto a Sorch y ponía una mano sobre su hombro.

Sorch frunció el ceño.

—¡Alec! No había necesidad de eso.

—Oh, sí había necesidad —le aseguró. Luego, le echó una mirada a Archer Hadley. —Puedes llevarte tus pulgas e ir a molestar a alguien más.

El lycan arqueó una ceja dorado oscuro.

—¿Te estoy molestando, Sorch?

—Por supuesto que no —comenzó ella, pero Alec oprimió su hombro en advertencia. ¿Cuándo Alec MacQuarrie se había vuelto tan bruto?

—Tengo algunas cosas que necesito discutir con mi paisana.

¿Ella era su *paisana*? ¿Eso era todo?

—¿Sorch? —preguntó Archer.

Bueno, sí necesitaba hablar con Alec, aún si él solamente la veía como su paisana.

—Estaré bien, pero encuéntrame a tiempo para nuestro baile.

Archer asintió tan galantemente como Sir Galahad, estaba segura.

—No me lo perdería por nada en el mundo, muchacha —luego, partió hacia donde estaban sus hermanos y Cait, dejando a Sorch a solas con Alec. Bueno, tan solos como dos personas podían estar en un salón de baile lleno de gente.

Sorch picó a Alec en las costillas.

—Nunca me imaginé que podías ser tan maleducado, Alec MacQuarrie.

Sus ojos negros la perforaron hasta el alma.

—Y yo nunca me imaginé que podías ser tan imprudente. Esa pequeña broma con la tierra que me dejaste por toda la cara y la cintura del saco esta tarde ha causado un gran revuelo en el castillo, en caso de que no te hayas dado cuenta.

Ella no pudo evitar que se le escapara la risa. Él había lucido completamente ridículo cuando salió del invernadero.

—Difícilmente, lo encuentro divertido.

—Entonces no debiste haberte visto en un espejo. Eras, sin duda, la persona más desaliñada que había visto en mi vida.

De algún modo, los ojos de Alec se oscurecieron aún más. ¿Cómo podían verse más oscuros sus ojos negros? No estaba segura, pero lo hicieron.

—Y casi te arruinas a ti misma en el proceso. Con suerte, no encontrarás eso tan divertido.

—¿Arruinarme? —repitió. Qué cosa tan ridícula.

—Oh, aye. Chilcombe y su feliz banda de idiotas han estado escudriñando el castillo en búsqueda de la muchacha que fue mi cita en el invernadero.

¡Lord Chilcombe! ¿Por eso era que el conde le había preguntado a Maddie si disfrutaba pasar el tiempo en el invernadero?

¿Y por eso Lord Loughton había tratado de ver sus uñas? Sorchá gruñó. Nunca se perdonaría a sí misma si terminaba lastimando a Maddie, sin intención o de otra manera.

—Sólo era una broma.

—Una que pudo haberte arruinado, Sorchá Ferguson, si alguien se hubiese enterado de lo que ocurrió.

Era lo último que Sorch quería. Su padre la mataría. O a Alec. Bueno, su padre no podría matar a Alec realmente, ¿o sí? Pero haría su mejor intento. Entonces, una idea surgió en la cabeza de Sorch cuando sus ojos encontraron el tazón de ponche en el lado opuesto del salón. Un poco de hojas secas de euphrasia, hechas polvo y añadidas con horchata, sería suficiente.

—¿Qué tal si los hacemos olvidar que te vieron cubierto de tierra y escapando del invernadero, Alec?

Alec no estaba seguro por qué, pero el pequeño brillo malicioso en los ojos de Sorch era lo más aterradorante que había visto en su vida.

—No sé qué tramas, pero sácatelo de la mente en este instante.

Ella subió la nariz con arrogancia.

—Pero es un muy buen plan, Alec. Y nunca sospecharán que le haya borrado la memoria.

Él tenía razón. Esa mirada era lo más terrorífico que había visto en su vida.

—¿Eso fue lo que le hiciste al pobre mozo anoche?

Sorch le sonrió.

—Eso fue valeriana. Muy diferente. Estoy segura de que Johnny está muy bien hoy.

—Muy bien —repitió Alec. —Vi al pobre muchacho, Sorch. Aparte de tener el corazón roto, vivirá.

—Era un muchacho muy dulce. No tenía intención de lastimarlo —el remordimiento brilló en sus lindos ojos marrones hasta que lo removió con un pestañeo.

—Pero estoy hablando de un poco de euphrasia encendida para Chilcombe y los otros. Sólo los hará olvidar cualquier cosa que diga en el hechizo.

—Eso suena como una idea muy mala, muchacha —sonaba como algo que le saldría mal y la metería aún en más problemas. —Sólo compórtate por los próximos días, y la situación se resolverá sola.

Ella sacudió la cabeza, tercamente.

—No puedo quedarme sin hacer nada, Alec. Maddie dijo que Lord Chilcombe le estuvo preguntando sobre el invernadero esta tarde. Y pudo haber terminado siendo culpada por mi pequeña diversión. No es justo. No le haré eso a ella.

Se metería en problemas. Eso es lo que haría.

—Me encargaré de eso —Alec, finalmente, suspiró.

Sus lindas cejas marrones se juntaron.

—¿Cómo?

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres demasiado curiosa para tu propio bien? —trató de fruncirle el ceño. Pero era muy difícil castigar a Sorchá. Era demasiado adorable.

Ella se colocó la mano, delicadamente, sobre el pecho y batió las pestañas.

—¿Quién? ¿Yo? —una sonrisa se extendió lentamente por su rostro. Los dientes de Alec comenzaron a doler, entre otras cosas. ¿Por qué diablos Sorchá, repentinamente, comenzó a llamarlo de la manera como lo hacía? Era inocente. Él no. Él no había sido terriblemente inocente antes de su muerte. Y lo era aún menos, ahora. No podían ser más diferentes.

Sorchá interrumpió su auto recriminación.

—¿Por qué, de repente, luces tan serio? —levantó una mano y, brevemente, le tocó la mejilla.

Alec volvió la cabeza rápidamente y besó el centro de su palma, lo cual la hizo reír. Luego, miró alrededor del salón para ver si alguien se había dado cuenta de su mal paso. No debió haber hecho eso. Ella lo hacía querer hacer cosas que serían malas para ella. Se pasó la mano por el cabello con frustración.

—¿Puedo escoltarte a la cena, Sorchá? —expulsó de repente. Ella se veía tan sorprendida como él. —¿O Radbourne ya ha solicitado el honor?

Comenzó a asomarse una sonrisa en su boca.

—Radbourne no ha preguntado. Aún no, en todo caso.

—¿Eso es un sí?

Ella entrecerró los ojos para apreciar su rostro. ¿Estaba buscando sinceridad? Podría encontrarla. Él sinceramente quería evitar que Radbourne la llevara a la cena. Pero dudaba que fuese el tipo de sinceridad que ella estaba buscando. Ella estaba buscando un corazón puro. Y, demonios, él ni siquiera tenía un corazón.

—Quizás —dijo esa única palabra. Quizás.

Quizás él la lanzaría sobre su hombro y se la robaría. Podría moverse tan rápido que solo los muy observadores podrían darse cuenta. Y aún a ellos podría hacerlos olvidar, exactamente como haría con Chilcombe y sus amigos.

—¿Quizás? No me tientes, Sorchá —gruñó.

—Ooo, sueñas como un lycan con todo ese gruñido —su risita tintineante casi lo hizo sonreír.

—No me compares con esas bestias —advirtió Alec.

Sorchá puso una mano sobre el pecho de Alec y le dio unas suaves palmadas, sus cejas fingían seriedad mientras apretaba los labios y canturreaba.

—Oh, está bien. Eres un vampiro grande y malo. Muy por encima de esas bestias lycans. Algunas veces lo olvido. Gracias por recordarme tu superioridad —luego, soltó esa tintineante risa otra vez. Alec luchó para no sonreír. Ella era incorregible.

—No tomes mi condición tan a la ligera, Sorch —le advirtió.

—Puedes haber mordido más de lo que puedes masticar, metiéndote conmigo.

Ella bajó la voz hasta casi un sedoso ronroneo y se inclinó más cerca de él.

—No creo que sea yo quien muerda —bromeó.

—Maldición —murmuró Alec. Sus incisivos habían descendido justo ahí en las afueras del salón.

—¿Qué ocurre? —la burla dejó su voz, mientras buscaba verlo a la cara. —¿Te duele la cabeza?

—Los vampiros no tenemos dolores de cabeza —rezongó, luchando por mantener el labio superior sobre los colmillos. Tenía que salir del salón de baile, lejos de los otros. —Te buscaré para la cena —dijo cortamente. Pero el simple pensamiento de una cena con ella lo hizo pensar en hundir sus dientes en su delicada piel en la base de la garganta.

—¿Estás enfermo? —continuó buscando su rostro.

—No, sólo estoy muerto —Alec se frotaba el labio superior, esperando que ella no notara los colmillos.

—No es gracioso —Levantó su nariz respingada aún más arriba.

—No, no es para nada gracioso. Te veré para la cena. Así que, por favor, no aceptes ninguna invitación de los parientes de Eynsford —odiaría tener que disponer de un cuerpo. Pero estaría obligado a cometer un homicidio y si una de las bestias pone sus manos sobre Sorch. —O de nadie más, en todo caso —corrigió. Bexley, Chilcombe y Loughton no eran mejores. —¿Entendiste?

—No te ves atractivo cuando actúas como un tirano —murmuró ella. —Ni un poco.

—No hagas nada mágico con el ponche mientras no esté. Te veré en un momento —dijo con una rápida reverencia. Necesitaba hacer un viaje rápido a la carnicería en la villa para calmar esta insaciable sed repentina. Pero tampoco quería a nadie forzándolo a intercambiar bromas a su salida. Escogió el menor de dos males y se deslizó hacia el jardín y pasó sobre el muro.

Regresaría en un tris. Tendría suficiente tiempo para beber hasta saciarse y, luego, encontrar a Chilcombe y sus cohortes y ayudarlos a olvidar lo que habían visto fuera del invernadero esa tarde. Después de todo, ser un vampiro tenía que traer algunas cosas buenas, ¿no es así? No todo podría ser chupar sangre y condenación eterna.

Capítulo 12

Sorcha vio a Alec salir del salón como si su vida dependiera de una rápida escapada. ¿Qué diablos le había pasado? Por un momento, deseó que estuviese experimentando algo del dolor que Lord Kettering y Lord Blodswell habían sufrido antes de volver a transformarse en humanos.

Esperaba que tal vez la conversación sobre el momento que pasó con ella en el invernadero esa tarde y el evento mismo habían chispeado un poco de vida al hombre que había conocido toda su vida, pero todo eso hubiese sido un espejismo de su parte. Un espejismo muy, muy estúpido.

Alec, aparentemente, no había sufrido ningún dolor de cabeza, y nunca lo había visto tocarse el pecho como si estuviese calmando algún sufrimiento. Pero algo lo había molestado. ¡Era exasperante no saber lo que era! Podría preguntarle a Cait, aunque no tendría respuesta. La vidente vivía por un código, en lo que a sus poderes concernía. Por supuesto, Cait *quería* que Sorcha ayudara a Alec a ver que él pertenecía a los vivos. ¿Cómo podría lograr que Cait le dijese...?

La voz de Maddie interrumpió los pensamientos de Sorcha.

—¿A dónde se fue tu MacQuarrie?

Sorcha sonrió alegremente, mientras se volvía y saludaba a su amiga. Después de todo, no tenía sentido admitir que no tenía idea de lo que hacía Alec y eso la estaba matando.

—Dijo que regresaría antes de la cena.

Maddie enlazó el brazo al de Sorcha.

—Pasea por el salón conmigo, ¿quieres?

Pasear era mejor que pararse en una esquina, luciendo como una tonta, así que Sorchá asintió.

Habían tomado sólo unos pasos juntas antes de que Maddie susurrara:

—Realmente conoces a Lord Radbourne. Te vi caminando con él.

Ah, así que, a pesar de las protestas, Maddie *quería* conocer a los hombre Hadley.

—¿Quieres que te los presente?

La boca de Maddie se abrió con sorpresa.

—¡Por supuesto que no! La abuela dice que él es un cazador de fortunas de la peor clase.

Sorchá no pudo evitar que una risa se le escapara.

—¿De la peor clase? ¿Cuál es la mejor clase de cazadores de fortuna? ¿Le susurra palabras bonitas a tus guineas?

Los ojos verdes de su amiga se entrecerraron hasta una delgada línea.

—Difícilmente, encuentro eso gracioso, Sorch. Sólo quería advertirte. Dime que no has puesto tus ojos en él.

Hace menos de una noche, Sorchá no podía haber dicho tal cosa. Pero ahora... bueno, ahora no sabía qué quería. Eso no podría ser completamente cierto. Si era absolutamente sincera con ella misma, admitiría que lo que realmente quería era que Alec MacQuarrie sintiera algo por ella. Algo real. Algo que hiciera que su corazón latiera una vez más, por *ella*. Pero sabía que eso no era posible, en realidad. Y no quería ser como él, decayendo por algo, por alguien por el resto de su existencia.

—Aún no he decidido —murmuró rápidamente.

Maddie frunció el ceño en respuesta.

—Bueno, debes decidirte y pronto. Él y sus desprestigiados hermanos vienen hacia nosotras.

Sorcha giró su atención a los tres caballeros, muy masculinos, muy lycans, que se dirigían hacia ellas. Weston Hadley las alcanzó primero e hizo una reverencia para saludarlas. Sus ojos avellanados brillaron, aunque no sonrió. Maddie se enderezó al lado de Sorcha.

—Espero que no haya olvidado nuestro baile, Miss Ferguson —dijo, suavemente, el lycan marcado.

Maddie oprimió su asidero sobre el brazo de Sorcha, como si le advirtiera contra una acción tan desatinada. Sorcha desembarazó su brazo del de ella, suavemente, y sonrió al caballero.

—Será un honor, Mr. Hadley.

—Yo le pregunté primero —gruñó Grayson Hadley, viniendo por detrás.

Weston le echó una mirada triunfante a su gemelo.

—Finalmente, te gané, Gray —le ofreció la mano a Sorcha y, alegremente, ella le permitió acercarla a él.

—No me había dado cuenta de que estaban compitiendo —bromeó Sorcha.

—Todo es una competencia para éstos dos —dijo Radbourne, con un tono burlón.

—¿No para usted, mylord? —preguntó Maddie, sorprendiendo a Sorcha con su intempestiva pregunta. Quizás realmente sí quería conocer al trío, después de todo.

El vizconde sonrió lentamente a la heredera, lo cual hizo crecer un pausado rubor por el cuello de Maddie.

—¿Para qué competir con ellos si siempre gano, a pesar de todo? —gentilmente empujó el hombro de Sorcha con el brazo. —Presénteme, Miss Ferguson, para poder pedirle a la dama un baile.

—¿Y arriesgarme a enojar a la duquesa? —Su Gracia sufriría una apoplejía si se enterara que Maddie era cortejada por los hermanos Hadley.

Lord Radbourne rió.

—Considerando nuestros encuentros pasados, me parece que usted es intrépida, muchacha. Así que háganos el honor, ¿sí?

Sorcha ignoró la calidez en sus mejillas por el comentario velado de Lord Radbourne. Aunque no estaba segura si él pensaba que era una arriesgada por codearse con vampiros o por tratar de meter un mozo medio muerto en un carruaje por sí misma.

—¿Desde cuándo usted necesita presentación, Lord Radbourne? —preguntó.

—Cierto, cierto —suspiró él. —¿Por qué debería detenerme una formalidad?

Estaba manejando el asunto de la manera equivocada y la duquesa muy bien podría cortar la cabeza de Sorcha; pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Está bien. Lady Madeline Hayburn, Vizconde Radbourne y... —tocó el brazo de Weston, quien aún sostenía el de ella, —Mr. Weston Hadley y... —hizo señas en dirección a Gray, —Mr. Grayson Hadley.

—Un placer conocerla —Radbourne sonrió pertinazmente y tomó la mano de Maddie, haciendo una real reverencia. —¿Me permite este baile, Lady Madeline? —preguntó, con una mirada traviesa.

Maddie no sabía muy bien cómo decir que no. No si planeaba bailar con alguien más por el resto de la noche.

—Gracias al cielo por el decoro social —susurró Radbourne a Sorcha, cuando se llevaba a Maddie. —Es muy educada como para rechazarme.

—Hasta que su abuela se de cuenta —respondió Sorcha también en susurro.

—La duquesa te cortará la cabeza.

Pero Weston dirigió a Sorcha al salón de baile.

—Su amiga se ve tan asustadiza como un gatito.

—¿Gatito? —rió Sorchá. —Un comentario interesante para un perro.

Weston frunció el ceño.

—No importa lo que MacQuarrie diga, Miss Ferguson, mis hermanos y yo no somos perros.

—Yo... no quise ofenderlo —murmuró, mientras comenzaban los primeros acordes de un vals.

Weston Hadley hizo una reverencia ante ella y la atrajo a sus brazos para bailar.

—No se preocupe, mujer.

Pero era difícil dejar de pensar en su comentario cuando se veía tan miserable.

—Honestamente, Mr. Hadley, conozco a muchos de su tipo y adoro a cada uno de ellos.

Finalmente, él sonrió y ella se sintió muchísimo mejor.

—No se preocupe, querida mía, en realidad.

Esta vez ella le creyó y le devolvió una sonrisa, mientras él le daba una vuelta. Notó que él puso los ojos en Lord Radbourne y Maddie a sólo unos pasos de ellos.

—Ella no es asustadiza —dijo Sorchá en voz baja, —sólo cautelosa.

Alec se apresuró tanto como pudo a la carnicería en un esfuerzo por saciar la sed insaciable que sentía por Sorchá.

Estaba verdaderamente asombrado que apenas pudiera caminar, de lo excitado que estaba, mucho menos correr, pero llegó en pocos momentos. Desafortunadamente, el carnicero aún estaba trabajando duro. Pero, por suerte para él, al menos eso significaba que tomaría sangre fresca, en lugar de una que tuviese horas como la vez anterior. Encantó al carnicero, tomó unas copas de sustento vital y regresó al baile, rápidamente.

Cuando llegó, se encontró con que el simple olor a esencia de flores de manzano de Sorchia le dio sed otra vez. Sintió su esencia desde el otro lado de la habitación, donde bailaba con uno de los gemelos Hadley. Malditos sean esos perros por poner sus manos sobre ella.

Esta atracción obstinada que sentía por Sorchia lo estaba volviendo loco. Nunca desde que se convirtió en vampiro, y ciertamente antes tampoco, se había sentido tan atraído por una mujer.

Ni siquiera Cait le había atraído de la manera en que Sorchia lo hacía ahora. Alec enderezó la espalda, forzándose a sí mismo a pensar en lo que había admitido. Tenía una atracción por su amiga de toda la vida. Eso era una realidad. Pero nunca sintió una emoción tan profunda nadie más que Cait.

No sólo quería estar dentro de Sorchia, quería saber qué había en su interior también.

No solo quería estar dentro de Sorchia, también quería saber qué había dentro de ella.

—¿Por qué estás tan serio, Alec?

Alec miró a los ojos azul cielo que siempre pensó que estarían en su futuro.

—Lady Eynsford —dijo Alec, con una leve inclinación de cabeza. —Espero que esté bien —si no la miraba, tal vez se iría. No era probable, pero valía la pena tratar.

—Muy bien —acordó. —Pero curiosa de saber qué te tiene vuelto un nudo.

Endemoniada alma entrometida.

—¿Ahora también puede leer mi humor, además del futuro? —preguntó él, manteniendo los ojos sobre Sorch y Hadley todo el tiempo. —Por alguna razón, lo dudo.

—Oh, lo escondes muy bien. Pero no tan bien, no para mí —contraatacó. —Admítelo. Te sientes atraído por ella.

—¿Por quién, Lady Eynsford? —tal vez si la llamara por el título suficientes veces, recordaría que lo desechó por ese maldito lycan y se iría.

—¿Con quién? —se mofó. —Sabes muy bien de quién hablo, Alec MacQuarrie. No has sido capaz de quitarle los ojos de encima desde que regresaste al salón. La estás mirando en este momento, de hecho.

—Si los *parientes* de su esposo no lucieran tan determinados a acosarla, sería capaz de disfrutar de mis propios pasatiempos —si no la miraba, podría creerlo. Si tan sólo él mismo pudiera hacerlo.

—Los celos te consumen, Alec —rió. La endemoniada mujer se rió. Demonios. —No necesitas desear que yo sea un hombre para que puedas disponer de mí —susurró juguetonamente.

—Sal de mi cabeza, Cait —gruñó él.

—No estaba en tu mente, tonto. Estaba haciendo una suposición aprendida —inhaló profundamente. —Una correcta, obviamente.

Alec se metió las manos en los bolsillos. Era eso o dejarla ver cuánto le afectaban sus observaciones.

—Está bien si estás encaprichado con ella —dijo Cait, suavemente.

Alec rechinó los dientes tan fuerte que estaba seguro que las personas podían oírlo en el condado contiguo.

—No estoy encaprichado —refunfuñó.

—No. Es mucho más que eso. O lo será si lo dejas.

Finalmente, se volvió hacia ella y la miró, esperando tener su atención.

—Perdóneme por ser brusco, pero lo que sea que es, no es de su incumbencia, Lady Eynsford.

Ella movió la cabeza de un lado a otro, como si estuviese sopesando si era o no de su incumbencia.

—Tal vez no —admitió, mientras sus ojos azules parecían penetrarle el alma. — Pero quiero que sepas una cosa.

¿Sólo una?

—¿Qué es? —suspiró él.

—Eres digno de ella, Alec.

No discutiría ese punto, no con Cait; pero no había manera de que forzara a Sorch a aceptarlo como era. No la condenaría de por vida con un parásito como él, no cuando ella tenía un brillante futuro ante ella. Sorch a era todo lo bueno y amable y feliz y vivo.

—Digno de ella, pero no de ti —apuntó secamente.

—No éramos el uno para el otro.

Alec vio a Eynsford caminando en su dirección, con los ojos singularmente enfocado en Cait como si estuviese listo para rescatarla. Y, por una vez, Alec estaría feliz de verla partir.

—Nunca se ha dicho nada más cierto, Cait —dijo en voz baja, mientras la dejaba ahí de pie al margen del salón.

Alec recorrió el perímetro del salón de baile, manteniendo todo el tiempo los ojos fijos en Sorch a y el perro Hadley.

Maldito sea el lycan por sonreírle y estar encantado por ella, aunque no podía culparlo. Pero si el rufián no ponía más espacio entre ellos y la sostenía a una

distancia más respetable, Alec podría dejarle una segunda cicatriz, ésta cruzando el centro de su frente. O de su entrepierna. Alec no estaba muy seguro de cuál.

Sorcha vio a Alec, y sus cálidos ojos marrones brillaron. Le sonrió y Alec sintió que un poco de la tensión en la parte de atrás de su cuello se disipó. No pudo evitar sonreírle también. Tan sólo estar en su presencia lo hacía sentir mejor. Felicidad era algo que no había sentido en mucho tiempo. Y no estaba seguro de sentirla ahora. Pero lo hacía sentir bien. Eso era suficiente para incomodarlo.

Afortunadamente, el insoportablemente largo set finalmente terminó, y Alec se abrió paso entre la multitud para interceptar a Sorcha antes de que alguien más la reclamara.

—Mi querida Miss Ferguson —le hizo una reverencia. —Usted mantiene la compañía más cuestionable.

—Estaba pensando exactamente lo mismo —gruñó Weston Hadley.

¡Recórcholis! Sorcha se soltó de Hadley y pasó a un lado de Alec.

—No estoy segura si algunos de ustedes son niños o adultos —se abrió camino hacia las puertas de la terraza y solamente se detuvo cuando el condenado Bexley le interrumpió el paso.

—Se ve encantadora esta noche, Miss Ferguson —ronroneó el inglés.

El conde estuvo a segundos de que Alec, sin ninguna ceremonia, le arrancara la cabeza frente a la audiencia.

—Buenas noches, Bexley, excúsanos —Alec capturó el brazo de Sorcha y comenzó a dirigirla hacia su destino previo en la terraza.

—Por casualidad, no se dirigirán al invernadero, ¿o sí? —la voz del hombre flotó sobre el bullicio, golpeando a Alec justo en el pecho. Bexley sabía. De alguna manera, la pequeña rata se enteró sobre el encuentro de Alec con Sorcha esa tarde.

Alec soltó el brazo de Sorcha y se volvió para enfrentar a Bexley. Si el hombre tenía idea de la precaria situación en la que se encontraba, no lo mostró. Una sonrisa

picaresca y una rápida mirada en dirección de Sorchá hicieron que la visión de Alec comenzara a enfurecerse.

—Te sugiero que mantengas tu propio consejo, Bexley, o tendrás que vértelas conmigo.

El conde inclinó la cabeza como si lo considerara. Asintió y su sonrisa se amplió.

—Hasta la próxima, querida mía.

No habría una próxima vez, no si Alec podía evitarlo. Regresó su atención a Sorchá, colocando la mano sobre su espalda y dirigiéndola a las puertas abiertas de la terraza. Si ya no estuviese muerto, ella sería su muerte. Ya no era una niña. No podía jugar como lo hacía. No debería retozar en el invernadero. No debería danzar sin cuidado por la vida. No debería atraer la atención de cada rufián a cinco millas a la redonda.

—¿Por qué tienes que hacer eso? —se volvió hacia él, con el ceño fruncido en señal de irritación.

¿Acaso ella estaba molesta con él?

—Quieres decir amenazar a pillos como Bexley? Porque *tú* te ves felizmente inconsciente de los estragos que creas, Sorchá. Esto no es Edimburgh. Estás fuertemente encubierta en la crema de la sociedad inglesa, y no puedes continuar de esta manera.

Su perfecta naricita se frunció como si oliese algo desagradable.

—Eso no es a lo que me refiero en absoluto. Y yo no creo estragos.

—Oh, aye, lo haces —de los cuales su revoltijo de emociones eran testimonio.

—No cambies el tema —picó su pecho con el dedo índice. —No hay razón para que trates a los Hadley con tal desdén. No te han hecho nada. Ya no estoy segura de reconocerte, Alec.

¿Eso era el problema? ¿Ésos malditos lycans? ¿Sus preciosos hombres lobo? ¿Los tipos que estaba determinada a tener sin importar nada? Un dejo de desesperanza se asentó en su estómago, y Alec se alejó un paso de ella.

—Quizás te diste cuenta, Sorch, que *no* soy el mismo de antes.

—Nay, no lo eres. Pero fuiste criado como un caballero, Alec. Eso no ha cambiado. Y por mi vida que no puedo entender la incesante disputa entre vampiros y lycans. Tienen tanto en común. Deberían llevarse especialmente bien.

¿Tenían mucho en común? Aparte de su deseo común por ciertas brujas, Alec realmente no podía concederle ese punto y resopló en respuesta.

Sorcha cruzó los brazos, elevando más alto los tentadores montículos de sus senos. Los ojos de Alec vagaron hacia abajo hasta que ella comenzó a hablar.

—No puedes evitar lo que eres, y ellos tampoco. Vives entre los humanos pero escondes la verdad de otros aparte de ti mismo, justo como ellos lo hacen.

—Podría decirse de las brujas, Sorcha. Y aún así, tú y yo somos como el día y la noche. —Y era verdad. Donde él prefería oscuridad tranquila y soledad, ella era todo lo que era soleado y alegre. —Soy la muerte y tu eres vida, muchacha.

Su rostro pareció desencajarse un poco, dio un paso hacia él.

—No tiene que ser así, Alec —puso la mano sobre su pecho, y la calidez de sus dedos revolvió algo dentro de él. Casi se sintió vivo de nuevo.

—Desearía... —Alec sacudió la cabeza. Era mejor no decir sus deseos. Particularmente, esos que no podían ser realidad.

Sorcha inhaló profundamente pero no removió la mano del centro de su pecho. Esas marejadas de piel cremosa en su corpiño rosa cayeron con la exhalación, una vez más capturando el interés de él.

—Alec MacQuarrie, ¿estás mirando mis pechos? —quitó la mano de su persona y dio un paso atrás.

Por supuesto que estaba mirando sus pechos. Eran absolutamente hermosos, si uno se tomaba el tiempo de desvestirla apropiadamente. Él tosió en su mano.

—No estaba haciendo tal cosa —una sonrisa brotó en las esquinas de la boca.

Por suerte, los colmillos no habían descendido. No aún.

La piel de la garganta de Sorchá se enrojeció súbitamente, las pecas se pronunciaron aún más. Qué no daría él por probarlas, todas y cada una.

—*Estás* mirando mis pechos —se quejó. Pero había algo en su mirada. Algo que él no podía descifrar muy bien.

Alec se inclinó más cerca y le dijo suavemente:

—Si no quieres que los hombres los miren, tal vez deberías cubrirlos —ella resopló.

—Oh, aye, es mi culpa. ¿Debería tener que cubrirme hasta las orejas también, sólo porque hombres como tú no pueden controlar sus instintos básicos?

Oh, ella no tenía ni idea de cuán en control estaba Alec. Ni idea en lo absoluto.

Capítulo 13

Sorcha estaba segura que podría explotar en llamas en cualquier momento. Él aún estaba viendo sus pechos. Hasta se había lamido los labios mientras lo hacía. Lo llamaba por su nombre y apenas captaba su atención.

—No sé por qué las mujeres se visten para mostrar sus pertenencias y luego se enojan porque las vemos —murmuró Alec entre sus dientes, pero suficientemente alto como para que ella pudiera entender las palabras. Eso significaba que quería que ella escuchara.

—*Nosotras, las mujeres*, nos vestimos para complacernos a nosotras mismas. No para invitar sus miradas —tiró del corpiño. —Y no está demasiado bajo. Estoy cubierta apropiadamente.

—Permíteme diferir —la seca respuesta fue matizada por su sonrisa pícar.

Ella entrecerró los ojos en señal de advertencia.

—Deberíamos regresar adentro antes de que Eynsford o uno de su manada comience a buscarte —dijo Alec mientras le ofrecía el brazo.

—Como ya te comiste mis pechos con los ojos, quisiera pedirte un favor —dijo rápidamente. Toda la frase salió en un solo respiro.

Luego, quería esconder el rostro entre sus manos. Pero ella quería que la besara otra vez. Dudaba que alguna vez se cansara de sus besos, ni aunque viviese un millón de años.

–¿Una recompensa por mi falta de cortesía? –Alec lucía ofendido. Pero luego, se encogió de hombros. –Si planeas pedirme que te ayude a ganar a uno de esos papanatas, la respuesta es no.

Qué maravillosa idea. ¿Por qué no lo había pensado antes? Él parecía perder todo comportamiento racional cuando los lycans estaban involucrados. Ciertamente, podía usar eso en su beneficio, ¿o no? –No hago tal cosa, –protestó ligeramente.

–Uh huh –la retó, asintiendo con la cabeza.

–Por supuesto que no lo harías –inhaló profundamente y luego dejó salir el aire. Era una acción reminiscente de su vida pasada, un hábito que era difícil de romper. – ¿Qué favor querrías a cambio de mi ojeada?

¿Cuál era la mejor manera de hacer esto? Alguien más habituado a coquetear sabría exactamente qué decir.

–¿Te parezco bonita, Alec?

–Por Dios, Sorch –se quejó. –No estás pescando lisonjas, ¿o sí?

–No importa –cortó ella y comenzó a alejarse. Había quedado como una tonta con ese error. Pero nunca antes había necesitado coquetear con un hombre o usar los celos naturales del hombre para su beneficio. Tal vez pudiera convencer a Cait de que le diera lecciones.

Alec la tomó por el brazo cuando ella trataba de escapar de regreso al salón.

–Sorch –dijo, tratando de aplacarla.

–No te vayas –no, quédate aquí y continúa actuando como una estúpida, parecía decir la diversión en sus ojos.

–Nómbreme una buena razón por la cual *debería* quedarme –contraatacó.

–Está bien, te responderé –respondió. Luego, gruñó, como si hacerlo fuese doloroso.

Ella enderezó los hombros y se preparó para lo peor. Había empezado este intercambio, después de todo. Tendría que tomar lo que sea que él dijera en el espíritu en el cual estaba intencionado. Y si era realmente horrible, correría a su cuarto a llorar inconsolablemente por el resto de la noche.

–Te gustaría que fuese completamente honesto, ¿correcto?

¡Recórcholis! ¿Debe hacer esto interminable?

–No, quiero que me mientas, Alec –volteó los ojos dramáticamente.

Él rió. Era un sonido cálido. Muy semejante al viejo Alec, antes de que renaciera. Antes de que dejara de reír, se movió rápidamente, deslizó el brazo alrededor de su cintura y la atrajo cerca de él. Sorchá puso las manos contra su pecho en un esfuerzo de estabilizarse. Él era tan fuerte bajo sus dedos. Esto era exactamente donde había querido estar toda la noche. Tal vez no se había equivocado tanto, después de todo. Debería preguntarle regularmente si él la creía bonita.

–Deja de hacer eso –le advirtió rápidamente.

–¿Hacer qué? –inclinó la cabeza hacia atrás para verlo a la cara.

–Tocarme –cortó él.

–Creo que fuiste *tú* quien me agarró. No al revés.

–Cierto –concedió y se encogió de hombros afablemente. –Pero eso no te da licencia para explorar mi persona.

–¿Necesito una licencia para tocarte? Lo dudo –las puntas de los dedos flexionados contra él otra vez. Luego, se movió para soltarse de sus brazos. Él no cedió. No la dejó ir.

–No hagas eso –dijo, con voz suave y fuerte al mismo tiempo.

–Ahora, ¿qué estoy haciendo mal? –suspiró.

–Te estás agitando. Detente, quiero hablar contigo –con la mano que tenía libre, levantó su barbilla, forzándola a encontrarse con su oscura mirada. –No eres para nada bonita –dijo lentamente.

De una vez, el corazón de ella se sintió y la ola de lágrimas se formó tras sus pestañas. Pensó que soportaría cualquier cosa que pudiera decir, pero...

–Eres supremamente hermosa –añadió antes de que ella pudiese responder.

–¿Disculpa? –no tenía sentido lo que decía.

¿No acababa de decir que no era bonita? Él la atrajo hacia sus brazos y se quejó cuando ella lo tocó. Qué hombre tan confuso.

–Eres tan hermosa que es casi doloroso, Sorch –continuó. –Cuando entras en una habitación, la iluminas.

–¿Sí? –pestañeó, deteniendo las lágrimas sin derramar.

–Hace algún tiempo, pensé que la habitación se iluminaba cuando entrabas por quien eres –dejó que los dedos recorrieran su pecho en toda su extensión. –Aquí.

–¿En mis pechos? –preguntó. Luego, inmediatamente, quiso retirar sus palabras. Qué cosa tan ridícula había dicho.

–Ahí también –rió. –Pero, en realidad, era lo que había en tu corazón para mí en ese entonces. Eso era lo que te hacía hermosa. Tu corazón abierto y generoso.

–Y ahora, ¿mi corazón ya no es hermoso?

–Ciertamente lo es, pero estoy tan ocupado viendo el resto de ti que me pierdo esa parte completamente.

Su asidero se había hecho más gentil mientras estuvieron ahí parados, pero Sorcha no hizo ningún movimiento por extraerse de su abrazo.

–Y ‘bonita’ no comienza a describirte –continuó.

Ella no podía evitar sonreír.

–¿Así que puedo asumir, con certeza, que los hombres me encuentran atractiva?

Él hizo un fuerte sonido con la nariz.

–Puedes decirlo. No soy el único que ha estado tratando de ver dentro de tu vestido.

–¿Estuviste tratando de ver dentro de mi vestido? –ella sacudió la cabeza. – Pensé que sólo estabas viéndolos.

–Estaba tratando de ver dentro de tu vestido. Nunca lo dudes. Luego, podría hacerlo otra vez.

–Promesas, promesas –murmuró ella.

Él rió otra vez.

–No me tientes, atrevida –le advirtió.

Las cosas iban mejor de lo que ella esperaba, pero no había tratado de besarla aún. ¿Qué hacer al respecto?

–Así que piensas que soy bonita –levantó la mano cuando él iba a contradecirla. –Suficientemente bonita –corrigió.

–¿Suficientemente bonita para qué? –contraatacó.

¿Para que le importe o no si ella se obstina por alguien más? ¿Para volverlo loco con la idea?

–Para atrapar a un lycan. ¿No es eso lo que estamos discutiendo?

–No hay ninguna oportunidad de que yo te deje cazar o atrapar un lycan –le informó. –Sobre mi cadáver.

Ella abrió la boca para comentar una vez más sobre su cadáver, pero él comenzó a hablar.

–Y tendría que volver a morir antes de que lo permitiera. No morimos fácilmente, para que lo sepas.

–Pero Elspeth y Cait tienen sus propios lycans. Y yo siempre he querido uno.

Un músculo se movió en su quijada, y ella quería más que sólo acariciarlo con sus dedos.

–Esos hombres no son cachorros que puedes llevar a casa, dejarlos dormir en tu cama y entrenar. Son mucho más que eso.

–¿Lo son? –preguntó, movía los ojos de su quijada hasta sus labios.

–Lo son. Y yo *no* te veré cómo te lastima uno de ellos. Tendría que matarlo. Luego Eynsford trataría de matarme. Sería un desastre. Cait estaría enojada conmigo para siempre.

Por supuesto, todo esto tenía que ver con Cait. En lo que a Alec concernía, todo siempre volvía a Cait. Sorchá había sido una estúpida al pensar lo contrario. Todo lo que quería era un beso y, en su lugar, había terminado con el corazón roto.

–¿Nunca la vas a olvidar?

Ella no esperaba una respuesta y se criticó a sí misma por si quiera preguntar. Alec no dijo una palabra. Sólo la miró, con ojos insondables.

–Ella ama a su esposo.

–Estoy consciente de eso –su tono fue brusco. Pero eso no la hizo alejarse.

–Pero aún estás clavado con ella.

–Justo ahora, la única persona en mi mente eres tú –admitió él, aunque evadió la mirada cuando lo hizo.

–Porque soy un fastidio. Lo entiendo. Probablemente, odias tenerme bajo tus pies.

Él deslizó la mano sobre su cintura. La otra se unió a la exploración, allanando su vestido de lado a lado.

–Te he tenido entre mis brazos por algunos minutos. Y ni siquiera has tratado de zafarte.

–¿Por qué haría eso?

–Porque soy peligroso.

Ella rió de tal idea.

–Porque eres demasiado buena para la gente como yo –por alguna razón, ese comentario se sintió como si hubiese sido halado de su alma y la sonrisa de Sorchá desapareció. Él no podía creer eso realmente, ¿o sí?

–Eres bueno, Alec –Sorchá palmeó su pecho ligeramente. –Aquí dentro.

–El único lugar donde soy bueno es... –se detuvo repentinamente.

–No importa.

–¿Qué ibas a decir?

–Nada.

¿Cómo que no iba a decir “nada”? no saberlo la torturaría. Lo empujó.

–No deberías hacer comentarios que no vas a terminar. Es de mala educación.

–También lo es clavar los colmillos en la piel de otros para beberme su fuerza vital. Aun así, lo hago para sobrevivir.

–¿El único lugar donde eres bueno es...? –preguntó.

Él se inclinó hacia su oreja.

–El único lugar donde soy bueno, Sorchá, es... –dejó alejar su voz mientras su aliento le acariciaba la concha de la oreja. –En el dormitorio –concluyó, finalmente.

El pelo de los brazos de Sorchá se erizó y sintió un vacío en el estómago.

—Te sorprendí —rió, sus oscuros ojos brillaban de hilaridad. —Ya era hora —soltó sus caderas y retrocedió un paso.

La locura hizo que Sorchá lo siguiera y se ciñó a él. Alzó la mano y la colocó alrededor de su cuello y empujó su cabeza hacia ella para poder hablarle muy bajo al oído.

—Pruébalo —susurró.

Cuando su aliento sopló a través de la cocha de la oreja de Alec, sus colmillos descendieron y ella sintió un bulto duro en su abdomen. Luego, se volvió y dejó la terraza tan rápidamente como pudo. No había obtenido su beso pero, definitivamente, había captado su atención.

Los dedos de Alec se sacudieron, casi desesperados por halarla de regreso a él, pero se las arregló para permanecer enraizado en el sitio y dejarla escapar de regreso al baile. ¡Pruébalo! Maldición, oiría en sus sueños esas palabras murmuradas suavemente. Las oiría cada vez que se despierte por el resto de su vida innatural. Él era más peligroso para ella que esos malditos lycans.

—¿Susurrándose tonterías al oído? —la voz de Bexley que vino de las sombras trajo a Alec al presente.

Giró en sus talones para encontrarse una sonrisa de autosatisfacción en el rostro del conde. Más rápido que un pestañeo, Alec empujó a Bexley más adentro de las sombras. Una mirada de horror se reflejó en la mirada de ese hombre.

—Yo... yo, —balbució el inglés.

Alec se enfocó en las pupilas del hombre.

–No viste nada.

Bexley dejó de luchar y su respiración regresó a lo normal.

–Nada –repitió mansamente, en una voz que ni siquiera sonaba como la suya.

–No recuerdas a Miss Ferguson encontrándose conmigo en el invernadero esta tarde.

–No lo recuerdo.

–De hecho, tienes a Miss Ferguson en la más alta de las estimas y la encuentras de carácter ejemplar.

–Ejemplar.

–Mantendrás la distancia con Miss Ferguson en el futuro.

–Sí, mantendré la distancia.

Alec soltó la chaqueta de Bexley y tomó varios pasos lejos del hombre, regresando a la luz del salón de baile. Se inclinó contra la balaustrada y miró hacia el oscuro campo de Kent.

–¿MacQuarrie? –Bexley sonaba confundido.

–¿Sí? –Alec vio por encima del hombro al conde.

–¿Sabes por qué estoy afuera?

Alec frunció el ceño y sacudió la cabeza.

–Ni idea.

–Hmm –Bexley miró al salón de baile. –Debo haber necesitado aire fresco. Esta noche está un poco caluroso ahí dentro.

–Verdaderamente –acordó Alec.

–Supongo que necesitaba distraerme.

Alec levantó la ceja con interrogación.

Bexley se encogió de hombros como si el peso del mundo reposara sobre ellos. – Tuve una larga conversación con mi abuelo esta mañana. Es un asunto temible ser un heredero.

Alec no tenía dudas de la veracidad de eso. De los hombres que conocía, los más conflictivos eran aquéllos con títulos.

–Lamento oírlo.

–Yo también –el conde apoyó el codo contra la balaustrada también y suspiró. – Es difícil pensar en nada más. No has encontrado un remedio para distraerte, ¿o sí?

¿Eso era lo que había estado haciendo? ¿Enfocándose en Sorchha para distraerse de lo que sea que había discutido con su abuelo? Bueno, tendría que encontrar otra cosa en qué ocupar su mente. Alec sacudió la cabeza.

–Me pareció que te divertiste mucho anoche en la villa –sugirió.

Una pequeña sonrisa apareció en la cara de Bexley.

–Brillante idea. Tal vez haga otro viaje esta noche. ¿Te anotas para otra cabalgata hasta Folkestone?

No importaba donde Alec pasara la noche; nunca sacaría las tentadoras palabras de Sorchha de su mente.

–Tal vez –respondió sin comprometerse.

Dentro del salón de baile, los músicos dejaron de tocar y la habitación se quedó en silencio.

–La abuela debe haber llamado a todos a cenar.

Bexley suspiró.

Y Alec debía escoltar a una muy encantadora bruja. ¿Cómo podría siquiera lograr sentarse junto a Sorchha y comportarse?

Capítulo 14

Muy complacida con ella misma, Sorchá entró en el salón de baile y vio a Maddie cerca de la entrada principal, hablando con su abuela. Sorchá, rápidamente, abrió camino por el perímetro y enlazó su brazo con el de Maddie y sonrió a la duquesa. – Maravillosa noche.

Y lo era. Ella podría flotar en las nubes, y Alec no la había besado siquiera. Pero lo haría, y muy pronto, si ella había leído correctamente su expresión cuando lo dejó en la solitaria noche.

Su sonrisa se desvaneció cuando la duquesa frunció el ceño.

–Miss Ferguson –Su Gracia gruñó un saludo seco.

Sorchá tragó saliva. La Duquesa de Hythe no la había llamado “Miss Ferguson” desde que la conoció por primera vez en la boda de Rhiannon la primavera pasada.

–¿Ocurrió algo malo?

–No es nada –Maddie comenzó, pero la duquesa detuvo a Maddie de decir una palabra más, levantando su mano llena de joyas en el aire.

–No entiendo muy bien la devoción de Lady Blodswell, Lady Eynsford o tu persona, en todo caso, hacia Lord Radbourne y sus hermanos, pero sí deseo que no envuelvas a mi nieta con hombres de su calaña.

¡Recórcholis! Sorchá se mordió dentro de la mejilla. No debió haber presentado a Maddie al trío después de todo, pero ellos eran verdaderamente hombres maravillosos.

–Yo... um –comenzó, aunque no estaba segura de lo que iba a decir.

–Lord Radbourne fue muy caballeroso –añadió Maddie. –Honestamente, abuela, no ocurrió nada inapropiado.

–Aun así –la duquesa reclamó duramente. –Pero discutiremos eso después. Este difícilmente es el lugar, y es la hora de la cena.

Hizo un gesto con la mano en el aire para indicarles a los músicos para terminar el set, y luego se dirigió al resto de los invitados para informarles que era hora de enfilarse al comedor.

–No te preocupes, Sorchita –Maddie le oprimió la mano, amable como siempre. –La abuela estará bien en un momento. Y ella te adora. Estaba encantada por las flores que restauraste para ella esta misma noche.

Sorchita no estaba preocupada por ella, sólo no quería hacer la vida de Maddie más difícil y sacudió la cabeza.

–Espero no haberte metido en problemas.

Maddie sonrió.

–Así que tuve mi primer encuentro con un truhán. Sobreviví para contar la historia, y estoy segura que tipos más degenerados me esperan en Londres la próxima temporada.

Eso, probablemente, era cierto. El diablillo dentro de Sorchita la empujó a preguntar:

–¿Y te gustó él?

Maddie movió la nariz un poco.

–La abuela tiene razón. Lord Radbourne no es de mi tipo, pero estoy segura que está bien para alguien más.

Bueno, si Maddie no se había decidido por el hombre, la duquesa no podría estar molesta con Sorchita por mucho tiempo, ¿no es así?

La gente comenzó a gotear hacia el corredor y Ales y Lord Bexley entraron al salón desde la terraza.

Inmediatamente, Sorchá vio los ojos de Alec y trató de no sonrojarse con el recuerdo de su última conversación repitiéndose en su mente. ¿De verdad le había pedido que probara su virilidad en la recámara?

En un momento, el Conde de Bexley se detuvo ante ellas con Alec cerca de él.

—Maddie —Bexley le ofreció el brazo. —La abuela quiere que te escolte a la cena para asegurarse de que no seas presa de ningún desvergonzado escondido.

Lo que significaba que la duquesa no correría el riesgo de que uno de esos revoltosos hombres Hadley pusiera su atención en Maddie. Sorchá se sacudió el pensamiento de la mente. Nada de eso era su problema. La única persona en la que quería pensar estaba de pie a su lado.

—Mr. MacQuarrie, que halagador que no me haya olvidado.

La mirada que él le lanzó le dejó claro que nunca podría olvidarla ni la conversación que habían compartido en la terraza; sus ojos eran casi fuego. La expresión ardiente de Alec hizo que el estómago de Sorchá saltara, y rápidamente tomó su brazo extendido.

Maddie y Lord Bexley salieron del salón de baile, y aunque Sorchá los hubiese seguido alegremente, Alec aparentemente tenía otros planes y permaneció inmóvil en su lugar. Sorchá lo miró, preguntándose por qué no estaban siguiendo a Maddie y su hermano.

—Eres una atrevida, Sorchá Ferguson —la voz resonó en ella como una caricia y se estremeció.

—No sé a qué te refieres, Alec MacQuarrie —respondió.

Él resopló. Fue un sonido muy poco caballeroso, y ella no pudo evitar reír.

–Sabes exactamente a qué me refiero. No deberías provocarme así –la sondeaba con la mirada. –Es casi como si hubieses lanzado un guante. Y ahora me siento obligado a probarte mis habilidades.

¿Era así? Santo cielo. Qué maravilloso.

–¿Qué te detiene? –trató de responder.

Él comenzó a enumerar con los dedos de las manos.

–Uno, te he conocido toda la vida.

Ella lo interrumpió.

–Ya no soy una niña, Alec.

–Estoy muy consciente de eso –rezongó, su mirada se extraviaba una vez más en el corpiño de su vestido. El rubor crepitó en las mejillas de Sorchá. Pero, él continuó: –Dos, eres inocente.

Ella asintió.

–Lo soy. Dices eso como si fuese una desventaja.

–Lo es –levantó otro dedo. –Tres, soy un caballero.

–A veces –respondió ella.

–¿Disculpa? –preguntó, juntando las cejas.

Ella movió la mano en el aire airoosamente.

–Eres un caballero cuando necesitas serlo. Pero cuando vas en búsqueda de una comida, no hay duda en mi mente de que puedes ser persuadido de olvidar tu comportamiento caballeroso.

Inmediatamente, se dio cuenta de que se había equivocado al decirlo cuando un músculo comenzó a moverse en su quijada.

–Yo escogí mis circunstancias, Sorch, pero en el momento no estaba completamente consciente de lo que sería. Ahora, no puede ser deshecho –eso era más de lo que le había escuchado decir alguna vez sobre el asunto, y no parecía que planeaba contar más.

–¿Tienes más consideraciones? ¿Un cuatro, cinco y seis, tal vez?

–Cuatro, te deseo.

Sorch se quedó sin aliento.

–¿Es así?

–Mis colmillos duelen cada vez que estás cerca –admitió, pero no sonaba contento sobre eso. El pobre y torturado Alec, ella felizmente le permitiría tomar de ella. Todo lo que tenía que hacer era pedirlo.

–¿Quieres beber de mí? –el simple pensamiento le aceleraba el corazón.

Él sólo asintió con la cabeza secamente.

–Cinco, mi existencia es solitaria. Por muchas razones, algunas de las cuales no puedo explicarte.

–Quieres decir, “Cinco, aún estoy enamorado de Cait” –supuso.

–No –dijo Alec, sacudiendo la cabeza con vehemencia. –Ella ni siquiera está en mi mente.

El corazón de Sorch casi se detuvo. Si él había superado su apasionamiento, ¿podía haber algo entre ellos?

¿Algo real? Él la deseaba, después de todo. Lo había dicho.

–¿Qué hay en tu mente?

–Tú consumes cada momento al despertar –luego, enderezó los hombros y comenzó a guiarla hacia el comedor.

Ella tiró de su brazo. Pero era como tratar de detener un caballo en carreras.

—Alec —imploró.

—¿Qué pasa? —preguntó, aunque ni siquiera la miró.

—No quise decir que fueses menos caballero. Eso salió completamente errado.

Él simplemente asintió, pero su mandíbula se endureció otra vez.

Cuando llegaron a la mesa, Alec haló la silla para ella en lugar de esperar por el camarero, y ella se sentó delicadamente.

Él se acomodó junto a ella.

—¿Puedes comer realmente, Alec? —le susurró.

—No, no puedo —le susurró a ella.

—Entonces, ¿qué planeas hacer durante la cena?

—Ya verás.

¿Eso era todo? “Ya verás.” Aparentemente, su conversación había terminado, aunque ella no podía dejar de pensar en eso. Alec la deseaba. Ya lo sospechaba. Pero él era demasiado caballero para actuar. Ella no debió haber cuestionado su situación de caballero. Para nada. Él aún era eso y mucho más.

Ahora, él estaba evidentemente molesto con ella. Y no tenía idea de cómo regresar al Alec juguetón. Debió haberlo dejado en paz.

Si Alec no hubiese solicitado escoltar a Sorchá al comedor, se habría escapado. La urgencia de hacerlo aún estaba en su mente. La pequeña bruja de alguna manera se las arreglaba para acercarse demasiado para su gusto, tanto con sus preguntas

como con su cuerpo. Maldición, la deseaba. No había necesidad de negarlo. Aun así, hacerlo había hecho que ella cuestionara su estatus de caballero. Demonios.

Los caballeros revolcaban inocentes todos los días. Y a ellos no les revocaban sus posiciones en la sociedad. Oh, los llamarían rastreros y las viejas matronas murmurarían, pero *aún* eran caballeros. Pero, por la naturaleza vampírica de Alec, su propio estatus parecía quedar en duda.

Si él fuese menos caballero, ya la habría tenido en su cama.

Esta fachada de caballero sería su destrucción.

—No necesitas ser tan arisco conmigo —dijo la pequeña bruja en voz baja.

—No soy arisco contigo —aclaró. Estaba *lujurioso* por ella. Pero, ciertamente, arisco no. Levantó una copa de vino y se la acercó a los labios. Pero sólo era un teatro. No tragó ni tomó ni un sorbo.

—Eres muy bueno en eso —destacó.

—¿Bueno aparentando ser un caballero? Trato —replicó secamente.

Ella frunció el ceño con sus palabras.

—Muy bueno fingiendo tu habilidad para comer y beber —dijo, en su lugar. Luego, suspiró pesadamente. —¿Cuándo fue la última vez que te alimentaste?

—Esta noche —respondió.

Ella se atragantó.

—¿Esta noche? ¿Por eso huiste?

—No huí —le explicó. —Estaba hambriento y necesito alimentarme.

—¿Quién era ella? —el tono mordaz de Sorchia tomó a Alec fuera de guardia, y finalmente la miró.

—¿Ella? —preguntó.

–De quien te alimentaste. Asumo que escogiste una chica. Blaire dijo que siempre escogen mujeres. Así que, ¿quién fue?

¿Blaire otra vez? ¿Quién diría que la bruja guerrera tenía una boca tan floja?

–El origen de mi alimento no sería asunto tuyo, Sorch –ella no se quedaría con esta duda, estaba seguro.

Y tenía razón. Se inclinó más cerca de él, tan cerca que sus hombros rozaban.

–Desearía que sólo tomaras de mí –susurró.

Alec echó la cabeza y cerró los ojos. La sola idea de tomarla había consumido todos sus pensamientos desde que llegó a Castle Hythe. Tomar de Sorch mientras él le daba placer sería la quintaesencia. Sabía que lo sería para él. Y haría que fuese así para ella.

–No hagas ofertas que no puedes cumplir –le advirtió.

–Soy una Ferguson y nunca haría una oferta que no puedo honrar –lucía ligeramente ofendida.

¡Buen Dios! Una escocesa orgullosa, tanto como su padre. Alec restregó una mano por la ceja.

–Eso no fue lo que quise decir, mujer. Sólo déjalo así, ¿quieres?

Pero ella continuó, como si él no hubiese hablado.

–Estoy tratando de ayudarte, Alec. Es sólo un poco de sangre. Además, Kettering lo hizo con Blaire. Y Blodswell lo hizo con Rhiannon. No puede ser tan malo –encogió sus delicados hombros.

Oh, pero *era* malo. Una mala idea para Sorch. Tomar sangre era una necesidad para Alec. Lo alimentaba, y él intercambiaba pasión por esto. Pero nunca esperaría que una dama que realmente respetaba y admiraba fuese su siguiente comida.

–Déjalo así, Sorch –le advirtió. Ya los colmillos estaban asomándose por su labio superior, listos para hacerse visibles. Era lo último que necesitaba.

–Estoy celosa –dijo rápidamente.

Alec miró a Sorch. Su cara estaba sonrojada, las pecas destacaban por el puente de la nariz.

–¿Celosa de? –preguntó. Debió haber sonado como divertido. Pero no estaba siguiendo su proceso mental en lo absoluto.

–No quiero que tomes de nadie más –se encogió de hombros otra vez. –No me gusta la idea. No quiero que tengas a alguien más entre tus brazos –tomó un bocado de su comida, pretendiendo que estaban teniendo el mismo tipo de conversación tranquila que todos los otros ocupantes de la mesa estaban teniendo.

–¿Por qué no? –insistió Alec. ¿Qué quería decir con eso? Si tuviese corazón, estaría latiendo con fuerza dentro de su pecho.

Ella separó una zanahoria e ignoró completamente su mirada.

–¿Sorch? –intentó de nuevo.

Ella dejó el tenedor a un lado.

–Me rehúso a deletrearlo para ti, Alec –luego, apuntó a su plato. –¿Qué planeas hacer con eso? ¿Decir que estás enfermo del estómago?

Él estaba mucho más interesado en lo que ella casi había dicho, pero no se veía muy dispuesta a decir más. Así que sonrió lentamente.

–No. Mira esto –dijo.

Más rápido que un pestañeo, él intercambió los platos. Ella miró de un lado de la mesa al otro, pero nadie se dio cuenta del cambio. Alec no pudo evitar sonreír. Sorch tampoco lo habría notado, si él no la hubiese hecho mirar.

–No tenía idea de que te pudieses mover tan rápido –miró con desagrado su plato. –Pero no estoy segura de que pueda comer esto. Acabo de terminar el mío.

Era pequeña como un pajarillo. A nadie le sorprendería si no come más de un bocado.

–Empújalo alrededor del plato, entonces –dijo. –Haz un teatro. Además, con el vestido que estás usando, dudo que alguien esté mirando tu plato.

–Mi vestido está muy bien –se quejó, pero finalmente lo tiró mientras lo decía.

–Muy bien si quieres que te revuelquen –realmente, debió cuidar su tono, pero era muy duro. Todo era duro. Desde la situación hasta su hombría. Gracias a Dios por los largos manteles de mesa.

–Si no te conociera mejor, diría que estás celoso.

Tal vez lo estaba. Eso definitivamente, era posible. Después de todo, no quería que otros hombres la miraran, ciertamente no de la manera en que los malditos hermanos Eynsford lo hacían.

–No puedes ir a beber de una muchacha y luego esperar que yo sea una muestra de virtud –le advirtió.

Fue suficiente. Lanzó la servilleta sobre el plato. Alec no permitiría, por un segundo más, que ella pensara que era un rufián. Por alguna profana razón, su opinión le importaba. Se inclinó lo suficientemente cerca para murmurar en su oído:

–No tomé de nadie. Visité esa pequeña carnicería que mencionaste. Y tomé sangre de una maldita cabra. Tal vez hasta mezclada con algo igual de malo –era algo asqueroso. Pero le saciaba la sed. Lo suficiente, de cualquier modo. –Es todo lo que he tomado desde que llegué a Castle Hythe.

–¿Ni camareras? ¿Ni viudas? ¿Ni prostitutas?

¿Qué diablos?

–¿Qué sabes tú de prostitutas?

Siguiendo su señal, Sorchá arrojó su servilleta sobre el plato también.

–Sé una gran cantidad de cosas, Alec MacQuarrie –luego, empujó la silla hacia atrás, hizo señas al viejo camarero que, de alguna manera, había terminado a su izquierda, y salió del comedor.

Capítulo 15

Sorcha sabía que Alec la seguía. Podía sentirlo pocos pasos detrás de ella, pero se rehusó a darse la vuelta. No podía mirarlo. No ahora.

Oh, ella sabía sobre el club de caballeros que él frecuentaba en Londres. Aunque “club” era un eufemismo, de acuerdo a Rhiannon y Lord Blodswell. El club estaba habitado por prostitutas, esperando ofrecerse a los vampiros, esperando a darse a Alec a cambio del placer que les daba. Eso no le había molestado hasta ahora.

La primera vez que oyó de *Brysi*, se había sentido aliviada de que existiera tal lugar. Aliviada de que Alec tuviera un santuario para escapar cuando lo necesitaba. Aliviada de que no estaba forzado a recorrer la oscuridad en busca de una comida. Por supuesto, Rhiannon despreciaba el club y todas sus ofertas y había golpeado a su esposo con un ligero choque de relámpago por haber mencionado el club a Sorcha en primer lugar.

Pero ahora... Bueno, había sido honesta en la cena. *Estaba* celosa. Celosa de cada mujerzuela en *Brysi* que había encontrado placer en brazos de Alec. Sabía que estaba siendo irracional. No tenía derecho de estar enojada por el tiempo que él pasó en su club. No tenía derecho de estar celosa de mujeres que habían compartido su sangre con él. Pero, de igual manera, lo estaba.

Irracionalmente celosa. Celosa como para dar patadas al piso. Celosa como para arrancarle los cabellos a una muchacha.

Considerando todo, sería mejor si escapaba a la seguridad de su recámara y se quedaba ahí el resto de la noche. Tal vez, bajo la luz de la mañana, volvería su buen sentido y podría tener una conversación racional con Alec, en lugar de parecer una niña malcriada que no le gustaba compartir sus juguetes.

–¡Sorcha! –Alec la llamó.

Pero ella sacudió la cabeza, no confiaba en sí misma para seguir discutiendo con él. Se alejó lo más que pudo, antes de que él la detuviera, tomándola de los hombros.

–¿Por qué estás huyendo de mí? –murmuró en su oído, tan suavemente, que se le erizó la piel.

–No deseo compañía, Alec –respondió.

Le oprimió los hombros un poco y se acercó un paso más, atrayendo su espalda al frente de él. Sorcha cerró los ojos, deseando no revelar su deseo por él, tanto como lo hacía. ¿Cuándo la vida se volvió tan complicada? Había vuelto a Kent a conseguirse un esposo lycan, y ahora se encontraba parada en los oscuros corredores con un vampiro. El mismo vampiro por el que estaba irracionalmente celosa. El mismo vampiro que amaba a Cait, a pesar de sus protestas diciendo lo contrario. El mismo vampiro que tenía remolinos de prostitutas esperando que las tomara.

–Has estado tentándome toda la noche, Sorch.

Sólo porque las mujeres de su club estaban muy lejos.

–Se suponía que me guardarías el último baile. ¿Recuerdas?

Sorcha se soltó de su asidero y tomó el frío pomo de la puerta.

–La próxima vez, quizás –luego, se deslizó a su recámara a través de la puerta y la cerró, antes de que hiciera algo tonto, como lanzarle los brazos alrededor y rogarle que la besara.

Se dejó caer sobre su cama y miró al techo.

–Felicitaciones, Sorcha –murmuró. –Has hecho un verdadero desastre de todo.

Acostado en su cama, Alec miraba al techo, exhausto y más que un poco irritable. Se había quedado despierto casi la mitad de la noche, preguntándose qué había hecho mal la noche anterior. Un momento, Sorchá podría habersele ofrecido en bandeja, y el siguiente, estaba escapando a la seguridad de su dormitorio. Él se había equivocado en algún momento. Al menos eso era obvio.

Hasta hace poco, pensaba que entendía a las mujeres. Luego, ocurrió la debacle con Cait. La locura de Blaire y Rhiannon, ambas entregándose a vampiros. Y ahora esto, lo que sea que fuese, con Sorchá. Aparentemente, no entendía una maldita cosa. Dudaba haberlo hecho alguna vez.

Solamente estuvo engañándose a sí mismo por años.

Ciertamente, ése era un pensamiento deprimente, especialmente porque todo lo que a él le esperaba por venir eran muchos más años que lo que cualquier mortal podía soñar. ¿El resto de su existencia iba a ser una desagradable sorpresa tras otra? ¿Algo tendría sentido alguna vez?

Sonó un crujido en su puerta, pero antes de que pudiese responder, se abrió y su valet, Forbes, entró a la estancia, luciendo tan alegre como la mañana más soleada en el campo. Alec regañó al hombre. ¿Cómo se atrevió Forbes a tener una noche completa de sueño reparador, mientras Alec había dado vueltas hasta después del amanecer?

—Fuera —ordenó Alec.

—Sobre eso, sir —comenzó el valet, con voz alegre, casi cantarina. Alec odió al hombre en ese momento. —Su Gracia llamó a la mucama y le dio órdenes estrictas de encontrarme y asegurarme de que usted esté listo para un desayuno privado. Debo enviarlo allá inmediatamente.

La duquesa podía asustar a una gran cantidad de personas, pero Alec no era uno de ellos.

—Dije, “fuera” —le recordó al hombre.

Pero Forbes lo ignoró y abrió el guardarropa más cercano para sacar la chaqueta gris oscuro de Alec.

–Un poco mórbido para el campo, ¿no cree, sir? –alisó el frente con la mano.

–No –después de todo, el gris combinaba bastante bien con su estado de ánimo.

–Bueno, en todo caso –Forbes colocó la chaqueta sobre el respaldo de la silla más cercana. –Su Gracia está molesto porque usted nunca ha desayunado en el salón –abrió una gaveta y buscó una corbata blanca. –Debe estar allí a una hora diferente que ella, sir. Por alguna razón, ella piensa que toma el desayuno en su recámara –Forbes rió como si fuese la cosa más ridícula que hubiese oído. –No sé de dónde sacó esa idea. Yo *sabría* si usted toma el desayuno en su habitación, ¿no es así?

–No tengo hambre esta mañana. Envíale mis saludos.

Forbes sacudió la cabeza.

–No puedo hacer eso, sir. Hilda es la mucama de la duquesa. Hilda dijo que si yo no lo llevaba al salón privado de la duquesa, luciendo lo más atractivo posible, tendría que vérmelas con ella –el valet se estremeció dramáticamente. –Hilda le hace honor a su nombre, sir. Hay algunas personas contra quienes no me importaría enfrentarme, pero esa mujer no es una de ellas. Ella es atemorizante.

–¿Tienes miedo de una mucama llamada Hilda? –Alec se levantó sobre sus codos. A pesar de que Alec estaba molesto, Forbes de alguna manera había conseguido hacerlo sonreír.

–No creo que Gentleman Jackson podría con ella, ser. De hecho, apostaría por Hilda.

Alec se sentó completamente y se restregó la cara con la mano.

–Por favor, no dejes que nadie más escuche esa historia de que apostarías tu dinero a que una mucama llamada Hilda mataría a golpes a Gentleman Jackson. Pensarán que te has vuelto loco.

Forbes se cruzó los brazos sobre el pecho.

–No si la ven, Mr. MacQuarrie. No si la ven. Ahora, acérquese a la ventana para poder rasurarlo apropiadamente. Hilda dijo que debe lucir muy apuesto.

Alec resopló.

–¿Tú eres quien va a juzgar si estoy apuesto o no?

Su valet lo regañó.

–Bueno, sir, usted no es mi tipo, sin embargo, he cuidado muy bien de usted durante la última década, más o menos... creo que estoy razonablemente calificado para saber si usted está en su mejor aspecto o no.

A regañadientes, Alec salió de la cama y se dirigió hacia una silla cerca de la ventana. El sol brillaba sobre su anillo ancestral, y Alec pasó un dedo por el grifo grabado a un lado. Luego, se preparó a sí mismo para recibir los servicios de Forbes. Desayuno con la duquesa en la habitación privada. Había soportado peores cosas en su vida, pero aún no deseaba aplacar a Su Gracia tan temprano en la mañana, especialmente cuando había pasado la mayor parte de la noche sin dormir, y especialmente mientras la imagen de Sorcha seguía apareciéndose en su mente.

Aun así, treinta minutos después, se pasaba la mano por la quijada limpiamente rasurada, mientras atravesaba los corredores hacia la suite de habitaciones de la duquesa y ponderaba por qué rayos la duquesa lo convocaría a su salón tan temprano. O por qué lo llamaría en absoluto. Ya él le había dado la maldita sorpresa, la cual le pareció que la había complacido en gran medida. Ciertamente, ¿no habría caído en desgracia por sus hábitos en la cena? Ni siquiera conocía el peor de ellos.

El lacayo personal de la duquesa abrió la puerta con la mirada más ominosa en su rostro, mientras Alec se acercaba al salón. El hombre sabía que algo estaba pasando.

Alec casi podía sentir el reproche inundándolo.

Se detuvo poco antes de alcanzar el salón.

Podía oír un sollozo alto y el resoplar de una persona que había estado llorando suavemente.

–Por favor, dime que ese sonido no es lo que creo –murmuró al lacayo.

–Lo haría si pudiera, sir –dijo el hombre, su expresión aún estoica a pesar de lo absurdo de la situación.

Lo que sea que fuese, Alec no quería tener nada que ver con eso. Se dio la media vuelta en la puerta, pero el lacayo se interpuso entre él y la salida. Entre él y la seguridad.

–Le sugiero que se quite de mi camino –le advirtió Alec.

–Con gusto aceptaría su sugerencia, sir –dijo el lacayo mientras el sudor le corría por la frente. –Pero temo por mi seguridad más a causa de la duquesa que suya.

Alec tenía que darle crédito al hombre por ser astuto. La duquesa era una mujer formidable, después de todo. Pero aun así, ¿qué diablos tenían que ver mujeres llorando con él? Supuso que no había otra manera de averiguarlo, así que se arregló la chaqueta y se acercó a la puerta. El sollozo, definitivamente, venía de adentro de la habitación. También un quejido agudo de mujer desconsolada.

–¿Cuántas hay ahí dentro? –inquirió, la pregunta estaba dirigida al lacayo.

–Varias –le advirtió el hombre. –Que Dios le acompañe –luego, hizo una reverencia y salió a la estancia. Alec sólo podía imaginarlo del otro lado de la puerta, haciendo centinela por si Alec decidía escapar. Un vampiro podría vencer a un lacayo. Pero, ¿eso sería lo mejor para él? Probablemente no.

Alec entró en el salón. La duquesa caminaba de un lado al otro a lo largo de la habitación. Si no bajaba la velocidad, abriría un agujero en la alfombra de Aubusson bajo sus pies. Se detuvo y lo miró, cuando el tosió levemente para dar a conocer su presencia.

–Me he tomado muchas molestias para mantener esta reunión privada –dijo la duquesa, su rostro era una máscara fría que apenas disfracaba su furia. O Alec asumió que era furia. Pudo haber sido odio. O probablemente sólo disgusto.

–Si necesita privacidad, estaré feliz de irme –Alec destacó, secamente.

A la duquesa no le pareció divertido. Ni un poco. Apuntó al par en el sofá, a quienes Alec vagamente reconoció como la esposa de un barón Welsh y su hija.

—Usted, obviamente, está familiarizado con Lady Overton y Miss Overton.

¿Obviamente familiarizado? Qué declaración tan extraña. Las había visto a ambas en la fiesta. Y hasta había bailado una vez con la hija en el baile de bodas de Rhiannon. Pero, si recordaba correctamente, había devuelto a la chica directamente a su madre, luego de que ella le susurrara a él algunas cosas bastante inapropiadas durante el vals. Hizo una leve reverencia a las dos damas.

—Buenos días —dijo.

—¿Qué tienen de bueno? —le respondió la baronesa.

Luego, se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez, y comenzó a soplar la nariz en su pañuelo.

—Ya, ya —la duquesa la calmó mientras le daba golpecitos en el hombro a la mujer. —Mr. MacQuarrie, tome asiento —le señaló una silla de espaldas no muy lejos de donde estaba.

—Prefiero estar de pie, gracias —dijo Alec. Escapar rápidamente sería mucho más fácil si ya estaba de pie.

—Siéntese —ladró la duquesa.

Él era un vampiro, por amor a Dios. No un lycan que podía entrenar para sentarse y dar vueltas. Pero se lanzó en la silla de todos modos.

Su Gracia tomó un profundo respiro.

—Todos sabemos porque estás aquí.

—Ah, ¿sí? Interrumpió. No tenía idea de por qué estaba ahí

—No juegas muy bien el papel de ignorante, jovencito —le advirtió la duquesa.

Bueno, él debería sentirse agradecido por eso, ¿no es así?

–Su Gracia si usted tiene a bien decirme porqué estoy aquí, estoy seguro de que finalmente entenderé. Debo haberlo olvidado –olvidado de que había escondido un cadáver. Olvidado de que había causado un grave daño a esas mujeres, ¿Había hecho algo? Ciertamente, no que pudiera recordar.

–¿Ya me olvidaste? –chilló Miss Overton, lo cual inició una nueva ronda de lágrimas.

Alec inhaló profundamente. Aunque ya no necesitaba respirar, lo ayudó a calmarse. Levantó las manos, palmas arriba, hacia la duquesa.

–Por favor, tenga piedad de mí y dígame qué diablos está pasando –suplicó.

La duquesa no pareció sorprendida en absoluto por su lenguaje.

Apretó los labios fuertemente. Luego, dijo muy rápido:

–¿Tienes el descaro de deshonar a esta chica y luego negar que conoces quién es?

¿Deshonar a Miss Overton? La cabeza de Alec giró tan rápido que temió que se le despegaría de los hombros.

–¿Disculpe? –respondió.

Capítulo 16

Sorcha mordía un pedazo de tostada en su recámara. No le pareció que podría soportar la actividad en el comedor, no mientras trataba de pensar en un plan para su día.

Hizo un embrollo con Alec así que necesitaba disculparse, aunque no tenía idea de qué iba a decir. “Lamento haber estado tan celosa que no podía ver bien”. O “Me disculpo por haberme comportado como una idiota”. No, ninguno de éstos serviría. Tendría que seguir pensando en eso. ¿Cómo podría decir que lo sentía sin lucir aún más ridícula?

Repentinamente, la puerta se abrió de par en par y su mucama entró a la habitación.

–Señorita, esto acaba de venir para usted. Es urgente, dicen.

Sorcha juntó las cejas mientras tomaba la correspondencia y abría el sello de cera.

Sorcha. Te necesitan inmediatamente en el salón de Su Gracia. Alec requiere tu presencia. Apresúrate. Su futuro está en riesgo. Cait.

¿Su futuro estaba en riesgo? Qué cosa tan rara había dicho Cait. Se suponía que no debía compartir el futuro de otros. Iba en contra de la propia naturaleza de su don. Sólo lo hacía en circunstancias horribles.

Sorcha lanzó la misiva sobre la cama y se precipitó a la puerta. Por suerte, ya se había levantado de la cama y vestido, pero apenas lo suficiente. Ciertamente, no tenía el mejor aspecto. Sin embargo, esto obviamente no podía ser eludido. No si el futuro de Alec estaba en peligro.

Se acercó a la puerta cerrada del salón de la duquesa, pero un lacayo ligeramente rotundo se cruzó en su camino.

–Su Gracia está ocupada, señorita. ¿Le gustaría dejarle un mensaje?

No, no le gustaría dejarle un mensaje. Ni lo haría.

–Sal de mi camino –le ordenó con un movimiento impaciente de muñeca.

–No puedo hacer eso, señorita –dijo el hombre.

Oh, podía y lo haría. Sorchá miró de un lado a otro del corredor, feliz de encontrar plantas y flores decorando las mesas pequeñas a lo largo del corredor de Castle Hythe. Hizo que la planta más cercana estirara sus hojas y sintió gran satisfacción cuando vio los ojos del hombre abrirse de consternación mientras las viñas se cerraban alrededor de sus muñecas y tobillos.

–Dios querido –exhaló el hombre, mientras se tambaleaba al piso.

Tiró de las ataduras, pero simplemente se estrechaban con cada movimiento.

–Realmente, deberías escuchar cuando una dama te pide que te apartes –Sorchá lo regañó, mientras lo pasaba y cruzaba la puerta. Recogería las viñas en un momento, antes de que alguien las viese. Se sacudió las manos y entró en el salón de la duquesa.

–Sorchá –dijo Alec, mientras se levantaba. –No deberías estar aquí –apuntó hacia la puerta con una mirada severa.

Sorchá se acercó a él y vio su rostro preocupado.

–Cait envió en una nota que podías necesitar me –dijo tan bajo que sólo él podía oír.

–Oh, no tienes idea –gruñó. –Pero aún quisiera que no estuvieses aquí.

Pero estaba ahí, y Cait tenía que tener una razón muy importante para enviar tal carta. No había mejor momento que ése para averiguar cuál era el problema.

–¿Qué está pasando? –preguntó ella.

Dos mujeres sentadas en el sofá, atónitas, con dos líneas de lágrimas en sus rostros, los ojos hinchados.

Sorcha las reconoció inmediatamente, miss Amy Overton había sido menos que amigable la noche anterior. En lugar de intercambiar bromas con alguna de las damas en Castle Hythe, parecía encontrar siempre la compañía de la mayor cantidad de caballeros posible, como si fuese un juego. Amigable o no, Sorcha odiaba ver a alguien reducido a las lágrimas.

–¿Alguien ha muerto? –preguntó.

–Aún no –respondió Alec, en voz baja.

Eso era poderosamente espeluznante viniendo de un vampiro.

–Deberías irte, Sorcha –ordenó la duquesa, echando hacia atrás su cabeza real, como una reina.

Ni siquiera un decreto real del mismísimo Príncipe Regente podría remover a Sorcha del salón. No aún, en todo caso.

–No haré tal cosa –declaró. –*Averiguaré* qué está ocurriendo –acomodó su postura. –Y no dejaré esta habitación hasta que lo haga.

–Si Mr. MacQuarrie necesita un amigo en este momento y consiente que te quedes a oír su sórdido secretito, ¿quién soy yo para quejarme? –la duquesa movió la muñeca hacia Alec. –Dile.

–Preferiría que no –remarcó Alec.

Sorcha estaba a punto de perder los estribos. La paciencia nunca había sido su fuerte.

–Dime –demandó.

–Si no lo hace, lo haré yo –advirtió la duquesa, –y espero que no le importe mi elección de palabras, Mr. MacQuarrie.

Alec tomó otro respiro profundo y liberador.

—Aparentemente, Miss Overton ha sido mancillada. Y las partes en esta habitación han decidido culparme.

Los celos que habían aprisionado a Sorchla la noche anterior se retorcieron una vez más en su corazón. De repente, no podía respirar bien.

La furia cruzó el rostro de Alec y se alejó de ella.

—Debiste haberte ido cuando te dije —gruñó.

Siguió a Alec hasta una pared lejana, él se volvió para enfrentarla, y luego habló en voz muy baja para que sólo él pudiera oír.

—¿Lo hiciste? —la idea de que él pudiera ser culpable del crimen la molestaba mucho más de lo que debía. Se sentía como si hubiese sido pateada en el pecho por un caballo. Él dijo que sólo tomaba sus comidas en la carnicería, pero no había dicho que no dormía con otras muchachas.

—Nunca toqué a esa chica —aclaró. —Lo juro. Todo el mundo sabe que ella es libre con sus favores.

Sorchla asintió lentamente, mientras un plan comenzaba a formarse en su mente. Para esto Cait la había enviado... para salvar a Alec.

Sorchla sólo tenía una oportunidad.

—Miss Overton, ¿me permite hacerle algunas preguntas? —Sorchla trató de que su voz sonara alegre y afable. Debió tener éxito, porque la chica asintió lentamente. Sorchla continuó. —Usted dice que Mr. MacQuarrie la deshonró aquí en Castle Hythe.

La chica asintió y Lady Overton comenzó un nuevo brote de llanto. Buen Dios, Sorchla nunca había visto tantas lágrimas.

—¿Cuándo ocurrió esta cita?

Unos pocos sollozos y la chica dijo entre labios:

–Cada noche desde que llegamos. Él viene a mí luego que el servicio se ha ido a dormir.

Alec gruñó en voz alta, con los puños fuertemente cerrados a los lados.

–¿Y por qué permitiría que un conocido corruptor de mujeres entre en su habitación? ¿En su vida? ¿En... donde sea que haya entrado?

Alec lanzó la cabeza hacia atrás como si estuviese vencido, el músculo de su quijada se movía.

–Prometió casarse conmigo –lloró Miss Overton.

–¿Lo hizo? –nadie en su sano juicio se casaría con la chica. Eso probablemente había sido por lo que escogió a Alec. Una vez que revisó la lista de pares que no la tendrían en el castillo, se aventuró con un adinerado caballero, en su lugar.

Sorcha sonrió. Había sólo una manera de sacar a Alec de este embrollo. No lo vería montando con esta imbécil sin cerebro por el resto de la vida de ella. Amy Overton nunca sería fiel y él sería miserable.

–¿Él vino a usted anoche?

La chica asintió rápidamente.

–¿A qué hora?

–Después del baile –sollozó, y luego miró a su madre como si buscara confirmación. Lady Overton la alentó con un movimiento de cabeza.

Sorcha cruzó los brazos bajo el pecho y se movió para pararse junto a Alec.

–Usted es una mentirosa –dijo Sorcha.

–¡Cómo se atreve! –la baronesa saltó y, probablemente, habría atacado a Sorcha, si la duquesa no se hubiese puesto entre ellas.

—¿Por qué asume que ella no está diciendo la verdad, Miss Ferguson? —Su Gracia preguntó. Algo brilló en sus ojos. ¿Placer? ¿Disfrute? Pero ya se había ido antes de que Sorchá pudiera identificarlo.

Sorchá se encogió de hombros y miró a Alec con la sonrisa más conquistadora que pudo forzar en su rostro. Él lucía definitivamente indispuerto.

—Porque él estuvo conmigo anoche. Toda la noche. Dejamos el baile temprano y fuimos directo a mi habitación. Y estuvo ahí hasta el amanecer. Lo habría sabido si se hubiese ido.

Alec relajó el cuerpo ligeramente. Entonces, no estaba enojado por la sugerencia. ¿Quizás?

—Quise decir, la noche anterior —comenzó la chica.

—¿Fue así? —interrumpió Sorchá. —Hmm. Esa noche también estuvo conmigo hasta el amanecer —se encogió de hombros. —De hecho, él ha estado conmigo cada noche. Toda la noche. Encuentro agradable despertarme en sus brazos.

—¡Bueno! —dijo la duquesa. Hizo sonar su lengua por un momento. —Esto cambia la situación un poco —le dio una dura mirada a Alec. —No puedo creer, Mr. MacQuarrie, que usted se haya aprovechado de una criatura dulce y querida como Miss Ferguson —luego, puso sus ojos sobre Sorchá. —Supongo que no puedo culparte por entusiasmarte por un rufián apuesto y encantador como él. Y como has refutado los reclamos de Miss Overton, él es libre de casarse contigo en su lugar, querida mía.

Alec se atragantó.

Sorchá mordió una sonrisa. Qué fortuito.

—¿Asumo que usted *estaba* planeando una fuga, Mr. MacQuarrie?

—No —Alec aclaró la garganta. —Tengo intenciones de pedirle la mano a su padre, —dijo. —Planeo viajar allá la próxima semana.

Sorchá enlazó el brazo con el de él.

–Bajo las circunstancias, tendremos que hacerlo un poco antes, querido –arrulló.
–Después de todo, podría estar cargando tu hijo –se dio palmadas en su estómago plano y sonrió con alegría a todos en la habitación. –Y no podría estar más encantada.

El rostro de Alec fue de verde a púrpura. Comenzó a articular algo, pero nada salió.

–Bueno, entonces, tendremos que asegurarnos de que este secreto permanecerá entre los ocupantes de esta habitación –la duquesa informó a todos.

Las lágrimas de las dos damas en el sofá se habían secado repentinamente, y permanecían sentadas atónitas, mirando a la duquesa.

–Secretos como este son difíciles de mantenerse en privado –dijo Lady Overton, con la nariz ligeramente levantada en el aire.

–Aun así *permanecerán* en privado –le advirtió la duquesa. –O me aseguraré que la parte que comparta la noticia de las sagradas nupcias vivirá para lamentarlo.

Ambas mujeres palidecieron. Alec resopló.

Luego, Alec se inclinó y besó la mejilla de Sorchá rápidamente con una mirada que decía “Discutiremos esto”. Oh, ella sabía que lo harían.

Alec iba a matar a Sorchá, tan pronto la tuviera fuera de la mirada inclemente de la Duquesa de Hythe. Tomó fuertemente a Sorchá por el codo. La pequeña hada ni siquiera tenía el sentido común de verse arrepentida del hilo de mentiras que había arruinado su destino.

–Ven aquí, muchacha –gruñó. –Tenemos mucho que discutir.

–Oh, me imagino que sí –los ojos de la duquesa de hecho brillaron.

Maldición, ¿cómo podrían brillar sus ojos? ¿Le parecía divertida la ruina de una encantadora joven?

Nunca antes había pensado que Su Gracia fuese malévola.

Alec frunció el ceño y dirigió a su *prometida* hacia la estancia.

Tan pronto entraron en el corredor, Alec vio al lacayo centinela de la duquesa, enrollado en viñas y yaciendo en el piso, dormido. ¡Buen Dios! Tiró a Sorchá más cerca de él y siseó:

—¿Qué le hiciste?

Ella se encogió de hombros.

—No quería dejarme pasar.

Debió haber oído al lacayo. En lugar de eso, había destruido cualquier futuro que pudo haber tenido.

—Suelta al hombre, Sorchá.

Ella suspiró y luego hizo un movimiento de muñeca hacia el lacayo tendido. Casi instantáneamente, la planta liberó al sirviente y comenzó a retroceder a su macetero.

—¿Estás feliz ahora?

—Difícilmente. No puedes ir por ahí revelando tus poderes y atacando a pobres ayudantes.

Sorchá rió.

—Oh, no recordará nada.

Esa era una afirmación escalofriante.

—¿Por qué no? ¿Le diste una poción también? —Alec frunció el ceño.

Sorchá rió.

—Nay, sólo le dije a las viñas que lo apretaran justo sobre las muñecas. Te ayuda a dormir si pinchas ahí. ¿Sabías eso? Elspeth me mostró eso hace un tiempo. Muy útil si uno necesita curar un poco el insomnio.

¿Insomnio? ¡Buen Dios! ¿Y se supone que debía casarse con esta chica? ¿La que no lo pensaba dos veces para drogar a pobres mozos indefensos o atar lacayos con viñas y adormecerlos? Alec sacudió la cabeza. No podía casarse con Sorchá. Se rehusaba a arruinarle la vida, a pesar del hecho de que ella estaba más que lista a derrocharlo por su cuenta.

Él no formaría parte en su derroche.

—De cualquier manera, él despertará pronto y pensará que todo fue un sueño —continuó Sorchá. —Y no le contará a nadie al respecto porque no querrá admitir que dormía en su puesto.

—Lo tienes todo pensado, ¿no? —Alec la arrastró más lejos por el pasillo, lejos del lacayo que ahora roncaba un poco, tumbado en el corredor.

—Yo no diría que lo tengo *todo* pensado. Sólo soy buena improvisando.

—Más bien, metiéndote en muchos problemas —rugió Alec, revisando el corredor, esperando encontrar un recibidor o un salón tranquilo en esta ala. ¿No debería haber uno cerca?

—Creo que tú eras el que estaba en problemas allá atrás, Alec. Yo, simplemente, te estaba ayudando. De nada, por cierto.

¿De nada? ¡Tenía que estar bromeando! Alec se detuvo en seco y la asió por los hombros, mirando sus inocentes ojos cafés, los cuales eran tan astutos como los de un ciervo recién nacido.

—¿Ayudar? ¿Tienes idea de lo que has hecho, Sorchá?

Ella asintió y sonrió tímidamente.

—Aye, te salvé de tener que casarte con esa conspiradora. Te prometo ser la mejor esposa que podrías haber esperado. Quiero decir, no soy Cait, pero...

Maldita sea, volvieron a Cait. Alec no pudo hacer más que renunciar. Además, eso difícilmente era lo que había querido decir. Finalmente, vio una puerta a unos pocos pies. Gracias a Dios. La remolcó más lejos por el corredor y se alivió al encontrar el salón desocupado.

–No te muevas –le advirtió, y luego cerró la puerta tras ellos para evitar que nadie los sorprendiera.

Alec tomó un profundo respiro y luego se volvió hacia la dama que había plagado sus pensamientos desde que llegó al bendito Kent.

–Mira, Sorch, no tengo dudas de que serás la mejor esposa que cualquier hombre podría desear, y en algún lugar allá afuera está un hombre que agradecerá a su estrella de la suerte todos los días de su vida por haberte encontrado... pero ese hombre no soy yo, muchacha. No puedo casarme contigo.

El rostro de ella se deprimió con esas últimas palabras.

–Pero yo pensé...

Alec hubiese dado la mitad de su fortuna porque ella terminara esa oración, pero ella desvió la mirada, con los labios muy apretados, molesta. ¡Maravilloso! Ella había tratado de venir a rescatarlo y él terminó hiriendo sus sentimientos, lo cual era lo último que quería.

Le colocó un mechón de cabello oscuro tras su oreja y dejó su dedo vagar por el borde de su barbilla.

–Sorcha, no soy el tipo de hombre con quien *tú* debes casarte. Dime que ves eso.

–¿Habría estado mejor si me hubiese mantenido con mi plan original y hubiese enamorado a Lord Radbourne?

Alec frunció el ceño, y le tomó cada traza de fuerza que tenía para no sacudirla y poner algo de sentido común en ella.

Los malditos lycans otra vez.

–Mantén tu distancia de esas bestias, Sorch.

Finalmente, sus miradas se encontraron, una pregunta hervía en la tibia profundidad de sus ojos cafés. Luego, picó su pecho con el dedo.

Lo suficientemente fuerte para hacerlo contraerse.

–Acabo de salvarte el miserable trasero. ¿Y esas son las gracias que recibo? –se alejó de él. –Como es claro que no me quieres, no sé qué voy a hacer. Le acabo de decir a la Duquesa de Hythe que has estado en mi cama.

Ella pondría sus ojos nuevamente en ese maldito Radbourne. Él podía sentirlo en los huesos.

–Nunca dije que no te quería, Sorch. Dije que no puedo casarme contigo. Me importas demasiado para arruinarte la vida de esa manera.

Sorch se secó una lágrima que rodaba por su mejilla.

–Lord Kettering no se sentía así, y tampoco Lord Blodswell.

Alec aún no podía creer que los ex vampiros de hecho habían pensado imponerse a mujeres más meritorias.

–Idiotas egoístas, ambos –gruñó para sí.

Pero Sorch lo escuchó y jadeó, probablemente por su elección de palabras.

–No puedo creer que hayas dicho eso.

–Sorch, sólo ayúdame a encontrar una salida de este lío.

Ella levantó su terca barbilla.

–¿Estás diciendo que la vida conmigo será un lío? ¿Es eso lo que realmente piensas?

No, eso no era lo que pensaba en lo absoluto. La vida con ella sería una aventura que nunca olvidaría, pero para ella...

–Pensé que nos llevábamos bien, Alec.

–Lo hacemos... –comenzó.

–Entonces no veo el problema. Y conmigo no tendrías que pretender ser algo o alguien que no eres. No tendrías que encantarme, y no tendría que sustentarte de carnicerías o ese horrible club, y...

–¿Disculpa? –¿Quiso decir *Brysi*? ¿Cómo diablos sabía sobre su club? ¿Y estaba ofreciéndole su sangre otra vez? Alec casi gruñó de pensar en hundir sus dientes en Sorch Ferguson.

Sorcha continuó como si él no hubiese dicho una palabra.

–Sé bien lo que eres, Alec, y te acepto exactamente cómo eres. Y tú sabes lo que soy también. Eso es raro para las brujas, y algo que sólo compartimos con nuestros esposos. No habría necesidad de secretos. Y...

–Está bien, tú ganas –no parecía que podría quitarse la idea de tomar de Sorcha cada vez que quisiera. Sus colmillos comenzaron a descender. Maldición, ¿por qué le había puesto esa idea en la cabeza? Resultó ser tan idiota como Kettering y Blodswell.

–¿Dijiste que gané? –quedó anonadada.

En un momento de debilidad, lo hizo.

–Aye, tú ganas –repitió.

¿Qué más podía hacer? Ella ya había ido y arruinado a sí misma con esa historia que le dijo a la duquesa.

Despertar en sus brazos cada mañana. Buen Dios, ¡no podía creer que hubiese dicho eso!

Además, razonó Alec, si él no tomaba su mano, ella pondría sus ojos en uno de esos malditos lycans otra vez.

Ninguno de ellos cuidaría de Sorchá con el cuidado que Alec lo haría. No importaba lo que pensara de sí mismo, no la vería atada a una de esas bestias babeantes. No en esta vida o en la siguiente. Pero la razón *real* por la que había consentido, la razón enterrada profundamente en su alma, que ni siquiera él quería reconocer era que verdaderamente la deseaba.

La deseaba como nada o nadie que había querido alguna vez. Quería probar cada pulgada de ella y recorrer con sus dedos desde una encantadora peca hasta la otra. Quería la libertad de mirar su *décolletage* cada vez que quisiera sin reprimirse. Quería ahondar dentro de ella, acoplarla con él, y perforar su esbelto cuello, y luego hacerlo todo otra vez.

Sorchá arrojó los brazos alrededor del cuello de Alec y lo abrazó fuertemente.

—Estoy feliz de que hallamos resuelto esto.

Resuelto. Él estaría arreglando esto por los próximos años, estaba seguro. Alec estaba igualmente seguro de que en algún lugar profundo en su pecho, donde su corazón había latido una vez, que Sorchá lamentaría la temeridad de esta decisión. El día que eso pasara finalmente, sería su segunda muerte.

—Lo que dijiste fue en serio, ¿no es así?

Él no podía recordar la mitad de las cosas que había dicho en la última hora.

—¿Cuál, mujer?

Ella volteó los ojos.

—¿Realmente tienes intenciones de pedirle permiso a papá?

Oh, eso. Alec asintió. Era lo menos que podía hacer, considerando que le iba a arruinar la vida.

—Aye.

Ella se puso de puntillas y le besó la mejilla.

—¿Entonces, mañana partiremos a casa?

–Considerando el hecho de que desbarataste el plan de Lady Overton de atraparme, probablemente deberíamos irnos esta mañana.

Capítulo 17

Sorcha irrumpió en su dormitorio burbujeando con mareos. Sin embargo, su levedad se desvaneció cuando sus ojos se posaron en Cait, quien estaba sentada muy estirada en el borde de la cama de Sorcha.

–Cait.

La vidente sonrió suavemente y, luego, se levantó de su sitio.

–Así que, por lo visto, llegaste a tiempo para salvarlo.

Cait había sabido exactamente lo que pasaría cuando envió a Sorcha al salón privado de Su Gracia. ¡*Recórcholis!*

¿Cait estaba triste por lo que pasó? ¿Tal vez un poco celosa?

–¿Estás bien con esto?

Cait asintió una vez.

–Para serte honesta, no lo estuve hace unos años, pero lo estoy ahora. Dash era mi futuro. Sólo que nunca lo había visto. Pero he sabido por algún tiempo que Alec es el tuyo.

¿Cait *siempre* lo había sabido? Sorcha se tambaleó un poco hacia atrás. ¿Fue por eso que Cait había luchado tan duro para no aceptar una de sus muchas ofertas?

–Te felicitaría, pero tu travesía está lejos de haber terminado, Sorch. Tienen más de un obstáculo en su camino.

–¿Qué obstáculos? –preguntó Sorcha, aunque sabía que su amiga nunca se lo diría.

Cait se encogió de hombros.

–Dash y yo iremos con ustedes a Edimburgh.

Sorcha sacudió la cabeza.

–Eso no parece prudente, Cait. ¿Dash y Alec juntos?

Cait exhaló un suspiro.

–No está en discusión, Sorch. Aún no están casados, y no puedes viajar tan lejos sola con Alec. Aún tienes una reputación que proteger.

–Pero... –Sorcha comenzó a protestar.

–Sin peros –interrumpió Cait. –Además, nuestro coche de viaje ya está empacado y listo para partir.

–Necesito empacar mis cosas –murmuró Sorcha. Obviamente, no había razón para discutir. Pero cuando vio alrededor de la habitación, se dio cuenta de que sus artículos personales no estaban en la mesa de noche. Abrió el armario y encontró que sus vestidos no estaban. –¿Dónde está todo? –preguntó a nadie en particular.

–Hice que tu mucama empacara todo –respondió Cait, encogiéndose de hombros nuevamente. –El coche está listo.

–¿Hiciste que empacaran las cosas de Alec también? –eso parecía un poco precoz.

–Ni siquiera yo haría eso –Cait suspiró. Tomó esa mirada lejana que significa que estaba viendo eventos que aún no habían pasado. –Pero tan pronto como vayas y le informes que nos vamos, estará listo en un momento.

–Tengo que encontrarlo –dijo Sorcha. Una pequeña parte de ella esperaba que Alec se rehusara a viajar con Eynsford y Cait. Ellos no necesitaban un chaperón. Cait ciertamente no había tenido más que una criada cuando viajó a Escocia con Eynsford. Y Sorcha disfrutaría algún tiempo a solas con su prometido, la verdad sea dicha.

—Él está en su habitación —clamó la vidente. —O lo estará en un momento —Cait evitó mirar a Sorchá por completo. —Debes correr. Mientras más pronto le digas, más pronto podemos irnos.

—¿Qué ves? —exclamó Sorchá. Cait le estaba ocultando algo; podía sentirlo.

—No puedo decírtelo —dijo la amiga, aun evitando la cara de Sorchá. Pero una sonrisa se asomó en las esquinas de la boca de Cait.

—Bien —se quejó Sorchá. Parecía como si su destino había sido decidido por ella. Viajaría con un lycan, un vampiro y la bruja que una vez se interpuso entre ellos.

Alec murmuraba para sí mismo todo el camino de regreso a su habitación. Se había metido en un gran lío esta vez. ¿Cómo se atrevieron esas mujeres Overton a tratar de atraparlo? Y Sorchá. La pequeña y hermosa Sorchá se había puesto en su defensa como él nunca había esperado que alguien lo hiciera. No era merecedor de tal lealtad.

Tomaría a Sorchá como su esposa, la tomaría en la cama y tomaría su fuerza vital, y él no sería capaz de darle una maldita cosa a cambio, aparte de acceso a su riqueza. No podía envejecer con ella. Ella continuaría envejeciendo y él siempre permanecería joven. ¿Cómo diablos evitarían eso? No podía darle hijos, tampoco. En su mente, podía ver a Sorchá con un niño en su regazo.

Sería una maravillosa madre.

Aun así se conformó. Ella se conformó con él.

Un golpe en su puerta llamó su atención.

—Adelante —exclamó ausentemente. Ni siquiera tenía que mirar para saber quién era. Tan pronto como se abrió la puerta, la esencia de flores de manzano precedió a

Sorcha en la habitación. –Entraste en razón, ¿es así? –preguntó mientras se inclinaba contra el gran armario y cruzaba los brazos sobre su pecho.

–Nay, todavía soy una idiota, según tus estándares –replicó, con voz juguetona. Cerró la puerta tras ella.

Alec no pudo evitar sonreírle. Tenía una lengua muy afilada para una damita tan dulce.

–No pienso que seas una idiota, Sorch. Sólo creo que tomaste demasiado sobre ti misma cuando decidiste sacrificar por mí. Y deberías abrir esa puerta. Alguien podría hacerse una idea equivocada.

Sorcha resopló. Un sonido muy delicado.

–Creo que es un poco tarde para preocuparse por eso –le recordó.

–Solamente porque tenías que ser una mártir –respondió.

–¿Así que querer salvar a mi amigo de un destino peor que la muerte me hace una mártir?

–Ya sufrí un destino peor que la muerte –dijo en voz baja. –Y viví para contarlo. Eso no hubiese sido nada –caminó a través de la habitación hacia ella, con todas las emociones reprimidas que no se había permitido mostrar subiendo a la superficie. – ¿Y estabas completamente desquiciada cuando le dijiste a la duquesa que he pasado cada noche contigo? ¿Qué disfrutas despertar conmigo en tu cama?

–Bueno, mentí. ¿Y qué? –dirigió la mirada a él con rabia.

–Aye, mentiste. Estoy seguro de que recordaría haber estado en tu cama –nunca saldría de ella. Se quedaría ahí para siempre y un día. Y la mantendría ahí con él.

–Eso espero –respondió.

Tan rápido que la sorprendió y la hizo retroceder, Alec la tomó, atrayéndola hacia él.

–Como ya estás arruinada, Sorch, creo que deberíamos aprovecharnos del momento.

–¿Disculpa? –se ahogó.

Sus manos terminaron en el pecho de él, pero no trató de alejarse. Condenada por no hacerlo. Ella era la tentación personificada.

–Más de uno piensa que he estado en tu cama –deslizó las manos por su lado hasta llegar a su redondo y pequeño trasero. Ella aún no se retiraba. –No puedo soportar que piensen que eres una mentirosa. Así que, deberíamos remediar eso.

Había pensado muy poco en ello, aparte de tomarla, desde que llegó a Castle Hythe. Y ahora ella había sellado su destino. ¿Él sería el peor tipo de rufián si se aprovechaba de ella?

Alec apretó las manos por detrás, no como para asustarla sino para acercarla a él, tan cerca que estaba seguro de que no podía perderse el bulto en sus pantalones.

–¿Te gustaría llevarme a la cama? –preguntó Sorch.

–Más que nada –admitió. Luego, tomó su trasero, la levantó, sus pies estaban apenas a unas pulgadas del suelo, y muy gentilmente la puso en el centro de su cama.

Ella no protestó. No emitió ni un sonido, aparte de un gemido placentero mientras se hundía en la colcha y él subía a la cama junto a ella.

–Eres un poco loca, ¿lo sabías? –le susurró mientras le apartaba el cabello de la cara.

–Realmente sabes cómo halagar a una dama en tu cama, Alec –protestó levemente, empujando su pecho, sin resultado.

–Mírame, Sorch –azuzó. Los colmillos habían descendido y dolían de la necesidad de tenerla. Le mostró los dientes cuando ella finalmente lo miró a la cara. –Este soy yo. Esto es lo que soy. Un vampiro.

Ella le tocó un lado de la cara.

–Sé lo que eres –susurró.

Él tocó con sus labios la esquina de la boca de ella. Le tomó toda su concentración ser gentil. El latido de su pulso le llenaba la cabeza como el tambor de un soldado podría llenar el campo de batalla. Eso lo excitaba aún más.

–Te deseo –gruñó mientras la tomaba por la parte de atrás del cuello con la mano y presionaba los labios a los de ella.

Sabía a mermelada y olía como todas las cosas que él más amaba en el mundo. Ella se levantó para encontrarse con él, los labios ansiosos, el cuerpo suelto y lánguido bajo él.

–Realmente deberías alejarme –le advirtió cuando finalmente levantó los labios.

–Desearía que la gente dejara de decirme qué hacer –le susurró, y le empujó la cabeza hacia ella.

Cuando él deslizó la lengua dentro de su boca, ella se levantó ansiosamente para recibirlo. La besó hasta que la cabeza se inundó con la necesidad de tomarla. Luego, la levantó y la miró.

–Dios eres hermosa –respiró.

–Lo dices como si te sorprendiera –rió ella.

–Me sorprendes cada día. Ni siquiera sabía que ya habías crecido hasta ahora.

–Hasta que empezaste a desearme –rió de nuevo, un sonido animado que le hizo querer unírsele.

–Te parece divertido –bromeó él. No sabía cuándo había caído bajo su hechizo, pero ella era todo en lo que podía pensar. Justo ahora, quería estar dentro de ella. Deseaba todo de ella. Hasta la última pulgada.

–Mucho –afirmó. Sus manos comenzaron a trabajar en el nudo en su pañuelo, ocupándose de eso hasta que fue capaz de soltar su corbata y lanzarla al piso.

–¿Qué crees que estás haciendo? –preguntó. Le gustaba. No quería que se detuviera. Pero quería saber en qué estaba pensando.

–Quiero estar más cerca de ti –admitió mientras comenzaba a deshacer los botones de su chaleco y lo ayudó a quitárselo.

–Forbes te quitará la cabeza –le advirtió. –Tuvo mucho cuidado vistiéndome hoy. Para encontrarme con Su Gracia.

–Tú me protegerás –sonaba uy segura de eso. Y debía estarlo. Él siempre la protegería. De todo.

Ella tiró de su camisa hasta que la liberó de los pantalones y, luego, la haló por encima de su cabeza.

–¿Ahora qué? –preguntó él.

Con un gentil empujón, lo puso sobre su espalda.

–Ahora puedo hacer lo que quiera contigo –dijo mientras se montaba sobre él, presionando los pechos contra su pecho.

–Tu turno –le advirtió mientras comenzaba a tirar de las cintas en la espalda del cuello de ella.

–Desvistes a las mujeres demasiado bien, Alec MacQuarrie –bromeó mientras él le abría la parte de atrás del vestido y la ayudó a sacárselo por la cabeza.

–Nunca más desvestiré a otra mujer –juró.

Cuando le miró el cuerpo, vio que ella no usaba nada más que una delgada camisa y medias. Gruño en voz alta. Podía ver el rosado oscurecido de sus pezones a través de la camisa.

–Espero que me desvistas muy seguido –bromeó ella.

–Tú no cuentas –dijo mientras la alcanzaba y atraía sus labios a los de él. Luego, la rodó sobre su espalda.

–Qué agradable saber que no importo –ella volteó los ojos.

–Silencio –dijo él gentilmente, mientras tomaba sus labios con mucho cuidado. Ella se arqueó hacia él, la fina muselina de su camisa le acariciaba el pecho. Los amplios puntos de sus pezones le rozaban la piel desnuda. Ella se estremecía debajo de él cuando inclinaba la cabeza y rozaba las mejillas contra los pequeños bultos. Ella enredaba los dedos en su cabello y lo tiraba gentilmente.

–Alec –susurró.

Luego, él lamió su pezón, justo por encima de la tela de su camisa, y ella casi se deshizo ahí en sus brazos. Alec lanzó una mirada a su rostro para encontrar sus chispeantes ojos con pasión y cubiertos por pesadas pestañas. Alcanzó el dobladillo de la camisa para levantarla sobre su cabeza.

Pero el punto de pulso que latía en el interior de su muslo le atrajo la atención con su ritmo frenético. Él le abrió las piernas y se acomodó entre ellas. Luego, se sentó sobre las rodillas para recorrer con los dedos sobre su entrepierna, buscando ese pulso. Con toda seguridad, el pulso palpitaba tan fuerte como su hombría. Él podía oírlo en su cabeza.

–¿Qué haces? –le preguntó.

Él reprimió una sonrisa. Por supuesto que ella preguntaría.

–Tocarte.

–¿Por qué ahí? –un pequeño jadeo dejó su garganta cuando sus dedos le rozaron el muslo hacia su ardor.

–Porque me da placer –replicó mientras metía los dedos dentro de los rizos en la juntura de sus muslos.

–A mí también –gimió, mientras él tocaba su centro. Estaba húmeda, resbaladiza de deseo. Él casi se derrama con el primer toque por sus labios. Ella arqueó las caderas hacia él mientras se acercaba a ella de nuevo.

Sorcha inclinó la cabeza a un lado mientras sus labios le tocaban el cuello. Dios, ella sabía cómo nada que hubiese probado, y ni siquiera había perforado la piel aún. Un gemido sonó en la habitación mientras Alec tocaba la pequeña protuberancia que la llevaría a la realización. La llevaría más allá y, luego, la tomaría de nuevo cuando pueda estar dentro de ella.

—Por favor, Alec —gimió, sus caderas encontraron un ritmo con sus gentiles toques.

Alec reemplazó el índice con el pulgar y deslizó un dedo dentro de ella. Era como un tibio guante de seda que se cerraba alrededor de su dedo. Ella tiró de su cabello y lo forzó a verla a los ojos. Él pudo ahogarse en ellos, nunca había visto una mirada de tal redención en la cara de nadie. Cerraba los ojos mientras aumentaban los jadeos, el sonido de su respiración casi lo volvían loco. Quería estar dentro de ella y luego oírlos otra vez. Ella sólo necesitaba un momento más y luego lo haría... Ella arqueó la espalda cuando finalmente llegó a ese precipicio. Las manos empuñaron las sábanas mientras la fuerza de su consumación estremeció su pequeño cuerpo. Él continuó tocándola gentilmente mientras ella vibraba y la acarició hasta que terminó.

Sorcha se echó un brazo sobre los ojos y clamó:

—Oh, cielos —el latido de su corazón aún era frenético, pero estaba comenzando a calmarse.

—¿Ese fue un buen “oh, cielos” o un mal “oh, cielos”? —tenía que saber.

Ella levantó el brazo brevemente y miró tímidamente bajo él.

—Muy bueno —murmuró.

Alec ajustó el cuerpo para liberarse de los pantalones.

—¿Estás segura de que quieres esto? —preguntó. Buscó su rostro en busca de respuesta.

Ella tomó sus pantalones y se los sacó de la cintura.

Aparentemente, sí quería. Alec se ubicó entre sus muslos y sondeó en el centro. La calidez de su escalada reciente lo absorbió. Pero en cuanto estuvo a punto de entrar en ella, un fuerte golpe sonó en la puerta.

—Ya se irán —gruñó. Pero se mantuvo muy quieto en la entrada de su calidez y escuchó.

—¿Pasaste seguro a la puerta? —Sorcha tuvo el sentido común de preguntar. Gracias a Dios, porque él no tenía nada de eso por el momento.

—¿Lo hiciste tú? —replicó. Maldición. Ninguno de los dos lo había hecho.

El golpe en la puerta sonó otra vez, más fuerte. Luego una voz dura y extremadamente molesta llamó:

—¿MacQuarrie?

¡Eynsford! Maldito sea. Por supuesto, ese endemoniado lycan se aparecería justo cuando Alec estaba a punto de abrirse camino dentro del voluntario y tibio cuerpo de Sorcha. Ella se puso rígida bajo él y empujó uno de sus hombros.

—Oh, no, —chilló.

—¿Miss Ferguson, está usted ahí dentro? —Eynsford preguntó en voz baja a través de una grieta en la puerta.

Alec le puso una mano sobre la boca y sacudió la cabeza. Ella no emitió ni un sonido.

—Sé que está ahí, MacQuarrie. Estoy lejos de quedarme sordo, sabes. Espero que la saques de ahí en los próximos cinco minutos.

Cinco minutos. Alec no necesitaba cinco minutos. Le gustaría más que eso, pero...

—Y voy a esperar justo aquí hasta que hayan terminado de *hablar*.

Hablar sería la palabra operativa. Habría algo de conversación envuelto, y Eynsford podía oírlo todo con esos malditos oídos sensibles que tenía.

Alec se inclinó y besó a Sorch a intensamente, una promesa de las cosas por venir.

–Saldremos en un momento –gruñó Alec en voz baja.

–Oh, sé que lo harán –replicó Eynsford.

Alec juntó la frente con Sorch a.

–Odio a ese hombre –susurró.

Ella se acobardó un poco, lo cual no era un buen presagio.

–Entonces, probablemente no debería decirte que él y Cait viajarán con nosotros a Edimburgh.

Lo que quedaba del ardor de Alec se desvaneció instantáneamente. Ahí estaba él, acostado entre las piernas de Sorch a, con su hombría a punto en su centro deseoso, y su ardor se desvaneció completamente. Había viajado por North Road con Cait y ese maldito lycan suyo el invierno pasado y, aunque sus circunstancias habían cambiado drásticamente desde esa época, no tenía deseo de repetir la travesía.

–¿Estás tratando de matarme?

Sorch a rió y besó sus labios, suavemente.

–Ya estás muerto, Alec.

Capítulo 18

La luz del sol de la mañana le daba un matiz dorado a las tierras de Castle Hythe. Pero todo lo que Alec podía ver era oscuridad frente a él. Se acercó a Caitrin y reclamó, haciendo señas a su coche perfectamente preparado.

—Yo tengo mi propio carruaje, Lady Eynsford, y soy más que capaz de transportar a mi prometida a la puerta de la casa de su padre por mí mismo.

Con una arrogancia que se emparejaba con la de su esposo, Cait inclinó la cabeza hacia atrás y sonrió como si Alec fuese el mayor alcornoque del país.

—Aun así, igual viajarán con Dash y conmigo —señaló a su coche, aparcado directamente frente a él. —Ya lo he *visto*, Alec.

¿Y había *visto* a Alec estrangular su lindo cuellito también?

—No creas por un momento que puedes usar tus poderes para meterme en esto, Caitrin. Estoy muy lejos de los días en que podías manipularme con una sonrisa y una palabra dulce.

La sonrisa de Cait se amplió.

—Estoy feliz de oír eso, Mr. MacQuarrie. Sin embargo, como todos somos parte del mismo círculo, o lo seremos muy pronto, esta pequeña excursión nos dará bastante tiempo para que usted y Dash se hagan amigos en el camino. Todos necesitamos estar en armonía.

—¿Amigos? —de alguna manera, Alec se las arregló para no resoplar. —¿Tu don repentinamente cambió a algo que te da el poder de hacer lo que quieras? —se tocó la barbilla con el dedo. Luego, dijo lentamente con sarcasmo, —Oh, nay, casi lo olvido.

Siempre haces lo que quieres sin importar nada. Pero no en esto, Cait –sacudió la cabeza, vehementemente.

–*Todos* necesitamos estar en armonía –dijo otra vez, como si él no la hubiese oído la primera vez. –Si no lo estamos...

Se encogió de hombros.

–Bueno, entonces nuestros poderes tienden a estar un poco fallidos. Alguien podría salir lastimado. Odiaría estar cerca de Rhi si empiezan a explotar rayos por todos lados –ella se encogió. –Y no puedes imaginar el daño que Sorchá puede causar con las plantas. Tendrás que preguntarle a Benjamín sobre eso alguna vez.

Benjamín. Alec no había pensado en su viejo amigo desde su conversación con Sorchá cuando regresaban de Folkestone. ¿*Todos* ellos necesitaban estar en armonía? No estaba seguro de que alguna vez pudiera estar en armonía con Benjamín o Eynsford. Tal vez él y Sorchá podrían escapar al continente, en lugar de regresar a Escocia.

El Mediterráneo debía ser muy agradable esta época del año.

–Ni siquiera lo pienses, MacQuarrie –Cait entrecerró sus ojos azul cielo.

–No es posible que sepas lo que estoy pensando.

–Oh, te conozco y sé cómo funciona tu mente. También sé que nunca alejarías a Sorchá de su padre o su hermano o su Hermandad.

Odiaba que ella tuviese razón sobre eso. Una vez más, debió haber sido menos caballero.

–Ah, mira –Cait señaló hacia la puerta principal del castillo, –aquí está tu novia.

Alec miró sobre su hombro para encontrar a Sorchá viniendo en su dirección, con el brazo enlazado con el de la nieta de la duquesa. El sol destellaba en los rizos cafés de Sorchá, haciéndola resplandecer como un ángel, y él no pudo evitar sonreír. Pero en su mente estaba la manera como Eynsford había desbaratado sus atenciones amorosos hace menos de una hora.

–Si viajamos contigo, Caitrin, no dejaré que esa bestia de tu esposo interfiera con mis planes.

–¿Y cuáles planes serían esos? –Cait cruzó los brazos y lo miró.

Por supuesto que ella sabía que su plan era devorar a Sorchá en cada oportunidad. La había tenido en su cama, por todos los cielos.

La había visto casi desnuda. La había visto llegar al clímax en sus manos. Alec se ajustó los pantalones.

–No importa –rezongó.

–Mientras seas un caballero, Alec, no habrá necesidad de que Dash trate de interferir –Cait pasó a su lado para acercarse a las damas.

La nieta de la duquesa hablaba, tranquilamente, con Sorchá.

–Buen viaje –Lady Madeline oprimió la mano de Sorchá en despedida.

–Lo tendremos. Y prométeme mantener los ojos abiertos por cualquier rufián.

Lady Madeline rió.

–Te extrañaré.

–Te veré en Londres por la temporada –prometió Sorchá.

Alec supuso que era verdad. No podía recordar una temporada que no haya pasado en Londres. Cuán diferente sería la próxima.

–Tomaré tu palabra –Lady Madeline cruzó los brazos en su cintura, como para reconfortarse a sí misma.

Caitrin colocó un brazo sobre los hombros de Sorchá y la guio por el camino de gravilla hacia Alec y el par de coches que viajaría. Los ojos de Sorchá se encontraron con los de Alec. Si él necesitara respirar, Sorchá le habría robado el aliento cuando le sonrió.

En minutos, las dos brujas estuvieron frente a él.

La exuberancia juvenil envolvía a Sorchá.

—¿En realidad estás de acuerdo con viajar con Cait y Lord Eynsford?

—Aye, lo está —respondió Cait antes de que Alec pudiera hacerlo.

—Me insistió en cuán importante es para él llevarse bien con Dash de ahora en adelante, que nuestro círculo permanezca fuerte.

Estaba a punto de desmentir a la rubia vidente, pero Sorchá deslizó los brazos alrededor de su cintura y lo miró, más que complacida.

—Eres tan maravilloso, Alec.

Cuando habló, en todo lo que podía pensar era en esos sonidos maravillosamente seductores que ella había hecho en su recámara más temprano. ¿Viajar con Cait y ese maldito lycan la haría feliz? Supuso, considerando todo lo que ella había renunciado para casarse con él, que viajar con ellos era lo menos que podía hacer.

—Maravilloso no, —corrigió.

—Conspiradora, mujer. Mi mayor interés es mantenerte feliz, ¿no es así?

—Forbes y Maggie pueden viajar en el transporte de Alec, junto con mis sirvientes —Cait decidió por todos. —Entonces, ustedes dos pueden compartir nuestro coche.

—Prefecta, solución, ángel —Eynsford salió de la nada y puso un brazo sobre los hombros de su esposa.

¿Dónde había estado el pillo? ¿Había oído cada maldita palabra que Alec y Cait habían compartido? Lo más probable. Después de todo, el hombre raramente dejaba a Cait fuera de su vista. El entrometimiento del lycan no le facilitaba a Alec siquiera considerar llevarse bien con el hombre.

—Me gustaría llegar a casa lo más pronto posible —dijo Sorchá, soltando a Alec.

Su primer pensamiento fue arrojarla sobre su hombro y escaparse a Escocia por su cuenta. Podrían estar ahí en cuestión de horas con su velocidad superior, pero, por alguna razón, parecía importante para ella que él tratara de hacer las paces con Eynsford. ¿Qué eran esas locuras sobre armonía que Cait mencionó?

–Nos iremos lo más pronto posible, muchacha –Eynsford le guiñó a Sorch.

Si el lycan pensó que le guiñaría a Sorch todo el camino hasta Edimburgh, estaba muy equivocado. Los vampiros eran más fuertes que los lycans, algo que Alec había estado muy feliz de enterarse la primavera pasada, y no tenía intenciones de probárselo a Eynsford.

–Dash –llamó Cait, como si supiera la dirección de los pensamientos de Alec, –probablemente, deberíamos partir ya.

–Tienes razón, por supuesto, Caitie.

Sorch se acurrucó junto a Alec y le encantó cuando él la acercó más en el banco del coche. Desde esa mañana en que la besó, la acarició y la tocó en lugares que ella nunca soñó que existían, Sorch había querido estar a su lado. De hecho, quería tenerlo todo para ella sola. Había cosas que faltaban por decirse, que faltaban por hacerse.

Aunque sabía que Cait tenía razón sobre la situación del viaje. Viajar sola con Alec sería altamente inapropiado, sin importar cuánto podría disfrutarlo.

Miró su fuerte mandíbula y recordó las cosas maravillosas que había hecho con sus labios esa mañana temprano. Él era suyo. Estaba destinado a ser de ella. Cait lo había visto. Toda la idea aún era difícil de procesar, pero el corazón de Sorch brincaba al pensarlo. Con razón Cait había sido tan persistente respecto a que Sorch no debía casarse con un lycan. Se *suponía* que debía casarse con Alec. Y ahora que sabía la verdad, parecía tan correcto, tan adecuado. Y si había más que experimentar

entre sus brazos, y tenía la impresión de que lo había, el resto de sus vidas iba a ser más que maravillosa, más que perfecta.

Sus vidas.

¡Recórcholis! Si las cosas se quedaban como estaban, Alec seguiría viviendo y ella no. Sacudió la cabeza. Si Alec estaba destinado a ser de ella, debía transformarse de la misma manera que los lords Kettering y Blodswell lo habían hecho. Presionó la cabeza más cerca de su pecho y trató de escuchar un latido de su corazón. Pero no había nada, nada que pudiera oír.

—¿Sorch? —preguntó Alec. —¿Estás bien?

Ella se sentó y asintió rápidamente.

—Por supuesto.

Él frunció el ceño ligeramente pero la acercó a él nuevamente.

Del otro lado del coche, Lord Eynsford roncaba ligeramente y Cait revisaba la edición más reciente de *La Belle Aseemblée*, pero tenía un matiz verdoso en su rostro.

Sorcha se inclinó hacia delante y tocó la rodilla de su amiga.

—¿Te sientes bien, Cait?

Cait dejó el periódico sobre su regazo, luciendo definitivamente miserable. Sacudió la cabeza y Alec inmediatamente golpeó el techo del carruaje para señalarle al conductor que debía parar. El movimiento agitado no ayudaba en nada al desafortunado color de Cait.

Antes de que Alec pudiera ayudarla a bajar o de que Eynsford se despertara completamente, Cait ya se había tambaleado fuera del carruaje y devuelto lo que tenía en el estómago a pocas pulgadas del coche.

¡Recórcholis! Chilló Sorcha mientras la seguía.

Eynsford se movió para acompañarlas, pero Sorcha le dio una sonrisa y dijo:

–Te avisaré si te necesitamos –y le cerró la puerta en la cara, rápidamente. El sonido vacilante que Eynsford hizo no tenía precio.

Sorcha buscó en su manga, sacó un pañuelo y se lo pasó a Cait, quien sonreía débilmente mientras se limpiaba la cara. Sorcha no pudo evitar reír por la mirada perpleja del marqués.

–Me alegra que encuentres divertida mi situación –gruñó Cait.

–Me estaba riendo de tu esposo, tonta –Sorcha frotó gentilmente la espalda de Cait. –¿Te sientes mejor?

–Un poco –admitió la bruja mayor.

–Lucías un poco verde ahí dentro. ¿Fue algo que comiste?

Su color natural estaba regresando lentamente, Cait sonrió y tomó el brazo de Sorcha y luego la atrajo lejos del coche.

–¿A dónde vamos? –preguntó Sorcha, mientras se alejaban más y más.

–Necesito decírselo a alguien –le siseó Cait.

–¿Decirle a alguien qué?

Cait se puso el dedo sobre los labios.

–Susurra. Sino Dash oirá todo lo que digas.

–Alec también –confesó Sorcha con un fuerte suspiro. –Aunque tal vez pueda oír susurros también. Tendré que preguntarle.

–No tenía idea de que los vampiros podían oír tan bien –Cait lucía sorprendida.

–Los vampiros son bastante asombrosos a su manera –dijo Sorcha con orgullo, como si poseyera los poderes ella misma.

–No sé mucho de ellos.

–Yo tampoco, pero voy a aprender –un calor subió por las mejillas de Sorchá cuando se dio cuenta de que el esposo de Cait probablemente ya le había contado lo que ella había estado haciendo con Alec tras puertas cerradas.

–Se dice por ahí que ya has aprendido un poco –Cait sonrió ampliamente.

–Tu esposo es una amenaza –murmuró Sorchá.

–Mi esposo tiene las mejores intenciones en su corazón –rió la amiga.

–Cualquier cosa que pueda hacer para desbaratar los planes de Alec parecen darle placer.

Cait sacudió la cabeza.

–De hecho, él prefiere no involucrarse en lo absoluto. Yo fui quien lo envió a la habitación de Alec.

¡Bruja traidora!

–¿Cómo pudiste? –resopló Sorchá.

–Alguien tiene que protegerte. Estás determinada a entregarte –Cait le lanzó una mirada reveladora. –Asumo que ya no necesitas que nadie te cuente qué ocurre en el lecho conyugal, ¿o sí?

Sorchá tomó un respiro profundo. Verdaderamente, nada de esto era asunto de Cait. Sorchá no la acosó a *ella* por detalles íntimos. Bueno, le había pedido consejos matrimoniales, los cuales Cait se había rehusado firmemente a darle.

–¿No estabas vaciando tu estómago hace unos momentos? ¿Cómo todo esto se volvió sobre mí? –apuntaba a su pecho. Luego, se volvió para caminar de regreso al coche. –Te enviaré a tu esposo –dijo por sobre el hombro.

–¡No te vayas! –chilló Cait. Luego, susurró vehementemente, –Tengo que decirle a alguien –Sorchá regresó a ella. –¡Tengo que guardar tantos secretos sobre los futuros! Quiero gritarle al mundo sobre el mío.

Sorchá tomó unos pasos más en su dirección y susurró:

–¿Qué tipo de secreto?

Cait puso una mano sobre su vientre y dijo:

–Creo que estoy esperando.

–¿Esperando volver el estómago otra vez? Buscaré a tu esposo –Sorcha nunca había soportado las enfermedades.

Tenía un estómago demasiado sensible.

–¡No! –chilló Cait. Sorcha vio moverse la cortina dentro del coche mientras la cabeza de Lord Eynsford se asomaba. Hombre ruidoso.

Cait lo vio y le indicó que la cerrara. Él lo hizo, pero no lucía muy contento por ello. Cait bajó más la voz, hasta casi un suspiro.

–Creo que estoy esperando un *bebé*.

Inmediatamente, las lágrimas se asomaron en los ojos de Sorcha.

–¿Un bebé? –chilló.

–¡Shh! –Cait sacudió los brazos salvajemente, tratando de acallar a Sorcha.

–¡Oh, lo siento! –susurró Sorcha mientras abrazaba a Cait. –No puedo creerlo. ¡Estoy tan emocionada! Voy a ser tía otra vez –luego, entrecerró los ojos a Cait. –¿No le has dicho a tu esposo aún?

–Aún no. Quiero estar segura –Cait se protegió el vientre con una mano, otra vez.

Para una mujer que podía ver el futuro de todos menos el de ella misma, algo como esto debía estar volviendo loca a Cait. Aun así...

–De la manera como estuviste devolviendo allá atrás, diría que es muy probable. Tú nunca te enfermas al viajar.

–También creo eso –dijo Cait con una sonrisa. –Pero quiero esperar un poco hasta estar segura. Así que no le digas a nadie. Ni siquiera a Alec.

Como si Alec quisiera saber que la mujer a quien le había dado su corazón estaba embarazada del bebé de alguien más.

–No diré una palabra –entonces, una idea brillante surgió en la mente de Sorch. Entrecerró los ojos. –Si... –dejó desvanecer la voz.

–¿Si qué? –Cait respondió, los azules ojos se redondearon en conmoción.

–Si llamas a tu perro.

Cait se veía bastante ofendida.

–¿Disculpa?

–Llama a Eynsford. No lo envíes a perseguirnos a Alec y a mí. Deja que mi futuro pase por su cuenta, sin interferencias –hizo una pausa. –¿Por favor?

–No puedo creer que lo llamaste perro –gruñó Cait.

–Si te queda el collar –bromeó Sorch.

Capítulo 19

Alec se sentó frente al Marqués de Eynsford en el carruaje y trató de oír lo que el par de brujas conversaban. Pudo entender una palabra que otra, pero no muchas. Y lo que oyó no significaba mucho.

–Tu esposa es una mujer astuta –lanzó Alec en medio del silencio del coche.

–Si astuta y conspiradora significan lo mismo, entonces sí, lo es –replicó Eynsford. –¿Puedes oír lo que están diciendo?

Alec sacudió la cabeza.

–Muy poco –escuchó por otro momento, pero todo lo que pudo oír fue un jadeo de sorpresa de Cait. –Suenan como si estuviesen discutiendo.

–Que el cielo nos ayude si es así –murmuró el marqués.

–Tengo mi propio coche –le informó Alec. –Puedo llevarme a Sorch y podemos separarlas –en todo caso, no le gustaría otra cosa más que eso. Al demonio la armonía. Quería su pequeña bruja para él.

–¿Alguna vez las has visto discutir en realidad? ¿A cualquiera de las brujas? Son escandalosas –Eynsford se estremeció dramáticamente.

–Las he visto hacerlo toda mi vida –le recordó Alec.

–Es por eso que me ofrecí a llevar a Sorch en mi coche. Es aterrador.

–Por fin, algo en lo que estamos de acuerdo –dijo el marqués en tono burlón.

–¿Que tu esposa y mi prometida son fuerzas que deben ser reconocidas? Aye, estamos de acuerdo. Pero hazme un favor y no les digas eso.

Eynsford inclinó la cabeza levemente.

—Ya que hablamos tan abiertamente, si alguna vez te encuentras fuera de mi puerta otra vez y decides intervenir, te provocaré daño físico —le advirtió Alec. — Sabes que soy capaz y debes saber que no dudaré la próxima vez.

—Puedes tratar —el marqués elevó una ceja, divertido. —Pero mi esposa amenazó con causarme daño físico, junto con varios castigos más severos, si no intervenía. Desafortunadamente para ti, sus proclamas me atemorizan más que las tuyas.

De la nada, un comentario salió de la boca de Alec.

—La amas, ¿no es así? —quiso retirarlas inmediatamente. Pero ya estaba hecho.

Eynsford echó la cabeza hacia atrás sobre los cojines y consideró a Alec por un momento.

—Con todo mi corazón —dijo finalmente.

No había nada que decir al respecto, así que Alec simplemente asintió. Estaba contento de que Cait había encontrado felicidad, aún si había sido con el perro gigante sentado frente a él. Y Eynsford parecía el más enamorado de los hombres. Con todo, prefería no tener que soportar al hombre, si dependiese de él.

¡Que el diablo nos lleve! ¿Qué mantenía a las mujeres por tanto tiempo?

Discusión o no, ¿cómo podían pensar en abandonar a Eynsford y a él en la compañía mutua?

Alec abrió la puerta del coche y salió rápidamente, solo para encontrar a Sorchá caminando en su dirección.

Sorchá tenía una sonrisa picaresca que hizo que la incomodidad de Alec se desapareciera por completo. Estaba tan llena de vida; casi lo hacía recordar lo que se sentía ser humano.

Quería abrirla en sus brazos y deleitarse con la energía que fluía a través de ella. Aún no era muy tarde para arrojarla sobre su hombro y escapar, ¿o sí? Probablemente.

Pero no excluiría esa opción en el futuro.

–¿Todo está bien? –preguntó, mientras acortaba la distancia entre ellos.

Sorcha asintió y señaló hacia Cait a unos pasos más atrás. –Un poco mareada por el viaje.

Tras ellos, Alec escuchó crujir el coche mientras Eynsford descendía del transporte y se apresuraba a tomar el brazo de Cait.

–Nunca te había visto enfermar durante los viajes, ángel.

El marqués acarició la mejilla de su esposa.

–¿Hay algo que pueda hacer?

Alec remolcó a Sorcha más cerca del carruaje y bajó la voz.

–¿Y la discusión?

Sorcha se encogió de hombros.

–Así es como siempre nos hablamos una a la otra. Deberías saber eso, Alec.

Oh, lo sabía.

–Peor que las hermanas –acordó.

Los ojos cafés de Sorcha centellearon de alegría.

–Así es como sabes que nos amamos. Solamente nos amamos porque nos importa.

–¿Y es por eso que discutes conmigo también? –no pudo evitar preguntarlo, aunque se impacientó un poco mientras esperaba oír su respuesta.

Ella asintió enfáticamente.

—Por supuesto. Me has importado toda la vida, Alec.

Su confesión lo entibió desde adentro hacia fuera, y suavemente presionó los labios con los de ella.

—El sentimiento es mutuo, Sorch.

En algún lugar tras ellos, Eynsford refunfuñó:

—Si tengo que ver eso todo el camino hasta Edimburgh, seré yo quien se enferme.

—Silencio —se quejó su esposa. —Creo que el amor juvenil es adorable.

Alec casi dio un paso atrás. ¿Amor juvenil? Él no podía amar a Sorch. La adoraba; la apreciaba; y la quería a su lado siempre. Pero no podía amarla. Ya no tenía corazón.

Sorch se sonrojó un poco, pero afortunadamente, no pareció darse cuenta de la angustia de Alec mientras se separaba de sus brazos hacia sus compañeros de viaje.

—Después de verlo sufrir por Cait, creo que es la última persona que debe quejarse, mylord. Ahora, ¿dónde está mi valija de viaje verde?

—Debe estar en el coche de MacQuarrie —replicó Eynsford.

Sorch miró a ambos lados del camino.

—¿Están detrás o frente a nosotros?

—¿Eso qué importa? —preguntó el marqués.

—Porque —Sorch le dio una mirada al hombre como si fuese un imbécil, —tengo mis hierbas ahí. Un poco de jengibre ayudará a Cait a asentar el estómago.

—Jengibre es lo que necesito —Cait estuvo de acuerdo.

—¡Renshaw! —ladró Eynsford, vigilando el coche con un propósito nuevo.

–¿Sí, sir? –el cochero giró en la caja para responder a su empleador.

–¿El coche de MacQuarrie ya nos pasó?

–Aún no, sir.

–Muy bien –Eynsford regresó al pequeño grupo.

–¿Entonces por qué no esperamos por ellos aquí? Recogeremos tu pequeña valija y la mantendremos con nosotros en adelante. ¿Cómo suena eso?

Sorcha asintió en acuerdo.

–Perfecto, mi lord. Gracias.

–No es necesario agradecerme. Sólo ayúdala, muchacha.

–Puedo no ser tan buena como Elspeth en este tipo de cosas, pero soy mejor que Blaire o Rhiannon. Así que si no puede tener a él, es muy afortunado de tenerme a mí en este viaje.

Cait resopló.

–Prefiero tenerte a ti. Él no va a ninguna parte sin su perrito faldero.

Eynsford tosió con sorpresa.

–¡Caitie! –hizo señas hacia sí mismo, como recordándole que se había casado con un hombre de la misma casta que Ben Westfield.

–Nunca diría tal cosa de ti, mi amor. Pero Benjamín no puede dejar de enervarme con todo el revoloteo y la adoración y...

–Él ha mejorado mucho –comenzó Sorcha, –desde que Rose nació. Ahora, tiene dotes en el bebé como... –entonces, el rostro casi se tornó escarlata y le dio la espalda al grupo.

¿Qué era eso? ¿Por qué hablar de Ben y su hija causa tal reacción en Sorchas? Alec vio a Cait y a Eynsford, preguntándose si la respuesta de su prometida tenía sentido para alguno de ellos. Y fue ahí cuando lo supo.

Cait estaba esperando. Podía verlo en sus ojos más azules que el azul.

El mareo en el viaje. La vergüenza de Sorchas al mencionar un bebé. Un desliz, obviamente. Eynsford no parecía haberlo descubierto aún. Su preocupación por Cait bien pudo haber estado grabada en sus cejas por toda la atención que le prestó a las palabras de Sorchas.

Así que Cait iba a ser madre. ¿Tendría una pequeña bruja o una camada de lycans? Se dio cuenta que, realmente, no le molestaba ninguno de los casos. Si se hubiese enterado de esto un mes atrás, estaba seguro de que lo habría hundido en una espiral de autocompasión y rabia; ahora, simplemente estaba feliz por ella. Después de todo, esta vida aparentemente era lo que ella quería.

Alec siguió a Sorchas hacia una línea de árboles para estar más cerca del coche de Alec cuando se acercara. Le tocó el hombro y ella casi salta de su piel.

—Oh —giró y luego sonrió cuando vio que era él. —Pensé que eras Cait.

Alec rió.

—Nunca antes me habían confundido con ella.

La adorable nariz de Sorchas se frunció.

—Nay, sólo que estoy segura de que está furiosa conmigo.

Alec la tomó de la mano y la atrajo hacia sus brazos.

—Eynsford es denso, mujer. No se dio cuenta de lo que dijiste.

Sorchas quedó boquiabierta, y una chispa de remordimiento brilló en sus ojos por un instante.

—Quieres decir...

–Sólo era cuestión de tiempo, ¿no es así?

–Supongo –se veía tan angustiada, tan preocupada por él.

Alec la adoró más por eso, y presionó un beso sobre su frente.

–No hay razón para preocuparse por mí, Sorch. Te he dicho una y otra vez que he superado lo de Cait. Es verdad. No necesitas protegerme.

Sorcha deslizó las manos alrededor de su cintura, y luego puso la cabeza sobre su pecho.

–No puedes decirle a nadie o me hervirá en un caldero de aceite.

El temperamento de Cait era legendario, pero Alec dudaba que fuesen necesarios calderos de aceite en este caso.

–¿Por qué ella no quiere que él se entere? Estoy seguro que estará sobre las nubes.

–Quiere estar muy segura –dijo Sorcha contra su pecho. –Ella no puede ver su propio futuro, sabes.

–¿Era por eso que estaban discutiendo? –Alec levantó la barbilla de Sorcha, para verla a la cara. –¿Crees que debería decirle?

Tímidamente, Sorcha sacudió la cabeza.

–Estaba tratando de chantajearla. Le dije que mantendría el secreto si ella retenía al marqués, si ella solamente nos dejaba en paz y nos dejaba tomar nuestras propias decisiones.

Alec casi ruge de risa.

–¡Mi brujita conspiradora! –él pensó que ella había tomado el camino de la alta moralidad, queriendo mantener todo abierto y honesto, pero ella de hecho ¡estaba chantajeando a Cait! O tratando. Él se secó una lágrima de risa del ojo. Sorcha no tenía precio. –Oh, muchacha, haces la vida interesante.

Ella le frunció el ceño.

–¡No puedo creer que te estés riendo de mí, Alec MacQuarrie!

–No de ti, Sorch –corrigió, retomando el control de su levedad, –de la situación. Tú... –el sonido de un carruaje acercándose llamó la atención de Alec, y miró por encima del hombro de Sorch. –¡Ahí está mi coche!

Capítulo 20

Sorcha vio The Black Horse Inn desde la ventana y dio un suspiro de alivio. A Cait no le había ido particularmente bien, aún con el jengibre. Tan pronto como Sorcha se acomodara en una habitación, prepararía algo un poco más fuerte. Tanto para llegar a Edimburgh rápidamente. Tendrían suerte si llegaban allá en las fiestas de San Miguel a esta velocidad.

–Ya casi llegamos, Caitie –Eynsford la calmó, acariciando el brazo de su esposa.

–Lo siento tanto –balbuceó Cait mientras el coche se detenía.

–No es tu culpa –Sorcha sonrió a su amiga. –Tan pronto como pueda prepararte un té especial, te sentirás mejor que nunca.

Eynsford resopló.

–No para mí. Hice un voto a mí mismo de que nunca bebería un té ofrecido por una bruja, al menos no mientras esté de viaje.

Aún en su frágil estado, Cait lo golpeó en el estómago con el codo.

–No puedo creer que puedas bromear en momentos como este.

–Lo siento, ángel. Sólo quería romper la tensión –Eynsford abrió la puerta del coche, salió, y luego levantó a Cait en sus brazos.

Ni Sorcha ni Alec se habían movido para bajar del transporte, aún no, al menos. Alec rió para sí.

–El hombre es realmente denso. ¿Cómo no puede darse cuenta de lo que ocurre con ella?

Sorcha se encogió de hombros.

–Más preocupado que suspicaz, supongo.

–Bueno, supongo que debemos llevarte a tu habitación para que puedas preparar este té mágico –descendió del carruaje y le ofreció el brazo.

Una sonrisa se asomó en las esquinas de la boca de ella.

–¿Me vas a acompañar a mi habitación? –dio un paso adelante, puso una mano sobre su pecho y, luego, batió las pestañas en lo que esperaba que fuese un movimiento seductor.

Él se inclinó un poco para decir muy quieto en su oreja:

–No veo revoloteando a ningún lycan tratando de detenerme, ¿y tú?

–Eynsford está revoloteando alrededor de Cait en este momento –Sorcha miró furtivamente alrededor del patio. –¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

–No me tomará mucho –pensó haberle oído murmurar.

–¿Qué dijiste?

–Dije que podemos tener todo el tiempo que requiera hacer el té, asumo –aclaró él.

Ella entrecerró los ojos. Eso no era lo que había dicho. Pero lo dejaría así.

Cuando entraron al hotel, encontraron que el marques ya había asegurado las habitaciones para ellos. La de ella estaba justamente al lado de Eynsford y Cait. Y la de Alec estaba al otro lado del establecimiento.

–Perro entrometido –murmuró Alec.

Sorcha no pudo evitar reír. Alec revisó su bolsillo y le pasó una moneda al hospedero.

–Mi esposa quisiera un poco de té, pero prefiere preparárselo ella misma. ¿Podría hacerme el favor de enviarme lo que necesite a mi recámara?

–Su esposa, ¿eh? –el hospedero asintió dramáticamente y les hizo un guiño. Alec no pareció complacido, sin embargo, y algo en su expresión debió haber preocupado al torpe anciano.

–Mis disculpas, sir. Me ocuparé de ello inmediatamente para usted y su esposa. Será un placer.

No, sería un placer para Alec, tan pronto como tenga a Sorch a solas en su recámara. Pero el hospedero no necesitaba saber eso. La apresuró escaleras arriba tan pronto como pudo escapar. El delicado vaivén de sus caderas mientras subía las escaleras frente a él, casi le hace la boca agua. La deseaba como nunca antes lo había hecho. Como un hombre que se ahoga ansía un respiro. Como un hombre hambriento desea una comida.

La idea de una cena le había hecho descender los colmillos antes de que Sorch siquiera entrara a la habitación.

Sorch conversaba sobre algo. No estaba seguro qué era, pero debe haber asentido en los momentos adecuados porque seguía hablando. No se detuvo hasta que finalmente entró a la estancia de su recámara y él cerró la puerta tras ellos.

–¿Estás bien? –preguntó, su rostro se veía preocupado.

–Ahora lo estoy –respondió mientras le tomaba el brazo, la atrajo hacia él, y junto su boca con la de ella. Ella no se trató de alejarse. No se apenó. De hecho, recompensó su comportamiento poniéndose de puntillas y presionando más fuerte sus labios. –Sorch –gimió.

Él tendría que calmarse o arriesgarse a asustar a la pequeña inocente.

Él enredó los dedos en su cabello sobre la sien y muy gentilmente la acarició. Ella se presionaba más contra su mano.

Después de un momento, abrió los ojos. Y se agrandaron como platos.

—¿Por qué no me dijiste? —las cejas se juntaron en consternación.

Él no tenía idea de lo que había hecho.

—¿Decirte qué?

—Que estabas hambriento —le informó mientras dirigía la mirada a su boca. Por supuesto, ella vio los colmillos.

—Siempre estoy hambriento de ti —admitió él. —¿Tengo que decírtelo todo el tiempo? —atrajo sus caderas más cerca de él. —¿No puedo simplemente mostrártelo? —sus labios se acercaron a un lado de su cuello. Estaba tibia bajo sus labios, el pulso palpitando bajo la delicada piel de su garganta. El latido, latido, latido de su corazón casi lo agobiaba, y sus dientes dolían con la cadencia del ritmo de su fuerza vital.

Sorcha le dio un leve empujón contra el pecho. Él lo ignoró.

—Alec —protestó, golpeándolo un poco más fuerte.

El levantó la cabeza y la miró. Ella no era indiferente a sus besos. Pero obviamente había algo más en su mente. Le dio la espalda y se pasó el cabello sobre el hombro.

—Ayúdame a salir de este vestido, ¿sí?

Alec no necesitaba que se lo pidiera dos veces. La había desatado antes de que pudiera inhalar y luego tiró del vestido igual de rápido. Cuando se paró frente a él usando sólo la camisa, él dio un paso atrás para mirarla.

—Dios, eres hermosa —susurró.

—¿Dónde me quieres? —preguntó, con voz concisa y cortante.

¿La había enojado? Por supuesto que sí. Estaba actuando como un impúber. No podía mantener las manos lejos de ella. Alec le dio la espalda y se pasó la mano por la cara.

Tal vez si no la veía, el dolor pasaría un poco.

–Deberíamos llevarte a tu propia recámara –dijo en voz baja, sin siquiera mirarla.

–Sobre tu cadáver –dijo ella. Él miró por sobre su hombro para encontrarla apuntándolo con el dedo índice. –Alec MacQuarrie, tú me *tomarás*. Y me tomarás *ahora*.

–¿Lo haré? –esto era endemoniadamente confuso.

–No te dejaré estar hambriento. No cuando puedo llenar esa necesidad en ti –dio un paso adelante y pasó una mano por su espalda. –Y *quiero* llenar esa necesidad para ti.

¿Ella pensó que él estaba hambriento por su sangre? Querido Dios, lo estaba. Pero eso no era nada comparado con su deseo de volverse uno con ella.

–Sorcha, no estoy preocupado por comer –dijo mientras se volvía hacia ella.

–Tienes que comer –apuntó hacia su boca. –Tus colmillos me indican que tienes hambre.

Alec trató de cubrirlos.

–Mis colmillos hacen eso en los momentos más extraños. No sólo cuando necesito *comida*.

–¿Quieres decir que no estás hambriento? –estaba comenzando a lucir un poco fastidiada, ahí de pie en camisa y medias. Cruzó los brazos bajo sus deliciosos pechos.

Él *estaba* hambriento, la verdad sea dicha. Pero estaba a un segundo de distancia en la carrera por entrar en su cuerpo. Se encogió de hombros.

–Puede esperar –avanzó hacia ella.

Ella levantó una mano y lo detuvo.

–Nay –exclamó.

–¿Nay? –probablemente sonaba como un loro loco. Pero sus dientes le dolían tanto como su hombría. Su mente estaba por su cuenta.

–Nay –dijo nuevamente, mientras caminaba lentamente hacia él y ponía una mano en el centro de su pecho. Luego, lo empujó. Él le permitió que lo impulsara un paso atrás.

–Sorcha, lo siento –comenzó. Por el amor de Dios, iba a casarse con esta chica. Iba a estar con ella para siempre. O al menos mientras ella viviera. Y estaba tratándola como una muchacha de taberna común.

Ella lo empujó otra vez. Esta vez, la parte trasera de sus rodillas golpearon el borde de una silla de respaldo alto.

–Siéntate, –le ordenó.

–No estoy entrenado para sentarme y quedarme, Sorch –remarcó de manera juguetona.

–Siéntate, ¿por favor? –intentó de nuevo. Sus preciosas pestañas se movían como abanicos mientras le sonreía.

Alec cayó bajo su hechizo completamente, y se sentó como el perro mejor entrenado. La tomó por las caderas y la acercó más a él. Luego, ella colocó las manos sobre su pecho y se adelantó para sentarse a horcajadas sobre el regazo de él.

–¿Qué estás haciendo? –dijo.

–Tratando de que no puedas escaparte –dijo Sorcha en voz baja, mientras se deslizaba más cerca de él. Instintivamente, él puso las manos sobre su trasero, acercándola a él. Ella se sorprendió con el movimiento brusco.

–Lo siento –murmuró, pero no podía evitar que los dedos soltaran sus nalgas.

–Sé que *podrías* forzarme en tu regazo, en cualquier momento, Alec –susurró, de sus labios sólo salía un aliento. –Pero también estoy consciente de que no lo harás.

No había nada más que sus pantalones entre su hombría y su suavidad. Sorchá agitó las nalgas sobre su regazo, tratando de acercarse un poco.

–Calma, muchacha –advirtió.

–Lo siento –dijo ella riendo. –Esto es bastante escandaloso, ¿no es así? –preguntó. El corazón palpitaba como loco.

–Perfectamente escandaloso –afirmó él. Ella estaba casi desnuda sobre sus piernas. Maldición, cómo la deseaba.

Sorchá levantó su delicada muñeca cerca de su cara y la giró hacia él.

–¿Me quieres aquí? –preguntó.

Frunció su adorable nariz. Él tomó su muñeca entre las manos y se la acercó a la nariz. La esencia de flores de manzano de allá, combinada con la noción de que esas delicadas venas azules palpitaban justo debajo de la superficie, casi lo hace desgraciarse a sí mismo en los pantalones.

–Algo me dice que te parecerá mal si bebo de ahí –dijo. No tenía idea de por qué lo haría. Pero, obviamente, ella tenía unas nociones preconcebidas.

–No es donde Blodswell tomó a Rhiannon –ante la expresión pasmada de Alec, ella aclaró, –Vi las marcas cuando la ayudé a arreglarse el cabello para la boda.

Alec removió el cabello de Sorchá de sus hombros y tiró de la camisa hasta que se salió del hombro. Esas pecas le guiñaban y sabían tan magníficas como él pensaba, como primavera y Escocia, todo en uno.

Presionó los labios donde el cuello se unía con el hombro.

–¿La tomó aquí? –susurró.

–Sí –le respondió, también en susurros. –Justo ahí –chilló mientras él le mordisqueaba los pezones, muy gentilmente.

–Hay otros lugares donde podría tomarte –le informó en voz muy baja, pero continuó el asalto sobre esa piel tan sensible. La tibia esencia de flores de manzano lo estaba volviendo loco.

–¿Cómo cuáles? –gimió.

Él alcanzó su rodilla con la mano y la deslizó hasta casi encontrar su ardor.

–Como este –dijo, tocando con los dedos el pulso que latía en su entrepierna.

–¿Tienes que poner la cabeza ahí abajo? –se veía sorprendida con la idea.

–Te encantará –rió. Luego, elevó la mano para tocarla en el centro.

–¡Alec! No podemos hacer eso. No ahora –lo reprendió.

–Estás cenando –le recordó.

–Sí, estoy. Y no puedo esperar –murmuró sobre su hombro. Pero no removió la mano; de hecho, usó el dedo índice para intensificar el deseo, para palpar el pequeño bulto que sabía la enviaría sobre el precipicio.

–Alec –chilló, mientras enterraba la cara en su cuello, volteando la cabeza de manera que su cuello quedó completamente expuesto. Comenzó a mover las caderas sobre él, y la fricción entre sus pantalones y su hombría era casi dolorosa. Alec metió la mano, se liberó de sus limitaciones y luego la acercó más, para que ella quedara en el borde de él. La humedad de su deseo lo inundaría y casi explotó.

Alec estaba concentrado en complacerla, en lugar de saciar su propio deseo. Ya había pasado, por mucho, el punto donde podía parar.

Ella sería suya en pocos momentos, y eso parecía ser lo que ella quería.

–¿Estás segura de que quieres usar mi marca? –gruñó, con los labios muy cerca de su cuello, los dientes suspendidos y listos.

Ella meció las caderas contra su mano, dejó salir un pequeño maullido, y empujó la parte de atrás de su cabeza. Alec le frotó la piel con sus colmillos, permitiéndole rasgar sobre la delicada carne y la tocaba más y más arriba.

Cuando ella chilló, él perforó la tierna piel de su garganta.

La pasión de Sorcha era como nada que alguna vez hubiese probado.

Ella montaba sobre las olas de la satisfacción, dándole placer a él mientras tomaba la suya, a cambio. Las manos se deslizaban por todo su cuerpo mientras lo empujaba más cerca de ella. Si él pudiese internarla en su propio cuerpo, lo haría. Succionó su delicada fuerza vital, tomándola dentro de sí, en su vida, en su propio ser, y ella vino deseosa.

Y luego, él hizo lo mismo. Ni siquiera podía controlarlo.

Cuando ella encontró acabar, él consiguió hacerlo también, derramando su semilla entre sus piernas. Gruñó ruidosamente y la bebió, tomando en cada gemido final.

Finalmente, cuando colapsó sobre él con la cabeza sobre su hombro, él se forzó a extraer los colmillos y lamer las heridas que había hecho para cerrarlas.

—Ahora eres mía —exclamó mientras le recorría la espalda con las manos. Nunca antes se había sentido así. Nunca había querido sostener y abrazar a una muchacha después de compartir el placer. Pero esta era Sorcha. *Su* Sorcha.

—Soy tuya —le respondió en un susurro. —Pero, ¿qué pasó contigo? No tuviste oportunidad de... —su voz se fue apagando mientras un rubor de vergüenza fue fluyendo por su cuello.

—Lo hice —admitió él. Cuando él la deslizó hacia delante, ella debió haber sentido la humedad pegajosa entre ellos porque rió. —Y si le dices a una sola de tus hermanas que no pude ni esperar a estar dentro de ti, no estaré muy contento.

—Bastante deshonroso, ¿no es cierto? —preguntó ella.

—¿Bastante deshonroso que no estaba dentro de ti cuando hice eso?

Está bien, su orgullo estaba un poco ardido. Bien pudo haber tenido 16 años otra vez.

–No, bastante deshonroso que yo lo haya disfrutado tanto. Nunca me imaginé...

–Tampoco yo, muchacha –admitió.

Un fuerte golpe sonó en la puerta.

Capítulo 21

Sorcha se sorprendió y saltó de las piernas de Alec cuando el toque sonó otra vez, un poco más insistente esta vez. Ella miró hacia abajo y se dio cuenta de que no podría abrir la puerta. No vestida tan ligeramente.

Alec frunció el ceño mientras se levantaba de la silla y se abotonaba los pantalones.

–Maldito lycan –gruñó entre dientes.

¿Era Eynsford? Sorcha casi chilló de angustia.

No podían dejar que el marqués los encontrara así.

–¡Alec! –siseó cuando él se dirigió a la puerta.

Con una mirada de disgusto, se encogió de hombros.

–Todo estará bien, mujer –luego, abrió la puerta un poco. –¿No tienes una esposa que cuidar?

Aunque Sorcha no podía ver a Lord Eynsford desde donde se encontraba en la esquina de la recámara, podía oírlo gruñir.

–Ciertamente, no pierdes tiempo, ¿o sí?

–Es por la esencia.

El marqués rezongó una advertencia.

–Intercepté a una mucama de la taberna con una bandeja de té. No sé por qué fue instruida para traer los utensilios aquí, así que la redirigí a la habitación de *Mrs.* MacQuarrie en su lugar.

¡Oh! ¡El té de Cait!

–Estaré ahí en un minuto –exclamó Sorchá mientras recuperaba su vestido de una silla cercana. –Necesitaré mis hierbas y semillas.

–Y un baño –añadió Alec. –Cómo has tomado el rol de un lacayo, Eynsford, ¿serías tan amable de ordenar un baño para *Mrs.* MacQuarrie también?

De hecho, el baño ya había sido ordenado. Sorchá pasó el vestido por encima de su cabeza.

–Por favor, mi lord, si no le importa. Eso sería maravilloso.

–Sólo vivo para servir, muchacha –el sarcasmo de Eynsford podía ser detectado aún a través de la puerta. Luego, resopló. –Hueles como si también necesitaras un baño, MacQuarrie.

–Entonces, siéntete libre de ordenar uno para mí también. Sólo asegúrate de que preparen el de Sorchá primero, ¿sí?

–Tan pronto prepare el té de Cait.

Sorchá se colocó las pantuflas nuevamente y se dirigió a la puerta, aunque Alec aún estaba parado ahí, bloqueando la vista de Eynsford. Ella le puso una mano en la espalda, y él la miró por encima del hombro.

–Estoy lista.

–Estará ahí en un momento –Alec cerró la puerta, se volvió y la miró de arriba abajo una vez más. –El vestido está a punto de caerse, Sorchá. Déjame abotonarte.

–¿Por qué dijo que hueles como si necesitaras un baño? –inhaló profundamente. –Para mí, hueles bien –levantó el cabello de los hombros para que Alec tuviera mejor acceso a los botones.

–Ese hocico suyo es demasiado sensible. No puede evitar ser una bestia –bromeó Alec. Un momento después, le besó la mejilla y dio un paso atrás.

–Si necesitas ayuda para desabotonarlos para tu baño, envía por mí.

Sorcha giró los ojos.

–Eres incorregible.

–Uno de mis mejores rasgos –acordó, aunque lucía un poco más serio de lo que ella hubiese esperado.

–¿Estás bien? ¿Aún estás hambriento? Puedo...

Finalmente, una sonrisa apareció en su rostro.

–Sobreviviré por el momento, mujer. Ve a embrujar ese té para Cait o nunca nos libraremos del perro gigante.

Sorcha se puso de puntillas para poner un beso en su barbilla.

–Sé amable con él. Todos necesitamos llevarnos bien.

–¿Armonía? –preguntó él, levantando una ceja.

–Exactamente –accedió, asintiendo la cabeza. –Mamá y Fiona Macleod tenían problemas y, debido a eso, las cosas fueron miserables para todos los demás durante mucho tiempo. Hemos sido muy afortunadas con nuestra generación, y yo no quiero ser quien arruine todo.

–Trataré de ser amable con él, pero sólo por ti.

Sólo por ella. Qué cosa tan dulce. El corazón de Sorcha latió en su pecho. Qué maravilloso era el hombre con quien estaba destinada a casarse. Cait debió haber estado exagerando cuando dijo que tenían obstáculos que superar. Sorcha no podía ni imaginarse no estar en armonía con Alec. Él era perfecto. O lo sería una vez que su corazón comenzara a latir otra vez.

Ella le sonrió una vez más y luego, salió al minúsculo pasillo para encontrar al marqués esperando por ella aún. *¡Recórcholis!*

Creyó que él había regresado con Cait porque no había emitido ningún sonido.

–¿Va a escoltarme a mi recámara?

Eynsford le guiñó un ojo, y ella pudo distinguir aún al hombre de corazón cálido que había conocido hacía meses, el que se enamoró desesperadamente de Cait desde el momento que puso sus ojos sobre ella.

–Será mi honor, Mrs. MacQuarrie.

Tomó el brazo ofrecido por el marqués y le permitió dirigirla hacia la recámara.

–Supongo que me tomará un poco de tiempo acostumbrarme a ese nombre –dijo ella, casualmente.

–Te deseo suerte con eso, muchacha –se detuvo frente a la habitación, tomó la llave de su bolsillo, y rápidamente abrió la puerta. –Cait está durmiendo. ¿Cuánto tiempo tardará tu cura?

No había *cura* para el embarazo, diferente al parto, pero Sorchia podía ayudar a hacerle el viaje más cómodo a su amiga.

–Como diez minutos, mi lord. Pero ella necesitará beberlo todo y más en la mañana.

La mirada de preocupación que el marqués había tenido todo el día se instaló en su rostro una vez más.

–¿Sabes qué le sucede?

Sorchia se encogió de hombros. ¿Por qué Cait no estaba despierta para responder sus preguntas? Sorchia estaba segura de que, de alguna manera, cometería un error.

–Sólo un poco de mareo por el viaje.

–He viajado con ella la distancia de Bretaña más de una vez. Nunca la había visto así.

Condenada sea Cait por no decirle la verdad. Sorchia no quería ver al marqués sufriendo innecesariamente. Tan pronto como Cait despertara, Sorchia le demandaría a su amiga que le dijera a Eynsford la verdad, o lo que ella sospechaba que era.

–Sólo permítame tener el té listo, mi lord, y partiremos de ahí, ¿está bien?

Él asintió y luego dijo en voz baja:

–Siempre fuiste mi favorita de todas, sabes.

Sorcha se quedó boquiabierta.

–¿Disculpa?

Tímidamente, él sonrió.

–Fuiste la única en aceptarme desde el principio. Fuiste la primera en darnos tu apoyo. Nunca me golpeaste con un rayo o nada parecido. Eres la dulzura personificada, Sorcha.

Ella no tenía idea de que él se sintiera así.

–Gracias, mi lord.

–Y por lo que sé, fuiste igual con Westfield y Kettering y mis inmerecidos hermanos. Aceptación ciega.

Sorcha no podría ponerlo de esa manera, realmente. ¿Y por qué pensaba él que sus hermanos era inmerecidos?

–Sólo ten cuidado, muchacha –el marqués continuó mientras los ojos vagaban por el cuello de Sorcha. –Sé que tu destino está en cierto curso ahora, pero odiaría verte perder la dulzura de tu naturaleza. No *toda* entidad es digna de tu aceptación.

Queriendo decir Alec. Él no tenía que decirlo; lo que Eynsford había querido decir estaba claro. Pero ella conocía a Alec de toda la vida, y le confiaba su corazón, su cuerpo y su futuro.

Ella no quería tener esa conversación en particular con el marqués, no obstante, y ciertamente no en el pasillo de The Black Horse Inn. Así que simplemente asintió.

Sorcha entró a su recámara para encontrar la bandeja con un par de tazas y una tetera humeante puesta sobre una mesa cerca de su cama. Por suerte, todas sus

valijas y neceseres que contenían sus hierbas, flores y semillas estaban ahí, esperando por ella también.

Rápidamente, se puso a trabajar y removió la tapa de la tetera. A corto plazo, añadió una generosa dosis de camomila y otra pizca de jengibre por añadidura.

Luego, recuperó una pequeña semilla de linaza y se la puso en la palma de la mano e hizo un puño. Sorch a imaginó a Cait sonriendo, saludable y feliz con el color correcto en su rostro.

Sorch a abrió el puño, tocó la semilla con la punta del dedo índice y no pudo evitar sonreír cuando se volvió polvo en su mano. Luego, añadió el polvo a la tetera y respiró el suave aroma de la camomila. Cait se sentiría bien en poco tiempo.

Cuando Sorch a estaba a punto de abrir la puerta para informar a Eynsford que el té estaba listo, encontró a su mucama Maggie, en el pasillo con la expresión de confusión más grande.

—Oh, ahí está, señorita. El hospedero está haciendo que suban una bañera para Mrs. MacQuarrie. Creo que él piensa que esa es usted, Miss Ferguson.

Sorch a se mordió el diente inferior. Supuso que alguien debía decirle a su pobre criada qué estaba pasando. O parte de ello, al menos.

—Maggie, yo soy Mrs. MacQuarrie —qué extraño se sentía decir esas palabras en voz alta. Al ver la mirada de sorpresa de su sirvienta, Sorch a se apresuró a explicar, —Quiero decir, lo seré tan pronto lleguemos a casa y hablemos con papá.

—¡Oh! Qué maravillosa noticia —la mucama sonrió, pero luego su rostro se opacó. —Pero el hospedero dijo...

¿Cómo iba a explicar esto para que Maggie entendiese pero no pensara mal de ella al mismo tiempo?

—El hospedero debe haber entendido mal, pero tratar de explicarle ahora sólo lo hará más confuso. ¿Dijiste que están subiendo un baño?

—Aye, señorita.

–Maravilloso –Sorcha sonrió a su mucama. –Estoy cubierta de polvo de camino. Necesito darle una ojeada a Lady Eynsford y luego regresaré para mi baño. ¿Me ayudarías con la bandeja?

Señaló a una mesa junto a la cama.

Maggie hizo una reverencia y, luego, cruzó rápidamente la habitación para tomar la bandeja del té. Sorcha salió al pasillo y tocó la puerta de Cait y Eynsford.

–Aún está durmiendo –el marqués dijo suavemente mientras abría la puerta.

–Bueno, necesitará estar despierta para beber mi preparado especial.

Sorcha le hizo señas a su criada unos pasos detrás de ella.

Eynsford rápidamente las hizo entrar a la estancia.

–Gracias, muchacha.

–Esto debería funcionar de maravilla –prometió Sorcha mientras la mucama depositaba la bandeja sobre una mesa cerca de la única ventana de la habitación. – Gracias, Maggie. Regresaré a mi recámara en solo un momento.

Tan pronto como la mucama partió, la atención de Sorcha regresó al marqués.

–Debería salir también, mi lord. La despertaré y me aseguraré de que se beba el té inmediatamente.

Una serie de expresiones se reflejaron en el rostro del pobre hombre. Parecía completamente perdido, sin saber qué hacer por Cait.

–Pero...

Sorcha tenía algunas cosas que decirle a su amiga que no quería que el marqués escuchara.

–¿Por qué no sale a dar un breve paseo y estira las piernas? Ha estado todo doblado dentro de ese coche por bastante tiempo. Sus piernas deben estar tan ardidas como las mías.

Él frunció el ceño.

–Lugares como éstos la incomodan. Todas estas personas extrañas. Si no estoy aquí para mantener las imágenes alejadas, cada futuro de cada persona dentro de este hotel comenzará a invadir sus pensamientos. Es casi doloroso para ella. Cuando la toco se aclara su mente.

Lo cual Sorch ya sabía, por supuesto. Aun así si Cait tenía razón sobre su condición, entonces un pedazo de Eynsford ya estaba con Cait y las imágenes inoportunas se mantendrían lejos de la vidente. Sin embargo, Sorch no podía decirle eso al marqués, debido a que había dado su palabra ese mismo día.

–Necesito tener toda la atención de Cait para que el té haga efecto, mi lord. Sólo por unos minutos.

Él mismo lucía casi dolorido cuando accedió y, en silencio, dejó la habitación.

Sorcha removió los rizos rubios del rostro de Cait.

–Caitrin, necesitas despertar –comenzó tiernamente.

Cait gruñó y abrió sus ojos azules.

–¿Sorch?

–Hmm –Sorch se levantó de la cama de Cait a servir una taza del té especial. – Quiero que bebas esto.

Cait se levantó apoyándose sobre los codos y luego se sentó.

–Me siento horrible.

Sorch puso la taza entre las manos de Cait.

–No eres la única. Tu pobre esposo está casi fuera de sí de la preocupación. Tienes que decirle, Cait.

Pero su amiga sacudió la cabeza tercamente, como sólo Cait podía.

–No hasta que tenga la certeza.

Pero ella tenía la certeza, sólo que no se había dado cuenta.

–Caitrin, estás en The Black Horse Inn. ¿Estás plagada con algún futuro indeseado?

Cait pestañeó como si se hubiese acabado de dar cuenta de que no la estaban molestando las horribles imágenes.

–Nay –susurró.

–Mis pensamientos son propios.

–Es porque estás esperando un hijo, Cait. Estás esperando un hijo de *Eynsford*. No necesita tocarte para evitar que te inunden los futuros porque ya está dentro de ti –la sonrisa más feliz que Sorch había visto agració la cara de Cait. –Aye, eso tiene sentido.

Sorcha se sentó en la cama junto a su amiga y le estrechó la mano.

–Por favor, dile a tu esposo. El hombre es positivamente miserable.

Cait asintió la cabeza, pero luego la sacudió en el último momento.

–Pero, Alec... Tenemos un largo viaje por delante, Sorch. No quiero hacerlo más difícil.

–Alec ya lo sabe.

Cait casi derrama su té.

–¿Le dijiste? Prometiste que mantendrías el pico cerrado –golpeó el brazo de Sorch y, de alguna manera, se las arregló para no volcar la taza de té.

–No se lo dije. Él es un hombre astuto –Sorcha se frotó brazo lastimado. –Y no me golpees, Cait.

Cait elevó la taza hasta sus labios e inhaló.

–¿Linaza? –frunció la nariz como una niña melindrosa.

¡Recórcholis! SORCHA exhaló un suspiro de impaciencia.

–Bebe el endemoniado té, Cait. Te ayudará a sentirte mejor.

–¿Linaza? –se quejó Cait.

–Fue sólo *una* semilla minúscula –SORCHA le dio unos golpecitos al fondo de la taza, en silencio, animando a Cait a beber. –Si no te importa, me gustaría curar tu malestar de viaje para que podamos llegar a Edimburgh.

–Alguien está ansiosa por casarse –dijo Cait con un suave silbido sarcástico y un guiño. Luego, bajó la mirada al cuello de SORCHA. Se acomodó mejor sobre sus rodillas para observar mejor. –SORCHA, ¿qué es eso? –chilló mientras extendía la mano hacia la herida de la mordida de SORCHA.

SORCHA la cubrió con la palma de la mano. Si el marqués no hubiese sido tan persistente, habría tenido tiempo de cubrirla.

–No es nada –bromeó, y se levantó para pararse al otro lado de la habitación.

–¿Qué no es nada, SORCH? –clamó Cait mientras tomaba la mano de SORCHA y la regresó a la cama. –Déjame ver esa cosa –ordenó.

–Realmente, no es nada de tu incumbencia, Cait –dijo SORCHA, mientras sentía el calor de la vergüenza y la ira subiendo por su rostro.

–Él te mordió, ¿no es así? –Cait se reclinó de la cabecera con una sonrisa sapiente.

–Si debes saberlo –respondió SORCHA calurosa, –lo hizo.

–¿Y cómo fue? –Cait casi vibraba con algo que SORCHA no entendía.

SORCHA tomó un profundo respiro.

–Cait, sé que no entenderás esto pero tú tienes relaciones normales con Eynsford. Pero, por favor, trata de no juzgar.

–¿Juzgar? –exclamó Cait, luciendo muy divertida. Luego, tiró del collar de su propio vestido y le mostró a Sorchla la marca en la base del cuello. –Soy la última persona que puede juzgarte, Sorch –rió.

–¿También tienes una mordida de vampiro? –ciertamente, Alec no había... –*¡Recórcholis*, no! Dash lo hizo –lucía supremamente complacida por el hecho. –Es su marca. Me gusta –se encogió de hombros. –He querido contarte todo desde hace tanto tiempo –Cait se veía como si fuese bailar alrededor de la habitación en cualquier momento. –Ahora que has tenido relaciones con Alec, podemos hablar sobre todo.

Sorchla resopló y se puso de pie.

–Yo no he tenido relaciones con Alec –lo pensó por un momento. –Bueno, no completamente. No que yo sepa –luego, levantó una mano para detener todas las preguntas pendientes de Cait. –Estoy muy segura de que hay mucho más de lo que experimenté –luego, en voz baja, murmuró, –Al menos, eso espero. Es demasiado escandaloso, ¿no es así? –hizo una mueca con esto último.

–Dash también me mordió antes de casarse conmigo.

–Cuéntame más –saltó Sorchla.

–Me mordió la noche que me conoció. Después de sólo unos momentos. Luego, quedó irrevocablemente atado a mí.

–Pobre hombre –bromeó Sorchla. –Ni siquiera lo vio venir.

–Yo tampoco lo vi venir a él –se lamentó Cait. –¿No es maravilloso? –se puso seria un poco. –¿Cómo fue? –hizo señas hacia el cuello de Sorchla.

–Increíble –rió Sorchla.

–La mía es sólo una marca. Una manera de solidificar nuestra unión. La tuya es más que eso –dijo muy bajo. –¿Bebió de tu sangre?

Sorchla gruñó.

–No juzgues, Cait. ¿Por favor?

–¿Fue tan maravilloso como dice Rhiannon? ¿Pudiste sentir lo que había dentro de él? ¿Pudiste sentir su amor por ti? –Cait le recordaba a una niña esperando su regalo de cumpleaños, toda el ansia exuberante y la expectación.

–Fue maravilloso –pero ella no había sentido el amor de él.

Sintió su pasión. Y su pena. Y su dolor. Y todo la había abrumado al mismo tiempo. Su placer había tomado la delantera. Pero no había sentido amor. Ahora que lo pensaba, no lo había sentido en absoluto. Ella siempre había asumido que el amor la inundaría como un raudal. Como una canción fuerte en una ópera. Como el viento de Rhiannon cuando estaba enojada. Como... nada de lo que sintió en Alec.

–¿Por qué tan triste de repente? –preguntó Cait, obviamente, más alarmada por la introspección de Sorch.

–No pude sentir su amor por mí porque él no me ama –probablemente, Sorch no debió haber dicho eso en voz alta, y ciertamente, no a la mujer que Alec *había* amado siempre, pero era demasiado tarde para retirar las palabras una vez que habían salido de su boca.

El rostro de Cait se entristeció y tomó la mano de Sorch.

–Estoy segura...

–Basta, Caitrin –Sorch se removió de su lugar. –Yo, um, tengo un baño esperando por mí.

–Pero, Sorch...

–Sólo bebe tu té, Cait –Sorch voló de la habitación tan rápido como pudo, antes de que Cait pudiera ver las lágrimas que habían empezado a rellenar sus ojos.

Capítulo 22

Alec vio una ráfaga de faldas precipitarse de la recámara de Eynsford a la de Sorch. Luego, una puerta se cerró de un golpe.

¿Qué diablos? Si ese lycan había lastimado a Sorch, no viviría para ver la próxima luna llena. Alec marchó por el corredor, pero antes de que pudiera tocar siquiera, lo detuvo un suave sollozo desde adentro.

–Sorch –llamó a través de la puerta. –¿Qué ocurre, muchacha?

El sollozo se detuvo con un resuello abrupto. Un segundo después, dijo con alegría fingida:

–Nada.

Pero *nada* no la habría hecho correr a su habitación como si el diablo la estuviese persiguiendo. Y *nada* no la haría llorar así.

–Sorch, dime qué sucedió.

Ni un sonido salió de la recámara.

¡Maldita sea! ¿Qué diablos había pasado? Ella estaba perfectamente bien cuando dejó sus brazos. Obviamente, algo había ocurrido desde su interludio. Sorch era tan dulce y compasiva en exceso. Alec se exprimió el cerebro, buscando una respuesta.

–¿Algo pasó con el té? ¿Cait está bien?

–Por favor, Alec, sólo vete –suplicó Sorch, su voz sonaba constreñida y angustiada.

Al diablo. Alec no se movería de ese lugar ni por toda la sangre de Londres.

–Sorcha, abre la puerta.

Otro sollozo, y Alec sintió un dolor en el pecho. Lo frotó ausentemente. En realidad, no necesitaba que ella abriera la puerta, no con su fuerza. Podía reducir la puerta a una pila de astillas con un golpe bien dirigido. Alec levantó el brazo...

–A mí me parece –la arrogante voz de Eynsford vino de las escaleras, –que la muchacha quisiera un poco de tiempo para ella misma, MacQuarrie. ¿No puedes captar una pista?

¡Maldito Eynsford! Alec vio por encima del hombro mientras el lycan subía el último escalón.

–Ocúpate de tus propios asuntos.

El lycan de cabellos dorados se dirigió hacia Alec, sus ojos ámbar estaban llenos de furia.

–Ya te había dicho que vigilaré por los intereses de Sorcha.

–Ya no necesitas hacerlo –Alec vio a quien fue su rival alguna vez.

–Ella es mi prometida, sus intereses son míos, Eynsford. Ahora, sé un buen perro y ve a echarte fuera de mi camino.

El lycan resopló como un lobo indignado.

–No me importa –dijo tan bajo que nadie más que ellos dos podría oír sus palabras, –que ella use tu marca. Y no me importa cuántas de ellas use. Y mientras ella recupera el sentido común en lo que se refiere a ti, haré todo lo que esté en mi poder para quitártela de las manos.

¿No era suficiente que ya el inglés le hubiese robado una mujer a Alec? Ciertamente, él no pensaba que pudiera quitarle a Sorcha también. Ella era un rayo de sol y felicidad y todo lo que lo que quedaba del alma de Alec necesitaba. La simple idea de perderla lo hizo enfurecer.

–Tal vez deba recordarte lo que mi clase es capaz. Sorchas es *mía* ahora y para siempre. Si haces un movimiento por alejarla de mí, tu esposa tendrá que usar luto en un abrir y cerrar de ojos. El negro no es el color de Cait. Estaría muy molesta conmigo.

–¿Amenazas otra vez, MacQuarrie? ¿No te cansas de hacerlas?

Difícilmente, en lo que concierne a Eynsford.

–Deja a mi prometida en paz, a menos que quieras averiguar si las amenazas son vacías o no.

–¡Dash! –la voz de Cait se filtró en el pasillo. –¿Eres tú?

Eynsford dirigió los ojos a la puerta de su habitación.

–Sí, mujer, ya voy –luego, regresó a Alec. –Se supone que debemos tratar de llevarnos bien.

Alec aún no le había arrancado la cabeza de los hombros al lycan. En lo que a él le concernía, *estaba* tratando de llevarse bien con su viejo enemigo.

–Me parece que tu esposa te espera. Considerando el color que tenía en el carruaje, yo me apresuraría a estar con ella, si fuera tú.

Eynsford le dio a Alec una mirada feroz antes de girar la manilla de la puerta y escapar dentro de la recámara, presumiblemente a la cama de su esposa.

La atención de Alec regresó a la puerta de Sorchas y golpeó suavemente.

–Sorchas, déjame entrar.

Pareció una eternidad antes de que respondiera:

–No deseo compañía en este momento, Alec. Por favor, déjame sola.

Bueno, él no iba a forzarla. Alec inclinó la cabeza contra la puerta, extrañando la chispa que había en su voz normalmente. ¿Cómo habían cambiado las cosas de una bendición a... *esto* en tan corto tiempo? De alguna manera, Sorchas Ferguson tenía la

habilidad de hacerlo nudos como nadie más lo había hecho. Él había pasado la noche anterior dando vueltas en la cama por ella, y no estaba ansioso de repetir la penitencia.

–Sabes dónde encontrarme.

Un sollozo fue la única respuesta.

Sorcha se excusó para la cena. Aún no sentía ganas de socializar con nadie, al menos no hasta que pudiera aclarar sus propios pensamientos. Alec estaba destinado a ser para ella.

Cait, aparentemente, siempre lo había sabido. ¿Así que por qué no la amaba? Después de todo, ella lo amaba a él.

No estaba muy segura cuando había pasado o cuando se había dado cuenta, pero, definitivamente, era verdadero.

De otra forma, no se sentiría tan desalentada. De hecho, probablemente no habría preparado toda esa historia de que Alec había pasado todas las noches en su habitación en Castle Hythe si no lo amara. No había *probabilidad* en ello. Definitivamente, no habría hecho algo tan estúpido si no lo amara. No había pensado en lo limitado de su situación hasta ahora.

Supuso que no era culpa de Alec que no la amara. Uno no decide a quien amar. O amas o no. Desear que la situación sea diferente, no cambia las cosas. Golpear la cama del hotel con el puño, una y otra vez, no cambiaría las cosas.

Las cosas, simplemente, era como era.

¿Qué importaba si todas las chicas de su Hermandad habían encontrado hombres que las amaban más que a sus vidas? Dos de ellos, de hecho, amaban tanto

a sus esposas que cambiaron físicamente de vampiros inmortales a hombres mortales, como última disposición de su amor. La mayoría de los matrimonios no eran parejas de amor. Sus amigas eran anormalmente afortunadas en ese aspecto. Las cuatro.

Sorcha trató de no hacer una mueca con la idea. Ella no le deseaba infelicidad a ninguna de sus hermanas; solamente quería un poco para ella misma. Eso no era tan malo, ¿o sí? Aún si las estadísticas no estaban a su favor.

Miren a sus madres, por ejemplo. De la generación previa de brujas *Còig*, solo tres de las cinco pudieron apuntar a matrimonios felices y llenos de amor. Afortunada o infortunadamente, dependiendo de cómo lo mires, los padres de Sorcha habían estado entre los suertudos. Había sido afortunado para ellos. Pero, tal vez, había sido desafortunado para Sorcha porque siempre asumió que sería amada y apreciada tanto como lo había sido su madre.

Alec *sí* se interesaba en ella. Eso lo sabía. Siempre lo supo. Podía sentirlo cuando la abrazaba y la besaba y le daba placer. Pero no era lo mismo. Lo era lo que ella quería verdaderamente. Sin embargo, ya había estado en su cama, para los efectos. Ella había declarado en el extranjero a la Duquesa de Hythe, que la arruinarían si no se casaba con Alec, y *tuvo* que dejarlo que le perforara la piel con sus colmillos. Él la había marcado, era suya.

No, había pasado por mucho el punto donde podía cambiar de opinión sobre todo esto. Y ella *sí* lo amaba. Y él *estaba* destinado a ser de ella. ¿Su amor podría ser suficiente para ambos?

Por segunda noche consecutiva, Alec tuvo un sueño intermitente, si se puede llamar “sueño” a dar vueltas y golpear la almohada toda la noche. Incluso, vagó por el pasillo por al menos una hora, pero eso fue diferente. Eso fue para estar más cerca

de Sorch, debido a que no la había visto desde esa breve ráfaga de faldas cuando se precipitó de la habitación de Cait hasta la suya.

¿El llanto de Sorch tendría algo que ver con Cait?

¿Cait habría visto lo que ocurrió entre Alec y Sorch y tiró de las orejas a la pequeña hada por eso?

Caitrin siempre fue un poco arrogante. Ciertamente, no pensaría en darle lecciones a *su* prometida, no después de la manera en que ella se condujo con Eynsford en ese maldito viaje el invierno anterior.

No podía ser por eso que se molestó, ¿o sí? ¿O tendría algo que ver con Cait y el bebé que cargaba? ¿Podría ser eso? ¿Sorch estaría lamentando el hecho de que se casaría con un hombre que no le daría hijos? ¿Qué estaría desperdiciando su vida en un hombre muerto y renunciando a todo lo que alguna vez apreció? ¿Todo lo que alguna vez soñó para su futuro? Debía ser eso.

No era muy tarde para liberarla, ¿o sí? Podía liberarla de su promesa de casarse con él y decirle a la Duquesa de Hythe que la muchacha necesitaba un esposo que la amara mucho más de lo que necesitaba prevenir un escándalo. Eso era.

Iría con ella y le diría que no tenía que continuar hasta el final con este trato tonto.

Alec se vistió rápidamente, se puso los pantalones, se pasó una camisa por la cabeza, y luego metió los pies en las botas.

Era la mitad de la noche. Habría muy pocas personas en los alrededores. Se deslizó hacia fuera, se escurrió muy silenciosamente por el corredor, y rápidamente llegó a la puerta de la habitación de Sorch.

Se paró en la puerta y escuchó su suave respiración a través de una grieta en el marco. Sonaba como si estuviese dormida.

Así que, obviamente, encontró algo de paz, o al menos suficiente para dejarla descansar. ¿Debería molestarla? Solamente le daría un vistazo. Si sus mejillas estaban húmedas por las lágrimas o su rostro hinchado de llorar, nunca se

perdonaría hacerla sufrir toda la noche. Pero, si descansaba pacíficamente, esperaría hasta la mañana para liberarla de su promesa de casarse con él.

Con un fuerte giro de la mano y un empujón a la puerta, la abrió con un casi silencioso sonido. Se deslizó dentro y se dirigió al lado de la cama donde podía ver el rostro dormido de Sorchá. Parecía un pequeño ángel. Parecía una sirena esa tarde, cuando había cabalgado en su regazo en una agonía de pasión. Y ahora, se veía como una serena dama. El collar del volante blanco casi cubría la marca que él le había dejado en el cuello, la única evidencia de su encuentro, aparte de eso que estaba forjado en su memoria para siempre.

La mirada en el rostro de Sorchá cuando se le ofreció y casi lo hizo acabar. Naturalmente, ella asumió que la prominencia de sus colmillos significaba que estaba hambriento. Y lo estaba. Pero en más de una manera. Hasta verla dormida, lo hacía desearla. Pero vio algo más en Sorchá.

Vio largas noches junto al fuego con ella en sus brazos. Vio largas caminatas por el bosque. Se vio a sí mismo devorándola en cada espacio del invernadero que tendría que construir para ella luego de que se casaran. Podía hacerla feliz. Le compraría todo lo que quisiera. Y hasta toleraría a sus hermanas y sus esposos, dentro de lo razonable.

Sorchá se removió y frotó un lado de la cara contra la almohada. Luego, repentinamente, abrió los ojos. Le sonrió suavemente.

—¿Alec? —murmuró, con voz ronca de sueño. —¿Qué estás haciendo aquí?

Él se sentó a un lado de la cama.

—Sólo vine a verte. Estaba preocupado porque no bajaste a cenar. Me hiciste sufrir toda una comida con Eynsford.

Muy gentilmente, le apartó un mechón de cabello de la frente.

—¿Dónde estaba Cait? —dijo, frotándose los ojos.

—Estaba ahí —dijo, encogiéndose de hombros.

–¿Se siente mejor?

–Mucho mejor, aparentemente –le informó. –Eynsford sonreía de oreja a oreja. Era verdaderamente enfermizo verlos a los dos.

–¿Ella le contó?

–Debe haberlo hecho. Ciertamente, yo no lo hice.

–Deben estar muy felices –dijo Sorchá con un suspiro de satisfacción.

–Él no dejó de tocarla en toda la noche –Alec fingió quejarse. –Casi me arruina el cordero.

–Aún te molesta verlos juntos –dijo Sorchá en voz baja. Se separó de él en la cama, moviéndose lo más lejos que pudo. Luego, giró para darle la cara y se colocó una mano bajo la mejilla.

–No me molesta en lo absoluto verlos juntos –dijo él.

Y no le molestaba. No estaba seguro de cuándo ocurrió pero ya no sentía lo mismo que alguna vez había sentido por Cait.

–¿Por qué dices eso? –Alec se removió las botas y se deslizó bajo las cobijas con Sorchá. Ella no se movió. Apenas pestañeó. Pero tampoco se metió en sus brazos. Él se quedó en su lado de la cama, puso una almohada bajo su cabeza y sólo la miró.

Ella lo contempló en silencio. Esperando. Esperando qué, Alec no estaba seguro. Pero podría quedarse ahí en paz con ella toda la noche y no quejarse.

Como ella no respondió, el continuó.

–Las cosas entre Cait y yo fueron complicadas por demasiado tiempo. Eynsford es quien estaba destinado a estar con ella. Y ella, obviamente, lo supo mucho antes que yo. Estoy bien con eso. Mi corazón ya no está roto por ella.

Eso era una contradicción, si alguna vez había habido una. Él no tenía un corazón para romperse. Así que no podía tenerlo roto. Tampoco podía enamorarse.

Él tomó su mano en la suya, la que permanecía sobre la sábana. La cubrió con la suya y sólo la miró. Finalmente, él rompió el silencio.

—¿Por qué estabas llorando, pequeña? —le preguntó y luego vio su rostro con detenimiento.

—No es nada —replicó Sorch, y trató de retirar la mano.

—No lo hagas —le advirtió. La sostuvo hasta que ella cedió y le permitió cruzar sus dedos con los de ella. —Sólo entré para asegurarme de estabas bien. Probablemente, debería irme.

—Eynsford probablemente ya sabe que estás aquí. Es muy tarde para escabullirte ahora.

—Yo no me escabullo —dijo él, levemente ofendido por la sugerencia. Tomó un profundo aliento para darse fuerzas, aunque no necesitaba hacerlo para vivir. —Vine aquí por otra razón también —confesó.

Ella levantó las cejas un poco.

—Quiero liberarte de su promesa.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Cuál promesa sería?

—La promesa de ofrecerte como un cordero de sacrificio para salvarme de la agonía cierta de tener que casarme con esa chica Overton —observó su expresión con mucho cuidado. —Si quieres echarte para atrás, Sorch, le diré a la duquesa que cambiaste de opinión y que nada pasó entre nosotros que estuviese fuera de los límites del decoro.

—Pero sí pasó —susurró ella. Las lágrimas comenzaron a aparecer en sus pestañas otra vez, conteniéndose como en una represa que estaba a punto de rebosar. Él la dejó retirar la mano y vio poner la palma sobre la marca de la mordida en su cuello. Mantuvo la mano ahí, muy cerca del pulso. —Algo fuera de los límites del decoro ocurrió.

–Nada irrevocable –le recordó. –Aún eres inocente.

Ella entrecerró los ojos.

–Sinceramente, dudo que alguien pueda considerarme inocente a este punto. Ciertamente, lo dudo.

–Puede encontrar alguien mejor que yo –dijo en voz baja. Luego, observó su rostro.

–Aye, podría –fue todo lo que dijo. Y no sonrió. No se movió. No mostró remordimiento. Solamente bostezó ampliamente.

–Entonces, ¿por qué conformarte con alguien de mi condición? Puedes tener hijos. Y un esposo que no necesite alimentarse de la fuente vital de otros. Particularmente, de la tuya.

–Si crees que puedes dejar de ofrecermé placer de esa manera, ahora que ya lo he probado –susurró, –mejor piénsalo de nuevo.

Él no pudo evitar sonreír.

–Y tu corazón podría despertar –se movió más cerca de él en la cama y puso una mano sobre su pecho. –Como lo hicieron Kettering y Blodswell.

–Eso no va a pasarme, Sorchá. No entres en un matrimonio conmigo asumiendo que ese será el resultado. Cásate conmigo porque quieres pasar tus días a mi lado y tus noches en mi cama. Cásate porque quieres pasar tu vida conmigo.

–¿Y si me enamoro de ti? –susurró.

La tomó por la cadera y la acercó a él.

–Entonces, seré el más honrado de todos los hombres.

–Pero no serás capaz de amarme también, ¿es eso lo que estás diciendo? –habló desde donde había reposado la cabeza, bajo la barbilla de él, así que él no podía ver su cara.

–Seré un buen esposo para ti. Es todo lo que puedo ofrecerte.

Esperó, con miedo de moverse. Con miedo de que ella lo arrojara de la habitación. Con miedo de que llorara de nuevo. Con miedo de que no le importara lo suficiente como para mostrar alguna emoción en absoluto.

–Lo tomo –susurró, mientras giraba entre sus brazos y presionaba su espalda contra él. Se quedó muy quieta en un segundo, y él no permaneció despierto mucho después de eso, oyéndola respirar. Así era como sería por el resto de sus vidas juntos. Sorchá en sus brazos. Sorchá en su vida. Sorchá en su cama. Pero no podía amarla, aunque deseaba hacerlo. Era una pena hacer que la pequeña hada se conformara, pero él era un egoísta por hacerla. Y si Seamus Ferguson no aceptaba su oferta, Alec no estaba seguro de lo que haría.

Capítulo 23

Sorcha se acercó más a Alec mientras dormía en la banca, y él se aferró más a la pequeña hada. Durante la última semana, se había acostumbrado a tener a la muchacha a su lado, y le sonrió. Tan pacífica, tan confiable, tan maravillosa: no la merecía.

Al otro lado del coche, Eynsford se movió en el asiento y Alec le dirigió una breve mirada al lycan. Luego de más de una noche completa viajando con Sorcha, Caitrin y Eynsford, Alec no estaba seguro de que el lycan le agradara más que antes el viaje comenzara, pero al menos ahora podía tolerar la compañía del hombre. La mayor parte del tiempo, en todo caso.

El marqués aún mantenía los ojos sobre Sorcha e hizo algo más que difícil los intentos de Alec por estar solo con la muchacha, pero también tenía los cuidados más gentiles con Cait. En una época, el esmero de Eynsford habría sido una razón más para odiar al hombre, pero Alec se encontró algo celoso. No del afecto de Cait, sino de la mortalidad del lycan. Eynsford *podía* ser el esposo que Cait necesitaba.

Eynsford *podía* darle los hijos que Cait merecía.

Eynsford *podía* envejecer con su esposa.

Alec sabía que era un rufián por continuar con el plan de hacer de Sorcha su esposa, pero a medida de que los días de viaje se pasaban, no podía imaginarse dejarla ir. Por supuesto, si Mr. Ferguson arrojaba el trasero de vampiro de Alec fuera de la casa Ferguson, no tendría nada que decir. Y había muchas probabilidades de que el padre de Sorcha se riera de la oferta de Alec. Seamus Ferguson tenía más riqueza que la mayoría de los escoceses. No necesitaba la fortuna o las conexiones

de Alec para asegurar el futuro de su hija. Y podría no estar muy ansioso de invitar a un vampiro dentro de su familia.

Cada vez que Alec le mencionaba eso a Sorch, ella reía y le recordaba que su padre siempre había sentido aprecio por él. Pero ese era Alec, el mortal. Alec, el vampiro, era una persona completamente diferente. Por supuesto, no tenía que revelar su verdadera naturaleza al hombre que esperaba fuese su suegro, pero Alec no podía comenzar su vida con Sorch engañándolo. No sería un buen presagio para el futuro, y ellos necesitarían cada pizca de buena fortuna que pudieran conseguir.

Del otro lado del carruaje, en el banco opuesto, Caitrin gruñó ligeramente mientras abría los ojos. Inmediatamente, su esposo le ofreció un poco del té especial de Sorch.

—Pararemos luego de cruzar la frontera, mujer. Podrás estirar las piernas y tomar un respiro de aire fresco.

Cait sólo asintió en respuesta. Luego, una vez más cerró los lindos ojos azules y se durmió sobre el hombro de su esposo.

Alec se encontró sonriéndole a su viejo enemigo.

—Ciertamente, no eres lo que esperaba en nuestro primer encuentro.

La calidez brilló en los ojos ámbar del lycan.

—¿Nuestro primer encuentro? ¿Quieres decir cuando estaba cubierto en lodo y goteando tanta agua de lluvia en aquel pequeño hotel que tuve que pagar más por la limpieza?

Eso parecía haber sido hace una vida. Alec había viajado al norte a la cabaña de caza de un amigo. Él y un par de amigos se habían dirigido a un bodegón local para saciar su sed, tanto de bebidas como de mujeres. Ellos estaban ahí cuando una ráfaga de viento sopló a Cait dentro de la cálida taberna. Eynsford no estaba ni a cinco minutos detrás de ella, un inglés todo arrogante, usando el nombre cristiano de Cait y ladrando órdenes como si ya fuese su esposo. —Lucías como una rata ahogada, una rabiosa.

Eynsford sonrió.

—Oh, estaba furioso esa noche. —Hizo señas con la cabeza hacia su esposa dormida.

—Ella había puesto una poción para dormir en una tetera y me la sirvió con la más dulce de las sonrisas. Dormí por dos días, desperté con el peor dolor de cabeza de mi vida, y luego casi maté de cansancio a mi conductor para alcanzarla.

—¿Estaba tratando de escapar de ti? —Alec no sabía esa parte de la historia. ¿Por qué Cait no le dijo nada en ese momento? Probablemente porque Alec se había comportado como el idiota más espectacular esa noche. Casi se estremeció con el recuerdo. De hecho, le había dicho a Cait que si no se casaba con él, no la quería en su vida en absoluto. Ella casi rompe a llorar por sus palabras.

—Estaba tratando de escapar de un futuro que no podía ver —explicó Eynsford, rompiendo el ensimismamiento de Alec. —Cait es una mujer terca cuando pone su mente en algo.

Alec resopló.

—Cait es una mujer terca aún sin necesidad de que tenga algo en mente. Simplemente es así.

—Cierto —accedió el esposo, de buena gana. —Pero era el temor lo que la hacía escapar de mí en aquel entonces. Temor a lo desconocido, lo cual imagino debe ser bastante atemorizador para una clarividente.

Miedo a lo desconocido. Alec podía relate con ese sentimiento.

Él había vivido con eso desde que le quitaron la vida en ese lago congelado en los Highlands y fue transformado en el parásito en el que se había convertido. Y ahora ese miedo era aún mayor. No tenía idea de lo que el futuro tenía para Sorch y él, y eso era más aterrador de lo que podía imaginarse. Si tan solo pudieran asegurarle de que estaban tomando la decisión correcta.

—Por suerte —continuó Eynsford, —ella tomó ese salto de fe y yo estaré agradecido por el resto de mi vida.

–Un salto de fe –Alec murmuró suavemente, pero el lycan captó las palabras, con su oído excepcional.

–Pude haber sido un poco tosco antes, MacQuarrie. Espero que me permitas disculparme.

–¿Tosco? –repitió Alec.

El disgusto se apoderó del rostro de Eynsford.

–Puedo ser un poco apasionado en lo que respecta a las hermanas de Cait. Hasta hace poco, nunca tuve mi propia familia. Estas muchachas me aceptaron en su círculo. Bueno, la mayoría en todo caso. Y no puedo evitar tratar de protegerlas. Es mi naturaleza.

Alec había pensado que sabía todo lo que había que saber sobre las *Còig*. Había conocido a sus miembros toda su vida. ¿Había algo que no sabía? Como estaba a punto de casarse con una de ellas, probablemente debería averiguar si había algo más.

–¿Qué quieres decir con la mayoría?

Eynsford frunció el ceño y luego miró a su esposo, como para asegurarse de que Cait seguía dormida.

–Ha habido un pequeño roce entre Cait y Elspeth Westfield.

Westfield. Tan sólo el nombre era como una daga en el corazón sin vida de Alec.

–No es nada que no puedan superar –el lycan se apresuró en explicar. –Al menos, espero que no.

En una época, Cait y Elspeth habían sido las más cercanas entre todas las brujas, casi inseparables. Alec no podía imaginar un roce entre las dos.

–¿Qué ocurrió?

Eynsford. Suspiró.

–Yo ocurrí –admitió. –Es suficiente decir que no hay mucho amor entre los hermanos Westfield y yo. Cada chica es leal a su esposo, lo que significa que ellas dos no son tan cercanas como solían ser.

Alec tampoco era tan cercano a Benjamín Westfield como lo había sido alguna vez.

–¿Qué pasa con eso de la armonía que Cait continúa hablando?

–Probablemente, tendrás que preguntarle. Sé que sus poderes son más fuertes y predecibles cuando las cinco se llevan bien unas con otras, que cuando no.

Esta generación de brujas sí parecía más fuerte que la anterior, ahora que Alec lo pensaba.

–Las madres de Sorch y Cait no se tenían mucho aprecio.

–Eso ciertamente es un eufemismo –Eynsford asintió como si estuviera muy consciente del hecho. –Por lo que me han dicho, Fiona Macleod tenía el hábito de sobrepasar sus límites y manipular a otros con visiones falsas. Cuando Bonnie Ferguson supo la verdad sobre las mentiras de Fiona, las dos tuvieron una pelea.

¿Fiona Macleod había manipulado a otros con visiones falsas? Era horrible hacerles eso a las brujas de tu hermandad.

Alec nunca había oído eso, y miró boquiabierto al lycan.

Eynsford se apiadó de él y le explicó:

–Mrs. Macleod era una mujer emprendedora. Se las arregló para mantener a Elspeth lejos de su padre y fue responsable del cautiverio de Lord Kettering. Aparentemente, quería mantener la hermandad pura de tales criaturas sarnosas como lycans y vampiros.

Pero Bonnie Ferguson aparentemente se sentía diferente, igual que su alegre y deliciosa hija. Alec miró a la bruja dormida a su lado. Esperaba que Seamus Ferguson estuviese más alineado con el pensamiento de su difunta esposa. No podía perder a Sorch.

En un intento de aligerar el ánimo, Alec vio a Eynsford una vez más.

—Realmente, yo no llamaría *sarnosos* a los vampiros. Los lycans, por otro lado... — dejó desvanecer la voz y se encogió de hombros. Luego, rió con la fingida mirada de reprobación de Eynsford.

Al menos, Alec asumió que era fingida; no había furia en los ojos del hombre.

Una vez que los cuatro llegaran a Edimburgh, Alec no imaginaba que alguna vez buscaría a Eynsford por cuenta propia. Pero si terminaban encontrándose en fiestas o bailes, los dos deberían ser capaces de comportarse como caballeros. Tal vez.

El movimiento al que Sorchá se había acostumbrado tanto, se detuvo y ella abrió los ojos. A su lado, Alec tenía la pícara sonrisa que rápidamente había empezado a amar.

—¿Dónde estamos? —preguntó, mientras se frotaba el sueño de los ojos.

—Estamos en Escocia, muchacha —le puso un rizo tras la oreja.

—¿En casa? —preguntó, incapaz de evitar la sonrisa en su voz. Habían viajado en muy poco tiempo. Pensaba que aún tenían días de viaje por delante. Pero todos los días en el camino tendían a mezclarse después de un tiempo.

Alec sacudió la cabeza.

—No en casa precisamente, aún no en todo caso. Finalmente, hemos dejado esos caminos Sassenach y hemos cruzado la frontera hacia Gretna. Y Eynsford le prometió a Cait que haríamos una parada por la noche.

¡Gretna! ¿Cuáles serían las probabilidades de que Sorchá pudiera convencer a Alec de una boda de yunque? Ciertamente, eso mantendría el hocico del Marqués de

Eynsford fuera de sus asuntos por el resto del viaje. Y ella finalmente tendría a Alec para ella sola.

—Alec —tiró de su chaqueta y atrajo su cara más cerca de la de ella, —podríamos hacer que un herrero nos casara aquí. Hoy. Justo ahora.

Él le besó la punta de la nariz.

—¿Y hacer que tu padre me clave una estaca en el corazón una vez que lleguemos a Edimburgh? Prefiero no enfrentar su ira, si no te importa.

Sorcha rió. Papá no tenía una ira que temer.

Él era el hombre más generoso y amable en toda Escocia.

—A él no le importará. Lo prometo. Además, no escuchaste a Mr. Crawford en la boda de Blaire. Fue persistente sobre no ejecutar más ceremonias irregulares. Y no quiero esperar otras tres semanas para las proclamas.

Esta vez Alec tocó los labios de ella con los suyos, muy gentilmente.

—Puedo tratar con Crawford. Y aunque pienses que a tu padre no le importaría, tengo que discrepar contigo, Sorch. Eres su única hija y la luz de sus ojos. Él querrá estar presente en tu boda y yo no puedo quitarle eso.

Alec tenía razón. Ella lo sabía. Papá estaría herido si se casa sin que el la lleve al altar.

Pero... ¡Espera! Alec *no podía* esperarla en el altar. Alec *no podía* poner un pie dentro de una iglesia. ¿Por qué no había pensado antes en eso?

—¿Qué pasa, muchacha? —Alec la sacó de la oscuridad del coche hacia la luz del día como para verla mejor.

—Tu corazón está latiendo muy rápido. ¿Ocurre algo malo?

Todo era malo, y él se veía tan preocupado, tan apuesto. Ella no sabía qué decir.

–No puedes casarte conmigo en una iglesia –salió de su boca antes de que pudiera detenerlo.

Parecía como si Alec también se hubiese dado cuenta en ese momento, y sacudió la cabeza.

–Nay. Encontraremos la manera, Sorch. Solamente no será una boda del estilo de Gretna.

Bueno, ¿qué otro estilo había?

–¡Pero, Alec! –se quejó. –Cómo podremos...

Él le puso un dedo sobre los labios para callarla.

–Hay otras maneras, muchacha.

–Pero... –trató de hablar sobre los dedos.

–*Hablaremos* con tu padre antes de casarnos. *Tendremos* su bendición. Después de eso, si tenemos que regresar a Gretna o declararnos públicamente, lo haremos – la abrazó y Sorch suspiró, amaba sentir sus brazos alrededor de ella. –Estoy tan ansioso de tenerte para mí como tú lo estás, Sorch. No lo dudes.

Ella asintió contra su chaqueta y deseó poder oír el más débil de los latidos en su corazón. Tonta, lo sabía.

¿Cuántas veces él tenía que decirle que no iba a cambiar? Pero, no podía permitir que eso la molestara, no ahora en todo caso. Alec era suyo, después de todo. Y sólo se iba a casar una vez. Lo disfrutaría.

Luego, recordó sus palabras previas y la risa escapó de su garganta.

–¿Dijiste que podríamos declararnos públicamente?

¿Por qué no lo había pensado antes? Porque era positivamente ridículo. Tales cosas ya no se hacían.

Alec se separó y trató de buscar su rostro, no estaba segura porqué.

–¿Eso te molestaría?

Sorcha sonrió y sacudió la cabeza, imaginándose las caras de sus amigos.

–Nay. Sólo que parece tan poco ortodoxo. Mr. Crawford tendría una apoplejía.

La oscura mirada de Alec la sondeó. Si no estaba equivocada, pensaría que la oscuridad de sus ojos se había iluminado un poco.

–Sorch, eres una bruja y yo soy un vampiro. Poco ortodoxo está sobreentendido.

Supuso que él tenía razón. Y la idea de casarse con Alec estableciendo simplemente que lo estaban en frente de todos sus seres queridos, sin iglesia ni clérigo, sólo ellos dos y sus amigos, se sintió bien en su corazón.

Considerando todas las cosas, era un poco más romántico que marchar por el pasillo de la iglesia, más íntimo en cierto modo.

–Podríamos declararnos aquí mismo –acució ella, haciendo señas hacia la posada. –Justo ahora. Frente a Cait, Eynsford y quien sea que esté ahí dentro.

Él rió y metió su mano dentro de la curva del brazo mientras la dirigía a la puerta abierta de la entrada.

–Aye, y *podríamos* pedirle a un herrero que nos case aquí también. Pero esperaremos por tu padre, igualmente.

–Está bien, está bien –Sorcha volvió los ojos, bromeando. –Vampiro testarudo.

–Bruja encantadora –contraatacó.

El Marqués de Eynsford salió del hotel, y su mirada color ámbar cambió de Sorcha a Alec y volvió.

–Dígame que no voy a tener que sentarme a montar guardia fuera de su habitación otra vez, Miss Ferguson. *Por favor*, dígame que estamos lo suficientemente cerca de Edimburgh como para que se pueda confiar en ustedes dos por una o dos noches más.

Alec murmuró algo ininteligible entre dientes.

Lo que sea que haya dicho, Eynsford lo escuchó, Sorchá estaba segura de eso, porque el marqués frunció el ceño y el reproche se instaló en su rostro.

—Perfecto —gruñó Eynsford. —Mantener intacta la virtud de una muchacha es más difícil que meter un camello por el ojo de una aguja.

—Así no dice la frase, realmente —dijo Alec lentamente.

—Estuve cerca.

Capítulo 24

Alec nunca fue más feliz que cuando la línea del cielo de Edimburgh salió a la vista. Había comenzado a creer que el viaje nunca terminaría, que nunca tendría la atención de Sorchá para él solo. Que nunca podría tenerla cerca. Que nunca se desharía de Eynsford.

A pesar de la paz entre ellos durante los últimos días, el lobo nunca había dejado de olfatear en los asuntos de Alec día y noche. Había acechado a Alec fuera del cuarto de Sorchá dos noches seguidas. Así que, cuando Eynsford le pidió una concesión especial, Alec no podía creer lo que oía.

—Repítelo —acució, viendo al lycan a través del coche levemente iluminado.

Eynsford se encogió de hombros.

—Dije, ¿sería terriblemente perezoso de mi parte pedir que el carruaje nos lleve a la casa Macleod primero y luego continúe hacia los Ferguson?

—Quisiera decirle a papá sobre el bebé —añadió Cait suavemente, su rostro sin expresión y sus ojos azules oscurecidos por la luz menguante dentro del carruaje. —Y estoy tan cansada.

Alec fingió estar ofendido mientras dirigía la mirada al lycan.

—¿Quieres decir que confiarás tu preciosa carga a mí, Eynsford? —dijo con una indignación burlona. Luego, le sonrió a Sorchá y se inclinó a besar su frente.

Pero ella lo golpeó con el codo.

—No soy una carga —rió.

–Confío en que puedes regresar a la muchacha con su padre –dijo Eynsford asintiendo con la cabeza. –Y una vez que la entregues a Mr. Ferguson, ya ella no será más mi responsabilidad.

–Necesitan llevarla *directamente* a casa –reprendió Cait, pero ahora sus ojos brillaban con algo.

–La llevaré directo a casa –directo a su casa. Directo a su cama. Sólo la *tomaría*. Alec había pasado días con ella presionada a su lado en el carruaje. Había sentido su aliento en el brazo durante las últimas horas. Y ella parecía no darse cuenta de nada. –No te preocupes. Me ocuparé de ella –luchó contra la sonrisa que le provocaron esas palabras. Oh, aye, ciertamente se ocuparía de ella. Una y otra vez.

–Excelente –dijo el marqués con un suspiro de agradecimiento. –Te debo una, MacQuarrie.

No le debía una maldita cosa. Porque Alec estaba por tener lo que más deseaba en el mundo, Sorchá.

–Lo tendré presente –replicó Alec, ausentemente, de alguna manera, ya estaba perdido en el pensamiento de cuánto tiempo tendría con su bruja antes de tener que devolverla a su padre o hacer que Seamus Ferguson viniera por ella. Tiró de su chaqueta y se ajustó los pantalones en un triste intento de esconder su reacción a la idea de tenerla, finalmente, de tenerla toda para él.

Alec no había comido en días. Podía controlar razonablemente su sed por una semana o más, y la cantidad de sangre que necesitaba dependía en cierto modo de cuán activo era.

Y había estado encerrado en un carruaje por bastante tiempo, estaba bien por no haber comido. Pero no podía seguir por siempre. Quería a Sorchá por una determinación muy concreta. Quería saborearla, beberla. En todos los sentidos.

Eynsford lo reprendió.

–¿Estás seguro de que eres capaz de regresarla a su padre?

–Oh, aye... –por supuesto que lo haría. Solamente necesitaba unos minutos a solas con ella. O más de unos minutos. Tantos como pudiera tomar.

–¿Por qué algo me dice que estoy tomando una mala decisión? –murmuró el lycan.

Cait interrumpió:

–Puedes confiar en que Alec puede cuidarla –sus labios se levantaron en una sonrisa silenciosa dirigida a Sorch, quien se sonrojó delicadamente y escondió el rostro en el brazo de Alec.

Gracias al cielo que el sol se estaba poniendo, o Eynsford ciertamente la habría visto. Y no hubiese estado muy feliz de que su esposa y su hermanastra estuviesen tejiendo un entramado frente a sus ojos. Las dos eran conspiradoras. Diablos, Cait *sabía* lo que iba a pasar, y aun así estaba más que feliz de prestar ayuda.

Cait reposó la cabeza sobre el hombro de su esposo y dijo tranquilamente:

–Él no dejará que ningún daño venga a ella. Confío en él.

–Si *tú* estás segura –el marqués finalmente cedió.

El coche se detuvo afuera del elegante townhouse Macleod y Eynsford bajó rápidamente y luego le tendió la mano a Cait. Pero antes de que Cait pudiera escapar en la oscuridad creciente, se inclinó, abrazó estrechamente a Sorch y dijo:

–No necesitas que te eduque sobre nada en lo absoluto –rió, mientras Sorch la dejaba ir y la espantaba del carruaje.

Sorch se recostó pesadamente contra los cojines y cerró los ojos, y luego gruñó en voz alta.

–¿Qué sucede, muchacha? –preguntó Alec. Deseó poder leer su mente. Pero ella era todo un misterio para él.

Ella volvió la cabeza lentamente hacia él y lo miró de arriba abajo.

–Al fin, solos –ronroneó.

–Ya era hora –exclamó mientras la alcanzaba. Ella rió y él la levantó y la puso directamente sobre sus piernas, con la espalda contra la pared del carruaje, con las piernas plegadas alrededor de él. Él tomó la parte de atrás de su cuello y atrajo su cabeza hacia él. –Sorch –gruñó en protesta, con la boca a un aliento de la de ella.

Sorcha empuñó la camisa de él con sus delicadas manos y lo haló con toda su fuerza.

–Si cambias de opinión acerca de casarte conmigo, tendré que hacerte daño corporal, Alec MacQuarrie.

–Nunca –aseguró y afirmó sus palabras con un rápido beso. Nunca renunciaría a ella. Ni ahora, ni nunca. Era un sinvergüenza por no llevarla inmediatamente a su padre. Pero necesitaba tiempo con ella. Tiempo para estar solos. La llevaría con su padre muy pronto. Justo después de que devorara concienzudamente a la hija del hombre. Oh, maldición, eso nunca sería suficiente.

Sorcha comenzó a desatarse por el frente su vestido de viaje, tan desesperada de estar con Alec como él parecía de estar con ella. Las manos le temblaban mientras trabajaba hasta que Alec, finalmente, las apartó con impaciencia.

–Déjame –ordenó. No dejaba de besarla mientras sus dedos se movían. Y en segundos, la había desvestido hasta dejarla en camisa, empujando el vestido por las caderas. –No tenemos mucho tiempo –lamentó.

–No necesitamos mucho tiempo –le susurró ella contra los labios. Sintió su sonrisa, más que verla.

–Quiero decir que no tenemos mucho tiempo antes de que el coche se detenga, Sorch –rió. –Planeo tomarme mi tiempo cuando lleguemos a mi casa.

–¿Lo harás?

–Lo haré –afirmó él. –Asumiendo que el hombre de Eynsford pueda ser comprado –con una sonrisa pícaro, golpeó el techo del coche y luego llamó en voz alta por la ventana: –Renshaw, llévanos a mi casa y serás recompensado generosamente –Alec regresó su atención a Sorch y susurró a sus labios: –Ahí, planeo probar cada pulgada de ti.

Ella se sobresaltó cuando él le tiró la camisa del hombro y la dejó caer, y luego hizo lo mismo con el otro lado. Ella se aferró a la tela como si la necesitara. Estaba desnuda debajo de eso. ¿Él no lo sabía? No podía simplemente desnudarla dentro del carruaje. Alec, muy gentilmente, tomó las manos de donde se había aferrado a la ropa y las levantó hacia sus labios, besando los nudillos de cada uno de los dedos. Luego, se permitió devorarla con la mirada.

Tenía los colmillos completamente distendidos, también su hombría, la cual ella claramente podía sentir bajo sus nalgas. Se estremeció en su regazo pero instantáneamente, se congeló cuando vio la oscuridad de su mano a la luz de la luna tomando la piel de sus pechos y la elevó hacia su boca expectante.

–Alec –respiró.

Él levantó la mirada para encontrarse con la de ella, pero la boca se quedó dónde estaba.

En su lugar, cubría ese pequeño brote de dolor que se estiraba hacia él, mientras la miraba a los ojos. Un gentil tirón de sus labios y lengua hicieron que lo tomara por la nuca y lo atrajera más cerca, para nunca dejarlo ir.

–*¡Recórcholis!* –murmuró. Aun cuando él había bebido de su sangre, no la había tocado de esa manera. Había tocado los lugares más íntimos, pero no la había embarcado en esta seducción gentil y alucinante. No la había atacado con los labios y la lengua y demandó su alma a cambio.

Con un último tirón, levantó la cabeza y le besó los labios suavemente, y luego enterró la cabeza nuevamente en sus pechos expectantes. A la luz de la luna, su cabello era negro como la noche, sus ojos oscuros como el vacío, sus labios ligeros como plumas, su lengua tierna como el aliento de un bebé.

–Te amo, Alec –no pudo evitar decirlo. Él levantó la cabeza y la miró, como si lo hubiese sorprendido. Luego, comenzó a reajustar la ropa. –¿Qué pasó? ¿Qué dije?

Él rió.

–Dijiste que me amabas. No puedes retirarlo. Lo oí con mis propios oídos, Sorch –le ataba rápidamente el vestido.

–Entonces, ¿por qué me estás vistiendo? –*Recórcholis*, ella había hecho un desastre, lo cual era lo último que quería.

–Mi brujita lujuriosa –gruñó juguetonamente. –Estamos en casa –se encogió de hombros. –Bueno, estamos en mi casa. Y, con tu permiso, quisiera llevarte adentro y terminar lo que empezamos.

–¿Harás lo que acabas de hacer, otra vez? –preguntó en voz baja, esperando no mostrar desesperación en su voz. Pero la sangre pulsaba por sus venas tan alto que hasta ella podía oírla. Her

–Lo haré otra vez y otra vez y otra vez y tantas veces como se necesite –rió como el viejo Alec. –O tantas veces como me dejes.

El carruaje se detuvo y Sorch pudo ver la gran casa de Alec por la ventana. Él le dio un leve empujón para que se levantara de sus piernas y lo siguiera afuera cuando el conductor de Lord Eynsford se desmontara para abrir la puerta.

–Gracias, Renshaw –Alec inclinó la cabeza al cochero. –Eres un buen hombre.

–Por supuesto, sir.

Alec le ofreció el brazo a Sorch, el cual ella aceptó pronto. Se apoyó con fuerza sobre él cuando comenzaron a subir la calzada de piedra hacia la puerta frontal.

–¿Me veo presentable? –susurró.

–Te ves vestida –bromeó. –Te prefiero de la otra manera, si debes saber la verdad –la llevó hacia la puerta del frente, sus pasos era apresurados y ansiosos. La deseaba. Ella podía darse cuenta, y eso le hacía latir el corazón más rápido.

–¿Tus sirvientes hablarán? –le siseó.

–No están esperándome –le aseguró. –Así que solamente te escabulliré escaleras arriba y nadie se enterará –le dio un rápido beso. –Me siento como si tuviese 16 años otra vez –admitió y sonrió como el viejo Alec que ella siempre había conocido.

Sacó una llave de su bolsillo y silenciosamente abrió la puerta del frente. Luego, se deslizó dentro, y la atrajo con él. Pero antes de que pudiera dar un paso, una fuerte y muy desagradable tos sonó desde el corredor. Cuando sonó otra vez, Sorchá no pudo evitar pensar que alguien se estaba asfixiando en el corredor.

Alec gruñó en voz alta.

–Puedes salir, Gibson –llamó.

El estoico mayordomo apareció por un rincón e hizo una reverencia.

–Mr. MacQuarrie, Miss Ferguson, qué bueno que ya están en casa.

–¿Estás bien, Gibson? Puedo hacerte un tónico para esa tos –ofreció Sorchá.

El mayordomo aclaró la garganta muy gentilmente, como si la estuviese probando.

–Creo que estaré bien, señorita, pero gracias.

–Excúsanos, Gibson –dijo Alec crispily. Fue un poco descortés pero obviamente necesario, debido que el hombre estaba retrasándose.

–Lo haría si pudiera, sir –dijo el mayordomo, con el rostro acongojado.

–Pero tiene un huésped. Unos cuantos, de hecho. Y no sé qué hacer con ellos.

–¿Quiénes podrían ser? –Alec preguntó mientras se removía los guantes de las manos y se sacaba el abrigo.

–No los conozco muy bien, sir. El hombre dice ser Mr. Browning. Y, uh, trajo a sus... ¿hermanas? –la última parte salió como una pregunta.

¿Charles Browning? Alec se inclinó para ver hacia el corredor y escuchar mejor. Pudo oír el tono suave de un *conocido* de él en Londres. Escuchó más. También pudo oír a Tillie, una prostituta de *Brysi*, el club para vampiros donde Alec había encontrado sustento previamente.

—¿Quién es ese? —susurró Sorch. —¿Conozco a Mr. Browning?

—No —dijo cortante. Y nunca lo haría. No si podía evitarlo. —Vámonos —ladró, mientras la arrastraba de regreso hacia la puerta del frente con un tirón de la mano. —Informa a mis huéspedes que regresaré pronto —le indicó a Gibson.

El mayordomo palideció con el tono de Alec.

Maldición, ¿cuáles son las probabilidades de que un vampiro y una prostituta que habían compartido por un tiempo se aparecerían en su respetable hogar en Edimburgh la *misma* noche que llegaba a casa con su prometida? Solamente en su infortunado mundo. Primero, Eynsford y ahora Browning. A este paso, estaría casado con Sorch por una década antes de tenerla para él.

—¡Tienes razón, querida! —la voz profunda de Charles Browning se filtró por el corredor. —MacQuarrie *está* aquí y trajo su propio bocado.

Capítulo 25

Sorcha se escapó del bazo de Alec para ver a un hombre alto de cabello oscuro salir del recibidor y marchar en su dirección. Sus ojos negros como la noche le dijeron a Sorcha, más claramente que las palabras, que él era un vampiro. Alec la tomó del hombro y la acercó a él.

—¿Es un amigo tuyo?

Al menos, ella asumía que era un amigo. El vampiro desconocido sonrió tirantemente y no parecía del tipo peligroso.

—MacQuarrie, esperaba que fueras tú.

—Browning —había tensión en la voz de Alec y Sorcha inclinó la cabeza para ver mejor la cara de su prometido. —Ni siquiera puedo imaginar qué te trae a Edimburgh.

El vampiro inglés rió.

—Oh, estoy seguro de que puedes. Tillie y yo nos impusimos a tus criados hasta tu llegada.

—¿Por cuántos días? —respondió Alec.

—Unos pocos. Únetenos en tu recibidor para que podamos hablar más abiertamente.

Alec sacudió la cabeza.

—Me encantaría, pero debo regresar a Miss Ferguson al cuidado de su padre.

Pero Sorchá no tenía intención de regresar al lado de su padre. No mientras vampiros extraños se acomodaban en MacQuarrie House. No hasta que averiguara porqué Alec estaba repentinamente tan al borde.

–Alec, ¿te importaría si tomo una taza de té antes? Me encuentro un poco reseca del viaje.

–Estoy seguro de que tu padre tiene suficiente té y bocadillos esperándote, muchacha –Alec dijo a través de los dientes apretados.

–No si Wallace está en casa –su hermano había sido acusado más de una vez de comer todo en la casa Ferguson. No era sólo un decir, sino un hecho en lo que a Wallace Ferguson concernía.

La mirada irritada que Alec le dio a Sorchá le envió una advertencia, pero era inútil. El entrometido vampiro le hizo una reverencia.

–No parece que nuestro amigo vaya a presentarnos. Charles Browning a su servicio.

Alec resopló con fastidio.

–Sorchá Ferguson, Charles Browning. Ahora, Charles, realmente necesito llevar a la dama a casa.

Mr. Browning sonrió con sorna.

–No tan rápido, Alec. La chica dijo que estaba reseca. Y yo, por mi parte, me gustaría conocer mejor a tu... amiga.

–Prometida –le corrigió Alec con un gruñido.

El vampiro inglés rió.

–Eso había oído, solo quería ver si los rumores eran ciertos –le extendió una mano a Sorchá. –Venga conmigo, Miss Ferguson. Prometo no morderla.

Sorchá parpadeó a Mr. Browning.

–¿Cómo pudo haber oído nuestras buenas noticias, sir?

–No en el corredor –se quejó Alec. Apartó el brazo de Browning y dirigió a Sorch a el recibidor del que su amigo había salido minutos antes. Luego, le dijo a Gibson por sobre el hombro, –Té, por favor. Estoy seguro de que las damas podrían refrescarse un poco.

Sorch a entró en el recibidor y sus ojos aterrizaron en una chica muy bonita sentada en un sofá negro. La chica se removi6 el largo cabello castaño del hombro desnudo, y Sorch a casi bufa del número de marcas de mordidas en el cuello y la piel desnuda de la muchacha. ¡*Recórcholis!* Lucía como un alfiletero. Las marcas eran minúsculas, pero Sorch a sabía qué buscar, después de todo.

Cubrió su propio cuello con la palma de la mano por un momento. Luego, se dio cuenta de lo que hacía y la bajó.

Tras ella, Alec aclaró la garganta.

–Um, Sorch, esta es...

–Miss Harris –Mr. Browning intervino suavemente, deslizándose dentro del recibidor y cruzando la habitación. Oprimió el hombro de la muchacha e hizo señas para que Alec y Sorch a tomaran asiento.

–Me siento como si hubiese usurpado tus deberes de anfitrión, Alec.

–¿Eso qué te dice, Charles? –murmuró Alec mientras guiaba a Sorch a a una silla de respaldo alto y luego tomaba su gemela junto a ella. –¿Qué, tal vez, no deberías apoderarte de las casas de otros y encantar a sus sirvientes para que hagan tus apuestas?

Mr. Browning rió otra vez y se dejó caer junto a Miss Harris.

–Tus instalaciones son mejores que quedarse en algún mohoso hotel. Además, no podía arriesgarme a que escondieras a tu adorable novia de mí.

Alec frunció el ceño.

–¿Y Till... Miss Harris?

El inglés se encogió de hombros.

–Todos necesitamos nuestro sustento. Además, Tillie solamente ha visto Londres y no las partes buenas. Ella *quería* venir conmigo.

Miss Harris asintió muy entusiasta.

–Escocia es tan bonita. Muy verde.

Un sentimiento de hundimiento cubrió a Sorchá cuando se enfocó una vez más en la plétora de marcas de Miss Harris. ¿Cuán bien conocía Alec a esta chica?

–No respondió mi pregunta, Mr. Browning. ¿Cómo escuchó que Alec y yo vamos a casarnos?

Los oscuros ojos de Browning brillaron y le hizo un guiño.

–Escuché a un par de hombres en una mesa de apuestas hablando de ello hace unos días –luego miró a Alec. –Radbourn tiene la peor de las suertes posible. Uno podría pensar que un hombre con tanto dinero, se mantendría lejos de los juegos de azar.

–Maldito lycan –gruñó Alec. –¿Qué diablos estaba pensando?

El inglés se inclinó hacia delante como si fuesen conspiradores y se tocó la oreja.

–Nadie más que yo podía oírlos. Los hombres parecían pensar que Miss Ferguson era demasiado buena para ti. Después de escuchar eso, supe que *tenía* que conocer a la nena –le sonrió a Sorchá otra vez.

Alec se tensó a su lado.

–Miss Ferguson no es una nena, y apreciaría si tomaras un tono más respetuoso con mi prometida, Charles.

Mr. Browning se sentó de nuevo, boquiabierto de asombro.

–Nunca pensé que vería el día en que Alec MacQuarrie sería derribado por tan pequeño desliz –la mirada del hombre bajó por el cuello de Sorch. –La oferta debe ser tentadora, en realidad.

–Eso no está a discusión –ladró Alec.

–Mis disculpas –Mr. Browning replicó, pero Sorch se dio cuenta de que no lo lamentaba en lo más mínimo. Sus ojos negros brillaban divertidos.

Alec se pasó una mano por la cabeza.

–¿Adónde vas ahora? –preguntó.

El vampiro lo miró con una expresión vacía.

–¿Adónde voy? ¿Quieres decir que no soy bienvenido en MacQuarrie House? –se puso una mano sobre el pecho con una fingida mirada de sorpresa.

–Llevo una casa respetable –le informó Alec. –Miss Ferguson es una de las pocas personas que siquiera saben lo que soy. No dejaré que tú arruines mi vida aquí con tus prostitutas y tus maneras poco caballerosas –suspiró pesadamente. –Sin ofender, Tillie –dijo más suavemente a la chica inglesa.

–No te preocupes –pió, sentándose un poco más arriba en su silla.

¿La acababa de llamar por su nombre de pila? Sorch se erizó.

–¿Cómo es que todos ustedes se conocen? –preguntó.

–Oh, de *Brysi* –dijo Miss Harris con un ligero movimiento de la mano.

¡Brysi!

Mr. Browning abrió la boca para hablar, pero Alec lo cortó.

–Es un club de caballeros para aquellos de nuestra clase, mujer –explicó.

Oh, ella sabía perfectamente lo que era. Sólo no podía creer que una de las prostitutas del club estaba sentada a unos pocos pies de ella.

–¿Y qué hace Miss Harris ahí? –replicó Sorchá.

Alec evitó su mirada.

–¿Alec? –insistió, preguntándose si sería honesto sobre la situación.

Una voz detrás de Sorchá le hizo erizar la piel.

–Es una dama de compañía. Mía, de hecho.

Sorchá se puso de pie inmediatamente y giró, mientras Alec murmuraba algo entre dientes al otro vampiro y también se levantó. En la entrada, estaba una mujer que quitaba el aliento, con el rubio cabello suelto en los hombros, sus ojos verdes resaltaban. El corte de su vestido era escandalosamente bajo y mostraba demasiado tobillo también. Pero era hermosa para los estándares de cualquiera. De hecho, se parecía un poco a Cait, excepto por los ojos y la barbilla puntiaguda.

–Soy muchas cosas, señorita –dijo Miss Harris, calurosamente. –Pero dama de compañía no es una de ellas.

–Para este viaje, esa es la artimaña que habíamos acordado – saltó la rubia.

–No. Acordamos que seríamos hermanas.

–Pensé que yo sería *tu* hermana.

Mr. Browning lucía levemente divertido por toda la situación.

–Ya, ya, no necesitan pelear por mí, queridas mías –dijo riendo. –O MacQuarrie.

–¿Por qué la trajiste a *ella*? –Alec descargó contra Mr. Browning.

–¿Por qué? Para ti, por supuesto –puso un brazo alrededor de los hombros de Miss Harris y le susurró algo al oído que la hizo sonrojar furiosamente. Luego, levantó la cabeza, miró directamente a Sorchá, y dijo: –Tillie es para mí, pero pensé que Alec podía comer algo. Sé cuán melindroso se pone respecto a encantar inocentes –la mirada cayó sobre el cuello de Sorchá otra vez. –Aunque parece que eso ha cambiado.

Sorcha enlazó el brazo al de Alec y se inclinó hacia él.

—Preséntame a esa dama, Alec —dijo suavemente.

Nadie había confundido a Delia Sewell con una dama, al menos, no que Alec supiera. Sin embargo, la primera vez que posó sus ojos sobre la prostituta estaba recostada en un divan en *Brysi*, usando rubor en sus mejillas y casi nada más.

Dios, mejor mantenía todo eso oculto de Sorcha.

En la silla junto a él, Sorcha soltó un resuello impaciente. Él tenía que decir algo pronto. Maldito sea Charles por traer este *enredo* a su puerta. Frustrado, Alec desplazó una mano entre las dos mujeres.

—Miss Ferguson, conoce a Miss Sewell.

—Es un placer conocerte —dijo Sorcha, con voz tranquila y segura. La saludó con una sonrisa, lo cual causó que Delia la mirara de arriba abajo. ¿Cómo se atrevía esta cipriana a tomar una actitud tan altiva hacia su prometida? Sorcha valía diez como Delia. Y aún más que eso.

—Igualmente —replicó Delia con un cabeceo displicente.

—¿Cómo fue tu viaje a Edimburgh? —preguntó Sorcha.

Delia caminó más dentro del salón y se colgó del brazo de la silla de Alec, como si perteneciera allí.

—Tan memorable como cualquier otro —miró a Alec bajo sus pestañas cubiertas.
—¿Recuerdas la vez que *fuimos* al campo por el fin de semana, sólo nosotros dos?

Alec soltó un gruñido, pero eso era todo. ¿La maldita mujer había perdido la cabeza? Un músculo comenzó a crispase en su quijada y sólo podía imaginar que su cara estaba púrpura.

–Tuvimos un viaje espléndido –Delia le dio otra mirada de superioridad a Sorch. Maldita sea.

–Realmente, no creo... –comenzó Alec.

Pero Delia continuó hablando:

–Llovía y pasamos la mayor parte del tiempo en la cama, cuando no estábamos acurrucados juntos en el coche –su profunda risa gutural casi se apoderaba de la habitación. Alec recordaba bien ese viaje. Le había pagado generosamente para ir con él, para que fuese su amante por un corto tiempo, sólo por la conveniencia de tener su fuerza vital a mano. Obviamente, ella había pensado en la ocasión más de lo que él lo había hecho.

Sorch se puso visiblemente más rígida en su asiento, lo cual hizo que Alec se levantara de su lugar.

–Necesitamos irnos –lanzó a la habitación en general. –Prometí llevar a Miss Ferguson con su padre a toda prisa –se miraron mutuamente a los ojos. –¿Estás lista, amor? –tormentas amenazaban tras sus pestañas. Gracias a Dios, Rhiannon no estaba cerca o una verdadera tormenta estaría amenazando puertas adentro.

Sorch se levantó de su asiento, enderezó los hombros y dijo:

–Puedo perfectamente llegar a casa por mi propia cuenta, Alec –luego, se dirigió hacia la puerta.

Él la tomó del brazo y la atrajo hacia sí, y luego susurró:

–Te acompañaré. De cualquier manera, había planeado conversar con tu padre esta noche.

–Desafortunadamente, Alec –disparó, su voz se quebró sólo una vez. –Necesito algún tiempo sola. Renshaw puede regresarme a casa –echó una ojeada alrededor de la casa de Alec. –Esta, ciertamente, no lo es.

Se dirigió nuevamente hacia la puerta y él se encontró persiguiéndola como un cachorro a sus pies.

–Sorcha, espera –intentó.

–Fue un placer conocerlos a todos –dijo Sorcha, correctamente, hacia el grupo. Luego, se volvió sobre sus talones y salió de la habitación, con la nariz elevada, los hombros orgullosamente hacia atrás.

No fue hasta que estuvo fuera de la puerta principal que permitió que se derrumbara la fachada. Sorcha acarició un ramal de hiedra que se abría camino por el frente de la casa. Le susurró a las plantas mientras las tocaba amorosamente.

–¡Sorch! –la mano de Alec sobre su hombro la sobresaltó.

–Oh, Alec –frunció el ceño. Luego sacudió la cabeza rápidamente y continuó bajando los escalones hacia el coche. –Debiste habérmelo dicho.

–¿Decirte qué? –preguntó mientras le tomaba la mano.

Ella se detuvo y se volvió para enfrentarlo.

–Que tenías una *amante*, Alec –susurró. Le acarició con la mano la barba de un día sobre su cara. –Por mucho que te ame, me rehúso a compartirte –inhaló profundamente y lo honró con una sonrisa húmeda. –Ella es hermosa, por cierto. Se parece mucho a Caitrin. Miss Sewell te servirá bien hasta que encuentres tu propia esposa.

–Ya he encontrado a mi esposa –aclaró. ¿Cómo se atrevía a asumir que sus sentimientos habían cambiado? ¿Cómo se atrevía a permitir que la presencia de Delia cambiara todo? ¿Cómo se atrevía a lanzarle el nombre de Caitrin otra vez? –Eres *tú*, Sorch.

–Entonces, ¿qué es ella para ti? –miró su cara con mucho cuidado.

–Es una prostituta –exclamó. –Nada más. Nada menos.

–¿La has mordido? –se veía tan triste cuando dijo las palabras.

Él asintió. No le mentiría. Pero, ¿qué esperaba? Él *tenía* que beber sangre para sobrevivir. Y no se disculparía por eso.

–¿Has compartido su cama? –le acarició el rostro otra vez, con voz suave como la seda.

–Sorcha esta conversación no es apropiada para un caballero y su novia –sabía que sonaba como un imbécil antes de que las palabras siquiera salieran de su boca. Pero no podía evitarlo. Discutir sobre una amante con la prometida no se hace, y ella estaba haciéndolo sentir más incómodo.

–Sé que has compartido su cama. Puedo verlo en la manera en que te mira.

–Ves a una mujer oportunista que deja cualquier cantidad de vampiros entrar a su cama a cambio de placer y unas pocas monedas.

Sorcha pareció pensativa por un momento.

–Voy a casa, Alec –dijo, finalmente. Él trató de seguirla. Pero ella levantó una mano. –De la manera como lo veo, ella ofrece lo mismo que yo, mi cuerpo y mi sangre, a cambio de un poco de placer y algunas monedas –miró hacia la casa y luego hacia sus finos vestidos. –Así que, ¿qué nos hace diferentes?

Había tantas respuestas a esa pregunta que no pudo escoger siquiera una.

–Tú eres mía –exclamó.

–Aun así, tú mismo dijiste que nunca, jamás podrás amarme, así que no sé cuál es la diferencia entre nosotras después de todo –entonces, se coló hacia el carruaje de Eynsford que aún esperaba y partió. Se había ido antes de que Alec pudiera concentrar sus pensamientos lo suficiente para seguirla.

Sorcha se acomodó en los cojines y luchó contra la necesidad imperiosa de llorar. Había sido afortunada al encontrar un hombre a quien amar. E infortunada de que era un hombre que no podía amarla a ella. Él había mordido a esa mujer. Esa prostituta. Esa pieza de perfección. Y la mujer estaba perdidamente enamorada de él.

Seguro, había mordido a Sorcha también. Y le había dado placer. Pero nunca le había dado su corazón. De hecho, le había dejado muy claro de que no le pertenecía.

Ella pensó que no tendría problemas con eso. Y probablemente no los habría tenido, si Miss Sewell no se hubiese paseado por el recibidor de Alec, recordándole a Sorcha que la sangre de una mujer era tan buena como la otra. Ella no era especial para Alec, y nunca lo sería. Y no pensaba que pudiera vivir con eso, después de todo.

Alec aún no le había pedido la mano a su padre. Todavía estaban a tiempo de deshacer lo que aún no estaba hecho. Sorcha golpeó en el techo del carruaje y le dijo a Renshaw que la llevara a donde los Westfield en lugar de conducirla a su casa. Tal vez Elspeth pudiera sanar un corazón roto antes de que se destrozara en un millón de pedazos.

Capítulo 26

Tan pronto Sorchá vio Westfield Mannor a través de la ventana del coche, tomó un respiro para calmarse. Más que nada en el mundo, quería que Elspeth la tomara entre sus brazos con reconfortante calidez. Quería que la sanadora calmara todo su dolor. Quería sentirse feliz. O no sentir nada en absoluto.

Nada era preferible al dolor sordo que lentamente constreñía su corazón.

El carruaje recorrió la calzada de piedra y Sorchá cerró los ojos, sintiendo cada salto hasta que el transporte, finalmente, se detuvo. El cochero abrió la puerta y le ofreció el brazo a Sorchá. El rostro del hombre se mostraba preocupado, y ella hizo su mejor esfuerzo por tranquilizarlo con una sonrisa.

—Gracias por todo, Renshaw. Probablemente, debas regresar a los Macleod. Creo que estaré aquí por un tiempo y luego regresaré en el carruaje de Lord Benjamín.

—¿Está todo bien, Miss Ferguson?

Oh, hubiese deseado que no preguntara eso. Las lágrimas se arremolinaron en sus ojos.

—Aye. Sólo no menciones nada de esto a Lord Eynsford, por favor. Cait debe saberlo, de todos modos, y eso ya es suficientemente horrible.

Renuientemente, el cochero asintió. Luego, Sorchá se precipitó por los escalones de piedra hacia la gran puerta de roble. Antes de que tocara, el joven mayordomo de los Westfield, abrió la puerta.

—¡Miss Ferguson! No tenía idea de que regresaría a casa —mantenía la puerta completamente abierta. —Entre, entre, mujer.

Ella cruzó la estancia y trató de sonreírle al exuberante mayordomo.

–Por favor, dime que Lady Elspeth está aquí, Burns.

Sería una suerte que se apareciera aquí y Elspeth estuviese ayudando a una partera en el otro lado de la ciudad.

Él le guiñó un ojo y cerró la puerta del frente.

–Milady está en la guardería, Miss Ferguson.

La guardería. Gracias a cielo que estaba en casa.

–Conozco el camino, Burns. La sorprenderé, si no te importa.

Burns asintió; casi irradiaba calidez y alegría.

–Creo que a ella le agradará, muchacha.

Sorcha subió dos grupos de escaleras y se abrió camino por el corredor y, luego, una más antes de llegar a la gigantesca guardería, finalmente. Uno pensaría que Lord Benjamín planeaba criar una manada completa de lycans por el tamaño de la habitación. A lo lejos, solamente la había llenado con quien sería una bruja de cabellos rojos, una diminuta. Desde la puerta, Sorcha escuchó la risa infantil de la pequeña Rose Westfield y el sonido casi la hizo llorar, aunque no estaba segura por qué.

Debió haber hecho algún angustiado sonido porque un instante después, Elspeth se levantó dentro de la guardería, con una expresión preocupada.

–¡Sorcha! –aulló, con sus rizos rojizos rebotando sobre los hombros. – *¡Recórcholis!* Pensé que estabas en Kent.

Kent, donde todos sus planes de un futuro lleno de lycans se habían retorcido. Sorcha no pudo aguantar más las lágrimas, no mientras estaba parada tan cerca de la única bruja que siempre había parecido algo más que una compañera de Hermandad. Los sollozos eran tan profundos que Sorcha no sabía de dónde venían, amenazando con partirla en dos.

–¡Oh, Sorch! ¿Qué sucede, amor? –entonó. –Seguramente no puede ser tan malo.

Pero era malo en cada parte y más. Sorch no podía hablar siquiera. Quería, pero las palabras simplemente no salían. Todo lo que podía hacer era sollozar.

Entonces, el bebé empezó a llorar también. Un segundo después, se oyeron unos pasos veloces por las escaleras.

–¡Ellie! –llamó Lord Benjamín desde abajo. –¿Qué diablos?

–Es Sorch –respondió Elspeth, acariciando la espalda de Sorch. –Creo que Rose está llorando por solidaridad. Ven a llevártela, ¿puedes?

¡Recórcholis! Sorch no quería que Lord Benjamín la viese así. Trató de detener su llanto, lo cual sólo la hizo gimotear aún más fuerte. Era una cosa que Elspeth la viera así. Elspeth era como la hermana mayor que nunca tuvo. La sanadora era el alma más amable y cariñosa que Sorch había conocido.

Elspeth podía sanar su corazón roto. Pero Lord Benjamín era un *hombre*. Un hombre lycan. Y el amigo más viejo de Alec MacQuarrie, o ex viejo amigo. De cualquier manera, no importaba.

Simplemente, no quería verlo. No ahora.

Antes de que ella pudiese tratar de componerse, Lord Benjamín Westfield estaba tras ella.

–¡Buen Dios, Sorch! ¿Estás herida?

Oh, estaba herida, más de lo que creía posible. Pero no quería decirle eso a *él*. Sonaba preocupado, lo cual sólo empeoraba su humillación. Y odió cuando le ofreció un pañuelo. Debe verse terrible.

–Quédate con Rose y déjame atender a Sorch –sugirió Elspeth y comenzó a remolcar a Sorch por el corredor.

Sorcha dejó que su amiga la guiara a un recibidor privado, suavemente iluminado, y se sentó en un cómodo sofá chintz. Elspeth se acomodó junto a ella y le tomó las manos.

—Respira profundo, amor.

Sorcha asintió e hizo lo que su amiga le indicó. Su respiración áspera comenzó a calmarse, y comenzó a sentirse como la idiota más estúpida de toda Escocia.

—¿Podemos hablar ahora? —Elspeth se inclinó más cerca, mirando a Sorcha a los ojos.

Pensó que ya podía hablar, así que asintió.

—Ne... necesito que me cures, El.

La preocupación no se desvaneció del rostro de Elspeth, y sólo oprimió más fuerte las manos de Sorcha.

—No siento ninguna enfermedad en ti.

Sorcha cerró los ojos para no verle la cara a su amiga.

—Tengo el corazón roto, El. Necesito que lo arregles. Sólo quiero ser yo misma otra vez. Quiero comenzar de nuevo.

Elspeth suspiró pesadamente.

—Oh, Sorch. Eso no es algo que yo pueda hacer. Los asuntos del corazón están más allá de mis poderes.

Los ojos de Sorcha se abrieron. Elspeth *tenía* que ayudarla.

Simplemente tenía que hacerlo.

—Pero...

—¿Quién te rompió el corazón? ¿Fue uno de los desvergonzados hermanos de Eynsford? ¿Cuál fue? ¿Qué te hizo?

Sorcha se ahogó con un sollozo. Cómo le hubiese gustado adherirse a su plan original.

—Nay —sacudió la cabeza. —Lord Radbourne o cualquiera de los otros habría sido mejor. Uno de *ellos* al menos podría haberse enamorado de mí. ¿*Por qué* desvié mi fin?

Porque, estúpida, tonta y vergonzosamente, se había enamorado de un hombre que nunca sería suyo. No de la manera que ella necesitaba.

—¿Qué ocurrió? —la voz calmada de Elspeth flotaba sobre Sorcha como un manta tibia.

—No tiene importancia. Sólo necesito ser curada. Quiero estar completa otra vez. Debe haber algo que puedas hacer. Por favor, El —Elspeth enjugó una lágrima de la mejilla de Sorcha.

—Si hubiese algo que pudiera hacer, Sorch, lo habría hecho por mí misma cuando Ben me rompió el corazón.

—Malditos hombres —gruñó Sorcha. —Siempre rompiendo corazones. Deberían ser encerrados, la mayoría.

Los ojos de Elspeth se abrieron y se levantó de un salto.

—*¡Recórcholis!* —chilló, corriendo hacia un lirio en un macetero en la esquina de la habitación. Al menos, solía ser un lirio en un macetero. Ahora era una nube de humo negro. —Nunca antes te había visto incendiar así una planta —Elspeth abanicó a la planta abrasada, como para airear la habitación. —Mejor me cuentas de que se trata todo esto o no quedará flor, arbusto o árbol que esté seguro en tu presencia.

Difícilmente, era culpa del pobre lirio que los hombres fuesen criaturas tan irresponsables, pero Sorcha no quería tratar de ayudar siquiera a la pobre planta por temor a hacerlo peor.

—¿Qué hiciste, El? ¿Cómo superaste el dolor en el que Ben te puso?

La bruja sanadora miró hacia la puerta como si esperara que quien había sido su irresponsable esposo apareciera.

—Tuve que perdonarlo.

—¿Perdonarlo? —la última persona a quien quería perdonar en este momento era Alec MacQuarrie. Él podría pudrirse con su amigo Mr. Browning y las dos prostitutas inglesas para lo que le importaba a Sorch.

—Tuve que hacer paces con la situación —explicó Elspeth.

Desde la puerta, Lord Benjamín se aclaró la garganta y Sorch le dio una mirada mordaz al hombre que normalmente adoraba. Él rebotaba a la pequeña Rose en sus brazos, aunque la preocupación aún le nublaba los ojos.

—Rose estaba preocupada por su madrina.

—Ben —regañó Elspeth, —estamos hablando.

Él se señaló la oreja izquierda con una mirada sarcástica.

—Y yo no puedo evitar escuchar, así que da lo mismo que me una —luego, miró a Sorch nuevamente. —¿Puedo asumir por tus lágrimas y el lirio dañado que tu cacería de lycans o salió como planeaste?

—¡Ben! —siseó Elspeth. —No estás ayudando.

Lord Benjamín se encogió de hombros, entró en la habitación y, luego, se dejó caer sobre una silla frente a Sorch.

—Cuéntame tus problemas, muchacha. Yo podría tener un punto de vista diferente.

Queriendo decir que era un *hombre*. Sorch bajó la mirada y no dijo nada.

—Vamos —dijo suavemente. —Sé que tienes el corazón puesto en uno de los hermanos de Eynsford. Pero no querías estar emparentada con él.

Elspeth regresó al sofá y retomó el lugar junto a Sorch.

–Ben, no estás ayudando –repitió.

–Además, Cait le ha dicho más veces de las que he podido contar que un lycan no está en el futuro de Sorch.

–Cait puede irse al demonio –gruñó Sorch, lo que hizo sorprender tanto a Elspeth como a su esposo lycan. Pero Sorch no retiraría lo dicho. No quería oír otra palabra sobre Cait o sus visiones. No, no había lycans en el futuro de Sorch, de acuerdo con Cait. El único hombre a quien podía buscar era un vampiro que nunca podría amarla. ¡No era justo! –Si quiero un lycan, no creo que deba permitir que las visiones de Cait se interpongan en mi camino. Además...

–¿Sí? –Lord Benjamín se adelantó en su asiento, cambiando a Rose de un brazo al otro.

–Sé lo que Cait ha visto para mí, y no quiero tomar parte de ello.

–¿Ella te lo dijo? –Elspeth se sorprendió. Todos sabían que Cait no compartía los futuros que veía. Iba en contra de los mismos principios de su don.

Sorch volvió a su hermana.

–¿*Tú* sabes lo que vio para mí? –se hubiese extralimitado si Cait le hubiese dicho a otros, pero no a ella. Elspeth simplemente parpadeó, lo cual realmente no respondía la pregunta de Sorch en lo más mínimo.

–Bueno, no importa. No me casaré con un vampiro que no puede amarme. Sanaste a un lobo roto, El. Tiene que haber una manera de arreglar mi corazón. Dime que tratarás.

–¿Vampiro? –repitió Benjamín. –¿Caitrin dice que tu futuro es con un vampiro?

–No importa lo que diga Cait. Me haré mi propio futuro. Tan pronto como Elspeth me cure.

–Para que tengas el corazón roto, debes haberte enamorado de esta criatura. Tal vez debería escuchar a Cait.

–Tal vez deberías...

–Alec –murmuró Benjamín.

Sorcha contuvo la respiración y miró al lycan. ¿Cómo se había dado cuenta tan rápidamente?

Él sacudió la cabeza como si le costara creer la historia.

–Es él, ¿no es así?

Las lágrimas saltaron a los ojos de Sorcha otra vez.

–No quiero hablar de él.

Alec caminaba de lado a lado a los pies de su cama, tratando de decidir cómo diablos se había metido en este problema. En un minuto, tenía a Sorcha en sus brazos y muy cerca de tenerla en su cama, y al siguiente, se había ido, dejándolo con un vampiro libertino y dos prostitutas, una de las cuales parecía estar sufriendo de esa vaga aflicción humana llamada amor, o tal vez solamente eran celos. Se frotó la frente con frustración.

Cuando Sorcha se fue, se había llevado con ella todo el brillo de su vida. Su pasión. Su felicidad. Su futuro.

Salió por la puerta y se lo llevó todo con ella.

Ahora, tenía que recuperarlo. Sólo tenía que hacerlo. La mirada de completa devastación en la cara de ella le habría roto el corazón, si tuviera uno aún. En su caso, sólo le preocupaba. Le preocupaba infinitamente que hubiese destruido su única oportunidad con ella. Le preocupaba que de alguna manera la hubiese lastimado. Y eso simplemente era intolerable. Mataría a cualquiera que le borrara la sonrisa del rostro de su bruja. Aquí había venido él mismo y lo había hecho.

Un golpe sonó a su puerta.

—Aléjense —rugió al escuchar el ruido.

—Mr. MacQuarrie —llamó Gibson, dubitativo. —Lamento molestarlo, pero tiene una visita.

Alec abrió la puerta con tanta fuerza que el anciano se tambaleó en la habitación.

—¿No has dejado entrar a esta casa suficientes personas por hoy? —explotó.

El mayordomo se ajustó la chaqueta y enderezó los hombros.

—Admití a los otros hace unos días —corrigió. —Mr. Browning me aseguró que él y sus hermanas eran sus grandes amigos de Londres. Y que usted estaría altamente irritado si no cumplía sus deseos y les permitía quedarse hasta su regreso.

Alec le dijo a Gibson una mirada de incredulidad.

—Sabes bien que esas mujeres no son sus hermanas —lo reprendió. —Dejaste entrar a dos prostitutas a mi casa.

—No sabía eso en el momento, sir. Pero lo sé ahora. Es por eso que han sido removidos al Thorne and Rose por el resto de su estancia. Les aseguré que usted estaría más que feliz de pagar por su hospedaje —el mayordomo lucía supremamente satisfecho de sí mismo.

—Pensé que sería más difícil que eso —murmuró Alec, rascando la barba de un día. Luego, entrecerró los ojos. —Te hubiese despedido si no encontrabas la manera de hacer eso.

—Puedo ser ingenioso cuando es necesario, sir —dijo Gibson, aún tenía una sonrisa de satisfacción. —Pero tiene otra visita en el recibidor, sir. Lord Benjamín ha venido a visitarlo.

—Puedes decirle a Lord Benjamín que puede irse directo al infierno —dijo Alec. Ese perro recrecido era la última persona que quería ver. Ahora o nunca.

Alec olfateó el aire. Ya podía oler el hedor del lycan dentro de su casa. Perfecto. Todo lo que necesitaba para hacer de esa noche un completo desastre era una reunión con Ben Westfield.

Una voz rugió desde abajo.

–¡Si Gibson me dice que me vaya directo al infierno, lo pondré en un armario hasta la mañana, y luego regresaré y te encontraré yo mismo!

Gibson quedó boquiabierto. Nunca había habido un cariño especial entre el mayordomo y Ben Westfield.

–Él no haría tal cosa –Alec le aseguró al anciano, aunque no estaba muy seguro de eso.

–¡Sí, lo haría! –vociferó Ben otra vez desde abajo. –Pruébame y verás, MacQuarrie.

–¿Cómo pudo escuchar eso, sir? –preguntó Gibson, bajando la voz con sorpresa.

Maldita sea la audición lycan de Ben. Podría oír un alfiler cayéndose en la casa de al lado. Por supuesto que podía oír las murmuraciones entre Alec y Gibson.

–El sonido se desplaza mucho en esta casa –replicó Alec.

–No tanto –contradijo el mayordomo.

–¡No será lo único que se desplace si no traes tu trasero escaleras abajo y vienes a hablar conmigo! –rugió Ben, la voz se aumentaba cada vez más. Los malditos vecinos deben estar oyéndolo a este punto.

Alec miró a su atónito mayordomo.

–Lord Benjamín cayó de cabeza cuando era un bebé. Eso, obviamente, le afectó la audición. Y el sentido común.

–¡Mi sentido común está bien! –el airado lycan bramó otra vez desde abajo. –¡Es mi casa la que está trastornada. Una encantadora dama, que normalmente tiene buena mano con la naturaleza, está destruyendo cada planta y cada flor que poseo. Y

tengo la plena certeza de que ella estará muy complacida conmigo si entierro tu trasero en algún lugar en Arthur's Seat!

¿Sorcha estaba en casa de Westfield? Alec se precipitó hacia fuera y escaleras abajo tan rápido que el anciano mayordomo sólo pudo quedarse viendo. El amigo más antiguo y querido de Alec se reclinaba casualmente de la entrada del recibidor y lo observaba con una mirada de turbación.

–Finalmente, tengo tu atención, ¿no es así?

–¿Sorcha está en tu casa? –Alec logró decir.

–Es un placer verte también –dijo Ben, lentamente, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

–Desearía poder decir lo mismo.

Ben se dirigió por el corredor hacia el estudio de Alec.

–¿Adónde vas? –habló a la espalda del amigo que se retiraba. Luego, Alec lo siguió. Maldición, ¿quién era el perro aquí? ¿Él o Westfield?

–Asumo que aún tienes whisky, aun cuando ya no puedes beber –murmuró Ben, mientras revolvía el aparador de Alec. Sonrió ampliamente cuando encontró la licorera que quería y se sirvió un vaso lleno de líquido ámbar. Luego, se dejó caer sobre una silla ancha frente al escritorio de Alec.

–Siéntete como en casa, por favor –gruñó Alec mientras se tiraba sobre su silla tras el escritorio.

–Creo que lo haré, considerando que en mi propia casa hay una tormenta. Y es todo por tu culpa –Ben tomó un largo sorbo de su vaso. Luego, se inclinó hacia delante y le dio una mirada a Alec. –Me gusta mucho dormir con mi esposa.

–No necesito saber sobre tus proclividades en la recámara, Westfield –dijo Alec, mientras trataba de lucir ofendido por la mera sugerencia.

–Me gusta dormir con mi esposa por muchas razones, aunque la probabilidad de que eso ocurra esta noche disminuye cada momento que Ellie trata de calmar a Sorch, y todo porque *tú* cometiste la estupidez de traer a tus amantes a la vista de tu prometida. Ahora dime, ¿qué clase de tonto hace eso?

–Tú eres el más indicado para hablar de ser estúpido –si se iban a sacar mutuamente los errores, la lista de Ben se alargaría de aquí a Aberdeen.

Ben se encogió de hombros.

–Podemos discutir mis pecados si quieres, aunque difícilmente veo cómo eso puede ayudarte con Sorch.

–No necesito tu ayuda con Sorch –no necesitaba nada de su viejo amigo, aparte de que el hombre se diera la vuelta y regresara a su casa.

–Oh, no concuerdo contigo. Necesitas toda la ayuda que puedas conseguir.

–Mi situación no te concierne –Alec trató de sonar arrogante y despreocupado, pero falló miserablemente, le parecía.

–Pero sí me concierne –continuó Ben. –Ellie y Sorch están conectadas y, por ende, el estado mental de mi esposa me concierne totalmente.

Ese maldito cuento de la armonía otra vez. Alec casi gruñó.

–Ahora, ¿quién instala a su amante en su casa? –presionó Ben. –¿Esta mujer significa algo para ti?

¡Por el amor de Dios!

–Ella no es mi amante. Es una prostituta. Nada más, nada menos.

Ben tomó un profundo respiro y se reclinó de nuevo en la silla.

–Nunca dejes que Ellie te escuche diciendo eso.

Lo que sea que eso signifique.

–Sólo vete, Ben.

Quien había sido su amigo una vez, suspiró:

–Sé que detestas mi clase, Alec –sostuvo una mano en alto cuando Alec iba a interrumpir.

–Pero no puedo cambiar lo que soy más de lo que puedes tú.

–Pudiste habérmelo dicho –murmuró Alec.

–No, no pude. Hay pactos para evitar eso –se encogió de hombros. –Y Simon me hubiese arrancado la cabeza si lo hubiese intentado siquiera –miró a Alec tan directamente que quiso desviar la mirada, pero se rehusó a hacerlo. –Quise contártelo más de una vez a través de los años. Simplemente, no era posible.

–Pero ahora lo sé –Alec no estaba seguro si eso era algo bueno o malo.

–Al igual que yo sé lo que eres –replicó Ben.

–Al menos, a ti te *gusta* lo que eres –Alec dijo en voz baja.

Pero Ben lo escuchó de igual manera.

–No siempre. Hubo una época cuando detestaba lo que era. Me hacía sentir fuera de control. Hasta lastimé a Ellie por eso. Gracias a Dios, me perdonó. No podría vivir sin ella.

Alec hizo un sonido gagging que puso una sonrisa en la cara del lycan.

–No eres inmune al amor, mi amigo –le informó Ben.

–No tengo aspiraciones de amar –Alec scoffed. Pero algo dentro de él punzó, como si un pedazo de él se estuviese partiendo en dos. Se frotó el pecho ausentemente.

–¿Te ocurre algo? –preguntó Ben, su rostro mostraba preocupación.

–No –Alec desechó la pregunta del lycan. –¿Dónde está Sorchia ahora?

—Estaba en Manor cuando me fui, rogándole a Ellie que sanara su corazón roto — Ben tomó otro sorbo de su whisky. Que no daría Alec por saborear eso otra vez, de sentirse entumecido.

—Ha llorado hasta que ya no le quedan lágrimas. No puedo decirte cuán doloroso es oír la profesar cuánto te ama, hasta está dispuesta a conformarse con alguien que no puede amarla. Pero no está dispuesta a conformarse con alguien que no puede serle fiel. Es una muchacha lista, esa.

Alec sintió dolor otra vez. No lo había sentido desde que se convirtió.

¿Qué diablos?

—¿Elspeth la ayudará? —considerando todo, Sorchá estaría mejor si no lo amaba. Por supuesto, él estaría absolutamente destruido si lo hiciese, pero sería por su bien.

—Ella no tiene ese poder —Ben respiró profundamente. —Pero tú sí.

—No sé qué hacer —el dolor de la separación entre su amigo y él comenzó a aliviarse un poco, y Alec se sentía más calmado de lo que había estado en bastante tiempo. La única persona que lo hacía sentirse mejor que eso era Sorchá. Su Sorchá.

—Sabes, hay un viejo adagio que dice que los lycans viven al día.

—¿Y asumo que me fastidiarás con eso? —dijo Alec con sarcasmo.

—Habla del hecho de que un lycan no puede amar a otra persona hasta que aprenda a amarse a sí mismo. Sé que odias lo que eres ahora —cuando Alec iba a interrumpir, Ben levantó una mano. —Sé que sí. Puedo verlo por toda tu cara. Pero no puedes cambiarlo. Puedes continuar con este fútil desprecio a ti mismo, o puedes dejar que esa muchacha te ame y darle la mejor vida que ella podría haber soñado.

—Ella merece algo mejor que una vida conmigo. Pero yo soy tan egoísta que le impido que lo tenga —odiaba eso de sí mismo. Pero la idea de dormir en una cama fría y vacía por el resto de su vida lo hacía sentirse hueco por dentro.

—Como estaban las cosas cuando salí de casa, ella no te querría ahora aunque el Regente se lo ordenara. Así que te sugiero que desempolves tu ropa de cortejo y

empieces a trabajar para persuadir a la muchacha, sin mencionar a su padre, de que eres el correcto para ella.

—¿Y si no lo soy?

—Entonces tendrás que mejorar eso —Ben se encogió de hombros. —Además, obviamente hay algo en ti que enamoró a Sorch, MacQuarrie. Sólo tienes que recordarle qué era eso.

¿Recordarle la pasión que sintió en sus brazos? Eso no era muy probable que pasara, no si la mirada mordaz que le dio cuando escapó de su puerta era alguna indicación.

—Los hombres como yo no cortejamos mujeres —murmuró Alec, aunque el hombre que alguna vez había sido lo haría.

—Lo hacen si quieren ganarlas, idiota —Ben se puso de pie y colocó el vaso vacío sobre el escritorio de Alec.

—No necesitas insultarme —murmuró Alec.

—La próxima vez que esa muchacha llegue a mi casa llorando, te haré peores cosas que insultarte.

—Como si pudieras conmigo —se burló Alec.

—Me divertiré tratando —admitió Ben. —Luego le diré a Wallace Ferguson que mordiste a su hermana y me sentaré a ver qué pasa.

—¿Ella *te dijo* eso? —Alec no podía creer que ella divulgara esa información.

—Tenía tu esencia por todo su cuerpo cuando llegó a mi casa —Ben se encogió de hombros. —El resto era fácil de imaginarse.

—Sigo olvidándome de ese maldito olfato de ustedes —dijo Alec.

—Y yo sigo olvidando que eres un idiota. Entonces, me lo recuerdas otra vez —Ben se encogió de hombros. Luego, miró directamente a Alec. —Arregla las cosas, viejo amigo.

Alec asintió ausentemente. Si tan sólo supiera cómo hacerlo.

Capítulo 27

Alec subió a zancadas los escalones de la recién construida casa de Ben Westfield. Caitrin la había llamado una monstruosidad, y no estaba muy lejos de eso. En las afueras del propio Edimburgh, Westfield Manor era una desmadejada casa neoclásica con arcos decorativos y columnas vistosas, que exudaba la sensación de una propiedad de campo inglesa. De hecho, la casa rivalizaba con la del hermano mayor de Ben en Hampshire, tanto en tamaño como en grandiosidad. Era muy Westfield.

Antes de que Alec alcanzara el escalón final, un hombre demasiado joven para ser un mayordomo apropiado abrió la puerta, con una alegre sonrisa en su juvenil cara.

–Buenas noches, sir.

–Buenas noches, yo... –comenzó Alec.

–Usted debe ser Mr. MacQuarrie –el joven hizo señas a Alec desde la estancia. – Milord dijo que debería estar esperándolo.

–¿Lo hizo, de verdad? –Alec no se había decidido sobre esta disyuntiva hasta, al menos, una hora después de que su viejo amigo partiera. Le dio su sombrero al mayordomo cuando el hombre extendió la mano por él.

–Aye. Asumo que está aquí para ver a Miss Ferguson.

Estaba ahí para ver a Miss Ferguson. Sólo deseaba tener una idea de qué decirle a la muchacha. El trayecto desde MacQuarrie House hasta la casa de campo de Ben no había producido ninguna respuesta a ese problema.

–¿Ella aún está aquí?

—¿Miss Ferguson? —el hombre sonrió otra vez, y Alec sintió la repentina urgencia de estrellar al joven mayordomo contra la puerta más cercana. Claramente el hombre estaba atontado con Sorch, sólo por la manera como pronunció su nombre. Maldito sea Ben por contratar un simple chico para este puesto. Un mayordomo debe ser estoico, viejo y no tan estúpidamente alegre. —Creo que está en la guardería, sir —luego, el hombre se inclinó, conspiradoramente. —Lord Benjamín dijo que no debería anunciarlo, o espantaría a la muchacha. Sígame.

¿Espantar a la muchacha? Difícilmente. Sorch no le temía.

Podía ponerlo en su lugar mejor que nadie. Aun así, podría rehusarse a verlo, lo cual era algo completamente diferente. Y si no quería verlo, ¿entonces qué? Él aún no tenía idea de lo que diría cuando la viese; sólo necesitaba posar sus ojos en ella otra vez.

Alec asintió al exuberante mayordomo.

—Guíame —luego, siguió al joven por las escaleras. —¿Has trabajado con los Westfield por mucho tiempo?

El mayordomo miró a Alec por encima del hombro. —Desde que llegué de Glasgow. Milady dijo que le gustaba mi visión de la vida.

Eso explicaba la colocación del hombre. La tierna Elspeth había pasado la mayor parte de su vida en una pequeña cabaña. No sabría lo básico sobre contratar sirvientes apropiados.

La enorme casa y el gracioso personal serían descabelladamente divertidos en cualquier otro día. Pero Alec sólo podía pensar en ver a Sorch otra vez.

Luego de una segunda escalinata y lo que parecía un laberinto de corredores, Alec se encontró fuera de la espaciosa guardería. Un canturreo suave y melódico se filtraba hacia el pasillo, y Alec le hizo señas al mayordomo para que lo dejara.

Una vez solo, recostó el hombro contra el marco de la puerta y vio a Sorch alborotada por un bebé de cabellos rojizos.

Dios, era hermosa. Tan etérea, tan dulce, tan completamente merecedora de más de lo que él pudiera darle. Debería girar sobre sus talones y silenciosamente dejarla vivir su vida con algún hombre que pudiera compartir todo con ella: corazón, cuerpo y alma.

Realmente, verdaderamente debería hacerlo.

El bebé lo miró desde el otro lado de la habitación y levantó su mano rechoncha en su dirección. Sorchá siguió la acción de la niña y se sorprendió cuando sus ojos se tropezaron con Alec. Él no podía irse ahora. No ahora que ella lo había visto. Él lucía como un maldito tonto.

—Sorchá —murmuró, a falta de mejores palabras.

—¿Qué estás haciendo aquí? —¿Cómo era posible que sus ojos café se volvieran tan fríos? Alec casi se estremeció.

Tomó un aliento fortificante y entró en la guardería.

—Yo, um, escuché que toda la vida vegetal en Westfield Manor estaba en peligro y necesitaba ser rescatada. Así que pensé venir a ver si había algo que pudiera hacer.

Sorchá volvió la mirada al bebé en sus brazos.

—Tu papá es un chismoso entrometido, Rose. ¿Deberíamos atarlo con hiedra venenosa y luego lanzarlo en Dunsapie Loch además?

La pequeña Rose Westfield rió, aunque no era posible que entendiera una palabra de lo que Sorchá dijo.

—Oh, creo que sí —Sorchá arrulló a la niña.

—¿Estás poniendo a la pequeña en contra de su padre? —preguntó Alec mientras daba unos pocos pasos más cerca de ella. —Ben estará devastado.

—Entonces supongo que *Ben* debería ocuparse de sus propios asuntos. Deje muy en claro que no quería verte.

–Sorch –Alec bajó la voz. –Permíteme explicarte. Merezco esa consideración, ¿no crees?

Finalmente, sus ojos se encontraron con los de él.

–No puedo imaginar qué necesitas explicar, Alec. Puedo ser joven, pero comprendí el tipo de relación que tienes con Miss Sewell.

–Creo que no lo hiciste.

Ella volteó los ojos hacia el cielo.

–No sea condescendiente conmigo, Mr. MacQuarrie. No lo aprecio.

Qué no haría por tomarla y besar el dolor de su adorable rostro.

–¿Qué harás, Sorch? –sonrió, esperando verla hacer lo mismo. –¿Me atarás en hiedra venenosa y me lanzarás en Dunsapie Loch, junto a Benjamín?

–Nay –inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviese pensando. –Hay un castillo desmoronándose cerca de Strathcarron en los Highlands. Es el lugar perfecto para encerrar a un vampiro. Sólo necesito conseguir las llaves de Aiden Lindsay.

El castillo donde la generación previa de brujas *Còig* habías dejado pudrir a Lord Kettering por dos décadas. El castillo donde Alec había perdido su vida humana.

–Ya he estado ahí antes y preferiría no ver ese lugar otra vez, si no te importa. ¿Qué te parece Birks End en su lugar?

Ella lo miró, burlonamente.

–¿Birks End?

–Mi casa en East Galloway –acortó la separación entre ellos y corrió un dedo por su barbilla. –Podemos escapar a Birks End y puedes atarme en toda la hiedra que quieras, siempre y cuando estés conmigo.

Su corazón latió tan fuerte que él pudo oírlo. La sangre corría por sus venas, y el recuerdo de probar su esencia se precipitó a su mente.

—Deberías llevar a Miss Sewell contigo —susurró. Pero él se dio cuenta de que ella se estaba suavizando con él porque sus ojos se habían templado un poco y un toque de rosa manchaba sus mejillas. Gracias a Dios no era inmune a él, aún si sus palabras decían diferente.

La pequeña Rose Westfield se removi6 en los brazos de Sorch y asió la corbata de Alec con su puño. Él miró al sonriente bebé. Bueno, al menos había encantado a una de las brujas de la habitación, aún si Rose tenía sólo unos meses de nacida.

—Realmente se parece a Elspeth, ¿no es así?

Sorch trató de abrir los dedos de la niña para liberar la corbata de Alec.

—Es la brujita más hermosa de todas —la arrulló.

—Es adorable, pero no diría que es la bruja más hermosa de todas —Alec le sonrió a Sorch cuando levantó la mirada hacia él. No, la bruja más hermosa de todas tenía que ser Sorch. No era solamente su porte angelical; era su belleza interior que brillaba a través de todo lo que hacía... bien sea derritiéndose por la bebé de Ben o arrojándose a sí misma sobre su propia espada para salvarlo de la Duquesa de Hythe. Nadie, bruja o lo que fuese, era más adorable que Sorch Ferguson.

Aprensivamente, se alejó de Alec, con Rose en los brazos.

—Mejor no dejes que Benjamín te oiga decir eso. Te retará a duelo en Holyrood Park.

Alec rió.

—Él difícilmente es un reto. Pero, tú... estoy encantado por el reto que eres, Sorch.

Ella sacudió la cabeza.

—No digas esas cosas, Alec.

—Pero es verdad —se acercó a ella, esta vez tuvo cuidado de evitar los dedos de Rose Westfield.

–Pero esa mujer...

–No significa nada para mí –profesó Alec. –Nunca lo hizo, Sorch.

–Se parece a Cait.

¡Querido Dios!

–¿Por qué ambas son rubias? Te juro, muchacha, la mujer nunca significó nada para mí, más que una comida. *Tengo* que comer. Seguramente, no podrás culparme por eso.

Ella le dio la espalda y cruzó la habitación hacia la amplia ventana. No había nada más que oscuridad afuera, pero ella observaba como si pudiese ver un día claro cruzando el océano.

–No puedo ser Caitrin –murmuró, finalmente, después de un largo silencio. – Sólo puedo ser yo.

Sólo Sorch era más de todo lo que alguna vez quiso. Alec se colocó detrás de su espalda en un abrir y cerrar de ojos, con la mano sobre su cintura. Inhaló su esencia de flores de manzano y enterró la cara en su hermoso cabello castaño.

–No quiero a Cait.

Le besó el hombro, apretándola hacia él.

–Te quiero a *tí*, Sorch.

Ella jadeó cuando le tocó la piel con sus labios, pero no se alejó y Alec se regocijó en silencio.

Rose Westfield escogió ese momento para llorar.

Alec levantó la cabeza para mirar el rostro arrugado del bebé. Era positivamente encantadora a su manera, toda rosada y con pequeños rollos rechonchos. Hasta olía a arándano, si eso era posible. ¿*Era* posible? ¿O su nariz lo estaba engañando? Una pequeña parte de él quería admitir que extrañaría no tener hijos.

Siempre había asumido que algún día sería padre. Tendría un pequeño que se parecería a él. O una niñita que adoraría quien se parecería a Sorch. Gruñó.

–Suenas como si tuvieras el peso del mundo sobre tus hombros, Alec –dijo Sorch en voz baja mientras inclinaba la cabeza sobre su pecho.

–Cuando te tengo en mis brazos, todo está bien con el mundo, Sorch –la oprimió gentilmente. –Tu padre se preocupará si no te llevo a su amoroso cuidado muy pronto –le recordó Alec. Él no quería dejarla, pero no podían quedarse en la guardería de Westfield toda la noche.

La voz del lican sonó desde el corredor.

–¿Todo está bien ahí dentro? –preguntó Ben, con una voz llena de sospecha juguetona. Como siempre, era tan sutil como una roca. –Estaba empezando a creer que, a estas alturas, lo tenías atado con las viñas y colgado su triste trasero fuera de la ventana.

–Lamento decepcionarte –replicó Alec.

–Sí lo pensé –exclamó Sorch. –Pero la ventana parecía muy ordinaria. Preferiría un árbol. O el borde de un acantilado.

–O la cima de Arthur's Seat –Ben le guiñó un ojo.

–Exactamente –Sorch suspiró con alegría fingida. La pequeña bruja.

Ben se inclinó más cerca de Sorch y le susurró, dramáticamente:

–Tu padre envió un coche a buscarte, muchacha. Parece que sabe que has regresado y que no has ido a saludarlo.

–Oh, cielos –Sorch chilló mientras le pasaba el bebé a Ben. –Si ha ido tan lejos como para enviar un carruaje, mejor me apresuro –comenzó a salir de la habitación. Pero luego, se volvió y miró por encima del hombro. –¿Vienes, Alec?

Por supuesto que iría. Dragones salvajes no podrían apartarlo de su lado, no ahora que la tenía de vuelta.

Parecía que había pasado una eternidad desde que Sorchá había dejado su hogar. Aproximadamente un mes con Blaire y Lord Kettering en Derbyshire. Un par de semanas con Rhiannon y Lord Blodswell en Londres.

Un mes con Maddie y la Duquesa de Hythe en Kent.

Luego, más de dos semanas en el North Road con Alec, Cait y Eynsford. Pero ahora que estaba en casa, no se sentía muy correcto. Todo sonaba igual, y el ligero zumbido de actividad era reconfortante. El hogar se veía igual con sus paredes de colores brillantes relucientes detalles dorados. Hasta olía igual, a loción de afeitar de sándalo y a los bizcochos de canela que papá y Wallace devoraban todo el tiempo. Aun así nada era igual, aunque Sorchá no podía señalar qué exactamente era diferente.

Antes de que pudiera comentarlo con Alec, la voz de su padre retumbó desde el otro extremo del corredor.

—¿Olvidaste el camino de regreso a casa, muchacha? —un instante después, se encontró envuelta en sus brazos, exprimiéndole el aire de los pulmones.

—Suéltame, papá —rió.

Pero no lo hizo. Sólo la abrazó más fuerte.

—Te extrañé tanto. Pensé que era un error cuando Eynsford envió una nota esta noche, asegurándose de que llegaste bien a casa.

Tras ellos, Alec rechinó los dientes, lo cual sólo hacía reír más a Sorchá.

—¡Por favor, papá! Necesito respirar.

La soltó lentamente. La miró de arriba abajo y dio un paso atrás. El orgullo y el amor brillaron en su mirada, y Sorchá no pudo evitar sonreírle. Lo que sea que era

diferente en casa, ciertamente no era su padre. Del tamaño de un ogro, aún tenía la cabeza llena de cabello negro y ojos almendra que chispeaban de felicidad.

–Eres una visión para los ojos doloridos, pero pensé que te ibas a quedar con la duquesa un tiempo más.

Ese había sido el plan, pero Sorchasacudió la cabeza.

–Papá, tengo algo que decirte.

Pero Mr. Ferguson vio a Alec antes de que Sorchapudiese decir más.

–¡Alec MacQuarrie! ¡*Recórcholis*, han pasado años! Pensé que nos habías dejado para siempre el año pasado.

–Bueno, sir, yo...

–Entra, entra. ¿Ya has cenado, muchacho?

–Yo... um... –pugnaba Alec.

–Debes unirte a nosotros –el padre de Sorchaseñaló hacia el corredor. –Estoy seguro de que a Wallace le encantará verte.

–Gracias, sir, pero...

–Sin peros. Quiero oír qué has estado haciendo, muchacho –luego, comenzó a guiar a Sorchaal comedor. –Ven con nosotros, MacQuarrie.

Sorchamiró por encima de su hombro al vampiro que amaba. Él los seguía, con una mirada de puro regocijo en su rostro. Al menos, no estaba molesto con las maneras toscas de papá. Ya tendrían tiempo de compartir las noticias después de la cena, cuando su padre no estuviese tan emocionado y fuese capaz de escuchar en lugar de ser tan efusivo.

–¡*Caramba!* –Wallace Ferguson saltó sobre sus pies, derribando una silla en el proceso. –¡Sorchas! Pensé que Eynsford era un tonto, diciendo que estabas en casa –su medio hermano gigante se acercó rápidamente y la atrajo en un abrazo tan apretado como el de su padre.

–Cuida tu fuerza, Ferguson –dijo Alec. –No quieres romper a la muchacha en dos.

Wallace soltó a Sorchá y se quedó boquiabierto con Alec.

–¡Buen Dios! ¡Alec MacQuarrie! Pensé que estabas muerto.

Capítulo 28

Sorcha miró muy cuidadosamente como Alec fruncía el ceño con la comida de su plato. Había muy poco que pudiera hacer. Desde que Wallace había hecho el infortunado comentario sobre la mortalidad de Alec, o la falta de ella, su vampiro no había sido el mismo. Desearía saber por qué su hermano habría dicho tal cosa. ¿Con quién había estado hablando?

Alec hizo un buen teatro, empujando el salmón de un lado al otro para hacerlo ver como si estuviese comiendo. Pero ella sabía que no. Le recordó a un niño que esconde sus coles de Bruselas en sus bolsillos para no tener que comerlas, sólo para que los sirvientes encontraran un pañuelo de ellos en los lugares más extraños. ¿Qué más podría hacer? Terminó sentada entre su hermano y su padre a la mesa. Alec no podía cambiar sus platos desde esa distancia. Aunque su familia había estado enfocada solamente en ella desde que tomaron asiento.

Ya le habían pedido que describiera cada aspecto de la casa de Blaire en Derbyshire. Tuvo que detallar las semanas en Londres y su entretenimiento con Rhiannon y Lord Blodswell. Y tuvo que decirles todo sobre la Duquesa de Hythe y su nueva amiga, Lady Madeline. La quijada había empezado a dolerle de tanto hablar.

—Sorcha, ¿cómo fue viajar con Eynsford y Cait todo el camino desde Kent? Es un camino muy largo. ¿Fueron una compañía terriblemente pobre para una muchacha soltera? —le preguntó su padre mientras se servía una zanahoria en el plato.

—Para ser honesta, Cait estuvo sintiéndose un poco mal. Aparte de eso, el viaje estuvo muy bien —le dio una mirada furtiva a Alec. —Pero Alec viajó con nosotros, papá. Podría tener una opinión diferente.

–¿Qué tal estuvo, MacQuarrie? –el padre, finalmente, giró su atención hacia Alec. –¿Eran nauseabundos con todo ese balbuceo de amor? Ese par casi me revuelve el estómago con su adoración flagrante del uno por el otro.

–¿Debemos discutir esto en la mesa, papá? –interrumpió Sorch. No sólo era un tema delicado para Alec, sino que también eran de mala educación tales cosas en una cena familiar.

Alec empujó una papa a través del plato. Pobre hombre. Debía sentirse terriblemente incómodo.

–¿No tienes hambre, MacQuarrie? –preguntó Wallace. –La cocinera estará inconsolable si le envías de regreso el plato completo. Se enorgullece de ser la mejor en cuatro condados –se palmeó el estómago como si eso fuera la prueba que cualquiera necesitase para confirmar tales afirmaciones.

–Oh, no. Está maravillosa. Pero comí recientemente –la mirada de Alec cayó al cuello del vestido de Sorch y un cálido rubor subió por las mejillas de ella, estaba segura. Él *no había* comido recientemente. Pero probablemente le gustaría. Y pronto.

A ella le gustaría un poco también.

–¿Estás bien, Sorch? –preguntó Wallace, frunciendo las cejas con inquietud. –No te ves bien.

Sorch se abanicó la cara.

–Está un poco caliente aquí dentro, es todo.

–Y te hemos estado haciendo hablar, casi sin parar –el padre frunció el ceño. –Así que déjame contarte de qué te has perdido. –mientras comenzaba a hablar sobre todas las cosas que habían pasado en su ausencia, Sorch trató de pensar la manera de ayudar a Alec con la comida en su plato. Luego, tuvo una brillante idea.

Una linda planta en un macetero estaba en el medio de la mesa del comedor, sus ramas y hojas caían delicadamente sobre los lados del contenedor. Sorch

extendió la mano y, gentilmente, frotó la planta, la cual despertó bajo sus dedos. Ella rió mientras se frotaba con la palma de su mano como un gato que la extrañaba.

–Deja de jugar con la planta, Sorch –dijo su padre. –Y come tu cena.

–Sí, papá –concedió con una pequeña sonrisa.

Pero con una breve mención en la mente, le dijo a la planta exactamente lo que quería que hiciera y luego rió para sí por la reacción que esperaba de Alec. Miró de reojo mientras la furtiva plantita se deslizaba sobre la mesa y le cosquilleaba el dorso de la mano a Alec. Él saltó en su asiento e, inmediatamente, levantó la mirada del plato. Sus ojos se encontraron, había una advertencia en la oscuridad espesa de los ojos de Alec. Lucía tan adorable cuando estaba desconcertado. Ella sintió ganar de removerse de emoción en su silla.

La diminuta rama se deslizó por la mesa y bajo el borde del plato de Alec, luego se extendió sobre el borde y arrebató una papa con su golosa garrita. Luego, se retiró a su contenedor con el premio. Una papa caída, faltaban otras tres más.

Alec le señaló silenciosamente que detuviera las travesuras, añadiendo un violento manoteo cuando su padre no estaba mirando. Pero ella se estaba divirtiendo demasiado.

Luego de que la pequeña rama escondió todas las papas, continuó con el salmón. El pescado resultó ser mucho más difícil de sujetar, así que la rama tuvo que conseguir la ayuda de algunas hojas sobre las que Alec pudiera barrer el salmón del plato. Luego, todos los pedazos desaparecieron.

Sorcha estaba positivamente encantada cuando llegó el postre.

La crema de frambuesa siempre había sido uno de sus favoritos.

Pero la crema resultaría ser mucho más mañosa para remover del plato. Lo pensó mucho y sonrió cuando, finalmente, se le ocurrió qué hacer.

Pronto trajeron la crema y Wallace, como esperaba, devoró dos porciones de postre antes de que Sorcha siquiera pudiera poner la cucharilla en su propio pastel. Por supuesto, Alec no había tocado ni un bocado del suyo. Un cambio sería sencillo,

especialmente porque parecía que Wallace podría robar el que estaba frente a Alec justo debajo de sus narices. Así que Sorchá animó a la linda flor a que se deslizara sobre el plato de Alec, se lanzara directamente sobre el revoltijo pegajoso, y girara alrededor para que las hojas se cubrieran.

Todo el tiempo, Alec lució positivamente mortificado, pero su padre y Wallace estaban discutiendo la última inversión de envío y estaban demasiado absortos para darse cuenta de que ella no les estaba prestando atención, mucho menos que estaba atormentando a Alec con sus poderes.

Alec le lanzó una mirada tempestuosa cuando la pequeña flor, cargada con el pesado y cremoso postre se elevó por su chaleco y tocó la punta de su nariz, dejando una mancha de revoltijo pegajoso rosa en ella. Alec se limpió con la servilleta y gruñó en voz baja. Ella le pidió a la flor que lo hiciera otra vez, sólo que esta vez él movió la cabeza para evitar a la planta y chocó en su mejilla.

Sorchá se cubrió la boca cuando, finalmente, se le escapó la risa.

—Sorchá —retumbó el padre junto a ella.

—¿Sí, papá? —preguntó, forzándose a quitar la mirada del desastre de cena de Alec.

—¿Por qué Mr. MacQuarrie conoce sobre tus poderes? Lo has atormentado con ellos toda la noche. ¿Hay algo que yo no sepa?

Alec tosió, delicadamente, en su mano antes de hablar.

Su voz tembló sólo un poco cuando dijo:

—Es porque me gustaría casarme con ella, sir.

Todos los ojos recayeron sobre Alec tragó saliva, incómodamente.

–Yo... uh... probablemente debí haber pedido hablar con usted en privado, Mr. Ferguson.

Seamus Ferguson le dio una rápida mirada a su hija y, luego, volvió su atención a Alec.

–¿De eso se trataba todo tu tartamudeo inarticulado cuando llegaste? Nunca supe que sonaras tan tímido, MacQuarrie.

Sorcha resopló.

–¡Papá!

Su padre frunció el ceño, lo cual era una rareza en el hombre que, generalmente, era el epítome de la jovialidad.

–Límpiate la mejilla, muchacho. Luego, búscame en el estudio.

Sorcha se levantó de su silla, sólo para ser recompensada con una mirada severa de su padre.

–Siéntate –le ordenó Seamus.

Sorcha se sentó, pero puso mala cara al mismo tiempo.

–Papá, deberías al menos oírme.

–Está bien, Sorch –Alec se limpió la traza de crema de frambuesa de la mejilla y se levantó de su silla. –Tu padre tiene razón.

Seamus Ferguson ni siquiera miró atrás para asegurarse de que Alec lo estaba siguiendo desde el comedor. No importaba. Alec estaba justo detrás de él.

Este era el momento en el que Alec había pensado desde el hilo de inventos que habían salido de los labios de Sorcha en su intento de salvarlo de la ira de la Duquesa de Hythe.

Bueno, había tenido otros pensamientos en el camino, más carnales, ciertamente. Pero este, pedirle al padre por su bendición, había permanecido con él todo el viaje.

Si su padre tenía algo de sentido común, rehusaría la oferta de Alec. Y si había algo en Seamus Ferguson era sentido común.

De hecho, tenía muchas cosas. Inteligencia para los negocios.

Habilidad para medir a las personas. Devoción por su hija. Y encima de todo eso, Alec tenía que decirle al hombre toda la verdad.

Tan pronto como Alec entró en el estudio de Seamus Ferguson el anciano caballero cerró la puerta para evitar que alguien más oyera su conversación.

—¿Whisky? —le preguntó, manteniendo su ahora perspicaces ojos almendrados sobre Alec.

—No necesito coraje líquido, Mr. Ferguson.

La sombra de una sonrisa iluminó la cara del hombre, pero un instante después, ya se había ido.

—Siéntate, muchacho.

Alec cumplió, no quería hacer nada que irritara al padre de Sorch. No cuando necesitaba su aprobación.

—Finalmente, superaste tu enamoramiento con Caitrin Macleod, ¿no es así?

—Eynsford, quiere decir —corrigió Alec. Luego, asintió. No estaba seguro de cuándo su devoción eterna a Cait se había terminado, pero en algún momento en el camino ocurrió. —Le deseo a Lady Eynsford toda la felicidad.

—Bien —Seamus Ferguson se acomodó en la esquina de su escritorio para mirar a Alec. —Porque no permitiré que mi hija sea plato de segunda mesa.

Alec sacudió la cabeza.

–No hay comparación entre ellas, sir. Sorcha es... –¿Cuál era la mejor palabra para usar? ¿Qué era lo mejor que podría decirle a su padre?

–¿Aye...? ¿Sorcha es qué?

–Sorcha es la razón por la cual continúo cada día. ¿Quién más le haría señas a una flor para que me embarrara crema en la cara en medio de la cena? –el padre lucía un poco desconcertado por eso, así que Alec se apresuró. –No tengo idea de lo que hará de un día para otro. Y quiero saberlo. Quiero estar ahí para poder compartir algo de su alegría. La quiero... a ella.

Seamus Ferguson dio un suspiro y cruzó los brazos sobre el pecho. Luego, una amplia sonrisa se extendió en su rostro.

–¿Y mi hija corresponde tus afectos?

Ella amaba a Alec, lo cual era más de lo que él era capaz de hacer.

Pero asintió igual, esperando que el padre no preguntara eso específicamente.

–Creo que sí, Mr. Ferguson.

–Y tú, claramente, sabes sobre sus poderes –suspiró. –Se suponía que yo debía explicar todo eso a su prometido.

Alec le sonrió al hombre.

–Lo he sabido por algún tiempo, si eso le hace sentir mejor. Sé sobre toda la hermandad.

Y ellas sabían sobre él.

–Bueno, entonces, supongo que no queda más nada que hacer excepto hablar con Mr. Crawford en la mañana sobre correr las amonestaciones.

El alivio inundó a Alec. Seamus Ferguson le acababa de dar su permiso. Aun así, sentía pavor en el estómago al mismo tiempo. No podía poner un pie en la iglesia.

–Esperaba que no tuviésemos que esperar las tres semanas, sir.

El padre de Sorchá rió mientras se levantaba de la esquina de su escritorio.

—Aye, bueno, algún día cuando tengas tu propia hija, no estarás tan apresurado en verla casarse y entenderás.

No. Eso tampoco sucedería nunca.

—No puedo esperar, Mr. Ferguson.

La confusión nubló los ojos del anciano caballero.

—¿Por qué no puede esperar tres semanas, Mr. MacQuarrie? —cruzó los brazos sobre su ancho pecho. —¿Estás tan apresurado?

Bueno, él *podía* esperar tres semanas. Era todo el asunto de la iglesia el que era imposible. Y el padre de Sorchá merecía toda la verdad, o tanto como Alec pensaba que podía soportar.

—Por lo que soy, sir. Asistir a servicios está fuera de mis posibilidades. Esperaba que pudiésemos declararnos. Aunque Sorchá parece querer una boda de yunque. Honestamente, me parecería bien cualquier opción.

—¿Por lo que eres, no puedes asistir a los servicios? —Seamus Ferguson frunció el ceño. —¿Qué eres, exactamente, MacQuarrie?

Alec inhaló profundamente, aunque no lo necesitaba en realidad. Luego, miró a los ojos al padre de Sorchá.

—No soy un hombre *común*. Y...

—Bueno, ciertamente espero que mi hija no se conforme con un hombre *común*. —Mr. Ferguson hurgaba en un cajón de su escritorio, más que un poco distraído.

—Eso no fue lo que quise decir, exactamente.

—Puedes mantener a mi hija, ¿no es cierto?

—Por supuesto que puedo. Pero...

–Pero, nada, MacQuarrie. ¿Deseas casarte con mi hija o no?

–Mis deseos no están en duda –*la deseo en todas las maneras posibles.*

La mirada de Seamus Ferguson, finalmente, se encontró con la de Alec.

–Disculpa la terquedad de un anciano, pero estoy muy seguro de que no quiero oír sobre tus *otros* deseos en relación con mi hija.

Una sonrisa brotó en el rostro de Alec. Mr. Ferguson regresó al cajón del escritorio y, finalmente, sacó el cajón del escritorio y lo volteó sobre la superficie de caoba bien amada y llena de cicatrices. Revisó entre pedazos de papel, recuerdos e instrumentos para escribir rotos hasta que, por fin, localizó lo que estaba buscando. Levantó dos llaves pequeñas en un anillo de oro, una hecha de metal empañado y la otra de cobre reluciente.

–Las encontré –sonrió.

Alec no estaba seguro de qué decir, así que simplemente vio como Seamus Ferguson, repentinamente, se puso de pie y dijo:

–Ven conmigo, muchacho. Se está perdiendo el día –luego, desapareció en el corredor, mucho más rápido de lo que Alec hubiese esperado de un hombre de edad tan avanzada. Alec lo siguió por cada giro y vuelta en la vasta casa hasta que, finalmente, pararon al final de un corredor. Golpeó muy gentilmente con los nudillos sobre la pared y continuó golpeando hacia abajo hasta que el toque comenzó a sonar hueco. Luego, empujó y la pared se movió.

Alec se frotó los ojos, no creía muy bien lo que estaba viendo. ¿El muro se había movido, en efecto?

–No te quedes ahí parado, boquiabierto –ordenó Seamus Ferguson. Luego, encendió una pequeña cerilla de la lámpara de la pared y se deslizó entre el espacio sellado. Sostuvo la puerta abierta para Alec. Una vez estuvieron dentro del cuarto secreto, el padre de Sorchá levantó la vela, iluminando otra puerta de madera con una estrella tallada en el medio.

–Por las cinco –dijo, con voz distraída. –Aunque la madre de Sorchá usaba esta habitación más que el resto.

–Es una habitación oculta –Alec soltó lo obvio, aún atónito por el hecho de que se había deslizado dentro de una pared y ahora estaba en el umbral de un pequeño cuarto tallado con una estrella de cinco puntas.

Mr. Ferguson rió.

–Trata de seguirme el paso, muchacho. Sé que es mucho que digerir. Pero, te harás a la idea muy pronto.

–Estoy tratando –murmuró Alec.

El padre de Sorchá encajó la llave dentro de la cerradura y la giró lentamente, como si temiera romper la entrada del portal. El chasquido de la cerradura cuando giró la llave sonó en la habitación como un anuncio de las cosas por venir. Sean buenas o malas, Alec no estaba seguro, pero estaba muy interesado en lo que había tras la segunda puerta.

–Este era la habitación secreta de mi difunta esposa –explicó el anciano mientras empujaba la puerta. Luego, entró en la alcoba oscura y encendió las lámparas alineadas en las paredes, llenando el cuarto de sombras, pero al menos Alec podía ver los contenidos. Inmensos cajones de medicinas alineadas en una pared, cada una marcada con un garabato rústico pero muy femenino. Alec no podía ni pronunciar la mayoría de las etiquetas.

Otra pared estaba llena de repisas que sostenían tesoros de todas las clases.

Alec, lentamente, giró a su alrededor, absorbiendo cosas que nunca antes había visto.

Mr. Ferguson levantó una pieza de vidrio que disparó fragmentos de luz en todas las direcciones.

–Esto es lo que pasa cuando la luz toca la arena. Forma la más brillante pieza de vidrio. Algo salvaje, ¿no te parece? –alzó las cejas, divertido.

–¿Rhiannon hizo eso? –preguntó Alec.

El anciano sacudió la cabeza.

–Su madre. Era un talento especial de ellas. Imagino que Rhiannon podría hacerlo también, si quisiera.

Alec pasó la punta de los dedos sobre otro artículo sobre la repisa, la fría superficie de la piedra capturó toda su atención.

–Un mortero y mazo encantados. Para hacer pociones –Seamus Ferguson se encogió de hombros. –Nunca entendí cómo quedó encantado. Pero ellas hicieron más de un desastre usando esa cosa, la cinco –rió otra vez.

–La madre de Elspeth tenía una habitación similar bajo el piso de su vieja cabaña, pero era diminuto comparado con este. Este consiste en años y años de tradición.

–¿Sorcha sabe sobre esto?

–Aye, lo conoció el año pasado cuando ese primer vampiro entró en nuestras vidas, aunque no conoce todo su contenido.

¿Qué acababa de decir el hombre? La cabeza de Alec giró rápidamente para mirar al anciano.

Pero Seamus Ferguson sólo sonrió y sacudió la cabeza, lentamente.

–¿Crees que no tenía idea de lo que eres? ¿De quién se casaría con mi hija?

Lucía tan pensativo que Alec no estaba seguro si se suponía que debía responder. Así que no lo hizo.

–Estabas haciendo la imitación perfecta de alguien que estaba listo para relatar la historia de su vida a un suegro expectante. Pero ibas a comenzar a revolotear, muchacho, así que pensé que podría ayudarte.

Rió en voz alta.

Pero lo que el hombre encontró tan divertido tenía a Alec completamente contra el suelo.

–Sabe lo que soy –no era una pregunta. Sólo estaba estableciendo el hecho. El hombre sí sabía lo que era. Podía verlo en su cara.

–Aye. Está todo aquí –Seamus Ferguson se acercó a una esquina de la habitación y sacudió el polvo de la tapa de una caja de madera cerrada con llave. Luego, tomó la llave de cobre y la metió en la cerradura. Removió varios libros antiguos, tomó el de arriba y lo abrió sobre una mesa larga que estaba en el medio del salón. –Oh, probablemente no debí haber leído el libro, pero mi Bonnie se había ido y la extrañaba. Me hacía sentir más cerca de ella.

¿Exactamente, a dónde estaba tratando de llegar el hombre?

–¿Está diciendo que me mencionan a *mí* en esos libros? ¿De lo que me he convertido?

Mr. Ferguson suspiró.

–No están llenos de prosa sobre ti, MacQuarrie, pero hay alguna mención de ti, aye.

Alec extendió la mano hacia los libros, pero Seamus Ferguson puso una mano protegiendo la pila.

–No son para tus ojos.

–*Usted* los ha visto –acusó. Si en esos libros había escrito algo sobre él, nadie iba a impedir que los viera.

–Aye –Ferguson estuvo de acuerdo y asintió. –Pero yo realmente viví lo que se había predicho sobre mí. Tú, muchacho, tienes un largo camino por delante.

Alec frunció el ceño a su futuro suegro.

–Si no va a dejarme ver los libros, ¿por qué se molestó en mostrármelos?

–Porque creo que deberías saber que ha sido profetizado que tomes a mi Sorch para ser tu esposa.

Alec quedó boquiabierto. Todas las conversaciones que tuvo con Caitrin, hace tanto tiempo, hicieron eco en sus oídos. Cada vez que ella rehusó su proposición. Cada vez que le dijo que encontraría la felicidad con alguien más. Cada vez que le dijo que su destino iba por un camino diferente al de ella. Cait lo había sabido todo el tiempo. ¿Qué más sabía?

–¿Y dice que sería un vampiro?

Seamus Ferguson asintió.

–Lo cual fue confuso para mí, puedo asegurártelo, debido a que te he conocido desde que eras un niño y te he visto convertirte en el honorable hombre que eres ahora. Pero luego, Wallace escuchó a Kettering y Blaire hablando sobre tu muerte intempestiva, y todo tuvo sentido –sonrió tristemente. –Lamento que hayas tenido que pasar por todo eso.

¿Qué tenía que decir Alec sobre todo esto? ¿Se *suponía* que se convertiría en vampiro? Difícilmente era el futuro que él querría para sí mismo. Podría haber sido algo agradable que hubiese tenido alguna advertencia o que Cait *no* lo hubiese enviado a Briarcraig Castle, en primer lugar.

–Veo que tu mente está tratando de darle sentido a las cosas.

–¿Por qué Cait me dejó sufrir este destino?

–No es su culpa –Seamus Ferguson frunció el ceño. –Y, bueno, las cosas de hecho no han ocurrido de la manera que fueron preconizadas, muchacho.

–¿Disculpe? –¿Ferguson no acababa de decir que había leído todo en los libros antiguos?

–Me advirtieron hace muchos, muchos años que esta generación de brujas se casaría con hombre que no eran de su propia clase, pero Fiona Macleod no estaba feliz por la profecía e hizo todo lo que pudo para evitar que pasara.

Lo cual era algo que Eynsford había aludido.

—¿Es eso posible? —Cait siempre le había hecho ver que el futuro estaba tallado en piedra.

—Oh, aye. El futuro, eventualmente, se enderezará solo, o eso parece, si se toma el camino equivocado. Por ejemplo, Elspeth *debió* haber sido criada por sus dos padres, siguiendo el tambor y al Mayor Foster por todo el continente de una campaña a la otra. *Debió* haber conocido a Benjamín a través de sus padres años atrás. Pero Fiona se aseguró de que Foster desapareciera. No podía ver qué traería, eventualmente, a Westfield a la puerta de Elspeth porque cambió el futuro inmediato, pero no el resultado final.

—¿Y yo? —murmuró Alec, no estaba muy seguro de qué hacer con la historia de Ferguson.

—Bueno, no estoy seguro cómo se suponía que te convirtieras en vampiro, originalmente quiero decir. La mayor parte de los escritos son sobre las brujas, por supuesto. El pobre Kettering nunca debió haber sido encerrado en aquel castillo. Pero Fiona pensó que eso lo mantendría alejado del destino de Blaire. Y tú quedaste enredado en todo eso. Pero, como dije, el futuro tiene la manera de enderezarse solo. Y tu futuro siempre ha sido con mi Sorchá. Vampiro y todo —Alec se frotó la mano por la cara. Aún no podía creer que se suponía que debía ser un vampiro. Esta vida había sido su destino. Y, aparentemente, el de Sorchá.

—Y usted está bien con eso. ¿Está de acuerdo con darle a su hija a un hombre como yo?

Finalmente, Seamus Ferguson le dio una gran sonrisa.

—Pero por supuesto. Como dije, te he conocido desde que eras un niño, MacQuarrie. Sé la clase de hombre que eres. Y si yo dejara que los viejos prejuicios te alejen de Sorchá, no sería mejor que Fiona, ¿no es cierto? Mi Bonnie no estaría muy feliz por eso, puedo asegurarte.

—Así que si Mrs. Macleod aún estuviese viva, ¿cree que trataría de alejarme de Sorchá? —después de lo que le había hecho a Elspeth y a Kettering, Alec no quería ni

pensar en lo que la habilidosa bruja hubiese maquinado para él. La sola idea casi lo hace estremecerse.

Seamus dio unos golpecitos sobre los libros.

–El *Còig* es una entidad ancestral. Sirvió a sus propósitos en siglos pasados, pero los tiempos están cambiando. El mundo está cambiando. ¿Conoces esas locomotoras con las que han estado jugando en los últimos años? ¿Trevithivk y otros iguales?

Alec asintió, ausentemente. Sabía algo sobre esos armatostes. Su uso parecía un poco traído por los cabellos, pero su interés siempre había estado más relacionado con la historia. Aunque se imaginaba que vería mucha historia pasar en su vida interminable.

–Pronto, habrá un ferrocarril público que llevará gente de un extremo de Bretaña al otro –Seamus se tocó la nariz. –Un hombre inteligente invertiría en tales aventuras. No es coincidencia a que los familiares de las videntes siempre les hayan ido relativamente bien, financieramente hablando, si sabes lo que quiero decir.

Seamus Ferguson siempre tuvo su mente sobre los asuntos de negocios, aun así Alec no estaba muy seguro de cómo terminaron hablando sobre locomotoras e inversiones.

–Supongo.

El padre de Sorchá asintió como si hubiese hecho un punto válido.

–Bueno, la pobre Fiona no podía ver eso. Los avances humanos eran una cosa, pero cambiar la hermandad era algo diferente. No podía dejar ir las tradiciones pasadas lo suficiente para abrazar el futuro. Quería asegurarse de que la fuerza y la pureza de la hermandad siempre se mantendrían intactas.

Es decir que los matrimonios con lycans y vampiros destruiría el tejido de la hermandad. Ferguson no tuvo que decir las palabras en voz alta; Alec pudo ver la verdad de eso en los ojos del anciano.

–¿Sorchá sabe todo esto? –ciertamente, no lo habría dejado pasar si lo hubiese sabido.

El padre sacudió la cabeza.

—Bonnie quería asegurarse de que esta generación de brujas conocería su destino sin interferencia de ninguna otra vidente. Por suerte, Caitrin es un poco más abierta de mente que su madre. Pero Bonnie no podía estar segura de que ése fuera el caso. Así que le quitó estos libros a Fiona y los escondió de todos, excepto por Wallace, por lo visto. El chico estaba tan enamorado de Bonnie como yo y se sentaba a sus pies, viendo todo en silencio. Luego de que ella muriera, Dios guarde su alma, Wallace me mostró los libros. Y supe que ella hubiese querido que los mantuviera a salvo.

—¿Estos libros era de Fiona?

—Oh, por supuesto —continuó Seamus. —Tradicionalmente, las profecías eran guardadas por la vidente. Pero Bonnie sentía que Fiona había desencaminado a la hermandad, y así los escondió —sonrió sabiamente. —Era hermosa y suave como los pétalos de una flor, pero mi Bonnie tenía una columna de acero y un sentido innato del bien y el mal. Ella no creía que Fiona podía ser depositaria de las reliquias por más tiempo. Después de que te cases con Sorch, se las regresaré a Cait. La muchacha ha probado ser merecedora en mi opinión, y creo que Bonnie estaría de acuerdo.

A Alec no necesariamente le interesaba quién cuidaría los libros; sólo le importaba el contenido.

—Es un poco difícil estar de acuerdo con el hecho de que mi vida está en un camino sobre el que no tengo opinión. Que de una manera u otra, el futuro se enderezará a sí mismo, como usted dijo. Que se suponía que yo fuese así.

—Sé que es difícil —Seamus Ferguson le dio la espalda a Alec para alcanzar sobre una repisa alta en la habitación y tomar un objeto largo de madera.

—No haga que lo desarme, Mr. Ferguson —advirtió Alec mientras sus colmillos descendían.

–¿Quieres decir quitarme esta cosita? –bromeó el anciano mientras se lanzaba la estaca de madera de una mano a la otra. –Sorcha hizo este pequeño instrumento. Bueno, por decirlo de alguna manera.

¿Lo había hecho? Alec estaba seguro que lucía como un tonto con la boca abierta. ¿La mujer con la que se iba a casar había elaborado una estaca de madera? Eso parecía algo que deberían advertirle a un vampiro.

–Era para ese vampiro, el que se apareció el invierno pasado tratando de acabar con Kettering –explicó Ferguson.

–No es necesario decir que se aseguraba una ligera batalla. En medio del alboroto, Sorcha le pidió a un olmo cercano que creara esa arma para ella.

Alec no había estado presente en esa batalla, pero Rhiannon le había contado lo suficiente como para que sintiera que la había visto con sus propios ojos. Odiaba que Sorcha hubiese tenido que ser testigo de un evento tan horrible. Después de su encuentro cercano con ese vampiro malévolo, el mismo que era parcialmente responsable por la propia muerte de Alec, era difícil de creer que Sorcha pudiera aceptarlo como era.

–Como sé de lo que es capaz tu raza, MacQuarrie, me parece difícil de creer que una pequeña pieza de madera pueda acabarlos –excepto que la estaca en la mano de Ferguson realmente no podía ser descrita como pequeña.

–Prefiero no ponerlo a prueba, sir –replicó Alec, tratando de mantener un aire casual.

Mr. Ferguson le lanzó la estaca y Alec la capturó en el aire.

–Eso fue todo lo que quedó después de que el tipo estallara en llamas.

La sola idea de tal ocurrencia hizo a Alec sentirse mareado.

–¿Es una advertencia, sir? –puso la estaca en la repisa alta tras él.

–Si lastimas a mi hija, MacQuarrie, no tendré que preocuparme de enterrar tu cadáver. El *Còig* lo hará por mí.

–Les caigo bien –murmuró Alec y estaba feliz de que fuese cierto.

–Mantenlo así. Y guarda esos dientes, maldición –gruñó el anciano. –Me ponen un poco nervioso.

–Gracias a Dios por los pequeños favores.

–Hablando de Dios, te casarás con mi hija apropiadamente en una ceremonia. Nada de declaraciones. Nada de bodas de yunque. Su madre estaría furiosa si permito tal cosa. No será en una iglesia, pero será legal y vinculante y sagrada. ¿Entiendes?

–Aún estoy sorprendido de que me deje casarme con ella, considerando mis circunstancias.

–Sería un tonto si me trato de obstaculizar el destino. Además, eres un caballero honorable. Siempre lo has sido. Y eso es por lo que te casarás con mi Sorchá –miró a Alec directamente. –Y hacerla tu Sorchá –tosió como tratando de pasar un nudo en su garganta.

–Aye, sir –fue todo lo que Alec pudo decir, porque en lugar de un nudo de emoción en su garganta, tenía un dolor punzando en el centro del pecho.

Luego, Seamus sacó un sobre del bolsillo de su chaqueta.

–Una licencia especial con tu nombre en ella. Y el de Sorchá.

¿Una licencia especial? Alec extendió la mano y Mr. Ferguson le dio la carta sin demora.

–¿Cómo? –logró decir.

Su futuro suegro se encogió de hombros.

–Estaba dentro de la carta que Eynsford envió esta noche, diciéndome que Sorchá había regresado. Aparentemente, la duquesa inglesa que parecía tan enamorada de mi muchacha tenía expedida desde hace un mes o algo así, por la fecha.

Alec abrió la licencia en su mano. El destino, o lo que sea que estuviese “enderezando” el futuro, con seguridad tenía algunos amigos interesantes. La Duquesa de Hythe había estado en esta pequeña charada con Cait desde el principio. ¡Buen Dios!

¿Quién *más* estaba reclutado para ponerlo en el camino de su destino? ¿Miss Overton y su madre? ¿Radbourn y sus hermanos? ¿Bexley? La lista le hacía doler la cabeza. Pero era un vampiro, y los vampiros no tienen dolores de cabeza.

Capítulo 29

Sorcha caminaba de aquí para allá por todo el pasillo del comedor.

Ciertamente, si su padre planeaba negar la petición de Alec, lo guiaría en esta dirección antes de patearlo fuera de la casa. Entonces, ella podría precipitarse al corredor y lanzarse sobre el amor de su padre por ella. Le juraría no volver a ver nunca a su padre si no permitía que el matrimonio tuviera lugar. Así sería. Eso funcionaría. Él nunca aceptaría su ausencia total en su vida. La amaba demasiado.

Alec era un tonto por pensar siquiera en decirle a su padre lo que realmente era. Y ella sabía que él estaba pensando en eso.

Pudo verlo en sus oscuros ojos cuando seguía a su papá desde el comedor. Su tonto honor arruinaría todo.

Después de todo, ¿qué padre en su sano juicio le daría su hija a un vampiro? Sorcha sabía lo que era Alec. ¿Por qué su padre no podía dejarlo así? Ella era quien se casaría con Alec. Y lo había aceptado tal cual era, con sus puntiagudos colmillos y su vida inmortal y todo.

—Te ves verde —resaltó Wallace, mientras se metía otro bocado de crema de frambuesa en la boca.

—No me veo verde —insistió ella, y esperaba que fuera así. Mostrar su nerviosismo no ayudaría a su causa con su papá.

—Como quieras —su hermano se encogió de hombros y tomó un sorbo de vino.

Sorcha le frunció el ceño a su hermano mayor, mientras finalmente detenía el andar y se dejó caer en el lugar frente a él en la mesa, aún mantenía los ojos sobre la puerta principal.

–¿Sabes por qué todo el mundo ha regresado a casa? –preguntó Wallace.

¿Por qué debe hablar tan crípticamente? ¿Quién era todo el mundo?

¿Alec y ella?

–No estoy de humor para conversaciones vacías, Wallace.

–Nay –puso la copa nuevamente sobre la mesa y sonrió. –Estás preocupada. Tienes la mente fuera del estudio de nuestro padre, preguntándote si decapitará a MacQuarrie.

Papá no trataría algo tan tonto, ¿o sí? Se levantó.

–¡Siéntate! –le ordenó su hermano. –A ninguno de ellos les gustará si te involucras en algo que no te concierne, Sorch.

Ella no se sentó. En lugar de eso, se puso las manos en las caderas y le lanzó una mirada a su inmenso hermano.

–La persona con quien me casaré, Wallace Ferguson, definitivamente es algo que me concierne.

Él rió. Necio hermano.

Con la esquina del ojo, vio su adorada planta para que la ayudara una vez más. El tallo se inclinó hacia Wallace y le picó un ojo.

Wallace rió otra vez, mientras se frotaba el ojo. Ella no le había pedido a la planta que lo golpeará fuerte como para causarle daño, sino que lo molestara, como él hacía con ella.

–Oh, cómo te extrañé, muchacha. ¿Qué haré cuando te mudes a MacQuarrie House y me dejes solo?

Sorcha cayó nuevamente sobre el asiento.

–¿Crees que papá haya dado su bendición?

Su hermano sacudió la cabeza como si no pudiera creer que ella tuviese que hacer esa pregunta.

—¿Alguna vez se ha rehusado a algo que hayas querido, Sorch?

No que supiera, pero odiaría que empezara ahora, entre todas las ocasiones. En ese momento, el sonido de risa masculina se filtró desde el corredor y ella se levantó de nuevo.

—Toda esa energía reprimida —comenzó Wallace, —va a darme dolor de estómago.

Miró a su hermano brevemente, quien apenas estaba terminando su crema de frambuesa.

—Algo que debe conocer mucho, Wallace —luego, regresó su atención a la puerta de comedor y sostuvo el aliento hasta que su padre y Alec entraron a la habitación.

—Te ves un poco verde, Sorch —dijo su padre, con una mirada preocupada.

—Le dije lo mismo —dijo Wallace desde la mesa. —Ella decidió no prestarme ninguna atención.

Normalmente, Sorch se hubiese burlado de su hermano.

Le hubiese dicho que sólo un tonto le prestaría atención. Pero todo lo que pudo hacer fue buscar la mirada anochecida de Alec, esperando encontrar algún tipo de tranquilidad ahí.

Desafortunadamente, lo que le reflejó fue una expresión que no pudo descifrar muy bien. De hecho, no pensaba haberle visto nunca antes tal mirada.

—Vamos —urgió el padre, empujando a Alec en dirección de Sorch.

—Dale las buenas noticias o se desmayará. Mírale el color.

Alec, finalmente, le sonrió mientras acortaba la distancia entre ellos. Le tomó la mano en la suya y la besó suavemente en los nudillos.

–Sorcha Ferguson, tu padre me ha dado su bendición para casarme contigo.

Los pulmones de Sorcha se llenaron de alivio. Luego, chilló de alegría y lanzó sus brazos alrededor del cuello de Alec.

–A él le gustaría que demos nuestros votos en la mañana, muchacha. ¿Es aceptable para ti?

¿En la mañana? Ella estaba sorprendida de que su padre hubiese accedido tan de buen grado.

–¿Dónde haremos nuestras declaraciones? –asintió ansiosa.

Tras ellos, el padre se aclaró la garganta ruidosamente.

Alec sacudió la cabeza.

–No haremos declaraciones, Sorch. Parece que la Duquesa de Hythe tuvo la amabilidad de asegurar una licencia especial para nosotros.

¿La Duquesa de Hythe? Sorcha no pudo evitar fruncir el ceño.

¿Cómo pudo ser posible que la Duquesa de Hythe asegurara una licencia en tan corto tiempo? Apenas se había arruinado verbalmente ante ella y Alec, Eynsford y Cait... Fue Cait. Lo sabía en su corazón. Por una vez, esa bruja entrometida había hecho algo grandioso.

No estaba muy segura de qué pensar sobre la interferencia de su amiga, y sacudió la cabeza.

–Ella lo supo todo el tiempo.

Los ojos oscuros de Alec brillaron.

–Al parecer sí. Alguien debió haber susurrado en la oreja de Su Gracia para que se procurara la licencia más de una semana antes de mi llegada.

Una risa escapó de la garganta de Sorcha.

–Por eso fue que te invitaron. Maddie no podía entenderlo. No eras igual a los otros.

Lo cual era un atenuante. Alec levantó una ceja, confuso, y luego sacudió la cabeza.

–No me digas. Estoy seguro que no quiero saber lo que quisiste decir con eso.

El padre de Sorchá avanzó hacia ellos y dio una palmada en la espalda de Alec.

–Está bien, muchacho, mejor te vas si quieres estar aquí mañana bien temprano. Y tengo que darle una visita a nuestro buen vicario.

–¿Estás corriendo a Alec? –protestó Sorchá.

–Tienes el resto de tu vida para pasarla con el hombre, Sorch. Una última noche con tu viejo papá no es mucho pedir, ¿o sí?

Las lágrimas comenzaron a acumularse en sus ojos, y sacudió la cabeza. Mañana. Dejaría la casa de su padre para siempre.

Una última noche no era mucho pedir en absoluto.

–Sólo lo acompañaré afuera entonces.

El padre le guiñó a Sorchá mientras enlazaba su brazo con el de Alec y lo apresuraba hacia la entrada principal.

Tan pronto estuvieron solos en el corredor, lo miró.

–¿Qué dijo?

–Dijo que sí.

Lo golpeó en el brazo.

–Eso no fue lo que quise decir en absoluto, y lo sabes. ¿Le dijiste? Quiero decir, ¿le dijiste todo?

Alec sacudió la cabeza.

—Él me lo dijo a mí. Lo sabía todo. Lo que soy, que estabas predestinada a ser mi esposa, todo.

Así que no había nada que esconder de su padre. Ella suspiró con alivio. Qué maravilloso era no tener que esconder secretos a su papá. Le sonrió a Alec y notó que lucía un poco pálido. *¡Recórcholis!* Había pasado mucho tiempo desde que había comido.

—Alec, no te ves muy bien. Creo que necesitas un poco de sangre.

Él se detuvo en seco.

—No puedo, Sorch. No ahora.

Qué cosa tan ridícula. Ni siquiera era un secreto que él era un vampiro. Su padre sabía y parecía estar bien con las circunstancias.

—¿Por qué no?

Una mirada penosa cruzó su cara, y la tomó en sus brazos.

—Porque te deseo más que nada. Y no creo que sea capaz de parar con solo un poco de sangre.

Ella no quería que parara con solo un poco de sangre. Ella podía halarlo escaleras arriba hasta su habitación y ahí no habría razón para detenerse esta vez.

—Entonces tómame toda.

Él gruñó.

—Me he controlado hasta ahora, Sorch. Puedo soportar una noche más.

—Pero...

—Significas más para mí que solo un poco de sangre, Sorch. Déjame mostrarte el respeto que mereces teniéndote después de que digamos nuestros votos. Déjame hacer eso bien, ¿puedes?

Él lucía tan sincero, tan parecido al Alec que había conocido desde siempre. El corazón le latía en el pecho, amenazando con rebosarse de afecto. Ella asintió.

Muy suavemente, Alec tocó sus labios con los de él, y un cosquilleo le recorrió el cuerpo. Nunca se cansaría de los besos de Alec. Ni aunque viviera un millón de años junto a él.

Él se separó de ella e hizo una leve reverencia.

–Hasta mañana, Miss Ferguson.

–Mañana seré Mrs. MacQuarrie –dijo con una sonrisa.

–Ciertamente, lo serás –dijo Alec por encima del hombro mientras caminaba hacia la entrada de enfrente.

–Oh, Alec –lo llamó.

Él miró hacia atrás, distraídamente.

–No importa –dijo sacudiendo la cabeza. Realmente debía decirle sobre el hechizo que le había susurrado a su hiedra, pero no había necesidad. No ahora.

–Descansa, Sorch –bromeó. –Planeo mantenerte muy ocupada mañana.

–Oh, la boda estará bien –comentó.

–Quise decir *después* de la boda, amor –dijo. Luego desapareció dentro del carruaje y partió.

Exhausto, Alec subió las escaleras de su casa y abrió la puerta de su recámara. Claramente, Forbes había llegado en una pieza a MacQuarrie House. La bata negra de Alec yacía sobre la silla Hepplewhite de rayas y... la cabeza de Alec giró hacia su

cama de cuatro postes. Acostada sobre el cubrecama, usando nada más que una sonrisa, estaba Delia Sewell. Estaba sobre su lado de la cama, con la cabeza sobre la palma de la mano.

–¿Qué estás haciendo aquí, Delia? – estalló Alec mientras levantaba su bata y la lanzaba hacia donde ella estaba.

Ella la dejó caer a su lado pero no se molestó en cubrir su desnudez.

–Pensé que podrías necesitarme –ronroneó.

–No es así –respondió él. –Puedes salir de la misma manera que lograste la entrar –le dio la espalda. –¿Cómo lograste entrar? –pregunto.

Él serviría a cualquier miembro de su equipo en un plato si descubre que uno o más de ellos la habían ayudado a entrar a su casa, mucho más a su habitación.

Ella lo arrulló desde atrás.

–Alec querido, sabes que me deseas.

Pero no la deseaba. No le apetecía en lo absoluto. Ni un poco. Se giró para enfrentarla, y decirle eso exactamente. Mientras se volvía, abrió las piernas y puso una mano sobre el pulso que él sabía que latía bajo esa enjuta y usada piel.

–De hecho, Delia –comenzó con un suspiro, –*no* te deseo.

Sus labios formaron un puchero poco atractivo.

–Pero tú y yo hemos estado juntos por tanto tiempo.

Él lo recordaba muy diferente. Había pasado un mes cuando mucho. Compartieron algunos momentos. Él había bebido de su sangre y le había pagado muy bien por ello.

–Sabías cuál era nuestro arreglo entonces. Aún lo sabes –levantó nuevamente la bata y se la puso sobre el cuerpo como un tapete. Ella la removiό completa, pero al menos la puso bajo sus axilas. –Un poco de dinero, un poco de placer. Nunca hubo una relación entre nosotros.

La cara de ella se ensombreció.

–Despertaste en mi cama, día tras día –insistió.

–Viajaste conmigo para que yo no tuviera que encantar a nadie para que sea mi comida. Y fuiste compensada muy bien –entrecerró los ojos. –Cualquier relación de negocios que tuvimos terminó. Me casaré mañana.

–¿Con ese pequeño ratón escocés? –resopló mientras se levantaba de un salto y lo miraba.

–Con Miss Ferguson –le recordó.

–Tu Miss Ferguson no tiene las habilidades que yo tengo.

Él sabía exactamente a cuáles habilidades se refería.

–Gracias a Dios por los pequeños favores –dijo con una risa ligera.

El rostro de ella se enrojeció de ira.

–¿Cómo te atreves? –exclamó. –Te serví bien.

–Y fuiste bien pagada –dijo cortante. –Recoge tus cosas y vístete. Estoy seguro de que puedes encontrar a otro de mi clase que pueda ofrecerte lo que desees.

–Te deseo a *ti* –estalló.

–Entonces, lo siento por ti –respondió. –La única mujer en mi vida de ahora en adelante será mi esposa.

–Pero...

Alec saltó cuando la ventana de su habitación chirrió fuertemente mientras la abrían desde afuera. ¿Qué diablos? Él estaba en el piso superior. No había forma de que alguien hubiese abierto la ventana desde afuera.

Finalmente, Delia empuñó la bata alrededor de su cuerpo.

–¿Qué está pasando? –preguntó.

Alec desearía saberlo.

—No tengo idea —murmuró mientras observaba la ventana. Miró por el portal abierto, pero todo lo que pudo ver fue algo de hiedra y los arbustos de rosas en el enrejado fuera de la ventana. Parecían estar un poco más verdes de lo que debían estar en esa época del año. ¿Tal vez Sorchá les habría dado un toque? ¿Pero qué había pasado con la ventana? Se extendió para cerrarla. Pero una pequeña rama espinosa le empujó el brazo. —¡Ouch! —se quejó cuando una espina rasguñó el dorso de la mano. Luego, una rama rozó la palma. —Oh, buen Dios —murmuró.

Alec vio indefenso como una gran mata de ramas se arrastraba sobre el umbral de la ventana y se esparcía por la habitación. Dos de ellas fueron hacia los zapatos de Delia, los cuales yacían sobre el piso junto a la cama. Las ramas los tomaron en sus pequeños puños ambiciosos y los halaron de regreso hacia la ventana, desde donde los lanzaron hacia la noche oscura.

—Umm, Delia —dijo Alec. —Tal vez quieras vestirte.

Ella saltó sobre la cama cuando algunas ramas se arrastraron en su dirección.

—¿Qué está pasando, Alec? —chilló.

—¿Qué son?

Alec rió. Esa pequeña bruja. Pondría un hechizo sobre las plantas. Alec le lanzó a Delia su cambio justo cuando las ramas tiraron de sus medias del respaldo de una silla alta donde las había puesto.

—Nuevamente, te sugiero que te vistas —urgió Alec. —Mientras más rápido, mejor.

Ella soltó la bata y se pasó el vestido por la cabeza. Las ramas se retiraron por la ventana, halando las medias con ellas. Alec se inclinó sobre el umbral para mirar hacia el nivel más abajo, donde las medias y los zapatos ahora yacían en el jardín.

Alec trató de tomar el vestido cuando las ramas lo asieron, pero eran demasiado fuertes. Mientras una de ellas tiraba el vestido por la ventana, la otra se enredó en su mano para evitar que lo agarrara. Ahora, toda su ropa, fuera de su bata, yacía abajo en el camino del jardín.

Delia bailaba alrededor de la cama, los pies se hundían en la superficie suave mientras gritaba:

–¡Esa es mi ropa!

–Ciertamente, es tu ropa –rió él. –Te lo advertí.

Le clavó la mirada.

–¡No dijiste nada sobre plantas ladronas! –entrecerró los ojos. –¿Cómo diablos está pasando esto?

Alec se encogió de hombros y se inclinó, casualmente, contra el borde de su cama de cuatro postes. Silbó suavemente.

–Sólo puedo imaginarme por lo que viene ahora –su Sorchá no dejaría el trabajo a medio terminar. También lanzaría a Delia por la ventana. –O por quién.

Una rama particularmente mañosa trepó por un lado de la cama y se escabulló alrededor de la muñeca de Delia como una cadena. Luego, la haló. Ella casi cayó de la cama de cabeza, pero logró estabilizarse después de un momento y corrió hacia la ventana mientras la rama la arrastraba. Sacó la cabeza y miró sus pertenencias abajo.

–Que pases buenas noches, Delia –dijo Alec mientras las ramas la levantaban en vilo y, más bien gentilmente, la verdad sea dicha, la cargó desde la ventana y la depositó sobre el suelo en el jardín.

Sus gritos, con toda certeza, despertarían a los vecinos. Pero él estaba disfrutando tanto el espectáculo que, particularmente, no le importó. Podría hacerlos olvidar todo mañana. Igual que podría hacerlo con ella. Caminó hacia la ventana y miró una vez más. Delia estaba poniéndose la ropa, frenéticamente, y las ramas estaban de centinela. Cuando terminó de vestirse, las ramas le dieron un empujón, parecido a un hombre que empuja a otro de quien quiere deshacerse. Delia no perdió el tiempo. Ni siquiera se volteó a ver a Alec. Sólo corrió. Dejó un zapato atrás y no pareció importarle. Pero las ramas debieron haberse dado cuenta en el momento en que Alec lo vio porque una de ellas levantó el zapato olvidado y se lo lanzó a ella, golpeándola justo en la baja espalda.

Delia se detuvo y recogió el zapato.

Fue bueno que lo recogiera o el zapato le hubiese pateado el trasero todo el camino hasta Thorne and Rose.

Alec no se había reído tanto desde que se convirtió en vampiro.

–Oh, Sorch –dijo para sí, –Creo que estoy listo para un desafío. Uno que disfrutaré casi tanto como te disfruto a ti.

Mañana se casaría con una bruja de extraordinarios poderes. Poderes que podían lanzar a una mujer por la ventana y lanzarle zapatos a la cabeza. Poderes que podían atar personas.

Poderes que, muy posiblemente, eran interminables.

Mañana se casaría. Se casaría con Sorch, y la haría feliz. Porque el cielo tenga piedad de lo que le haría a él si no es así.

Capítulo 30

Sorcha se había quedado despierta la mitad de la noche, hablando con su padre y jurándole que realmente amaba a Alec. Su padre nunca mencionó la condición de Alec y ella tampoco lo hizo.

Ella sabía que su padre estaba consciente de la verdad, pero su amor por Alec era más importante que su vida después de la muerte.

Vestida con su suave bata amarilla, entró en el salón favorito de su difunta madre. Ni siquiera había tenido tiempo de ver los narcisos y los lirios con los que había hablado la noche anterior. Sabía que estaban cubriendo la habitación de arriba, pero estaba tan sorprendida por los otros ocupantes de la habitación que no notó nada más.

En un sofá se sentaba Elspeth y Lord Benjamín, quien sostenía a la diminuta bruja de cabello rojo en sus brazos. No muy lejos, estaban Caitrin con Lord Eynsford en el preciado diván de brocado blanco de su madre. En una de las sillas de respaldo alto, una Blaire muy expectante luchó para ponerse de pie cuando vio a Sorcha. Pero no fue lo suficientemente rápida para interceptarla, cuando Rhiannon apareció de la nada y lanzó sus brazos alrededor del cuello de Sorcha.

—Oh, Sorch —burbujeaba Rhi. —Estoy tan feliz por ti.

Sorcha apretó muy fuerte a la bruja controladora del tiempo.

—¡Rhi! ¿Qué estás haciendo aquí? No vas a llorar, ¿o sí? No sé si mis flores sobrevivirán un diluvio.

Rhi se apartó y secó una lágrima de alegría de su rostro.

–Seré cuidadosa con tus flores, tonta.

Sorcha miró alrededor de la habitación y ahora notó que Lord Kettering y Lord Blodswell también estaban cerca.

–¿De dónde salieron todos? –Rhi y Blaire en particular debían estar en sus casas en Inglaterra.

–¿Crees que nos perderíamos tu boda, Sorcha? –preguntó Blaire, avanzando para tomar la mano de Sorcha. –Sabes, fuiste la única que estuvo en la de cada una de nosotras.

Eso era cierto, pero ¿Cómo? –¿A esto se refería Wallace cuando dijo que todos habían venido a casa?

Pero ella sabía la respuesta a eso, y sus ojos se encontraron con los de Cait, aún sentada en el divan con su esposo.

–Eres la bruja más astuta que jamás había nacido, Caitrin.

La rubia sonrió.

–Todas tenemos nuestros talentos, Sorcha Ferguson.

Sorcha suspiró y sacudió la cabeza.

–Tenemos mucho que hablar, tú y yo.

Cait inclinó la cabeza a los lados como si estuviese viendo un evento futuro en su mente.

–Sí, lo tendremos.

¿Dónde estaba Alec? ¿Y papá? ¿Y Wallace? ¿Y Mr. Crawford, por todos los cielos?

–Relájate, muchacha –dijo Lord Blodswell, tranquilamente, mientras se acercaba para sentarse junto a su esposa. –Alec está con tu padre y el vicario, firmando algunos papeles.

–¿Cómo supo qué me preocupaba? –preguntó.

Él le sonrió.

–Después de seis siglos, uno aprende a leer las expresiones bastante bien.

Sorcha adoraba el comportamiento calmado de Lord Blodswell

–Gracias de nuevo, milord, por salvarlo –por convertirlo en la criatura que era ahora. Si hubiese muerto junto a aquel lago helado, ella nunca hubiese encontrado su amor verdadero. La situación no era la ideal, pero era mucho mejor que si nunca lo hubiese tenido para comenzar.

–Oh, creo que fuiste tú quien lo salvó, muchacha.

Pero ella no lo había hecho. No de la manera que Rhiannon había salvado a Blodswell. No en la manera que Blaire había salvado a Kettering. Alec no se había vuelto humano. No se había transformado en humano porque no la amaba. Sorcha tomó el brazo de Lord Blodswell y lo arrastró hasta una esquina lejana.

–No lo he salvado –susurró. –Debe saber eso.

Con una genuina sonrisa, Blodswell le levantó la barbilla para que ella pudiese ver en sus suaves ojos verdes.

–Todos hemos sido salvados en diferentes maneras, Miss Ferguson. El hombre que yo salvé, el hombre que enseñé a vivir esta vida, estaba enojado y amargado. No le interesaba nada ni nadie más que su propio corazón dañado. Nunca dudes que lo salvaste, querida mía.

–Pero... –aún era un vampiro. Aún era incapaz de devolverle amor. Pero Sorcha no pudo atreverse a decir esas palabras en voz alta.

–Ámalo, muchacha. Ámalo con todo tu corazón.

–Ya lo hago –admitió.

Blodswell le guiñó un ojo.

–Lo sé. También puedo verlo.

Desde la entrada, el padre de Sorchá se aclaró la garganta, señalando su llegada.

–Bueno, puedo ver que todos están aquí. Aparentemente, muchacha –miró directamente a Sorchá, –tu fiesta de bodas es más grande de lo que anticipé. Aún hay más en el salón de fiestas. ¿Nos unimos a ellos allá porque no creo que quepamos todos aquí?

Sorchá cruzó la habitación hacia su padre y tomó el brazo que le ofrecía.

–¡No puedo creer que todas las de la hermandad estén aquí! Nunca soñé siquiera esperar por algo así.

Su padre comenzó a dirigirla hacia el salón de fiestas, y suspiró.

–Todos te aman, muchacha. ¿Y quién puede culparlos? Tan pronto como Cait envió a todos a casa y explicó por qué, vinieron en multitud.

Al entrar al salón de fiestas, Sorchá exploró la muchedumbre. Los padres de Cait y Rhiannon estaban juntos, hablando con la hermana tonta de Rhi, Ginny, y su nuevo esposo.

Lord Radbourne y sus hermanos gemelos le dieron la bienvenida con la cabeza en su dirección. Cada uno de los dos hermanos de Blaire tomó un brazo consigo con su nueva hermanastra. Toda MacQuarrie House parecía estar presente, así como cada vecino y amigo que Sorchá o Alec hubiesen tenido.

–¡*Recórcholis!* –murmuró para sí misma.

–Verdaderamente –accedió el padre. –Si fueses menos amada, podríamos haber tenido una ceremonia en el salón de tu madre.

Luego Sorchá encontró a Alec a lo lejos del salón de fiestas mientras Alec desde el otro lado del salón junto a una gran ventana, hablando con el calvo vicario, Mr. Crawford. Alec la miró a través del salón, sus oscuros y penetrantes ojos tan enfocados en ella, que casi la hace tropezar. El corazón le latía tanto que creyó que de verdad daría vueltas dentro de su pecho.

–Cuidado, amor –le susurró el padre, mientras la guiaba entre los invitados y al lado de Alec.

Una vez que llegaron, notó la pequeña colección de flores de manzano, en su solapa. No pudo evitar reír.

–¿Qué son esas?

Alec se encogió de hombros.

–Las encontré en el invernadero mágico y no pude evitar tomar algunas.

El padre de Sorchá puso la mano de ella sobre el brazo de Alec y luego asintió para que Mr. Crawford comenzara la ceremonia.

–Estamos listos.

El viario miró a Alec y a Sorchá y repitió la antigua bendición escocesa:

–*Slainte mhor agus a h-uile beannachd duibh* –luego, hizo señas a Alec con la cabeza. –Repita después de mí, sir. “Ante Dios y estos testigos, yo, Alec Lachlan Colin MacQuarrie, te tomo a ti, Sorchá Ivy Ferguson, como mi esposa para tenerte y sostenerte hasta que la muerte nos separe”.

Alec oprimió la mano de Sorchá.

–Ante Dios y estos testigos, yo, te tomo a ti, Sorchá Ivy Ferguson, como mi esposa para tenerte y sostenerte hasta que... la muerte nos separe.

Sorchá deseó que él no hubiese hecho pausa en esa última parte. Pero la muerte los separaría, ¿no es así?

–Y ahora usted, Miss Ferguson. Repita después de mí... “Ante Dios y estos testigos, yo, Sorchá Ivy Ferguson, te tomo a ti, Alec Lachlan Colin MacQuarrie, como mi esposo para tenerte y sostenerte hasta que la muerte nos separe”.

Sorchá miró los ojos oscuros de Alec.

–Ante Dios y estos testigos, yo, Sorch Ivy Ferguson, te tomo a ti, Alec Lachlan Colin MacQuarrie, como mi esposo para tenerte y sostenerte para siempre.

Alec levantó una de sus oscuras cejas, levemente divertido.

–Siempre me sorprendes, muchacha.

Mr. Crawford tosió delicadamente.

Alec volvió la mirada al vicario.

–Puede continuar, Crawford.

–Pero no lo dijo exactamente.

–Dijo lo que quiso decir –replicó Alec, como todo un pomposo escocés. –Ahora continúe, Crawford.

El vicario enderezó los hombros, aunque ahora tenía el ceño fruncido.

–¿Tiene anillo, Mr. MacQuarrie?

Alec asintió y luego, buscó en su bolsillo. Sacó un hermoso anillo de rubí, de un agradable color burdeos.

Luego, lo deslizó en la mano izquierda de Sorch.

Una pesada niebla colgaba en el aire. Sorch miró a Rhiannon, quien se secó una lágrima del ojo.

–Lo siento –le indicó a Sorch, sin emitir sonido. Luego, se inclinó sobre el brazo de su esposo. La niebla comenzó a aclararse, mientras él le susurraba algo en el oído.

–Con este anillo, te desposo –dijo Alec suavemente, atrayéndola nuevamente a la ceremonia.

La voz de Mr. Crawford sonó otra vez.

–Puede besar a la novia.

Alec trató de traerla gentilmente a sus brazos. Pero ella no quería nada de eso. Se lanzó sobre él y le arrojó los brazos alrededor del cuello, casi lo derribó en el proceso. Pero él sólo reía y la abrazó, levantándola un poco para encontrarse con sus labios. Repentinamente, Alec brincó y la dejó caer.

Todos los ojos de las muchachas de la hermandad y sus esposos se dirigieron a Rhiannon. Ella se encogió de hombros.

—Mis emociones se apoderan de lo mejor de mí —dijo.

Lord Eynsford se rió en voz alta mientras sus hermanos miraban, completamente inconscientes de que Alec había sido atacado por una bruja con un rayo por ser demasiado amoroso con su beso de fin de ceremonia.

Ámalo con todo tu corazón. El consejo de Lord Blodswell había hecho eco en los oídos de Sorchá toda la mañana. Una idea se había enraizado. Verdaderamente, la idea tenía todo el sentido del mundo.

Aunque extrañaría su vieja vida, al menos pensó que lo haría, pasar el resto de la eternidad con Alec valía el sacrificio.

—Realmente, preferiría no tener una convergencia de tu círculo en mi recibidor justo ahora. Ya hemos estamos rodeados por la mitad de Edimburgh todo el día —se quejó Alec, mientras su coche se detenía frente a su casa, o la de ellos, realmente.

Sorchá no pudo evitar sonreírle.

—No será por mucho tiempo, Alec. Además, Cait dijo que era importante —y Sorchá tenía la sensación de que sabía por qué. Cait debió haber visto el futuro y se dio cuenta de que Sorchá no se contaría entre el número de *Còig* por mucho tiempo. No serviría dejar a los demás expuestos. Una última reunión era lo menos que podía hacer por sus amigas de toda la vida.

–Ya ha pasado mucho tiempo, y aún no hemos entrado.

–Sé un buen anfitrión, ¿puedes? –le amonestó.

–¿Así que debo saludarlas con una sonrisa y luego pedirles que se vayan y dejen a mi esposa para mí? –levantó una ceja sugestivamente. –Tenemos algunos asuntos sin terminar que atender, muchacha, y estoy más que ansioso por atenderlos finalmente.

Un calor creció por las mejillas de Sorchá. Ella estaba más que ansiosa de atender sus asuntos también. Pero su acto final como bruja *Còig* necesitaba ser resuelto primero. Les debía eso a aquellas que habían sido una parte tan importante en su vida hasta ahora.

El conductor abrió la puerta y Alec bajó del carruaje. Luego, le ofreció la mano a Sorchá.

–Mrs. MacQuarrie –le sonrió y la levantó en sus brazos, mientras se dirigía a la puerta frontal.

Sorchá rió.

–Puedo caminar, Alec.

–Tradición, muchacha, tradición –replicó mientras subía los escalones.

Antes de que se abriera la puerta, una hebra de hiedra se extendió hacia ella y acarició la mano de Sorchá. Los ojos de Alec se abrieron con el contacto.

–¿Te están dando la bienvenida a casa? –el asombro se oía en su voz.

Sorchá contuvo la risa. No una bienvenida como tal, más como un breve recuento de la historia más deliciosa.

–Algo así –murmuró, mientras se abría la puerta y Gibson saludaba al par.

–Bienvenida a casa, madam.

Sorcha nunca antes había sido llamada así. La hacía sentir un poco mayor de lo que era, aunque eso ocurriría comúnmente de ahora en adelante, ¿no es así?

Alec, gentilmente, la puso sobre sus pies y miró al mayordomo.

—Tenemos invitados tras nosotros, Gibson. Envía a todos directamente al recibidor verde.

—Por supuesto, sir.

—Y refrigerios, Gibson —añadió Sorcha.

El mayordomo asintió y luego se dirigió a la cocina, mientras Alec guiaba a Sorcha al gran recibidor frontal donde la luz del sol se vertía en la alegre habitación.

—Qué día tan adorable —comentó.

Alec la separó de sus brazos.

—Realmente, nunca antes había notado que las plantas se inclinan hacia ti como el sol. Deberías decirles a tus pequeñas amigas que tu esposo es celoso.

Sorcha rió.

—Y tú deberías decirle a tus amigas que tu esposa es celosa.

Algo brilló en sus ojos, y Sorcha tuvo la sensación de que tenía que ver con cierta prostituta que fue expulsada de su propiedad la noche anterior.

—No tengo más amigas que tú, muchacha.

—Muy bien —se alzó sobre las puntas de los pies y besó a Alec en la barbilla. — Tienes suerte de tenerme.

—Sin duda —acordó.

—Yo digo —retumbó la voz de Benjamín Westfield desde el corredor. —Que no necesitas dirigirnos, Gibson, sé exactamente dónde encontrar a Mr. y Mrs. MacQuarrie.

Alec giró los ojos.

–Gibson lo odia.

Sorcha le sonrió a su esposo.

–Él es tu amigo, lo sabes. Ben siempre ha sido tu amigo.

Él frunció la nariz.

–Aye –suspiró. –Supongo que no hay forma de deshacerse del perro, ¿o sí?

Benjamín escogió ese momento para dirigirse a todos en el recibidor verde.

–El mejor amigo del hombre, sabes –le guiñó al par.

Casi instantáneamente, las otras cuatro brujas rodearon a Sorcha, haciendo clara su presencia.

–¿No te importa, Alec? –preguntó Rhiannon, dulcemente.

Un aire de leve fastidio se mostró en la cara de Alec.

–Después del choque que me dio esta mañana, Lady Blodswell, no creo que pueda encantarme sólo con batir sus hermosos ojos.

Rhiannon rió.

–Lo merecías y lo sabes, MacQuarrie.

–No la ocuparemos por mucho tiempo –prometió Elspeth.

–Mejor no, o me veré forzado a robármela de la manera en que Ben hizo contigo, El.

Ella respondió con una sonrisa.

Una vez que las cinco brujas secuestraron en una de las esquinas del recibidor, los ojos de Sorcha comenzaron a humedecerse.

Sabía que estaba tomando la decisión correcta, pero extrañaría a sus amigas, sus hermanas, las extrañaría mucho.

—No te atrevas a llorar —amonestó. —Alec nos echará de la casa.

Sorcha trató de sonreír, pero entonces vio el anillo de bodas de Blaire. Alguna vez le perteneció a Lord Kettering y le permitía caminar entre los vivos a la luz del día. El anillo era una réplica exacta del de Alec, bueno casi. Lord Kettering había reajustado el suyo, después de la boda, para que se adecuara a Blaire.

Blaire siguió la línea de visión de Sorcha y le oprimió la mano.

—Eres como luz de sol embotellada, Sorch. No permitiremos que pases el resto de tu vida escondiéndote de la luz del sol. No sería correcto.

Rhiannon revisó su retículo, tomó algo y luego abrió la mano, revelando el anillo idéntico de Lord Blodswell.

—Matthew ya no tiene necesidad de él. Queremos que lo tengas.

Sorcha no pudo detener las lágrimas y el corazón le iba a estallar.

—Tenía tanto miedo de que no entendieran.

Elsbeth secó las mejillas de Sorcha con un pañuelo.

—¿Crees que te abandonaríamos, querida?

Sorcha no había estado segura de cuál sería la reacción de ellas y se encogió de hombros.

Elsbeth se limpió una lágrima.

—Fuiste la más leal y verdadera con todas nosotras. Siempre estaremos aquí para ti, por todo el tiempo que dure nuestra familia.

Hasta ahora Cait había estado muy callada, lo cual era una rareza para la vidente. Sorcha miró fijamente a la bruja rubia.

–¿No tratarás de detenerme?

Cait sacudió la cabeza.

–Hoy tuve una conversación muy interesante con tu padre. Él tiene una teoría inusual sobre las profecías y cómo el futuro se endereza solo. Yo no soy mi madre, y no me pondré en el camino de tu futuro o tu felicidad. Sólo sigue tu corazón, Sorch. Es todo lo que te pido.

Sorcha asintió.

–Eso hago.

–Lo sé –replicó Cait. –Y sé que vas a ser muy feliz con Alec. Ámalo con todo tu corazón.

Casi exactamente lo mismo que le había dicho Lord Blodswell ese día.

Del otro lado de la habitación, los hombres rieron de algo y Sorcha volvió la atención al vampiro con quien estaría para siempre.

Capítulo 31

Luego de varias horas, entreteniendo al *Còig* y a sus esposos, Alec había soportado todo lo que estaba dispuesto. ¿Por qué no se iban? Parecía que había esperado a Sorchá por siempre, y no tenía planeado esperar un segundo más. Le había advertido a Sorchá que no tendría problemas en llevarse a su esposa, y eso era exactamente lo que iba a hacer.

–Conozco esa mirada –rió Ben.

–Aye, deberías –estuvo de acuerdo. –Te he visto usarla muy seguido.

–Pero él no –intervino Eynsford.

–Mira quién habla –resopló Alec. Luego, miró al cuarteto de hombres que lo rodeaba. –Todos ustedes pueden quedarse o pueden irse. Realmente no me importa. Pero terminé de entretenerlos.

No le prestó atención a las miradas de diversión que adornaban las caras de Blodswell y Kettering cuando dejó el círculo y marchó a tarde la habitación para recuperar a su esposa. Alec saludó con la cabeza a las hermanas de Sorchá y puso una mano en el hombro de la bruja.

–Excúsenos, damas.

Luego, se dobló y levantó a Sorchá en sus brazos. Ella se sorprendió pero no lucía descontenta.

–Siéntanse libres de visitar cuando quieran –dijo Alec por encima del hombro mientras salía del recibidor y comenzó a subir las escaleras principales.

–¡Alec! –reía Sorchá.

Cargó a su esposa por el umbral de su recámara, ella se aferraba lo más cercano que podía.

–Lo sé. Soy un terrible anfitrión en mi propia casa –bromeó.

Ella lo golpeó juguetonamente en el pecho y lo reprendió:

–No puedo creer que los hayas dejado a todos abajo y me hayas traído.

–Los intrusos se quedaron por demasiado tiempo.

Los cálidos ojos de Sorchá brillaron.

–Son nuestros amigos y son encantadores. Pudiste haber sido un poco más caballeroso.

–Lo que será encantador es tenerte desnuda en mi cama –gruñó Alec, dándole una buena vista de sus dientes distendidos. Quería desvestirla lentamente. Pero después de sufrir durante la ceremonia y luego la reunión después de la boda y luego los buenos deseos de la hermandad, estaba demasiado ansioso de estar dentro de ella para siquiera preocuparse en tomar su tiempo con la ropa.

La puso en el piso, permitiéndole deslizarse lentamente por su cuerpo hasta que los pies tocaron el piso. La tomó por la base del cuello y la acercó para besarla.

–Bienvenida a casa –susurró, justo antes de que sus labios tocaran los de ella. Ella sabía a pastel de bodas. Y olía a flores de manzano. Flores de manzano y pecado.

El corazón le latía velozmente dentro del pecho. Alec podía oírlo.

–¿Nerviosa? –le preguntó, cuando finalmente levantó la cabeza.

Ella escondió la suya, tímidamente.

–Tal vez un poco.

–No lo estés. Sé lo que hago.

–Gracias al cielo que al menos uno de los dos lo sabe –se mordió el labio inferior.
–Pero no me gusta que hayas estado con otras mujeres.

–No hay mucho que pueda hacer para cambiar eso –admitió, luego de pensar en su reclamo. Luego, la atrajo a sus brazos y ella, automáticamente, apoyo la cabeza sobre su pecho.

–Pero desde el momento en que te vi en Castle Hythe, no he querido a nadie más –le inclinó la cabeza con los dedos.

–Eres la única que quiero. Por el resto de mi vida.

Levantó un dedo y se mordisqueó la uña.

–Hablando del resto de nuestras vidas. Hay algo que quiero que hagas por mí, por nosotros.

Él le dio la vuelta y comenzó a trabajar los botones de su vestido amarillo.

–¿Puedes contarme todo después? He estado esperando y esperando. Y ahora lo único que quiero es hacerle el amor a mi esposa.

–¿Eso quieres? –preguntó en voz baja. Como si no pudiera darse cuenta por la manera frenética como la estaba desvistiendo. Cuando la tenía solamente en camisa, comenzó a quitarse la ropa también, removiéndola pieza por pieza y lanzándola por el piso. Sólo cuando estaba en ropa interior, se detuvo.

–Sí quiero –susurró. Dios, quería tocarla. Quería manar en ella. Quería a Sorch.

–¿Cambiaste la ropa de cama de anoche? –soltó repentinamente.

Alec levantó la cabeza y la miró a los ojos.

–¿Disculpa?

–Bueno, Miss Sewell estuvo aquí anoche, así que esperaba que hubieses cambiado la ropa de cama cuando se fue –lucía tan maliciosa, nunca la había visto así.

–Pregúntale a tus plantas. Si no, tal vez puedas llamarlas para que lo hagan por mí.

Ella rió hasta que él desnudó sus innombrables.

Luego, tiró de la camisa por sobre la cabeza, dejándola tan desnuda como estaba él, fuera de las medias y las ligas. Se inclinó enfrente de ella para enrollarlas y sacarlas.

–¡Alec! –chilló, mientras empujaba su cabeza.

Aunque no podía culparlo por su incapacidad de mantener los ojos apartados de ella. Alec la tomó por las caderas y la giró.

–Listo, ahora tu modestia está intacta –dijo riendo. La vista de su espalda era igual de agradable.

La cara de Sorchá se puso escarlata cuando lo miró por encima del hombro.

–Eso no es mucho mejor –murmuró.

–Para mí está muy bien –bromeó, mientras sacaba la última media por sus dedos y corría la mano hacia sus muslos. Luego, se inclinó hacia delante y mordisqueó la carne en su cadera muy gentilmente. Los dientes estaban completamente distendidos y lo habían estado desde el momento que subieron las escaleras.

Alec apreció el cuerpo de Sorchá mientras se ponía de pie. Era la perfección absoluta. Podía mirarla todo el día. Él podría hacer eso mismo luego de que, finalmente, la tuviera. Sólo tenerla en la cama por el resto del día, desnuda, para poder explorar todo su cuerpo.

La tomó por las nalgas y la elevó hacia él, dejándola sentir cuánto la deseaba.

–Eso que hiciste anoche fue una travesura. Nunca había visto a Miss Sewell tan molesta. ¿Cómo supiste que vendría?

–No lo sabía con seguridad –dijo encogiéndose de hombros. –Pero tuve un indicio así que solamente les susurré algo ayer cuando me iba. Tu hiedra me contó

todo cuando llegamos esta mañana –rió. –¿El zapato, realmente, le pegó en la espalda?

–Eres una fuerza que debe ser reconocida, mi brujita malvada. Y luces tan dulce por fuera.

–Soy dulce –susurró, y Alec casi se estremece cuando presionó sus labios sobre el hombro y trazó un pequeño camino por un lado del cuello.

Ella era dulce y algo más.

–No hagas eso –le advirtió.

–O me desgraciare como ocurrió la última vez que estuvimos juntos.

–Una de mis hermanas dice que eso es muy normal.

Él se echó hacia atrás gentilmente para verla a la cara.

–¿Les contaste sobre eso? –debería ponerla sobre su rodilla por la infracción.

–Bueno, una de ellas lo trajo a colación cuando estaba hablando de su experiencia con su propio vampiro –dijo, tímidamente. Luego, levantó las manos como rindiéndose. –Te juro que no les conté sobre ti. Pero era interesante oír que les pasa a más hombres, además de ti.

–Uno de los antiguos vampiros, ¿uh? –preguntó ausentemente, mientras le quitaba los prendedores del cabello, dejando que los oscuros rizos cayeran en cascada sobre sus hombros. –¿A cuál? Me gustaría molestarlo por eso.

Sorcha se quedó boquiabierta.

–No harías tal cosa.

Podría. Todo dependería si fue Kettering o él oh, tan noble, Blodswell.

–¿Cuál? –preguntó otra vez.

–Nunca te lo diré –bromeó Sorchá. Luego, chilló cuando Alec, una vez más, la levantó en sus brazos y la cargó hasta la cama. Muy suavemente, la puso en medio y no perdió tiempo trepando para sentarse entre sus muslos. –¿Ahora? –preguntó ella, con un poco de duda en la voz.

Él miró en la profundidad de sus ojos, asombrado de lo que vio reflejado. Ella confiaba que la cuidaría. Y lo haría, por el resto de sus días. O el resto de los días de ella, al menos.

–Aún no –susurró mientras inclinaba la cabeza y tomaba la punta de su pecho con la boca.

Sorchá arqueó la espalda, las manos se deslizaban por el cabello de él, mientras lo atraía más hacia él.

–Alec –chilló. –Mi corazón está latiendo tan fuerte.

–Lo sé –dijo mientras cambiaba al otro pecho. –Puedo oírlo –luego, inclinó la cabeza otra vez. Ella incluso sabía a manzanas. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que comió esa fruta que, momentáneamente, se desconectó.

–¿Ocurre algo malo? –preguntó, mientras se apoyaba sobre sus codos.

–Sabes a manzanas –admitió.

Ella rió.

–Puedo maniobrar a los árboles –dijo encogiéndose de hombros. –Es un beneficio. Por ahora, al menos.

–¿Por ahora?

–Dijiste que querías hablar de eso después –le recordó.

Tampoco necesitaba una tonelada de valor para regresar su enfoque completo a su deliciosa esencia de manzana.

–Me pregunto si sabes así en todas partes –la besó hasta el vientre. Revoloteaba bajo sus labios cuando ella comenzó a revolverse.

–Ahí no, Alec –chilló, tratando de cerrar las piernas.

–Ahí –afirmó él, justo antes de que le abriera los pliegues con los dedos y la lengua encontrara la entrada. –Recuéstate y disfruta.

Ella abrió la boca y dejó caer la cabeza hacia atrás, mientras él lamía por su centro.

–Alec –chilló, él movía la boca alrededor de la piel más sensible, mientras ella rogaba y clamaba que la soltara. Alec reemplazó la boca con su dedo y la rasgaba sobre ese pequeño atajo de nervios que él sabía que la volverían loca, mientras giraba la cabeza y lamía el muslo interno. El pulso de ella latía por encima de esa delicada piel. –¿Me permites tomar de ti? –preguntó.

–¡Aye! –chilló, mientras la atraía más y más cerca de la liberación. Justo cuando ella estaba por encima de la barrera hacia el deleite, Alec mordió la piel sedosa, encontrando su punto de pulso mientras bebía de ella. Su placer lo golpeó primero. La hombría luchaba por soltarse, pero él continuó tomando de la vena en su muslo, mientras rasgaba ese delicado bulto. El placer de Sorcha casi lo abrumaba mientras ella gritaba su nombre una y otra vez, y ella compartió su alegría de complacerla.

Cuando bajó las caderas y liberó el cuerpo, Alec lamió las heridas que había hecho para cerrarlas y la escuchó suspirar. Se acercó a su rostro para besarla con ternura. Sus labios eran suaves y flexibles bajo los de él, y el corazón aún le latía a un ritmo enloquecido.

–¿Me tomarás ahora? –preguntó, en voz baja.

Él continuó besándola mientras tentaba su centro, con la hombría dura y lista, casi gritando por liberar.

La humedad lo rodeó mientras se deslizaba dentro de ella lentamente, dándole tiempo de estrecharse alrededor.

Sorcha se sujetó fuertemente de los antebrazos de Alec, clavándole las uñas en la piel como placenteras garras de deseo.

–¿Estás bien? –se detuvo para preguntar.

Ella elevó las piernas para empujarlo más adentro y se trabaron detrás de su espalda.

–Por favor –susurró hacia sus labios.

–Toma una pausa por un momento –le advirtió mientras ella lo empujaba más dentro con los pies. Ella se estremeció debajo de él.

Él sospechaba que se venía. Pero nunca antes había tomado a una inocente.

–¿Sorch?

–Mejóralo –dijo ella suavemente, oprimiendo más las piernas alrededor de él. Él se deslizó completamente dentro de ella y se detuvo cuando estaba completamente sentado sobre ella.

–Dime que no te estoy lastimando –apuntó, aún dentro de ella.

–Yo te haré daño si sigues tratándome como si me fuese a romper –replicó. El jadeo que hacía cuando él comenzó a moverse lo golpeaba como un yunque sobre la cabeza. Los pequeños gemidos que hacía casi lo destruían en dos. Él se alejó un poco y luego se hundió en ella, quien aceptó cada pulgada.

–Sorch –murmuró entre su cabello, tratando de contenerse.

Él quería traerla a la cima con él, así que introdujo la mano entre ellos y la llevó otra vez a las alturas donde la había puesto un momento antes. Y ella estalló al mismo tiempo que él, gritando su nombre fuertemente cuando acabó dentro de ella. Ella se estremecía alrededor de él, escurriendo cada gota de placer de su cuerpo, se acomodó en sus brazos. Cuando terminaron, él se rodó hacia su lado y la atrajo sobre su pecho.

–¿Estás segura de que estás bien? –le preguntó mientras besaba su cabello.

–Más que bien –dijo ella, con voz somnolienta y saciada. –Te amo, Alec –susurró. Él la había oído muy bien. Y el lugar donde su corazón estuvo alguna vez comenzó a doler mientras ella yacía sobre él, su cuerpo esbelto y desnudo, excitándolo

nuevamente. —Mis hermanas no me dieron ninguna pista de que sería así —inhaló profundamente y dijo: —Las extrañaré tanto cuando se hayan ido.

—Te llevaré a verlas cada vez que quieras.

Los dedos de Sorch trazaban círculos pequeños en el ligero vello del pecho de Alec. Levantó la cabeza y lo miró directamente.

—Eso no fue lo que quise decir.

Él debió haber tenido una mirada de desconcierto en su cara, porque ella se apresuró a continuar.

—Quiero decir cuando sean viejas y fallezcan y no estén —miró a todas partes, excepto a él. —Extrañaré ser una bruja, pero te amo más de lo que amo el *Còig*.

—Sorch, no comprendo —Era cierto. ¿Dejaría de ser una bruja? Nadie le había dicho nada sobre eso. Todas las demás brujas aún eran brujas.

Ella se levantó sobre los codos para mirarlo a la cara.

Era tan hermosa, con sus confiables ojos marrones y sus labios golpeados de pasión.

—He decidido que quiero que me conviertas. Así podremos estar juntos para siempre.

Siempre. ¿Era eso lo que había querido decir en la ceremonia de bodas? ¿Había perdido la cabeza?

—¿Convertirte? —Alec se sentó y la miró. Debió haber sonado como un idiota. —No voy a convertirte. No en lo que soy —¿De dónde diablos sacó esa idea?

—Pero es la única manera que podemos estar juntos para siempre, ¿no lo ves? —Juntando las cejas. —¿Quieres estar conmigo para siempre?

No quería más que estar con ella hasta el fin de los tiempos, pero no la maldeciría de la misma manera que lo hicieron con él. Ver a Sorch convertida en el

parásito que era él, ciertamente, lo mataría, tan pronto como una estaca de madera bien puesta.

—Extrañaré ser una bruja —continuó, evidentemente inconsciente de sus pensamientos torturados. —Pero los otros me aseguraron que debía seguir mi corazón.

¿Estaba dispuesta a renunciar a su vida? ¿Renunciar a sus poderes? ¿Renunciar a su mortalidad? ¿Renunciar a todo por él?

¿Sorcha lo amaba tanto para hacer todo eso? ¿Cambiar su vida completamente? ¿Amarlo por encima de todos y todo lo que alguna vez había conocido?

Un dolor abrasador golpeó el pecho de Alec, inundándolo aún más de lo que el placer lo había hecho. Cayó sobre la cama mientras el dolor enloquecedor dentro de su pecho casi lo destrozaba.

—Alec, ¿estás bien? —gritó Sorcha, mientras se ponía sobre sus rodillas para colocarse sobre él.

Su voz sonaba cada vez más y más lejos mientras el dolor crecía.

Luego, sólo hubo oscuridad.

¡Demonios! Sorcha tomó a Alec por los hombros y lo sacudió con toda su fuerza.

—¡Alec! —llamó en voz alta. —Alec, ¿qué te pasa?

Un momento antes, habían estado juntos y, honestamente, había sido el momento más maravilloso de su vida. Él podría no amarla, pero le importaba, y lo mostraba en su trato gentil, en la manera en que la miraba a los ojos, en la manera como procuraba darle placer primero.

Pero ahora, él yacía sin vida y Sorchá pensaba que podría morir justo a su lado.

–Finalmente, eres mío, Alec MacQuarrie. No me hagas esto.

Un golpe sonó en la puerta como si se abriera un poco.

–¿Estás bien, muchacha? –la voz de Lord Blodswell crepitó tras la puerta.

–¡Por favor, ayúdenme! –gritó Sorchá mientras se escurría al pie de la cama, recuperaba la manta y cubría a Alec con ella.

–¿Está decente, Mrs. MacQuarrie? –Lord Kettering preguntó desde el corredor con voz tenue.

Ella miró su propia desnudez. Estaba bastante indecente, ahora que lo mencionaba. Agarró su camisa del piso y se la lanzó por sobre la cabeza.

–Aye.

Maldita sea su modestia, no había tiempo para un traje apropiado. A su esposo le ocurría algo.

Blodswell y Kettering irrumpieron en la habitación, uno después del otro. Ella pudo haber que vio un o dos lycan preocupados tras ellos. Pero Lord Blodswell cerró la puerta de una patada y se oyó una profanidad en voz alta desde el otro lado de la puerta cerrada.

–Lycans entrometidos –murmuró Kettering, mientras apartaba un mechón de cabello de la frente de Alec. Otro gritó se oyó por el corredor. –Sin embargo, suena como si tu esposa los tiene bien en control.

Blodswell rió.

–Los relámpagos tienen sus usos, aparte de construir tormentas.

¿Cómo podían reírse?

–No sé por qué piensas que es divertido. ¿Dónde está Elspeth? –demandó Sorch. –¡Tienen que traer a Elspeth para que lo sane! –las tibias lágrimas corrían por su cara, y ella se las limpiaba con los dedos.

–Nada de esto es divertido, muchacha –le informó Blodswell, la sonrisa se borró de su cara cuando se dio cuenta de cuán angustiada ella estaba verdaderamente.

–Bueno, el hecho de que tu esposa haya golpeado con un rayo a Eynsford *fue* particularmente satisfactorio –dijo Kettering, con una gran sonrisa.

–James –reprochó Blodswell y le hizo señas con la cabeza hacia Sorch.

–No te preocupes, muchacha –Kettering se acercó a ella. –Lady Eynsford debió haber sabido que esto iba a pasar. De otra manera, no habría insistido en que nos quedásemos aquí.

Blodswell apuntó a Alec, que yacía inconsciente en la cama.

–¿Qué iba a pasar?

–¿Qué le *hiciste*, muchacha? –preguntó Kettering, con una sonrisa asomándose. Blodswell le golpeó el brazo, lo cual desapareció la sonrisa pero no el tono burlón de su voz.

Un calor subió por la cara de Sorch. Alec estaba desnudo y ella no estaba usando más que una camisa. ¿Qué demonios pensaban que le había hecho? *¡Recórcholis!* No lo había lastimado, ¿o sí? ¿Ella realmente le había hecho esto?

–Está bien –uno de ellos la calmó desde el otro lado de la habitación.

–No lo lastimaste –ella estaba demasiado avergonzada para levantar la mirada y ver cuál de ellos había hablado.

–¿Está muerto? No despierta –debieron haber oído un estremecimiento en su voz porque, finalmente, se acercaron a la cama y la miraron con consideración.

–Él estaba muerto antes de hoy, muchacha –le recordó Blodswell. Luego, extendió la mano y puso un dedo doblado bajo la nariz de Alec. Lo sostuvo ahí por un momento y luego miró a Kettering. –Tal como lo sospechamos.

–¿De verdad? –los ojos azules de Kettering se abrieron con sorpresa.

¡Recórcholis! Esto era horrible.

–Oh, Alec –gimió Sorch y subió a la cama donde recostó su cara sobre el pecho de su esposo. Luego, lo sintió. Su pecho se elevó y bajó.

Se colocó sobre manos y rodillas y lo miró.

–¿Alec? –preguntó. Luego, se dirigió a los intrusos. –¿Está respirando? –puso su propio dedo bajo la nariz de él y sintió su respiración cálida sobre la piel y se sorprendió.

–Algo así –murmuró Kettering.

Alec se quejó junto a ella.

–Cuando recuerde cómo hablar y respirar al mismo tiempo, ustedes dos recibirán una paliza –dijo muy bajo, resoplando las palabras.

–¿Alec? –chilló Sorch. –Alec, por favor, dime que no te lastimé.

Le tomó la mano.

–Sorch, si no lo hiciste, te daré una amplia oportunidad de tratar otra vez, más tarde –dijo. Finalmente, abrió los ojos y vio a quienes fueron sus mentores una vez, quienes lo veían, obviamente conteniendo las carcajadas.

Kettering hasta tosió en su puño.

–Me pregunto si me vi igual de patético cuando mi corazón comenzó a latir.

Alec entrecerró los ojos.

–Ustedes dos se ven horriblemente complacidos.

–Eso viene del hombre que dijo que nunca sería humano otra vez –le recordó Blodswell. –Qué bueno tenerte de vuelta al mundo de los vivos, MacQuarrie.

Todo estaba pasando tan rápido.

–Esperen –rogó Sorch. –¿Eres humano? –había renunciado a esa esperanza hace mucho tiempo. ¿Era realmente posible?

Los ojos nuevamente cafés de Alec brillaron, y ella supo que era verdad.

–Eso parece, amor –dijo Alec con una sonrisa, mientras se ponía la mano de ella sobre la boca y le daba un largo beso sobre los nudillos. Luego, le extendió la otra mano. –Saca el anillo y veamos.

Sorch no perdió un segundo, tiró del anillo de su dedo.

El sol brillaba con fuerza a través de la ventana, y un rayo de luz rozó su cara cuando ella se movió para mirarlo con más cuidado.

–Aye, humano –exclamó. No estalló en llamas, no ardió. Sólo se quedó ahí con el sol sobre la cara.

Pero nada de esto tenía sentido.

–No entiendo –debió haber sonado como una tonta. Alternaba la mirada entre los dos ex vampiros y luego a Alec. –Tú no me amas –le recordó en voz baja.

–Obviamente, ése no es el caso –bromeó Kettering.

Alec miró a los intrusos.

–Creo que ustedes dos han agotado su bienvenida.

Kettering y Blodswell se miraron el uno al otro con una cara de sorpresa burlona.

–No recuerdo haber sido invitado a su habitación, muchos menos haber sido bienvenido.

–Vayan a encontrar a sus esposas y disfrútenlas –les ordenó Alec. –Y llévense a esos lycans con ustedes –añadió. Pero tenía los ojos sobre Sorchas, levantó la mano y peinó un rizo que caía sobre su cara. Colocó la mano en su nuca y la acercó gentilmente, hasta que sus labios se encontraron.

Luego, se dirigió a sus antiguos mentores, quienes aún no se habían movido.

–Ustedes tal vez quieran irse ahora, porque mi esposa va a quedarse desnuda en tres segundos –dijo en voz alta.

Sorcha se sorprendió y le alejaba las manos que trataba de remover las cintas de la camisa. El corazón palpitaba frenéticamente dentro de su pecho, mientras él tomaba control y comenzaba a remover la suave tela de su cuerpo.

–Creo que esa es nuestra señal para salir, mi amigo –dijo Blodswell a Kettering.

–Pero sólo para que sepas, Alec, ninguno de nosotros se desmayó como una chica cuando recibimos nuestra humanidad. Tú, por otro lado... –ambos rieron.

–¡Fuera! –les ordenó Alec. Salieron velozmente, cerrando la puerta sólidamente detrás de ellos. –Nunca me dejarán olvidar eso –dijo en voz baja a Sorchas. –Perdí el conocimiento. Buen Dios, ¿en qué se ha convertido el mundo?

Sorcha pudo oír una discusión afuera, pero Alec estaba captando toda su atención, cuando arrojó la camisa al otro lado de la habitación y lanzó la manta sobre los dos. Él atrajo su cuerpo hacia él, presionando sus senos sobre su pecho desnudo.

–¿Realmente estás vivo? –susurró, aún no lo creía.

–Así parece –replicó, deslizó la mano por su costado y se puso la pierna de ella sobre su cadera. Estaba duro y ardiente y se presionaba a ella insistentemente. Pero parecía que él no quería nada más que estar cerca de ella.

–¿Pero cómo puede ser? –preguntó, avergonzada de oír un temblor en su voz. Las lágrimas se estaban acumulando en sus ojos, y no tenía control en absoluto.

–Nunca pensé que sería capaz de enamorarme –trató de explicar él.

–Así que, ¿solamente necesite revolcarte en la habitación para hacerte enamorarte de mí? –le dio un empujoncito en el pecho. Si hubiese sabido eso, lo habría seducido en Castle Hythe.

–Me he revolcado, como lo pones de manera tan poco delicada, muchas veces en el pasado, amor –dijo en voz baja.

–No me lo recuerdes –se encrespó.

–Y eso me guía a creer que no era el hecho de haber estado contigo lo que me cambió.

¿Entonces, qué era?

–No hice nada más –no había hecho nada fuera de lo ordinario, aparte de casarse y hacerle el amor a su esposo.

–Yo vivía en tinieblas hasta que llegaste, Sorch –dijo suavemente. –Existía de un día al otro pero no vivía. Ni por un momento. Entonces, regresaste a mi vida. Y cambió. Me convertí en algo más de lo que era. Todo fue por ti.

Tocó sus labios con los de él.

–Estabas dispuesta a renunciar a tu hermandad por mí. Ellas son más que familia para ti. Y hubieses renunciado a ellas, junto con tus poderes, por una eternidad *conmigo*.

–Aún lo haría –dijo tranquilamente. Él lucía tan profundo. Tan reflexivo. Su mirada era diferente ahora que no era negra como la noche.

–Fue cuando me golpeó. Y me golpeó con fuerza.

Sorcha trató de pasar el nudo en su garganta. Pero era casi imposible.

–Te amo, Sorcha –dijo en voz baja. Luego, se acomodó sobre ella y la miró profundamente a los ojos. –No podría vivir sin ti. Te necesito, como el aire que necesito para respirar.

Una cálida lágrima trazó su camino por un lado de su cara. Él se inclinó y la besó.

–Te deseo –dijo suavemente, mientras mecía las caderas y la presionaba en el centro. –Ahora y siempre.

–Soy tuya –dijo llorosa y él se deslizó dentro de ella.

–Y yo soy tuyo. Aunque las razones por las que me quieres están más allá de mi comprensión.

Ella rió, lo cual hizo oprimirlo más fuerte. Bajo la voz hasta un pequeño susurro y le dijo cerca de la oreja:

–Es porque eres realmente bueno en la recámara –luego un gemido de placer que ni siquiera ella reconocía salió de sus labios.

–Gracias a Dios por los pequeños favores –replicó, antes de sumergir la cabeza en su pecho, luego, ninguno de los dos tenía suficiente aire en los pulmones para seguir hablando.

Epílogo

Gu Bràth Manor, Hampstead, June 1824

–Cuéntame cómo tu corazón empezó a latir de nuevo, papá –Ivy MacQuarrie se subió sobre el regazo de Alec en su estudio.

Él estaba tan absorto en el papeleo de Stockton and Darlington Railways que tenía enfrente que ni siquiera escuchó cuando se abrió la puerta.

Alborotó el cabello de la pequeña diablilla.

–Estoy seguro de que tú podrías contarme esa historia de tantas veces que la has oído, chiquilla.

–Pero es mejor cuando tú la dices –insistió de la manera en que sólo una niña de cinco años puede hacerlo.

Alec levantó la mano de su hija hacia su boca y le dio un beso en la palma.

–Después que termines de jugar con tus amigos, te contaré toda la historia otra vez, Ivy. Ahora ve a jugar.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás para verlo mejor, y sus rizos castaños rebotaron sobre sus hombros.

–Pero Lia siempre está diciéndome qué hacer y ya no quiero jugar más.

Eso no era una sorpresa. Alec rió. Lady Aurelia Thorpe era tan altiva como lo había sido su madre tantos años atrás. Tal vez más. La futura vidente era malcriada por su padre.

–Lo siento, mi pequeña hada. Vamos a ver cuánto tiempo más van a tardar tu madre y las otras, ¿quieres?

Ivy asintió y saltó al piso nuevamente. Alec se levantó de su asiento y tomó la mano de su hija.

–De todos modos, probablemente, mamá esté cansada.

Sorcha había estado terriblemente cansada últimamente. No había dormido lo suficiente y estaba cuidando de las plantas más de lo usual. Él tenía que averiguar a qué se debía todo eso, pero por ahora volvió su atención a su hija y sus problemas de cinco años.

–¿Alguna vez has hecho equipo con Lucien, Ivy? Aurelia nunca le dice a *él* qué hacer –al menos, nunca había visto a la pequeña bruja dictarle órdenes a su hermano gemelo.

Alec guio a Ivy hacia el invernadero donde Sorcha y las otras brujas estaban reunidas.

Su hermosa hija lo miró y arrugó la nariz como si hubiese olido algo desagradable.

–Él es un *niño* –replicó, como si Alec hubiese sugerido que se lanzara a los dragones.

–Lo es –acordó Alec. –No sé en qué estaba pensando.

Entraron en el invernadero e, inmediatamente, las cinco brujas se pusieron de pie. Sólo las miradas de Sorcha y Alec se encontraron. ¿De qué se trataba todo esto?

–Espero que no las estemos interrumpiendo –dijo, acercándose más a la hermandad.

–De todos modos, ya tengo que irme –Cait se apresuró, pasando a su lado.

–¿Lia y Lucien aún están en la guardería?

Alec miró a su hija y ella asintió.

–Aparentemente. Envíale nuestros saludos a Eynsford.

–Puedes dárselos tú mismo –dijo Cait por encima del hombro. –Serán nuestros invitados en The Park la próxima semana.

Ahora Alec sabía por qué ninguna de las otras lo había visto a los ojos.

Le dio una mirada a su esposa.

–¿Vamos a Kent, amor?

Sorcha asintió.

–Tenemos una reunión *Còig* a la cual asistir.

Así que todos iban, ¿no es así? Alec se encogió de hombros. La verdad sea dicha, en algún punto, había encontrado camaradería con Eynsford, Kettering, Blodswell y su viejo amigo Westfield y no podía imaginar su vida sin las brujas y sus esposos.

–Entonces, supongo que la pasaremos muy bien.

Elsbeth, Blaire y Rhiannon pasaron a su lado, murmurando palabras de despedida y Alec y Ivy se adentraron más en el invernadero hasta donde Sorcha permanecía de pie. Buscó a Alec con sus grandes ojos cafés y sonrió.

–Cait me dio una ojeada al futuro.

Alec frunció el ceño.

–Eso está en contra de las reglas.

Ivy le soltó la mano y puso sus brazos alrededor de las piernas de Sorcha.

–¿Qué dijo, mamá?

Sorcha le guiñó el ojo a su hija.

–Dijo que es tiempo de encontrarte una institutriz, pequeña.

Ivy se quedó boquiabierta.

–Pero, la niñera... –comenzó a protestar.

–La niñera estará ocupada.

La boca de Alec se secó.

–¿Estará ocupada? –el significado de esas palabras tocaron su alma. –¿Estás diciendo que estás esperando, Sorchita?

–¿Esperando qué? –demandó Ivy y, al mismo tiempo, Sorchita asintió.

Alec la abrazó y enterró la cara en su cabello perfumado a flores de manzano.

–Oh, amor, ¿te sientes bien? ¿Es por eso que has estado tan cansada?

Sorchita se separó para mirarlo, su radiante sonrisa lo hacía enamorarse otra vez.

–Un niño.

–¿Un niño? –repitió Ivy. –¿Un niño qué?

Sorchita miró a su preciosa hija.

–Voy a tener un bebé, Ivy. Vas a ser la hermana mayor.

La nariz de Ivy se frunció de nuevo.

–¿Un niño?

Alec rió y levantó a la pequeña en sus brazos.

–Un niño, por supuesto. Ya tenemos una niña deliciosa.

Ivy rió mientras su papá le hacía cosquillas.

–¡Papá!

–Vamos a la guardería, chiquilla, y te contaré la historia otra vez.

Ivy asintió.

—Mamá también.

Sorcha puso un brazo alrededor de la cintura de Alec y le dio a Ivy un beso en la frente.

—¿Qué historia vamos a escuchar, pequeña?

—Cuando hiciste latir de nuevo el corazón de papá.

—Mi favorita de todas —luego, Sorcha se elevó sobre la punta de los pies y besó a Alec en la barbilla.